

SIGLO **O**URENSE XXI

AÑO 4
NÚMERO 20



**HOMENAJE
A LOS MONJES RESTAURADORES
DE LA ABADÍA DE OSEIRA**

Cambio de paternidad

Las abadías cistercienses no se constituyen en provincias, sino que son casas independientes que se dividen en casas matrices y filiaciones. Las primeras son las que dan origen a las segundas, y el abad de aquéllas ejerce los derechos de visitadores y responsables de la observancia de las filiaciones, de tal manera que en éstas no se pueden adoptar resoluciones que salgan fuera de lo ordinario sin autorización del visitador.

Hasta 1960, la comunidad de Oseira siguió dependiente de la casa madre Ntra. Sra. de las Nieves (Francia), que fue la que puso en marcha la vida monástica en el monasterio. Pero el Estado no contaba con medios para dedicarlos a la restauración de monumentos. Fue preciso esperar a que llegaran tiempos mejores, o lo que es lo mismo, la hora de Dios.

El edificio se hallaba en las más pésimas condiciones, a pesar de los esfuerzos realizados por la comunidad que lo habitó durante treinta años y, por otra parte, surgieron grandes dificultades que no son del caso referir. Además, los superiores de la casa madre de Francia no tenían ya mucho interés por seguir atendiendo a una casa tan distante. En una palabra, el capítulo general de Císter, una vez enterado de que las autoridades iban a prestar ayuda para proceder a la restauración y hacer una morada digna para los monjes, confió la paternidad de la casa al abad de San Isidro de Dueñas (Palencia), el cual aceptó de buen grado colaborar económicamente y con ayuda de personal para que el monasterio cobrara nueva vida. Ésta se inició oficialmente el 30 de octubre de 1966, fiesta en aquellos tiempos de Cristo Rey, sobre cuyo evento leemos en el texto del nuevo cronista: "Hoy se escribió una página gloriosa en la historia de este gran monasterio al fijar la estabilidad en él doce de los religiosos venidos de San Isidro. Con ella queda asegurada la continuidad después del horroroso panorama que se cernía sobre ella al cerrarla la orden en fecha reciente. He aquí la lista de los doce «apóstoles del cordero» que se comprometieron a seguir trabajando por Oseira: 1. Martín García Fernández. 2. Honorio Arce Mata. 3. Germán Díez Martínez. 4. M.^a Damián Yáñez Neira. 5. José Pérez Rodríguez. 6. David Cabello Caballero. 7. Efrén Arce Mata. 8. Ramón Marvá Málaga. 9. José Luis Santos Gómez. 10. Anselmo Álvarez de Juan. 11. Juan María de la Torre García. 12. Manuel Deogracias Márquez".



Nuestra Señora de las Nieves.

Ya tiene comunidad Oseira, ya tiene hijos que se sacrificarán por su total resurgimiento. A estos apóstoles se agregaron pronto algunos otros religiosos pertenecientes a la antigua comunidad, entre ellos el padre Juan María, que se hallaba en Sobrado y había de ser la piedra angular de la restauración, por haber sido él quien dejó en Oseira muestras de su ingenio y espíritu de sacrificio, dando al mundo un testimonio elocuente de lo mucho que se puede hacer cuando se administran rectamente los fondos que ponen en manos de los constructores. Sacaremos a relucir su nombre muchas veces. El 1^o de noviembre se hizo la inauguración oficial de la nueva singladura de vida estrecha que dependería en lo sucesivo, como hemos dicho, de la abadía de San Isidro de Dueñas. Asistieron a la misma el obispo diocesano, Dr. Temiño Sáez, el Gobernador civil de la provincia y otras autoridades, quienes fueron invitados a la mesa. Aquí trae la crónica esta advertencia: "Cuando no se encuentren manteles para cubrir las mesas del refectorio, en días en que preside una autoridad como la del señor Obispo, que se den cuenta nuestros sucesores que las sábanas de la cama sirven para algo más que para colocar sobre el colchón".



Biblioteca, siglo XVIII.



Pequeñas reformas

El 12 de abril de 1967 acudieron a Oseira un grupo de sacerdotes de la diócesis de Astorga —aunque oriundos de la comarca del Barco de Valdeorras— a pasar un día en nuestro monasterio en plan de retiro. Tuvieron misa concelebrada con el padre superior. A continuación se les sirvió buena pitanza, en el propio comedor de la comunidad, precisamente en el mismo día que ésta lo abandonaba, para trasladarse al nuevo en el salón abovedado contiguo a la antigua cocina del siglo XVIII. El comedor que tuvo la comunidad hasta ese momento, se hallaba situado en la parte izquierda de la fachada, en un hermoso salón, algo oscuro, por contar sólo con dos ventanas, la 2ª y 3ª comenzando a contar desde el torreón izquierdo hasta la portería.

Por la mañana, los monjes trasladamos los cubiertos y demás al nuevo refectorio —no al gótico del siglo XVI, que aún se hallaba sin bóveda—, instalado en el salón contiguo a la cocina. La cocina tuvieron que ponerla en marcha con el sistema antiguo, con leña del bosque. El padre superior bendijo los locales, y seguidamente se inauguró sirviendo-

se una comida de circunstancias propia de inauguración en la que se emplearon cuchillo y tenedor, porque se habían olvidado las cucharas. Antes de saltar al ruedo los espontáneos para amenizar la sobremesa, sin que nadie lo supiera, se abrió de par en par la puerta de entrada y apareció un grupo de hermanos formando un cuadro plástico: Sostenían un arco adornado con flores, bajo el cual caminaba como llevado en triunfo el H. Joaquín, el sufrido cocinero que con una sartén en la mano caminaba serio como si llevara un santo, con la lagrimilla asomando al ojo. Era su traslado oficial desde la antigua cocina donde tantos años tuvo que derrochar toda la paciencia almacenada por el santo Job, porque tiraba muy mal, se inundaba de un humo insoportable y tenía que subir la leña fenal. Bien merecería aquel hermano la laureada de san Fernando por los servicios prestados y por el humo que le tocó tragar.

El 23 de junio comenzó el derribo de toda el ala correspondiente a la fachada principal, que había hecho de dormitorio de la comunidad durante más de cincuenta años. Estaba dividido en dos grandes



El padre José Ignacio Méndez.



El padre José Luis Santos.

salones de doce y dieciséis celdas corridas separadas por uralita. Había, además cuatro grandes habitaciones destinadas a los diestros en la música nocturna, pues ya se sabe, en una comunidad nunca faltan algunos diestros en tocar la trompeta o el violón, que molestan a sus semejantes. Se vació todo el interior, se le dotó de una techumbre adecuada, y el interior se dividió en celdas individuales cerradas, con su puerta, aunque sin llave, ventana y un pequeño armario para colgar la ropa. Como mueblaje, sólo había una mesilla de noche, pero sin una silla siquiera. A pesar de ello, fue un gran avance para aquellos tiempos, que en todos los monasterios seguían con las camarillas tradicionales. Luego, poco a poco se fueron imponiendo otros avances, hasta llegar a las celdas con su mesa y cuarto de aseo individuales. Con ello quedábamos a la altura de las casas más avanzadas de la orden, que hicieron lo mismo. Lo exigía el cambio de los tiempos.

El 5 de noviembre se deja constancia en la crónica de la muerte el día 1º de éste del benemérito hermano Pablo García Gorriz, que él fue quien la inició en 1929, por motivo de haber tomado parte en la fundación. Como le dediqué una semblanza a su debido tiempo, aquí sólo se recoge el hecho y se repiten algunas cosas dichas en su lugar, que pasamos por alto. El 15 del mismo mes, otra baja considerable se produjo en Oseira, la marcha del padre Ezequiel Martín Fernández de Velasco, monje de San Isidro, enviado a Oseira a prestar servicios, y de hecho los prestó en el campo de la ganadería

en el que era experto, pero quizá más en el cultural. Se trata de la obra *Los Bernardos Españoles*, la mejor historia que se ha escrito en español sobre esta congregación cisterciense, editada en Palencia en 1953, aniversario de la muerte de san Bernardo. Fue uno de los principales propulsores de lanzar una historia de la orden en España, y la hubiera hecho con rigor científico, de haber tenido medios para ello, porque en aquellos tiempos apenas se podía salir del monasterio aunque fuera por exigencia científica, y, por otra parte la biblioteca de San Isidro estaba casi siempre cerrada, no había facilidad de investigar en ella, ni siquiera se conocían los fondos existentes.

La crónica recoge los datos sobre este monje: "Atendía la huerta, las gallinas, el molino de pienso y los ratos libres los dedicaba a la investigación histórica, logrando hacer notables trabajos sobre los monasterios cistercienses de la provincia de Ourense"¹, particularmente de Oseira. Completó la Historia de Peralta hasta nuestros días, pero de una manera muy sintetizada. Hoy, tal continuación de Peralta está publicada por mano ajena en un segundo tomo que se editó al tiempo que dicha historia se hizo facsimilar.

1. Es de advertir que no tenía apenas fuentes para sacar datos. ¡Lo que hubiera hecho hoy este hombre con la cantidad enorme que hay de libros cistercienses, pues tengo la satisfacción de que la biblioteca monástico-cisterciense de Oseira está a la altura de las mejores de otros monasterios de España!

Don Manuel Fraga en Oseira

Creo que no debe faltar en esta obra hacer una alusión destacada a este insigne personaje de nuestra historia contemporánea, al que tanto debe Galicia, por la gran transformación que ha logrado llevar a cabo en esta región durante los dieciséis años que ha permanecido al frente de la autonomía de Galicia. Esto sólo lo vemos los que somos de fuera y Dios quiso que viniéramos a desarrollar nuestra vida en esta tierra. ¡Cómo estaba Galicia, cuando comenzó su mandato, y cómo la dejó! Esta apreciación no es sólo de quien esto escribe, sino también de muchos amigos extraños que pasaron por aquí hace años y han vuelto casi al término de su mandato. Recuerdo perfectamente la primera vez que él vino por aquí, cuando era ministro de Información y Turismo. La crónica se hace eco de esa visita el día veinte de marzo de 1967, diciendo que la noticia causó sensación en Oseira, pues los balcones de las casas aparecían engalanados, y hasta los vecinos construyeron un arco con esta inscripción: *Oseira saluda al Excmo. Sr. Ministro de Información y Turismo*. Algo parecido hicieron los de Píes. A la puerta del monasterio fue recibido por toda la comunidad y el Superior que le acompañó por todo el monasterio. Terminó el recorrido en la cocina antigua, en la que se le sirvió un vino de honor. Como recuerdo de su visita, comunicó a uno de los acompañantes que tenía fábrica de vehículos, a ver si le quedaba algún camión para los monjes de Oseira. Lo tuvo en cuenta dicho acompañante, y a los pocos días llegaba al monasterio un Avia

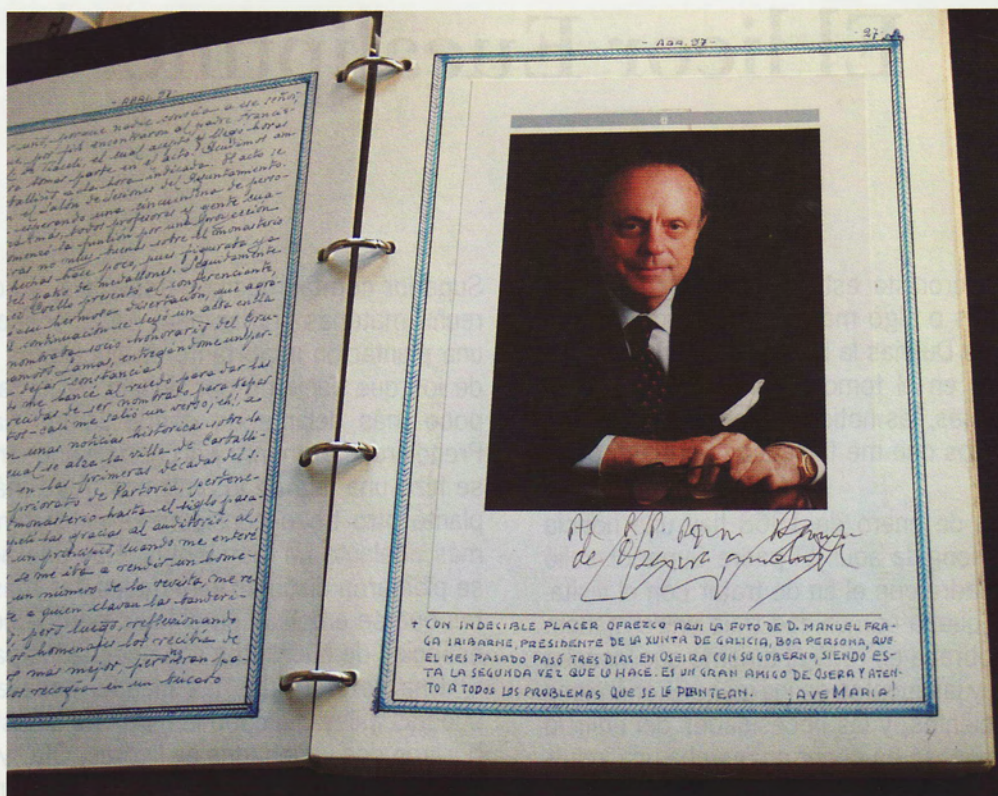
que prestaría grandes servicios a los monjes, para acarrear materiales con destino a las obras durante más de 30 años.

Otras varias visitas realizó en distintas ocasiones, pero sólo me voy a fijar en algunas. Es sabido cómo todos los años se retiraba con su gobierno a algún monasterio durante la cuaresma. No era para hacer retiro espiritual —como algunos creían— sino para solucionar los grandes problemas que tenía pendiente su Ejecutivo. Solían estar tres días, y puedo asegurar que estaban reunidos en la biblioteca mañana y tarde, por lo menos ocho horas. Esto lo puedo atestiguar, por haberlo constatado personalmente. La primera reunión, la tuvo del 2 al 4 de abril de 1993, y la segunda, del 20 al 22 de marzo de 1997. El método de vida que llevaban, estaba al margen de la comunidad, sin molestar lo más mínimo a los monjes, aunque, eso sí, atendidos en todo por ellos. Tan agradecidos quedaron del trato y del menú que todos los días les preparaba el padre David Cabello, que el último día hizo llamarle al comedor con objeto de darle las gracias, sentándole a su lado y ofreciendo café.

De estas visitas dejó gratos recuerdos, no sólo el camión, sino la remodelación de la hospedería muy necesitada. Quería no sólo que sus subordinados tuvieran una cómoda habitación, sino que miraba más lejos, deseando dejar a los monjes una buena hospedería para que acudieran huéspedes a ocuparla y fuera un ingreso estimable para los monjes. Así ha sido. Todos ponderan la comodidad que encuentran en nuestra hospedería. Recuerdo que meses después, me encontré con él en un acto tenido en Ourense, y me preguntó: “¿Qué tal la hospedería?” Le contesté: “Magnífica, todos la admiran y llevan una grata impresión de ella”. Personalmente, tendría mucho que añadir, si hubiera espacio. Vaya una última noticia. En un viaje hecho a Portugal, en compañía de don Miguel Ángel González, archivero de la Catedral de Ourense, ideamos ambos la posibilidad de celebrar en Ourense el III Congreso Internacional conmemorativo de los 75 años de la reapertura de Oseira. Nos preguntamos cómo íbamos a lanzarnos a una empresa como ésta sin tener una peseta. Me contestó el compañero: “Escríbele a Fraga”. Esto era el 16 de enero de 2005.

Así lo hice. El día 17 escribí la carta al Sr. Fraga exponiéndole el proyecto. Quedé confundido cuando el 24 de enero recibí una carta, firmada por el Sr. Fraga del tenor siguiente:





Crónica manuscrita del padre M.^a Damián Yáñez Neira.

XUNTA DE GALICIA

Presidente Santiago de Compostela, 24 de enero de 2005

Fr. M.^a Damián Yáñez Neira

Querido amigo: Acuso recibo de su carta del pasado día 17 de enero, en la que me transmite su deseo de celebrar, el próximo mes de septiembre, el III Congreso sobre el Císter en Galicia, Portugal y el Antiguo Reino de Galicia, coincidiendo con la conmemoración del 75 aniversario de la llegada de los monjes al Monasterio Cisterciense de Oseira. Le felicito por esta iniciativa que está promoviendo, junto con don Miguel Ángel González, y en relación a la posible colaboración de la Xunta de Galicia con este proyecto, doy traslado de su solicitud a la Dirección General de Patrimonio, para que estudien qué posibilidades de ayuda institucional pueden existir.

Con mis mejores deseos, reciba un cordial saludo
Fdo.: Manuel Fraga Iribarne

Tan pronto se recibió esta carta alentadora, comenzamos a trabajar en la organización del Congreso, señalado para los días 22-24 de septiembre, habiendo participado en él más de 150 científicos de las tres materias señaladas, historia, arte y espiritualidad, resultando todo un éxito, por haber conseguido editar dos gruesos volúmenes, que es el fruto perdurable de los congresos. Sin conservar unas Actas, el congreso es poco menos que inútil, porque las palabras las lleva el viento.



Los peregrinos encuentran descanso bajo las vetustas bóvedas.

El licor Eucaliptine

Como el cronista estuvo fuera alrededor de dos años o algo más, completando en San Isidro de Dueñas la historia de aquel monasterio, publicada en el tomo 29 de la revista *Tello Téllez de Meneses*, las noticias que ofreceré, están basadas en datos que me facilitó un hermano de la comunidad.

Hacia el 13 de enero de 1968 hay una noticia digna de ser recogida aquí. El padre Superior salió para la casa madre con el fin de tratar con el visitador un asunto que la comunidad traía entre manos. Como no se cobraba entrada al turismo que visitaba el monasterio, y las fuentes de ingresos económicos eran muy deficientes, y las necesidades del edificio cuantiosas, se pensó en poner en marcha una industria, la elaboración de un licor en el que prevalecía el sabor de eucalipto a las demás clases de hierbas señaladas en la fórmula. Lo fabricaban en nuestro monasterio de Trefontane, en las cercanías de Roma.

Para poder hacerlo era imprescindible en primer lugar ponerlo en conocimiento del visitador, presentarse a él, exponerle el plan que tenía la comunidad, para que autorizara la elaboración y comenzar a hacer los preparativos. Una vez que el visitador accedió de buen grado a llevar a cabo la elaboración, había que dar el segundo paso: acudir a la comunidad italiana de Trefontane para pedirles autorización para elaborarlo, y si accedían, entonces solicitar la fórmula para poder elaborarlo en España. Nuestros hermanos de Trefontane aceptaron de buen grado, no sólo facilitándonos gratuitamente la fórmula, sino también ofreciéndose ellos mismos a enseñar la manera de elaborarlo. Como la cosa iba en serio, en el mes de febrero, a poco de regresar de Roma el

Superior con tan buena perspectiva, y con el fin de reunir materias primas para hacer el licor, se inició una plantación importante de eucaliptos por detrás de los que nacieron por debajo de la carretera, un poco más delante de donde llaman “la derrota”. Prendieron fácilmente y al cabo de unos treinta años, se hizo una tala de los mismos. Algo más tarde se plantó otro trozo considerable de terreno un poco más adelante de las fuentes. Hay que advertir que se plantaron distintas variedades, las más importantes que se emplean en el licor, porque no todas las especies de eucaliptos son adecuadas para ello.

Una vez reunidas las plantas necesarias y dispuestas a llevar a cabo la modesta industria, se elaboraron dos variedades de licores, *ORO* y *ÁMBAR*. El primero no lleva esencia de eucalipto, porque a algunos no les agrada; en cambio, el ámbar es el verdadero Eucaliptine, que reúne las mejores cualidades curativas para combatir las afecciones bronquiales y es el que tiene mayor aceptación. Perseveró la elaboración hasta hace unos ocho o diez años en que se dejó fabricar. Pero como de continuo las gentes lo venían pidiendo con insistencia, se ha vuelto a elaborar nuevamente. Cuando esto escribo —noviembre de 2008— se acaban de presentar las primicias de la nueva elaboración en una exposición de productos monásticos que se organiza todos los años en el antiguo monasterio de Alcobaça (Portugal), y el éxito obtenido no pudo ser más espectacular.

En el mes de diciembre de 2006, la pequeña comunidad dedicó sus horas de trabajo a preparar las hojas de las especies que se emplean, a fin de ponerlas en maceración un tiempo determinado hasta que la esencia está en disposición y se puede utilizar según las necesidades. De ordinario, la mejor época de elaboración es el invierno, cuando no hay turismo, y el verano está en sazón para expenderlo a los visitantes. Raras son las personas que no llevan como recuerdo una botella al menos. Se ha popularizado a pesar de no tener medios para hacer propaganda; además, no queremos sino que sea una empresa modestísima que no saque a los monjes de nuestro ambiente de paz y silencio. Es de advertir que, además de las dos clases de licores, se hace una tercera de vino quinado que tiene mucha aceptación, por utilizarse un vino de excelente calidad, al cual se le añade una pequeña dosis de esencia de eucalipto, resultando un aperitivo muy agradable.



Grahan Greene en Oseira

Este insigne novelista inglés, tan vinculado a Oseira desde el momento que conoció el monasterio y se puso en contacto con los monjes, difundió el nombre del monasterio por todas las naciones por donde él pasó. Explicaremos la manera cómo se encariñó tanto con Oseira. Hacia 1975 se presentó en Oseira don Leopoldo Durán Justo, sacerdote del clero secular y catedrático de Filología Inglesa en la Universidad Complutense, acompañando al novelista inglés Grahan Greene, con el cual le unía una íntima amistad desde hacía varias décadas. Fue tanta la amistad reinante entre ambos desde que se conocieron en Inglaterra, que no tomaba ninguna decisión importante el novelista, sin consultarla antes con su fiel amigo el sacerdote español, que le asesoraba sin cesar en todos los asuntos.

El sacerdote en cuestión, sentía a su vez gran simpatía por los monjes de Oseira desde que entró en trato espiritual con un joven que se dirigía con él, y llegó a ser monje de Oseira, muriendo en olor de santidad¹. Cada año solía venir el novelista a España. Se ponían ambos de acuerdo; salía a recibirle al aeropuerto de Barajas, acompañado de algún discípulo que se disputaba el honor de servirle de “taxista” en todo el recorrido que hacían a través de España, porque, aparte de ser un honor viajar al lado de aquel literato de fama mundial, como el idioma que empleaba con el sacerdote era siempre el inglés, les servía a los estudiantes para perfeccionarse en el mismo. Planeaban de antemano una gira por las distintas regiones españolas donde Grahan tenía amistades. Dicha gira solía ser hacia el mes de agosto. Un año se le ocurrió al profesor traer por Oseira al novelista. Le encantó el monasterio, la hospitalidad de sus monjes, el ambiente de paz que

se respiraba dentro de sus muros, llegando a ser punto obligado de visita anual en el itinerario que seguían. La comunidad llegó a considerarle como si fuera un familiar íntimo, si bien no era mucho el tiempo que permanecía entre nosotros, ni se podía casi conversar con él, porque aunque entendía el español, no lo hablaba, y los monjes tampoco el inglés. Los ratos que pasábamos a su lado, el sacerdote nos servía de intérprete.

Solía viajar de incógnito, pues huía de la publicidad. Recuerdo un día que al bajar la escalera de honor y salir hacia la portería, un grupo de jóvenes que encontramos al paso, le reconocieron y sin más ni más enfocaron las cámaras hacia él, en tanto que mostraba su desagrado. De ordinario, permanecía entre nosotros un día o dos disfrutando de la paz monástica y haciendo planes para futuras obras que siempre traía entre manos. En Oseira fue donde planeó la obra que luego se llevó al cine, *Monseñor Quijote*, habiéndose rodado aquí la última escena. Desde Oseira solía desplazarse al Ribeiro, con objeto de visitar un amigo íntimo en Las Regadas.

En Oseira solía ocupar la celda número 14, aunque a veces si estaba ocupada, le daba lo mismo ir a otra. La última vez que estuvo, en 1989, ocupó la número 18.

Durante el año sabíamos que se acordaba de nosotros y pedía que oráramos por él, a través del buen amigo Durán Justo. Era persona amable, simpática, sencilla, sin la menor ostentación ni exigencia en la comida. Como compensación, sabiendo que los monjes estaban de continuo sumergidos en deudas a causa de las obras, hacia 1980 cedió a favor de ella los derechos de la obra sobre el general Trujillo, cuyo importe ascendió a un millón doscientas mil pesetas.



1. Me refiero al padre Gonzalo Martínez Suárez, del cual hemos ofrecido una amplia biografía en páginas anteriores. Allí aparece el trato íntimo que tuvieron ambos, y cómo le fue guiando certeramente por los caminos del espíritu hasta obtener una muerte santa.





Oseira, nuevamente abadía

El 31 de Julio de 1977 merece destacarse con caracteres de oro en los anales de este monasterio, por ser el día señalado para la bendición abacial del primer abad de la casa, dom Plácido González Cacheiro, después de la funesta exclaustación perpetrada por Mendizábal y enemigos secuaces de la Iglesia en 1835. Ya sabemos las consecuencias terribles que se cernieron sobre el monasterio, obra levantada con singular cariño por nuestros antepasados, que realmente dejaron en este valle un monumento digno de admiración y no lo hicieron para llamar la atención de las gentes, pues era una valle alejado del mundo, incomunicado por completo, al que se accedía por una camino de herradura que era por el que se accedía a él. Nadie



El padre Plácido, primer abad después de la restauración, flanqueado por el padre Eladino y el padre David.

puede decir que trabajaron con vistas al turismo, que en los tiempos antiguos no se conocía. Es que les agradaban las cosas bien hechas, que duraran siglos. Si no hubiera sido así, ni una sola piedra de él hubiera quedado, y sin embargo, la mayor parte del edificio quedó en pie, a pesar de haber arrancado multitud de sillares para construir casas por las aldeas del contorno.

Difundida la noticia por los medios de comunicación, se convirtió Oseira en noticia de interés más que regional, dándose cita en él las autoridades civiles, militares y no digamos eclesiásticas de toda Galicia. No es posible especificar nombres, sino sólo de algunos. Asistieron los obispos de Galicia, abades de diversos monasterios, y cantidad enorme de

fieles. Como la ceremonia se celebró por la tarde, comieron en casa —en el escritorio de los monjes— el señor Obispo Dr. D. Ángel Temiño, los abades del Císter y monjes de las distintas casas. Del estamento civil asistió el presidente de la Diputación don David Ferrer, gran amigo y bienhechor de la comunidad. En el refectorio de la comunidad lo hicieron los familiares del nuevo abad, del concejo de Cartelle. La Misa, presidida por el Sr. Obispo —principal actuante— asistido de los demás obispos y abades, y unos sesenta sacerdotes amigos de casa y vecinos. Terminado el Evangelio, el Dr. Temiño tuvo una preciosa alocución destacando los grandes valores de la vida contemplativa y, al terminar, nuevo abad se acercó a su sede —entre los padres Elacino y David— y se realizó la ceremonia como está determinado en la liturgia. Dada la bendición, el nuevo abad dio las gracias a todos los asistentes por haber querido realzar esta fiesta con su presencia. A continuación subieron a la antigua sala capitular de arriba, donde había grandes mesas con cosas apetecibles para recobrar fuerzas, y licores que alegraban el corazón.

Entre los obsequios, merecen consignación especial el báculo pastoral que le donó la diócesis ourensana, de bronce, obra de un artista de la ciudad, la mitra bordada por las esclavas de la Inmaculada, el anillo costeado por el abad de San Isidro, y otras cosas. La comunidad se sentía satisfecha de estar gobernada por un abad, el primero que ascendía a la asede que lleva el número de 124, primero de la reforma, aunque este número es hipotético, por cuando cada historiador ofrece una lista, pues muchos no incluyen en el abadologio los abades comendatarios, una media docena que tuvo la casa, que eran abades de nombre solamente y para percibir lo mejor de sus rentas.



Centenario de san Benito



El día 1 de marzo del año 1980 se inició en todo el mundo el XV centenario del nacimiento de San Benito, el glorioso patriarca de los monjes de occidente, cuya Regla inspirada por el cielo, sigue viva e irradiando fulgores de santidad para diversas familias religiosas que le aclamamos por padre. Por tal motivo, toda la familia benedictina vibró de entusiasmo y celebró diversos actos en su honor, encaminados a honrar al glorioso Santo al par que ahondar en su Regla. Como fueron tantos los actos realizados en cada casa, los pasamos por alto, ciñéndonos sólo a los que han tenido repercusión en el exterior, y añadiendo algo relacionado con nuestro monasterio de Oseira.

Iniciamos los actos por la gran concentración programada de toda la orden benedictino-cisterciense de Galicia y Portugal, y algo del Reino de León. Antes, el 9 de marzo de 1980, se ofrece el cartel anunciador del centenario de san Benito, algo tan insulso y falto de garra, que el autor de la Crónica

lo reproduce en ella con este largo pie para que todos vean lo que significa: *Cartel anunciador del Centenario de San Benito, enviado desde la región de Castilla, donde hay los grandes inventores de la pólvora y otras cosas. Que San Benito dé más gracia al artista que tiene el cartel: Te lo pedimos por Jesucristo nuestro Señor. Amén Jesús.*

El 30 de julio fue el día señalado para la gran concentración de toda la orden benedictino-cisterciense que se tuvo en San Payo de Antealtares. Un total de 150 monjes/jas, pertenecientes a las comunidades de Samos, Oseira, Singeverga (Portugal), Sobrado de los Monjes, Monforte y San Clodio¹. Por parte de las religiosas estuvieron presentes las de San Pedro de Antealtares (38), Carrizo, Santa Escolástica (Portugal) Sahagún, Cuntis, La Guardia (hoy en Vigo).

1. Estas dos últimas desaparecieron pocos años más tarde, a causa de la falta de personal.



Abades y abadesas de España reunidos en Oseira.

A las 12:30, misa concelebrada —en la propia iglesia de San Payo— por todos los sacerdotes asistentes, el arzobispo de Santiago, Mñor. Suquía —que la presidió— y los obispos de Ourense, Ferrol, Tuy-Vigo y auxiliar de Santiago. Resultó muy emotiva y devota. A las 2 fue el almuerzo de los monjes en el convento de San Francisco, convertido en hotel, en tanto que las monjas quedaron en San Payo. A las cinco de la tarde hubo concierto de música medieval en la Catedral de Santiago, y a las 6 vísperas solemnes en la misma catedral, ante el altar del Apóstol, habiendo funcionado —durante el Magnificat— el botafumeiro, que para la mayoría fue algo insólito, por no haberlo visto nunca funcionar.

El día siguiente, 1 de julio, estaba programada nueva concentración en Oseira de benedictinos/nas portugueses, habiéndose sumado también las cistercienses de Carrizo, en total 50 personas, se les enseñó a todos el monasterio, incluso la clausura. A las 2 fue la comida fraterna, y al final se levantó a hablar el abad de Singeverga, y entre otras cosas pidió públicamente al abad de Oseira que los monjes portugueses esperaban que los españoles correspondieran devolviéndoles la visita. Le había respondido antes que irían un par de monjes en nombre de toda la comunidad, pero como el portugués había dicho que toda la comunidad, todos los asistentes prorrumpieron en un aplauso que duró largo rato. Se acordó salir hacia el cinco de agosto, dormir en Singeverga, para tomar parte todos en el primer día de oración en el santuario de Fátima, y regresar al día siguiente a Oseira.

Efectivamente, salimos doce monjes con don Sindo, el cura de Furco, el día 4 de agosto, llegando a dormir a Fátima a las 7:30 de la tarde, después de doce horas de viaje. No había entonces autovías como ahora, sino carreteras, algunas bastante deficientes. El día siguiente asistimos juntos a todos los actos, laudes solemnes, misa concelebrada y dos conferencias. Por la tarde, todos los de Oseira, menos dos, regresaron a casa por Singeverga. Los dos que quedaron era para tomar parte en los actos que se celebraban el día siguiente en Alcobaça, donde luego de laudes solemnes, el autor de esta crónica tuvo una conferencia sobre el tema: *Cultura, santidad y crisis en los monasterios cistercienses portugueses*, ante un auditorio de entre 200 y 300 espectadores, en su mayoría especialistas en todos los ramos. Siguió la misa concelebrada por unos 50 sacerdotes, presidida por el Obispo auxiliar de Lisboa, y a continuación el almuerzo en el refectorio de los monjes, donde cupimos los 300 comensales y sobraba espacio para muchos más.

Hacia las 5 salimos para el santuario de Nazaré, situado sobre una colina a la orilla del mar, lugar pintoresco en extremo, desde el cual se divisaban playas enormes a la vera del Atlántico. El día 8 fue clausurada la semana de oración en Fátima, celebrándose varios actos, pero los españoles que habíamos quedado, tanto de Samos como de Oseira, hicimos el viaje de regreso por Singeverga y lo mismo hicieron las benedictinas de La Guardia, que más tarde se trasladaron a la periferia de Vigo, donde se hallan en la actualidad.

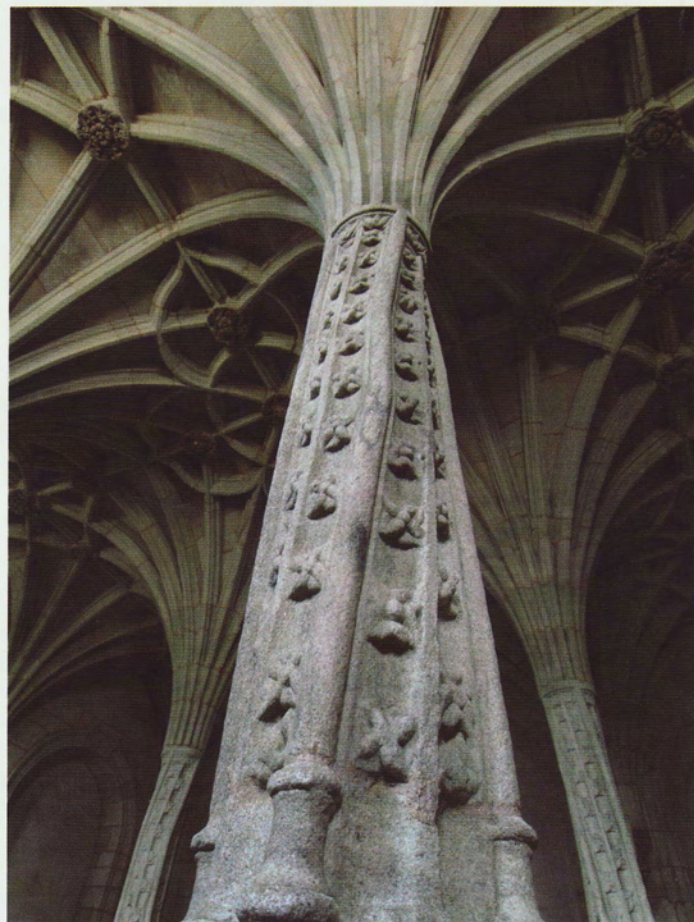
Monseñor Araújo Iglesias

La biblioteca de Oseira, que tan buenos servicios viene prestando a la cultura, no sólo de Galicia, sino de toda España, se ha hecho gracias a tantos donativos como se han recibido de una parte y de otra.

A todos les estamos sumamente agradecidos; nuestro deseo sería que figurara su nombre en esta obra para que todos supieran quiénes son los forjadores de la biblioteca que tanto admiran cuantos la conocen o se benefician de su contenido; toda clase de científicos, no solamente de Galicia, sino del resto de España. Entre todos los donantes hay dos que merecen una mención especial por haberse desprendido en vida del tesoro de sus libros para que puedan servir para el fomento de la cultura. De momento citamos a Mñor. D. Miguel Ángel Araújo Iglesias, que siendo obispo de Mondoñedo-Ferrol, pasó aviso a los monjes de que tenía a nuestra disposición una serie de libros que los cedía gustoso para incorporar a la biblioteca de Oseira. Esto sucedió en 1985, cuando se hallaba en plena actividad pastoral.

El día 9 de julio salimos con el camión de casa con dirección al Ferrol. Después de habernos invitado a almorzar con él, cargamos parte de la biblioteca, los que tenía allí disponibles en la casa de la iglesia que ocupaba, y desde allí nos trasladamos a Mondoñedo, al palacio episcopal, a recoger todos los que eran de su propiedad. Fue un viaje muy feliz, y nos facilitó todos los que tenía, alrededor de unos 2.000 volúmenes de temática variada, en su mayoría de máxima actualidad. Entre ellos resalta la espiritualidad, la sagrada Escritura, la liturgia, reservándose de momento el tema relacionado con Galicia, en el cual venía y viene trabajando con asiduidad, cosa muy lógica. El cronista pone al pie de la reseña ofrecida, estas frases: "¡Bendice, Señor con creces a nuestro bienhechor!".

Algunos años más tarde pasó aviso a los monjes un canónigo renombrado de San Sebastián, don Román Orbe Garicano, que tenía disponible para el monasterio toda su biblioteca. Le había ofrecido a su hermano el padre Antonio Orbe, S. J., uno de los especialistas principales de san Ireneo de Lyon, gran patrólogo y maestro de los mejores especialistas de esta rama, entre los que pueden contarse Mñor. Romero Pose, que fue obispo auxiliar de Madrid y brazo derecho del cardenal Rouco Varela. Le ofreció



a su hermano, digo, la biblioteca, pero rehusó generosamente sabiendo que venía para buenas manos, los monjes de Oseira, adonde se retiraban en sus tiempos.

Como era una cantidad considerable de obras, merecía la pena acudir a recogerla, a pesar de la distancia. Así se hizo. Se puso en conocimiento del presidente de la Diputación don José Luis Baltar tal deseo de los monjes, de que necesitaban un vehículo grande para ir a recoger estos libros, y le faltó tiempo para facilitarnos un camión con su chofer, el cual nos sirvió para traer esta biblioteca de inestimable valor para Galicia, con la cual se incrementan los fondos antiguos principalmente, que era una de las grandes lagunas que se advertía en la biblioteca. Fue un donativo espléndido, de los mejores que se han recibido, digno de eterno agradecimiento.

La reina Sofía en Oseira



La reina Dña. Sofía acompañada del padre M.^a Damián y el padre Plácido.

D ecíamos que por más que nos insistían desde diversos organismos que solicitáramos el premio “Europa Nostra”, en pago de la obra restauradora y modélica realizada en el monasterio, la verdad es que nos movimos para nada, puesto que tal premio era meramente honorífico, y aquí lo que se necesitaba era más ayuda. La propia Diputación se encargó de hacer los trámites burocráticos para optar al premio, obra costosa, por ser muchos los solicitantes desde todos los rincones de España. Al fin cantaron triunfo, y señaló para concederla el 5 de diciembre de 1990.

Desde las primeras horas del día comenzaron a llevar fuerzas de la Guardia Civil y policía que fueron ocupando sus puestos dentro y en los alrededores del monasterio. Trajeron consigo dos perros policía que les metieron por todos los rincones y lugares oscuros para ver si hallaban algún indeseable escondido. Les vi actuar por el patio de Medallones, donde fueron olisqueando por todos los rincones para ver si había alguna bomba escondida.

Hacia las diez comenzaron a llegar autoridades y personajes, los que habían conseguido un permiso especial, más de doscientos. También se personó en Oseira la Banda de Música de la Diputación provincial, unos sesenta muchachos con su indumentaria típica.

La llegada de la Reina estaba prevista para las 11:30, pero se retrasó algo. Salió de la Zarzuela a las 9:30, a las 10 despegó el avión real en dirección a Vigo adonde llegó a las 11. Seguidamente montó en un helicóptero que la trasladó hasta la aldea

de Cotelas para aterrizar en el campo de fútbol. A las 11:45, al tiempo que se disparaban una serie de bombas a manera de salvas, llegaba el coche a las puertas del monasterio, apeándose a las puertas del templo, donde le aguardaban todas las autoridades, entre ellas el abad y el prior del monasterio. Fue saludando a las principales, según estaba dispuesto en el protocolo. La comunidad estaba colocada en fila dentro del atrio, y a pesar de que habían dispuesto que nadie se acercara para darle la mano, fue ella la que se acercó a nosotros sonriente, y nos fue dando la mano a todos. Se volvió luego hacia el grupo de gaiteros que tocaron en su honor, les escuchó un poco y penetró en el templo acompañada sólo de algunas autoridades. A los demás dieron orden de que subiéramos al local donde iba a tener lugar la entrega de la medalla. Cuando llegamos, estaban todos los asientos ocupados, a excepción de las primeras filas reservadas a la comunidad.

Luego de ver la iglesia, la sala capitular y los claustros, todo a uña de caballo, la llevaron al salón donde iba a tener lugar el acto, siendo recibida por una salva a aplausos; se colocaron en la presidencia y comenzó el acto. Habló en primer término la presidenta de la institución Europa Nostra, explicando los motivos y méritos por los cuales se concedía aquel premio. A continuación habló don José L. Baltar, presidente de la Diputación, quien expuso brevemente cómo era justo hacer aquel homenaje público a los monjes que habían llevado a cabo una obra restauradora digna del mayor encomio; luego fue el Sr. Fraga, presidente de la Xunta de Galicia, el que habló igualmente brevísimos momentos ensalzando también la labor de los monjes. Acto seguido, se levantó la Reina con la placa y la medalla —premio que entregó al padre abad, mientras la asamblea se ponía en pie prorrumpiendo en una estruendosa salva de aplausos que duró largo rato. Finalizó el acto con unas palabras del abad, mostrando el agradecimiento sincero de los monjes, durando todo alrededor de 20 minutos.

Acto seguido, salieron la Reina y las primeras autoridades para visitar el solarío, calefactorio, escalera del dormitorio de ancianos, capilla gótica, hospedería, biblioteca... Aquí firmó una acuarela con su retrato, realizada por el H. Luis M.^a, al tiempo que pidió las dos guías que tenía sobre la mesa para leerlas en el avión en el viaje de regreso a Madrid. De la biblioteca salieron todos hacia el ala oriental del claustro de medallones donde esperaban la mayor



La reina Dña. Sofía posa con los monjes de Oseira durante su visita al monasterio, a propósito de la concesión del premio "Europa Nostra".

parte de los asistentes al acto. Ella salió al balcón central para contemplar la actuación de la banda de gaiteros, bellamente distribuidos a través del patio, al tiempo que se servía un vino español con un aperitivo. En ese momento se le hizo entrega a la Reina de un icono de la Virgen, pintado por el H. Luis, con la particularidad de que el modelo escogido para representar a la Virgen fue la propia soberana, como si fuera la Virgen del perpetuo Socorro, que tiene en sus brazos al príncipe Felipe el día de su primera comunión, sonriendo ambos; la idea no pudo ser más bella y simbólica. El autor de la pintura le explicó algunos símbolos que incluyó en el cuadro, agradeciéndolo mucho, por más que apenas tuvo tiempo de darse cuenta de su hondo significado, pero no dudamos lo haría despacio una vez que llegara a la Zarzuela.

Bajamos acompañándola hasta el patio de Caballeros, donde sería la despedida. Allí había un grupo de gaiteros principiantes, entre los cuales había un chiquitajo de unos ocho años tocando el tamboril. Le hizo gracia a la Reina, y le pidió ella los palillos para redoblar, pero lo debió hacer tan mal, que el chiquillo pidió luego a ella, y se puso a tocar diciendo: "¡Se hace así!". Tuvo el atrevimiento de dar una lección a la misma Reina. Ésta, como había contemplado varios iconos a través del monasterio, obra del H. Luis, no paró hasta conseguir que la llevara al estudio. Accedió a ello, salió al patio y fue tan amable que permitió sacáramos una foto rodeada de la comu-

nidad, antes de darnos de nuevo la mano para despedirse. Al salir del monasterio se encontró con el pueblo sencillo que la aguardaba, besó a dos o tres mujeres y subió al coche que la llevó a emprender el regreso a Madrid por los mismos medios que la habían traído. Llegó, como decíamos, a las 11:45, y se despidió a las 13:20, dejando tras de sí una estela de gran simpatía en todos, pues se trata de una persona amable, sencilla, sin que apareciera en ella la menor ostentación de su realeza.

La prensa, la radio y la televisión acudieron para difundir ampliamente los actos. Acudieron como unos 70 reporteros de las agencias y medios de comunicación, pero sólo para el acto de entrega.

En la visita al monasterio sólo la acompañaron dos fotógrafos, el de la Casa Real y el de la Diputación. Como anécdota curiosa, no quiero pasar por alto un detalle. Se extendió una alfombra roja como de metro y medio de ancha todo a lo largo del ala del claustro de medallones, por donde había de pasar la Reina hasta la escalera de los obispos. El piso no estaba restaurado. En una junta de piedras había un hoyo como de unos tres o cuatro centímetros de profundidad. Como estaba tapado con la alfombra, fue casualidad que la Reina metiera el tacón del zapato en aquel hoyo, haciéndola tambalear. Algunos que lo presenciamos, no pudimos menos de exclamar: está visto que hasta los reyes meten la pata y se tambalean cuando menos se espera.

Aniversario del nacimiento de san Bernardo

En 1990 se cumplieron 900 años del nacimiento de san Bernardo, figura próspero en el Císter de todos los tiempos, por lo que representó el glorioso Santo, tanto para la orden como para la Iglesia. En todas las naciones se celebraron actos conmemorativos que dejarían hondo recuerdo, no sólo a nivel de comunidades, sino que se extendió su interés a todos los estados donde estuvieron diseminados sus hijos, hasta en aquéllos que en el momento actual no han logrado que volvieran los monjes blancos, símbolo de la colonización admirable que dejaron en todos los campos. Galicia no podía quedarse atrás en este homenaje conmemorativo sin dejar un grato recuerdo, ya que el mismo acontecimiento relacionado con san Benito, hace diez años, dio pie para organizar un magno congreso internacional que resultó un éxito, según reconocieron todos cuantos tomaron parte en él.

Los mismos organizadores que pusieron en marcha el de san Benito, decidieron organizar éste que desde el mes de enero se vino preparando con notable escrupulosidad, procurando que éste no desmereciera de aquél, antes superara con creces al mismo, corrigiendo los errores o deficiencias que se notaron en el congreso sobre san Benito, como fue el fallo de la publicación de las actas, hecho que no se tuvo presente en el momento de la organización y fueron saliendo en distintas publicaciones. Por eso esta vez lo primero que procuramos fue asegurar esa deficiencia, puesto que un congreso sin dar a conocer las actas, casi podríamos decir que no sirve más que para lucirse unos señores exponiendo sus temas, pero si no se dan a conocer, no sirven para nada a la hora de facilitar material a los investigadores.

Se intentó hacer en Galicia algo que no se había hecho en el resto de España, y creo que se consiguió con creces. Puesto que en Portugal estuvo muy arraigada la orden y en el momento actual no existe una sola casa abierta, como hay un ambiente propicio a restaurarla de nuevo, se ha querido que vayamos de acuerdo. Se hermanarán las dos regiones, España y Portugal, y para darle un poco más amplitud, se ha querido unir los dos antiguos reinos: León y Asturias, en cuyas regiones existió un Císter muy floreciente.

El día 17 de julio, a las 9 de la mañana, se comenzaron a distribuir las carpetas a los participantes, a la entrada del local donde se iban a desarrollar las conferencias, el edificio de la Caja de Ahorros sito en

la plaza de la Alameda, donde tiene montado un salón de actos adecuado para este tipo de reuniones, con gran amplitud, cómodos asientos y una acústica magnífica. A las 10:15 de la mañana fue la apertura de los actos, con un discurso a cargo del señor presidente de la Diputación don José L. Baltar Pumar, quien dio la bienvenida a los congresistas y les deseó un feliz acierto en los trabajos. A continuación tuvieron unas palabras don Miguel Ángel González García, alma del Congreso, y don Tomás Vega Pato, funcionario de la Diputación y secretario del congreso. Como no hay espacio para reflejar al vivo la marcha del evento, añadiremos sólo lo más saliente.

El día 18, a las cuatro de la tarde salimos en autobuses para el monasterio de Montederramo, donde iban a tener lugar los actos del día, incluso el almuerzo costado por el Ayuntamiento. En el viaje nos detuvimos una hora para conocer Xunqueira de Espadañedo, ya que está situado casi al borde de la carretera. Se conserva el templo, que hace de parroquia, cuya fachada hace ángulo con el ala de la fachada del monasterio, que está completa. Se conserva también la escalera principal y demás locales del ala de mediodía, que enlaza con la del oriente, las cuales están ocupadas por las oficinas del ayuntamiento. Del claustro se conservan dos alas y parte de otra; el resto desapareció. Es de advertir que, a pesar de que se han asignado varias subvenciones considerables, la verdad es que no han sido capaces ni siquiera de completar el claustro, la parte que falta y que daría una impresión grata al monasterio. Está visto que sólo los monjes de Oseira han sido capaces de restaurar este monasterio, a pesar de que las ayudas recibidas han sido bien escasas. Esto no es alabanza, sino realidad que todos pueden constatar.

El 20 estaba programada la clausura del congreso en Oseira. A las diez de la mañana salieron los congresistas en tres autocares y varios coches hasta el monasterio, y llegaron casi a la misma hora que las autoridades autonómicas y provinciales, presididas por el Sr. Fraga Iribarne, quien llevó en su compañía al gobernador de Puerto Rico, don Rafael Hernández Colón, con su séquito. Llegaron también el arzobispo de Santiago, quien iba a presidir la misa, con los prelados de Braga, Ourense, Tuy, dimisionario de Tuy y el general de la Orden dom Bernardo Olivera y gran cantidad de sacerdotes. A continuación, toda la concurrencia bajó al patio de los pináculos para inaugurar la nueva fuente recién colocada por el padre

Eladino Marnotes, sucesor del padre Juan María, al que se deben la continuación de las obras que faltaban al tiempo de retirar éste. Acto seguido toda la concurrencia acudió al refectorio del siglo XVI donde se sirvió un espléndido banquete, pasando de 300 el número de comensales, habiendo comida abundante y bien servida a todos los asistentes, entre los cuales reinó perfecta paz y armonía, sin que faltara la

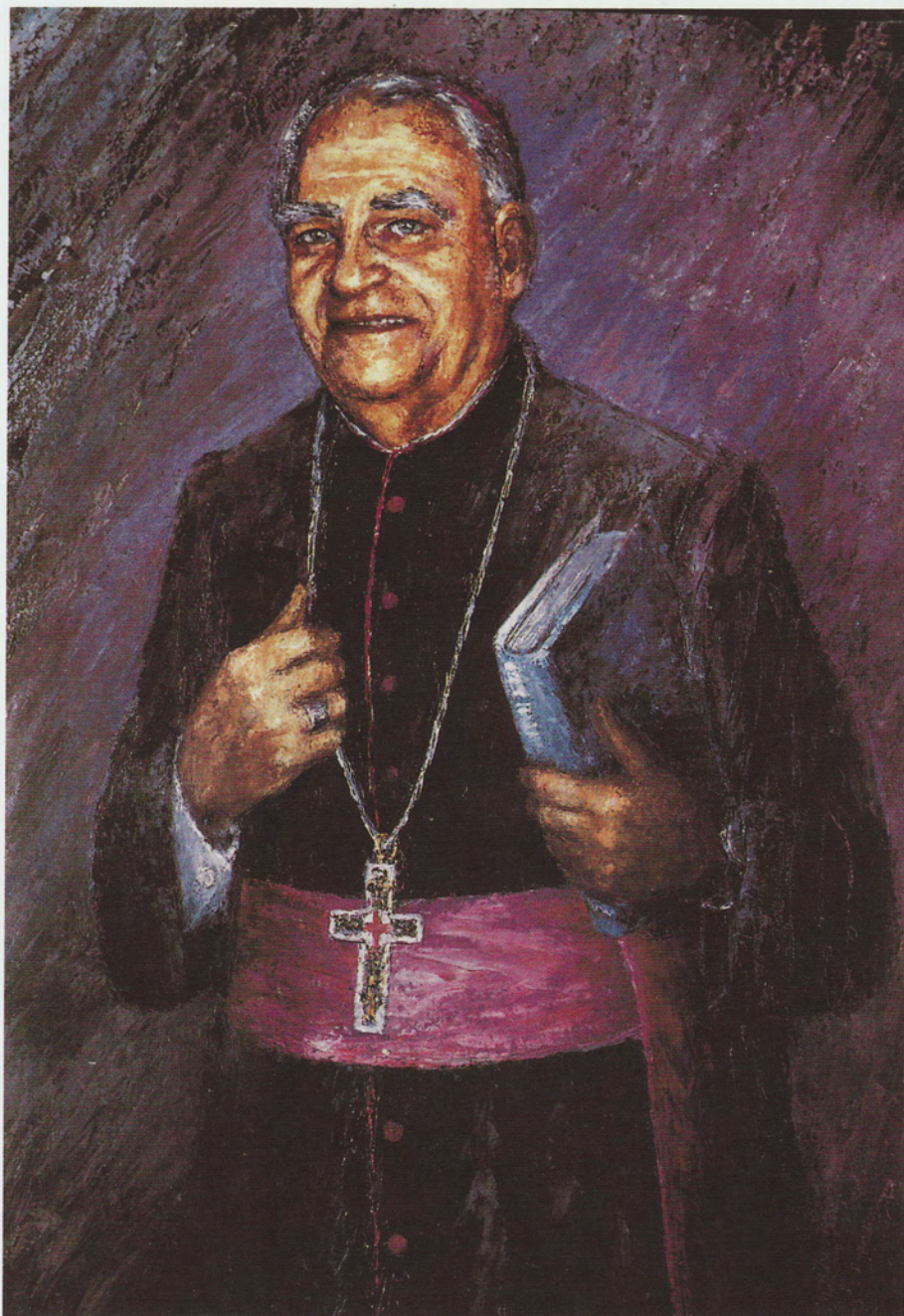
alegría, sobre todo en el momento que comenzaron a servir las copas.

Todo salió bordado, según testimonio de los asistentes, y si añadimos que de este congreso se conservan cuatro tomos de actas, con más de 2000 páginas, no es aventurado deducir que difícilmente se habrá dado en la orden un acontecimiento que dejara tan honda huella como éste.



Relieve de san Bernardo.

Don Ángel Temiño Sáiz



Este sacerdote burgalés que ocupó la sede de Ourense desde 1952 hasta 1988, en que se retiró por razón de la edad marcada en los cánones, se retiró luego a Sarracín, pueblo no distante de Burgos, en el cual pasó sus últimos años entregado al apostolado, pues se encargó de la dirección de la parroquia y se dedicó a escribir trabajos científicos hasta el último momento en que

el cáncer se apoderó de él y le fue minando hasta que su organismo se desmoronó, a pesar de haberle intervenido los médicos. Falleció el 19 de septiembre de 1991.

El motivo de recoger aquí su memoria es por las íntimas relaciones que mantuvo siempre con los monjes, pues le tocó intervenir en algunos acontecimientos que le encomendaron, con mayor o menor acierto. El fue quien presenció la dura crisis que padeció la comunidad en 1960, y el que trató más de una vez con el general del Císter para que volviera a abrirse el monasterio. Tenía dispuesto descansar su último sueño en la catedral ourensana, por eso le trasladaron luego a la capital, donde reposa en la capilla del Sto. Cristo. Presidió el funeral Mñor. Suquía, cardenal arzobispo de Madrid, el cardenal de Toledo don Marcelo González Martín y gran multitud de obispos y sacerdotes. Del monasterio asistieron los padres Plácido y Honorio, abad y prior de la comunidad.

Es normal que la prensa local se ocupó de él en pro y en contra, abundando mucho los pros, ya que su labor al frente de la diócesis, a pesar de los fallos —que no faltaron ni a los santos— su labor fue muy meritoria, la de un verdadero pastor de su grey. Era renombrado teólogo, de los pocos que quedaban en el episcopado, pues a los prelados de los últimos tiempos les ha dado más por la pastoral y otras materias adyacentes, que por

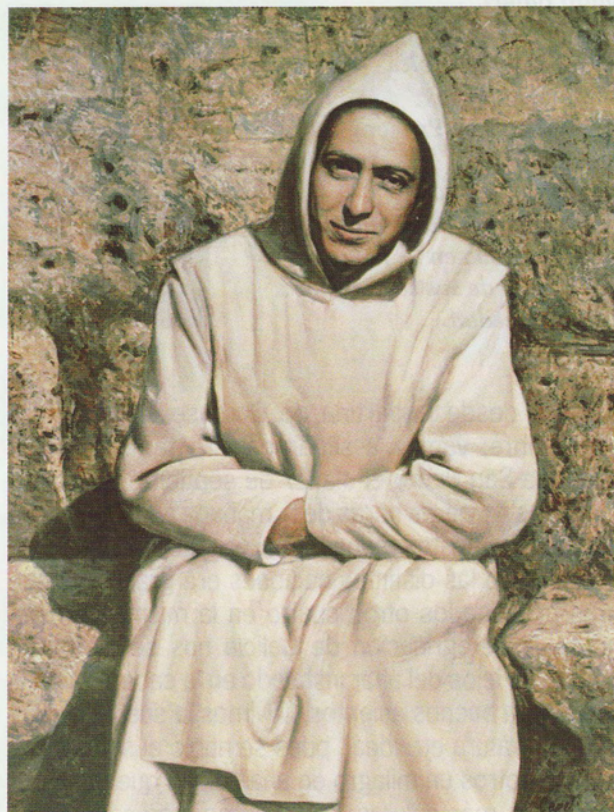
la teología, necesaria para el fomento de la piedad y la defensa de los dogmas contra los enemigos de la Iglesia, que intentan socavarlos con doctrinas perversas. A mi modo de ver no fue tan querido de los ourensanos como él se merecía, por la sencilla razón de que tenía un defecto: era castellano, y esto no les entraba a muchos, siendo así que todos somos hermanos.

El hermano Rafael

A qué viene incluir aquí en esta crónica de Oseira el presente personaje, un monje de nuestros días, casi desconocido, que el 27 de septiembre de 1992 fue sublimado al honor de los altares? Sencillamente, porque se trata de una figura prócer del Císter español —e iba a decir mundial— de todos los tiempos. Y como da la casualidad de que es la primera beatificación de un cisterciense que se da en España en los tiempos modernos, y si añadimos a todo esto el hecho de que se trata de un compañero de noviciado de quien esto escribe, se comprende que le dedique una atención especial, en la esperanza de que sea uno de los apartados más atractivos que puedo ofrecer en el presente escrito.

Comienzo por unas notas biográficas muy escuetas. Nacido en Burgos de familia bien acomodada en 1911, a los pocos años se trasladó la familia a Oviedo donde fijó su residencia. Formado en colegios de la Compañía de Jesús, al terminar el bachillerato fue a Madrid donde estudió Arquitectura hasta el segundo año. Sucedió que por esos años su tío, don Leopoldo Barón, duque de Maqueda, había traducido la obra de un capitán de dragones, francés, titulada *Del Campo de Batalla a la Trapa*¹, y como Rafael había estudiado dibujo, le encomendó uno para colocar al frente de la portada. Realizó con una perfección admirable. La lectura de esta obra le produjo tal impacto, que le faltó tiempo para solicitar una visita a la Trapa de San Isidro de Dueñas (Palencia), quedando prendado de aquella vida, que vio estaba hecha a la medida de su corazón, no parando hasta abrazarla. En enero de 1932 hacía su ingreso en el noviciado, abrazándose generosamente con todas las observancias prescritas. En mayo del mismo año se le declaró una diabetes sacarina, obligándole a salir al mundo para poder recuperarse.

Permaneció en casa de sus padres hasta que se recuperó, volviendo a ingresar, recayendo, volviendo a salir, así hasta cuatro veces. Al fin, un coma diabético cortó el hilo de su vida el 26 de abril de 1938, cuando tenía 27 años, dejando tras de sí una estela admirable de santidad, que fue creciendo cada día a impulsos de sus escritos, que no son otra cosa que unos diarios que escribía en los ratos libres, en los



cuales se advierte una profundidad espiritual de una altura comparable a los místicos más relevantes de los últimos tiempos. Sobre todo, lo que más celebridad le ha dado han sido las veinte cartas que dirigió a su tía doña María del Socorro Osorio de Moscoso, duquesa de Maqueda², en la cual se advierte una doctrina propia de los grandes místicos que se han dado en la Iglesia.

La fama universal que fue adquiriendo a través de sus escritos, hizo tanta mella en las almas, que encomendaron sus problemas a su intercesión ante Dios, y al fin llegó el milagro necesario para introducir el proceso de beatificación en Roma, donde después de una severa comprobación de la realidad de los hechos que se presentaban, se señaló la fecha de su beatificación en el día indicado. De todos los monasterios fueron monjes para asistir a ella. De Sobrado fueron dos, de Oseira tres, entre los cuales tuve la suerte ser contado por los motivos insinuados antes. Nada decimos del viaje accidentado que

1. Esta obra clásica, que ha merecido varias ediciones, la última por "El Monte Carmelo" de Burgos en 1999, es algo que se lee como la novela más apasionante.

2. Es de advertir que esta señora, luego de quedar viuda, hizo su ingreso en 1955 en las carmelitas de la Encarnación de Ávila, donde falleció santamente en 1980.

*Diferentes instantáneas del
santo Rafael.*

1. A los 11 meses.
2. Vestido de tirolés.
3. Con su padre.
4. El día de su Primera
Comunión.
5. Ante su caballete.
6. Estudiante de Arquitectura.
7. De novicio en la Trapa.
8. En una de sus salidas por
enfermedad.



tuvimos desde la partida de Ourense el día 23 de septiembre; vamos a situarnos directamente en la plaza de San Pedro el día 27 de septiembre.

En las primeras horas de la mañana acudimos para ocupar los puestos respectivos, ya que la afluencia de personal de las distintas naciones era grande ya que eran beatificados otros cuatro en la misma ceremonia. A la peregrinación de Galicia nos señalaron un puesto no lejos del altar instalado en la cabecera de la plaza, con buenos asientos. Tuvimos la suerte de que la temperatura era ideal, pues se nubló el sol que fue para nosotros un milagro en una ciudad que pasa por ser de las más calurosas de Europa. Los sacerdotes nos revestimos en la sacristía, para dar la comunión a los asistentes, y nos asignaron el lugar donde debíamos actuar. A las diez hizo su aparición el santo padre Juan Pablo II, quien fue acogido por una salva indecible de aplausos, quizá más de lo ordinario, por ser la primera salida que hacía en público después de la última operación que le habían hecho en julio. La misa de Angelis se desarrolló de manera ordinaria, cantándola la Capilla Sixtina y el pueblo.

Al tiempo de pronunciar el Papa la fórmula definitiva declarando a Rafael beato, y al par que aparecía su efigie en un cuadro suspendido en uno de los balcones de la basílica, toda la inmensa concurrencia prorrumpió en un aplauso ensordecedor que duró largo rato. En los ojos de más de cuatro espectadores brotaron lágrimas incontenibles de emoción. Desde aquel momento, Rafael quedaba sublimado al honor de los altares, se le podía invocar entre los bienaventurados. Lo que hubo a continuación ya pierde interés. La primera misa que se celebró en su honor al día siguiente, en la basílica de Santa María la Mayor, fue presidida por el Cardenal Primado de España, don Marcelo González Martín, quien tuvo una homilía alusiva a la nueva figura de la Iglesia, que le salió bordada.

Una anécdota curiosa. Cuando Rafael estaba en la Trapa, en enfermero tuvo que marchar al frente, por ser los tiempos de la guerra. Se empeñó en que Rafael tenía que suplirle en la enfermería, siendo propio del enfermero poner inyecciones. No quería admitir el nombramiento, poniendo como objeción que él no sabía actuar. Le estuvo dando instrucciones, y cuando creyó que ya estaba dispuesto para empezar a actuar, buscaron un conejito de indias, este pobre cronista, entonces con 17 años.

Me llamaron, y como el médico me había recetado una caja de inyecciones intramusculares, me dijeron que Rafael me iba a poner la primera. Accedí a ello, con no poco miedo, pues en aquellos tiempos todavía no eran muy frecuentes las inyecciones. Me preparé, y cuando ya estaba dispuesto tomó la jeringuilla entre los dedos, fue por detrás y, fue metiendo despacio la aguja, creyendo sin duda que haciéndolo despacio, no me hacía daño. ¡Santo Dios, qué dolor! Nadie se extrañe que le pusiera un hocico bastante feo. Por supuesto, no me volví a poner en sus manos.

Ahora entenderán todos el pie escrito, lleno de realismo, que rodea la estampa de Rafael en la Crónica: "¡Beato Raphael que me jeringaste un día lejano, ¿te acuerdas? Ora pro me pasará que te imite en su amor entrañable a Cristo y a María, la dulce Madre, los amores fundidos en uno solo que anidan en tu pecho en llamas. Estás cerca de Dios. Haz que mi vida sea un enamorado de lo que tú eres maestro: Cristo, sus intereses, su Iglesia, su Madre Santísima en el cielo y en la tierra... las almas".

Quiero añadir que, cuando esto escribo, primeros meses de 2007, se está estudiando en Roma un nuevo milagro necesario para la canonización. Si le da paso el último equipo médico, entonces será canonizado el día que señale el Papa, y se extenderá su culto por el mundo entero.

Museo lapidario

Las obras de restauración llevadas a cabo durante más de treinta años, aportaron una serie de piezas de notable valor artístico, particularmente en piedra, aparecidas en muros o en el pavimento sirviendo de relleno de los claustros.

Hacia 1980, cuando apenas había una tercera parte de ellas, se montó una especie de museo en el salón que sirvió algún tiempo de sala capitular, al convertir en sacristía la que había desde el siglo XIII, conocida vulgarmente como sala de las palmeras. Este pequeño avance de museo notamos que despertó gran interés en los visitantes, por lo que al terminar la remodelación del patio de medallones, el padre Marnotes se decidió a montar otro mucho más completo, en el que se incluirían las últimas piezas halladas en los últimos trabajos llevados a cabo por él. Como el primer local se hacía insuficiente para colocar debidamente ordenadas tantas piezas reunidas, buscó otro más capaz, y puso los ojos en la planta rectangular, cubierto con bóveda de medio cañón, apoyada en tres arcos fajones de sección rectangular.

Su colocación corresponde al sitio del primitivo refectorio de la comunidad, trazado en el siglo XIII que, como saben muy bien los conocedores del Císter, siempre estaba colocado en la parte opuesta del templo, pero no paralelo al claustro, sino perpendicular, con la puerta de acceso desde la mitad de la nave del mediodía de dicho claustro. En Oseira parece que fue una excepción, y aunque no lo he visto confirmado por ningún especialista, siempre he pensado que tal disposición obedece a la gran pendiente que encontraban de hacerlo vertical. Este local fue remodelado en el siglo XVI, como bien se echa de ver en los muros en que aparece, cuando se ideó el refectorio gótico, construido sobre él, y que fue el que usaron los monjes hasta 1835. A ambos lados de los muros internos, aparecen en el interior del local siete nichos con arco de medio punto volteado directamente en las jambas, sin mediar ningún elemento arquitectónico de separación entre el arco y las jambas, perfilándose tanto unos como las otras en arista viva. Este local, con esta serie de nichos podemos afirmar con toda seguridad que en el siglo XVII se destinó para cuadra de los bueyes, y en ellos tenían sus pesebres. Así aparece en el libro de Obras tan mencionado que nadie había leído.

Una vez dispuesto el local, se ideó un trazado sobre la colocación de tantas piezas distintas, a fin de que pudieran ser contempladas por tantos visitantes



El padre Eladino colocando una de las piezas del museo.

como cada año desfilan por nuestro monasterio. En el año 2002, la revista *Porta da Aira* sobre Historia y Arte Ourenseño, dirigida por el grupo *Francisco de Moure*, se publicó un trabajo descriptivo de este museo¹, del cual vamos a ofrecer un resumen:

- a) Nervaduras de diversos tipos, debidamente numerados para orientar al lector.
- b) Claves. En los nichos reseñados antes, va una colección de dieciséis claves, de distinta procedencia y factura. Algunas ostentan caras de personajes un tanto melancólicas cual si fueran almas en pena.

1. D. YÁÑEZ NEIRA, *Museo Lapidario en el Monasterio de Oseira*, en la revista *Porta da Aira*, Diputación de Ourense, 2002, nº 9, pp. 149-156. Advierto que en este trabajo estuve asesorado por mi buen amigo de Vigo, Rafael Tobío Cendón, quien se encargó de catalogar las piezas.



Museo de la piedra.

- c) Capiteles y basas. Algunos, los menos, son románicos. De los otros, diferentes, sólo cito uno que ostenta un ornato de hojas puntiagudas dispuestas en dos órdenes, rematando la parte alta del mismo con un tallo sinuoso. Para evitar confusionismo diré que este capitel no es cisterciense, ni perteneció a Oseira, sino que lo trajo de La Coruña hace más de 30 años, un amigo de la comunidad.
- d) Módulos de conducción de agua. La parte central del museo está ocupada por los dos largas hileras de piedras de cañerías pétreas de conducción de agua y desagües de la misma, con sus correspondientes registros intercalados, dispuestos longitudinalmente. Constan de un largo sillar



Lauda abacial, siglo XIV.

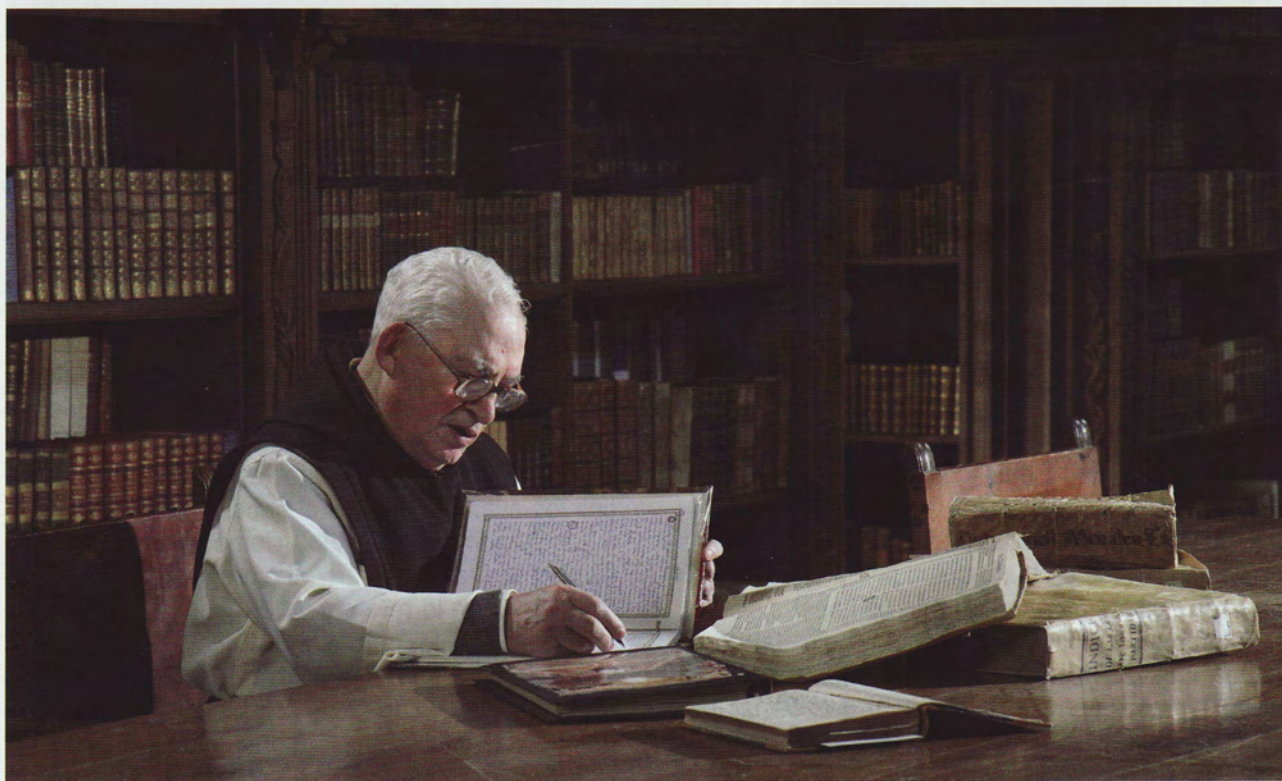
- tosco, perforado por el interior, para poder servir de tubería, unos de hueco estrecho con el fin de aumentar la presión del agua, y otros de desagüe más anchos, por si el agua que se ha utilizado pudiera llevar desperdicios y pudieran obturarse.
- e) Ménsulas policromadas. Se conservan unos cuantos modelos que bien pueden considerarse pedestales de tipo barroco que estuvieron colocados dentro del presbiterio, de frente a cada columna, en las cuales descansaban las columnas del baldaquino construido en el siglo XVII. Al quedar vacías estas ménsulas, por haberse desmontado el baldaquino, las aprovecharon para colocar una serie de grandes imágenes que estaban, distribuidas por dicho baldaquino, del cual había quedado sólo el templete interior, que se suprimió en 1967, lo mismo que dichas ménsulas. Se han conservado solamente tres; las demás se han utilizado en las obras que se construyeron después.
- f) Piletas de credencia. Se conservan tres, correspondientes a otros tantos altares, cuya finalidad era recoger el agua utilizada por el sacerdote en la santa misa al tiempo del lavabo.
- g) Laudas sepulcrales, de las cuales se conservan siete de notable interés. La más antigua, posiblemente del siglo XIII, lleva esculpido en el centro, de forma vertical, un báculo abacial con la rosca perfecta y la mayor parte de la vara, ya que la pieza se halla mutilada. A un lado, de forma también vertical, se lee el nombre del monasterio UR-SARIA, ignorándose por completo de quién pudo ser, pero dado que los abades ordinariamente eran inhumados en el suelo de la sala capitular, sin más distintivo que la lauda con el escudo abacial, en este caso no sabemos que pudiera tener también escudo. Se encontró en el piso del claustro de medallones, con la inscripción en la parte baja. Igualmente aparecieron en la misma forma otras cuatro medias laudas quizá del siglo XIV, una de ellas decorada con seis roeles en perfecto estado, con una inscripción gótica ilegible a ambos lados. La más moderna, de forma cuadrada, lleva esta inscripción grabada: ESTASE'PVLTA ES DE ALº GS DE VLA. EN FTA. I PAGA Mª FANª DE PAN DE RENTA.
- h) Balaustres. Hay recogidos una cantidad enorme de ellos, pertenecientes a diversas escaleras que desaparecieron.
- i) Elementos varios. Fuera de las piezas descritas, hay otra serie de ellas que sería largo reseñar, como por ejemplo: dovelas, león guardián, cabeza de personaje con lengua barba, cabeza de un pontífice con su tiara, estatua mutilada...

El gran libro de Oseira

El 20 de diciembre de 1996, se presentó en Oseira la obra preciosa sobre el monasterio, cuyo origen fue el siguiente. El año anterior se había publicado una obra de gran formato sobre la catedral de Ourense, costeadada por la entonces Caixa Ourense, dirigida por don David Ferrer Garrido, y editada por EDILESA, editorial leonesa que está lanzando unas obras llenas de vistosidad y acierto. Esta de la catedral resultó una maravilla, por su contenido y las preciosas ilustraciones de Mani Moretón, fotógrafo que tenía acaparado, por decirlo así, el director de la Caixa, por la perfección de sus trabajos. Dicha obra

cómo se me ocurrió añadir medio en broma: “A ver, don David, cuándo nos hace algo parecido”. Se quedó un poco pensativo y me contestó. “Ya lo pensaré”. No hubo más sobre el tema.

Pasaron ocho o quince días, cuando una llamada telefónica de don David me sorprendió. Quería hablar conmigo para decirme: “Recuerda lo que me habló días pasados cuando me propuso si podía hacerle un libro sobre el monasterio? Lo he consultado con el consejo de Caixa Ourense y se han pronunciado en sentido favorable; por lo tanto, redacte el texto, y en el momento que lo tenga, me lo trae”. Me llenó

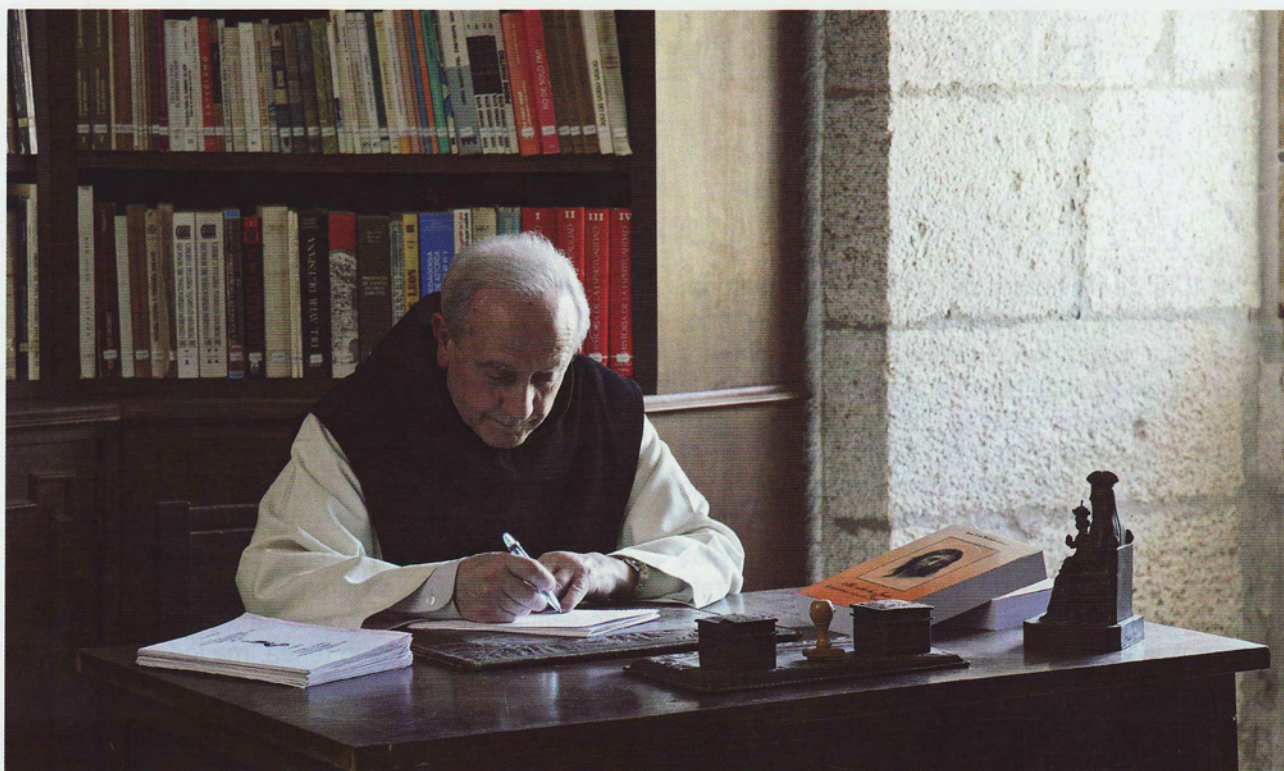


Fray M.º Damián Yáñez Neira, autor de esta crónica y de la mayor parte de los trabajos realizados sobre Oseira en los últimos años; propulsor asimismo de los congresos sobre el Cister, y promotor, a su vez, de san Rafael como nuevo “Patrón de la juventud”.

la regalaron —como todas las que edita— a la comunidad de Oseira. Deseaba yo —como bibliotecario— agradecer personalmente el donativo y aproveché la ocasión un día que vino el señor Ferrer a enseñar el monasterio a unos amigos. Como no estaba el abad, me encargaron a mí para que le supiera. En un momento del recorrido, aproveché para agradecer la preciosa obra sobre la catedral de Ourense y, no sé

de asombro que tomara con tanta seriedad aquello que para mí fue una broma, pensando que nunca un monasterio, por artístico que sea, puede comprarse a una catedral de la calidad de la de Ourense.

Con objeto de que la obra resultara más científica, puesto que estoy poco impuesto en el arte, busqué un compañero experimentado que se encargara de él, don Miguel Ángel González García, archivero



El padre José Luis Santos.

de la catedral de Ourense. Nos pusimos a trabajar, y en pocos meses teníamos redactado el texto de la obra, y se la llevamos al Sr. Ferrer Garrido. Al mismo tiempo acompañamos las ilustraciones necesarias.

Inmediatamente mandaron todo el material a EDILESA, con el ruego de que editaran una obra como la de la catedral de Ourense. Fue una pena que emplearan estos términos “una obra como la de la catedral...” porque de lo contrario, ésta de Oseira hubiera resultado mucho más rica que aquélla, pues históricamente hubiera sido la más completa, después de la de Peralta, por cuanto excedía unas cien páginas más de texto que aquélla. No se contó para ello con los autores, porque de haber insistido, señalando las ventajas de llevarla a cabo tal como estaba ideada, hubiera resultado mucho más rica en contenido. Suprimieron cantidad de noticias históricas que, por lo general, se desconocen. Así y todo, resultó algo más extensa que la de la catedral. Una vez impresa, se buscó una fecha adecuada para presentarla en el mismo monasterio de Oseira. Se programó para el día 20 de diciembre de 1996.

A las diez de la mañana, llegó don David Ferrer, acompañado de algunos miembros de la dirección de la Caixa, además de los informandos de prensa y radio. El propio presidente no quiso invitar a nadie al acto, para que la compraran y sirviera su importe para ayuda de la comunidad. A las 11:30 comenzó el acto en la biblioteca, donde se abrió la caja conteniendo los libros. Quedamos todos admirados de lo artística y primorosa que había resultado la obra. Tan pronto abrí el libro, me fui derecho a la primera pá-

gina donde constaba una dedicatoria obligada a don David Ferrer Garrido, verdadero autor de la obra, y vi que faltaba esa dedicatoria. Callé de momento y comenzó el acto. El primero en hablar fue don David Ferrer, mostrando la satisfacción que sentía de haber puesto en marcha una obra como aquélla. Seguidamente me tocó hablar a mí, y las primeras palabras que dije, fueron éstas: “Estoy admirado del primor con que está realizada esta obra, pero veo en ella una omisión lamentable: Falta la dedicatoria que los autores pusimos al principio, dedicándosela a don David Ferrer Garrido”. Como estaba a mi lado, se apresuró a contestar: “Al entregarme el texto, diciéndome que lo revisara y corrigiera lo que me pareciera superfluo, noté que esa dedicatoria sobraba y la borré”. No hubo posibilidad de poder incluirla de nuevo, por lo que apareció completamente inadvertido el que la había puesto en marcha. Quiero aprovechar para recordar que descubrí pronto otra omisión lamentable. La obra llevaba el título colocado al frente de ella, pero suprimieron el subtítulo puesto por los autores, que fue éste: “Historia y Arte”. Despiste lamentable que cometieron en la imprenta, y que nos desagradó mucho, pues es la única manera de poder diferenciar esta obra de tantas otras como hay ya con ese mismo título: *El Monasterio de Oseira*. Además, definía perfectamente su contenido, y facilitaba el citarla con precisión a la hora de utilizarla para los trabajos. Todos los asistentes al acto ponderaron la obra por la pulcritud y belleza con que está editada, y no digamos las ilustraciones formidables que la hacen atractiva a todo aquel que se acerca a ella.

El nuncio en Oseira

El 23 de enero de 1997, visitó nuestro monasterio Mñor. Lajos Kada, nuncio apostólico del papa, de origen húngaro. Fue recibido por el padre abad, quien le acompañó por todo el monasterio hasta la 1:30 en que se dirigieron al refectorio, donde le esperaba toda la comunidad a quien fue saludando uno por uno. Tuvimos una comida fraterna sin nada especial que la distinguiera de los días de fiesta normales, fuera del acto que tuvimos al final, habiéndosele entregado el libro del monasterio, dos ejemplares, uno para él y otro para el santo padre Juan Pablo II, sugiriéndonos que escribiéramos una carta para el Santo Padre, que se la haría llegar con el libro. Luego de firmar en el álbum de honor, continuaron visitando los lugares hasta las 4:30 en que se despidió camino de León.

El 4 de abril se recibió una carta del Santo Padre, en la cual otorga a la comunidad la Bendición Apostólica. He aquí el texto:



El nuncio apostólico, de origen húngaro, Lajos Kada.

SECRETARÍA DE ESTADO

VATICANO 12/III/ 1997

Reverendo Padre Abad:

Con la presente tengo el gusto de transmitirle las expresiones de gratitud de Su Santidad por el deferente gesto de haberle hecho llegar, por los buenos oficios del Señor Nuncio en España un volumen recientemente publicado sobre ese histórico monasterio cisterciense.

Asimismo me complazco en asegurarle que el Santo Padre aprecia este gesto como expresión de afecto filial y de adhesión al Sucesor de Pedro, al mismo tiempo que eleva su plegaria al Señor para que esa comunidad, fiel a su carisma y a su dilatada historia continúe con renovado espíritu su consagración a Dios, ofreciendo así un singular testimonio de la belleza de Dios ante los hombres de hoy. Con estos sentimientos, e invocando la maternal protección de Santa María, el Sumo Pontífice imparte a todos los hermanos de la comunidad la Bendición Apostólica.

Aprovecho gustoso la oportunidad para manifestarle las seguridades de mi atenta consideración y estima en Cristo.

Firmado: + G.B.Re.
Sustituto.



Taller del hermano Luis, pintor de Oseira.





*El papa Juan Pablo II y el cardenal emérito de Toledo,
D. Marcelo González Martín.*

Una regla de san Benito

Quiero recoger aquí un acontecimiento excepcional de índole distinta. El 23 de junio de 1998, se hizo entrega a la comunidad de una obra digna de especial recordación por su valor histórico y por la generosidad con que el autor estuvo trabajando meses y meses en la elaboración de la misma. Se trata de un ejemplar de la Regla de San Benito elaborada por nuestro entrañable amigo don Trino Martín Molina, natural de Arhaal (Sevilla), quien pasó largas temporadas entre nosotros, y aceptó la feliz idea que le propuso alguien que hiciera un trabajo de la regla de san Benito del mismo estilo que había hecho con unas constituciones de una hermandad sevillana, las cuales resultaron tan preciosas, que al verlas se le ocurrió a un monje pedirle en broma que hiciera algo parecido para Oseira.

La causa motriz fue la siguiente. En el año 1998, IXº centenario de la orden del Císter, se programaron

diez horas sin levantar cabeza. El trabajo fue duro y constante. Lo que más destaca son las orlas a plumilla y a todo color que llevan todas las páginas, con la particularidad de que todas son distintas, y están hechas con una perfección que sólo pueden compararlas los beatos medievales que hicieron los artistas de los monasterios. Lo único que suele llevar es la coincidencia de las páginas izquierda con las de la derecha, para hacerla más elegante por ser ambas de la misma tonalidad. Y como la finalidad de la obra era con destino a los monjes de Oseira, lleva una serie de dibujos a plumilla diseñados por el H. Luis, aunque rematados por el propio miniaturista. Esas imágenes de los fundadores del Císter y de santos relacionados con el monasterio, presididos todos por la que representa en la primera página, la Virgen de la Leche, llevan en el reverso una nota explicativa en honor de quienes no conocen la orden o sus santos. Resumiendo, es una obra primorosa, de inestimable valor, tanto por el significado de la misma, como por la perfección con que está ejecutada. Es de agradecer la generosidad y el cariño con que fue ofrecida a la comunidad por su autor en el presente día. En lo sucesivo, Oseira tendrá ya un ejemplar de la Regla para exponer en circunstancias como la del centenario de la orden. Consta de 98 páginas, tamaño holandesa, que haciendo un cálculo del tiempo que le costó realizara, fueron alrededor de unas 2.000 horas. Al comienzo lleva una ofrenda hecha a Santa María, Reina y Madre de todos los moradores del monasterio; luego otra generosísima hecha a la comunidad, no exigiendo por ella otra paga, sino que roguemos por él al Señor y a la Señora. Estuvieron presentes en el acto de la entrega el padre abad, algunos religiosos y los del noviciado. La entrega la hizo en una bandeja de plata, cubierta con una tela litúrgica de color azul celeste, muy del agrado del autor, devotísimo de santa María.

Huelga decir que constituye una auténtica joya de la comunidad digna de ser custodiada como se guardan las más preciadas prendas. La comunidad, por su parte, queriendo corresponder de alguna manera, le hizo entrega de la carta de hermandad en forma de diploma, dando a entender que si antes estaba unido a nosotros con lazos de amistad, en lo sucesivo queda vinculado por los de hermandad, que es el obsequio más grande que suele hacer con aquellas personas que han hecho algo grande por ella.



varias cosas que se insinuaron a las comunidades. Alguno insinuó que se debería hacer un texto de la Regla, a ser posible una edición de categoría. Como en casa no la había, se le ocurrió a un monje ponerlo en conocimiento de nuestro amigo Trino, y sin pensarlo mucho lo tomó tan a pecho, que a los pocos días estaba ya trabajando en ella. Se le facilitó un texto de la misma, con la traducción algo antigua, la que precede a los Usos de los hermanos conversos, editados hace casi un siglo. Comenzó a trabajar en ella a mediados de 1997, y se entregó a la tarea con tal asiduidad, que trabajaba diariamente de ocho a

IXº centenario del Císter

El año 1998 se cumplía el IXº centenario de aquella singladura excepcional que llevaron a cabo un grupo de monjes fervorosos que, deseando llevar una vida monástica más acorde con el espíritu de la orden benedictina a la que pertenecían, tuvieron el coraje de buscar un lugar alejado del mundo e iniciar allí un estilo de vida cuyo único afán era volver a la observancia primitiva establecida por san Benito, ya que el cambio de los siglos había conducido a los monjes a un estado de flojedad poco acorde con las normas profesadas. Aquel grupito de monjes de selección no buscaban crear una orden nueva, sino sólo volver a las fuentes primitivas de la observancia, pero Dios tenía dispuesto que naciera la orden del Císter, nombre derivado del lugar primitivo escogido para iniciar sus planes, llamado Cîteaux.

Desde hacía varios meses, la orden venía haciendo los preparativos para celebrar tan fausto acontecimiento. La orden entera se vistió de gala, organizando actos de una u otra índole.

Yo quiero referirme sólo a lo que ideamos en Oseira, con algunos amigos del monasterio. La orden entera vibró de entusiasmo, y en todas las naciones se organizaron actos de diversa índole, destacando los congresos nacionales e internacionales, sobre todo, uno a nivel de toda la orden, estrecha y común observancia. Voy a ofrecer aquí unas cuantas noticias relacionados con el que tuvimos nosotros, que creo resultó insuperable, no por la categoría de sus exponentes, que no fueron de primera línea o de vanguardia, a saber, aquellos grandes maestros que atraen la celebridad universal y la atracción de las personas, sino que fueron de menos nombradía, pero el conjunto, el fruto reportado de los trabajos, creo que superó con mucho a los congresos más importantes que se tuvieron en la orden. Pienso que los congresos no han de medirse por la calidad de las personas que intervienen en ellos sino por el fruto que se recoge de los mismos.

A las 9 de la mañana del día 2, comenzaron a congregarse los congresistas en las oficinas de Caixa Ourense, plaza de la Alameda, dando comienzo los actos presididos por las autoridades, como es costumbre, teniendo la lección inaugural el distinguido científico don Antonio Linage Conde, al cual siguieron los demás ponentes y comunicantes hasta la 1:30 en que concluyeron los trabajos y emprendimos la subida a San Francisco donde se tuvo la recepción dada por el Ayuntamiento ourensano, seguida de las viandas que nos sirvió el mismo. A las 4



Cristo de marfil, siglo XVII.

se prosiguieron los trabajos hasta las 8:30 en que se procedió a la inauguración de una exposición municipal bajo el lema *Memoria, Gratitud y Esperanza*, de proporciones modestas, pero con un fondo amplio y catequético, intentando representar en ella el quehacer espiritual y material de la orden, condensado en la célebre frase "Ora et Labora", así como la cultura y el arte difundido por los hijos de san Bernardo. En ella figuraban piezas de valor material y espiritual, entre ellas el Crucifijo de Marfil de Oseira, las mejores obras antiguas de la biblioteca de Oseira, y junto a todas ellas había un cuadro moderno de un santo Cristo pintado por el hoy beato H. Rafael, sobre el cual quiero ofrecer una profunda anécdota.

Lo había pintado a instancias de su tío don Álvaro Barón Torres, caballero de Calatrava y hermano de su madre, poco antes de ingresar por última vez en la Trapa, en diciembre de 1937. Al hacerle entrega del mismo, se echó en sus brazos llorando, contra su costumbre, pues su tío nunca lo había



visto llorar. Dándose cuenta de la lucha que se desarrollaba en su interior, le abordó diciendo: "Con no volver a la Trapa, está todo arreglado". Contestación de Rafael: "No me comprendes". Realmente, don Álvaro no comprendía a su sobrino que hacía aquel enorme sacrificio de dejarlo todo por Cristo para abrazarse con una vida que suponía un sacrificio sobrehumano.

Al día siguiente, por la mañana transcurrieron todos los actos en Ourense, sin nada llamativo hasta la 1:45 en que hubo una recepción en el Liceo. Allí nos encontramos con una serie de mesas puestas, repletas de viandas de diversas especies. Todos nos apoderamos de lo que había en las mesas, no dejando ni rastro, pero como el local tenía piso alto, con mesas llenas de manjares, pasó casi inadvertido, hasta que uno, ya casi al terminar, oyó decir a un conserje: "Arriba se estará mejor". Yo, aficionado a la mística, pensé en el cielo, donde realmente se

está mejor, pero no quería decir eso, sino que en la parte alta del edificio se estaba mejor, porque las mesas estaban repletas. Subimos un grupo de comensales, y como éramos pocos, sobró de todo.

A las 4 de la tarde partimos para San Clodio, donde tuvimos todos los actos en el templo, y al final hubo otra recepción por parte del ayuntamiento, donde teníamos preparada una merienda-cena muy abundante en la fachada del monasterio que duró hasta las 20:30 h en que volvimos a los autocares, encaminándonos toda la concurrencia, más de 200, entre ellos varios prelados, al santuario de Santa María Madre, patrona de Ourense, en el cual se iba a escenificar un trabajo mío titulado *"La Familia que alcanzó a Cristo"*, explicando cómo se las arregló san Bernardo para ir al frente de treinta compañeros al Císter, entre ellos la mayoría de sus hermanos y un tío carnal. Lo ejecutaron magistralmente un grupo de jóvenes que hicieron las delicias de toda la concurrencia. Al final me obligaron a salir al escenario, no sé si para aplaudirme o para tomarme el pelo, que lo llevaba corto. Quizá las dos cosas; sea lo que sea, la que salió ganando fue la Virgen Madre, a cuyos pies ofrecí todos los honores.

El día 5 fue la clausura del Congreso en Oseira, asistiendo a la misa concelebrada, presidida por el señor arzobispo de Santiago, todos los prelados de Galicia y el arzobispo de Braga. Se tuvo el acto de clausura en la sala capitular de arriba, y seguidamente la comida con que se obsequió a todos, compuesta por empanada, pulpo, judías, truchas y pastas de los monasterios de Ferreira, Graefes y Benavente. Se obsequió con el catálogo de la exposición sobre el Císter montada en Ourense y una medalla conmemorativa del Congreso, que completaron la magnífica organización, sin un fallo, a excepción de las "fabes" asturianas que estaban duras como pederal. Al día siguiente nos reunimos los rabadanes no para matar la oveja, sino para hacer la evaluación del Congreso y, sobre todo, para enviar las actas a las benedictinas de Zamora, las cuales las imprimieron en cuatro gruesos volúmenes, que han sido la admiración de los estudiosos. Éste es el mejor fruto del congreso, y la prueba palmaria de que no ha habido ningún otro en el mundo del cual quede una aportación que se le acerque. La mayoría de ellos dejan un tomo no muy grueso.

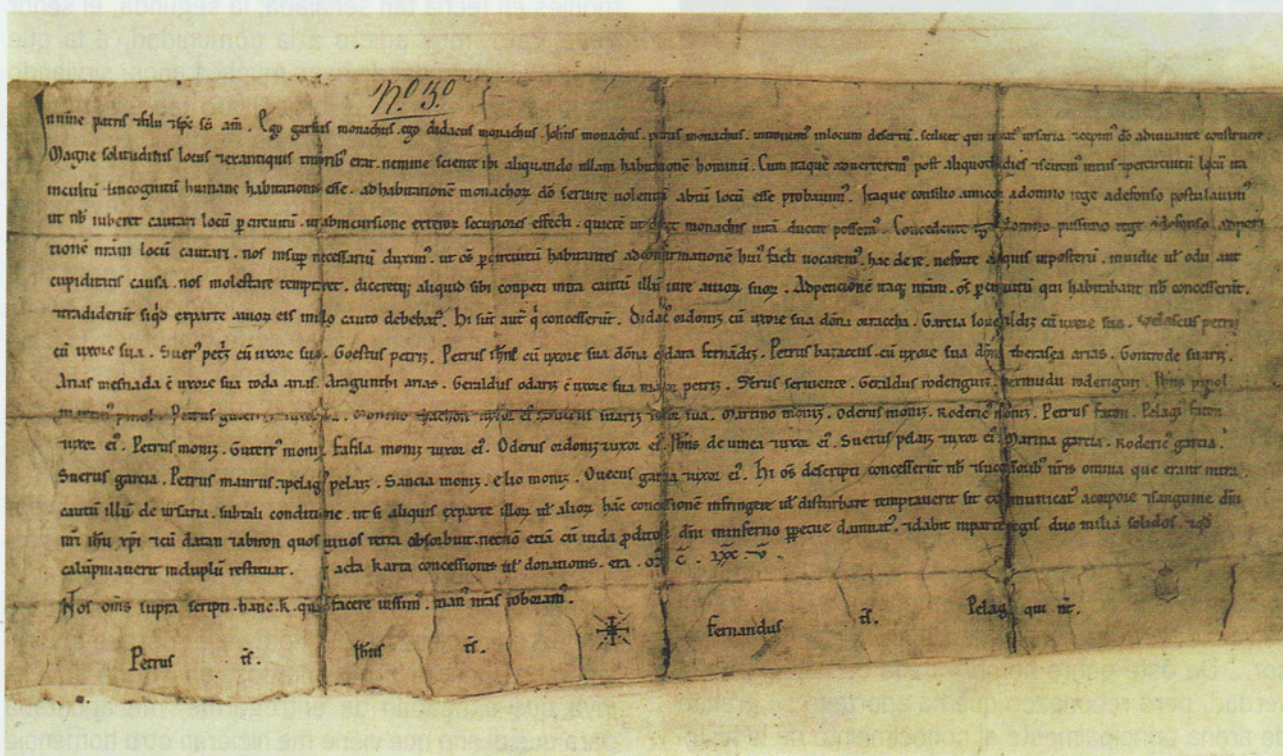
Archiveros de España en Oseira

Quisiera omitir este acontecimiento acaecido en nuestro monasterio, por la sencilla razón de que tengo que aparecer en él como protagonista del mismo, cosa que no me agrada nada, pues la pedantería la tengo metida debajo del zapato porque me desagrada la publicidad. Pero no hay más remedio que dedicarle una atención especial, pues fue un acontecimiento brillante que jamás se ha dado ni se dará en Oseira.

En España funciona un cuerpo denominado *Archiveros de España*, en el cual figuran todos los especialistas en la materia, y celebran su reunión anual

quise darme cuenta, ya estaba todo planeado, y no hubo más remedio que aguantar mecha.

El día señalado para el acto fue el 12 de septiembre por la tarde. Después de comer en algún restaurante, todos se dirigieron al monasterio, más de un centenar, entre los cuales había científicos, con grandes obras que legan a la posteridad. Pasaba de las cinco de la tarde, por lo que apenas pudieron ver la parte artística de la casa, sino que se fueron directamente al salón de actos que habíamos preparado en la capilla de invierno. A esa hora llegaron las autoridades eclesiásticas y civiles. Los obispos de



Acta de fundación de Oseira, año 1137.

en una ciudad. Este año correspondió a Ourense, la sede del mismo, pues uno de los principales directivos es don Miguel Ángel González, archivero de la catedral de la misma ciudad. Como todos los congresos, suele dedicarse un día a visitar un lugar destacado, elegido por algún motivo histórico. Esta vez escogieron Oseira, en razón del monumento, y para rendir —decían— un pequeño homenaje a este pobre archivero que ni tiene carrera archivística ni archivo, a lo sumo una archivito que se halla aún en la lactancia. Lo organizaron a mis espaldas, y cuando

Palencia, Lugo, dimisionario de Tuy-Vigo y el señor arzobispo de Oviedo, administrador apostólico de Ourense, sede vacante que presidiría la misa al terminar los actos. A las 6:30 llegaron las autoridades de la provincia, presididos por el señor Fraga y el presidente de la Diputación, señor Baltar. Nos dirigimos a la sala donde se hallaban reunidos los congresistas que estaban ultimando sus trabajos. Colocados en la presidencia a uno y otro lado de Fraga, abrió la sesión don Miguel Ángel González, quien disertó sobre hagiografía monástica, destacando la actividad de



José Luis Baltar Pumar, presidente de la Diputación de Ourense.

este pobre cronista viejo —camino de ser chocho— quien ha dedicado la mayor parte de su larga vida en dar a conocer tantas vidas de monjes y monjas, particularmente de la orden, y de otros campos. Como somos buenos amigos, se comprende que no iba a hablar mal de esta “pieza”, pero exageró no poco pues estoy convencido de que soy un pobre hombre, que no es lo mismo que un hombre pobre.

Cuando tomo parte en los congresos, me admira que al presentar a los ponentes, de todos ofrecen un resumen de título honorífico: catedrático en tal o cual universidad, doctor en esta o aquella ciencia, profesor... De este pobre hombre nada de nada, y es la verdad, pero reconozco que ha aportado su granito de arena principalmente al conocimiento de la historia del Cister en España, como lo reconocen muchos expertos. Puede ser que lleven alguna razón.

Después habló el presidente de los archiveros de España, el cual agradeció la asistencia del señor Fraga, al que impuso la medalla de plata de la asociación, y luego para que no me entrara pelusa o derramara lágrimas de cocodrilo, me impusieron otra a mí, advirtiéndome que es la primera que gano después de tanto pedalear en la vida.

Siguió lo que más me interesó del acto. Se acercó al micrófono el Sr. Baltar, presidente de la

Diputación, quien disertó lanzando ponderaciones y alabanzas a este pobre archivero, cortas, pero bien dichas, y aquí vino lo mejor: Coronó sus palabras con una sorpresa que no podía ser más impensable: Me hizo entrega de una gran joya, como yo llamo a este tipo de códices, *El Libro de Obras* del monasterio de Oseira, que abarca desde 1747 hasta 1819, que aunque están arrancadas las 29 páginas del principio y otras al final, no deja de ser una alhaja de primer orden, porque en él están detalladamente consignadas todas las obras llevadas a cabo en el monasterio y en sus prioratos durante esos años. Debía comenzar hacia 1738, época en que la Congregación de Castilla salía de una situación profunda que la afectó durante breves años.

En esta devolución de la obra que se hace a los monjes, hay que destacar los nombres de las persona que han intervenido: La principal, el señor Baltar, presidente de la Diputación, que aceptó la propuesta que se le hizo de entregar el códice a los monjes en fecha tan señalada; la segunda, el señor Vega Pato, muy adicto a la comunidad, a la que viene ayudando desde hace muchos años, sirviendo de mediador entre ese organismo tan efectivo de la provincia, de tal suerte, que en cualquier asunto que se presente, es él quien saca las castañas del fuego; la tercera persona que apoyó la devolución fue María Ángeles Fernández, bibliotecaria de la Diputación, la cual, aunque no podía oponerse a la resolución del presidente, si le podía hacer ver la pérdida que suponía sacar de la biblioteca una de las mejores piezas de la misma. Para los tres y alguno más que anduvo por medio, vaya mi sincero agradecimiento.

La sorpresa de este modesto cronista fue tan grande, que se acercó al micrófono para pronunciar unas palabras de agradecimiento que llevaba escritas, pero añadí un exordio que no llevaba preparado, diciendo que si bien hasta última hora me resistía a que se me hiciera ningún homenaje, porque lo consideraba superior a mis méritos, a vista de aquella joya que acababan de entregarme, me apuntaba para que al año que viene me hicieran otro homenaje parecido, con tal que me hicieran otro obsequio idéntico. Ni que decir tiene el aplauso estruendoso que produjeron estas palabras. Terminó el acto académico con unas palabras del señor Fraga, yéndonos después a la iglesia para celebrar la santa misa, que fue en honor de la Santísima Virgen, la cual salió ganando porque, como dije en mis palabras de agradecimiento a los archiveros era mi deseo colocar a los pies de la imagen de la Virgen del Coro que presidía la sala aquellos homenajes, porque era ella quien los merecía.

III Congreso Internacional

Deseábamos poner un colofón digno a los 75 años de estancia de los monjes en Oseira, y lo conseguimos, ideando este congreso, que bien podemos considerar de gran altura, por la multitud de trabajos presentados, algunos de notable mérito, otros más modestos. Quien desee comprobarlo, podrá cerciorarse bien si tiene paciencia para revisar las actas del mismo, en dos tomos magníficos que acaban de llegar, que componen 1500 páginas, con desarrollo de variedad de temas pertenecientes a los monasterios de Galicia, Portugal, antiguo reino de León y Asturias.

Los días escogidos fueron del 22 al 24 de septiembre. Cuando lo ideamos don Miguel Ángel González y yo, en un viaje que realizamos a Portugal en el mes de enero, trazamos el plan a seguir, contando con que una de las secciones, la más importante era el tema mariano. Como el autor de esta crónica había planeado un gran congreso en Fátima hacía unos años, habiendo fallado por las razones que el Señor sabe, quise ahora que sirviera de desagravio a la Señora, con un plan más modesto que entonces, pero digno. Soñaba yo con traer los mejores mariólogos de España y de fuera, pero el presidente de la conferencia regional se negó a prestar su colaboración, y entonces tuve que buscar con la linterna de Diógenes otros especialistas más modestos. Pero resultó que no contábamos ni con una peseta, porque se la tragó el Euro. Me dijo el compañero que acudiera al Sr. Fraga, que entonces presidía los destinos de Galicia. Lo recuerdo bien, le escribí el 17 de enero, y a los ocho o diez días tenía la contestación, aprobando el proyecto y añadiendo que había dado órdenes para que se nos atendiera, como así fue. Asegurada la subvención comenzamos a trabajar en la organización, en cuyo tema no quiero detenerme, tan sólo ofrecer los datos más salientes de su desarrollo.

El 22 de septiembre, se inició el congreso en la Caja de Ahorros, de la plaza de Pontevedra, lugar que nos es bien conocido de otras veces. Se tuvo la conferencia inaugural, a cargo del padre Jesús Marrodán de San Pedro de Cardeña, quien se ofreció a suplir al padre Francisco Rafael Pascual de Cóbreces, el cual a última hora se disculpó diciendo que le era imposible acudir. En vista de ello, accedió el padre Marrodán, disertando sobre un tema mariano que llevaba yo preparado con otros fines, que encajaba perfectamente con el principal de los tres temas del congreso. Trató de las raíces de la Mario-

logía en nuestros padres y en la orden. A continuación hubo una ponencia en portugués que la entendería quien ha mamado ese idioma, que los de habla hispana pocos sacarían fruto. Después vinieron las comunicaciones, hasta las 13:45 que acudimos todos al Liceo, donde tuvimos una recepción dada por el Ayuntamiento, seguida de un vino español, que serviría de comida, pero en realidad fue tan deficiente, que resultó un día de ayuno y abstinencia, y por añadidura tomado de pie, aunque sin bastón en la mano ni hierbas amargas, como dice la Biblia.

A las 16:30 h de nuevo a la tarea, dividida en dos locales para agilizar, hasta las 8 en que nos dirigimos al templo de Santa María Madre, patrona de Ourense, para celebrar la misa en su honor, con melodías en gregoriano, los dos días, rematada con la Salve cisterciense, poniendo en manos de la Virgen todos nuestros afanes y proyectos. Los monjes regresamos a dormir al monasterio, y al día siguiente continuaron los trabajos como el día anterior, hasta la 1:15 en que acudimos a la Catedral a visitar la exposición de arte religioso. Al terminar, fuimos al Liceo para tomar el consabido vino español, obsequio de dicha entidad cultural, pero esta vez no fue de ayuno y abstinencia, sino una comida normal, sentados a la mesa de manera normal.

A las cuatro y media de nuevo a la tarea. Disertaron los dos hermanos Velado, sacerdotes de Astorga, sobre el tema *Riqueza de la doctrina bernardiana en la liturgia actual*. La disertación la hacían alternando: el hermano mayor explicaba correctamente la doctrina, sin emplear ningún apunte, y cada cierto tiempo, para descansar, se paraba, y el otro hermano citaba un retazo escogido de la doctrina del Santo, alusivo a las ideas que acababa de exponer el hermano mayor. Tan magistralmente resultó el tema, que los aplausos fueron incesantes. ¡Una maravilla de disertación! A las ocho, celebramos la misa de la Inmaculada, terminada con la Salve.

El 24, último día del congreso, los monjes que pernoctamos en casa no fuimos a Ourense, sino que aguardamos aquí al resto de congresistas para tener los actos. Primeramente se les enseñó el monasterio, hasta las 11:30 en que se tuvo el acto de clausura, y después nos encaminamos a la iglesia para la santa Misa de la Inmaculada, presidida por D. Julián Barrio, arzobispo de Santiago, acompañado de casi todos los prelados de Galicia y algunos de fuera. A las 2:15 fuimos al hall de la portería, para rendir un modesto homenaje al obispo Cerviño Gon-



La revista Ourense Siglo XXI dedicó un monográfico al Císter en Ourense, a propósito de su III Congreso Internacional.

zález, verdadero salvador de Oseira. Desde hace años, el autor de esta obra venía insistiendo en que se le hiciera un homenaje digno a este prelado, que gracias a él —como hemos insinuado en su biografía— se salvó este monasterio cuando se hallaba abandonado y completamente en ruinas. Al fin llegó la hora de hacer algo por él, aunque bien modesto, cual fue dedicarle una placa a la entrada del monasterio, pero tan raquítica, que sólo los que tengan vista de lince podrán leer en ella esta dedicatoria escrita en gallego:

EN LEMBRANZA DO
Dr. D. FLORENCIO G. CERVÍÑO
IMPULSOR DA RESTAURACIÓN
MONÁSTICA DESTA ABADÍA
NO LXXV ANIVERSARIO.

1930-2005¹.

1. Hemos de advertir que la G. que figura después del nombre del prelado, esta fuera de lugar, porque se apellidaba CERVÍÑO GONZÁLEZ. Fue un despiste que se deslizó involuntariamente. El tamaño de la placa es el admitido por Patrimonio. Se hubiera deseado que fuera más grande para poderla leer fácilmente.

Tras el descubrimiento de la placa emprendimos la marcha hacia el refectorio para tomar una buena refección que sirviera para recobrar fuerzas por tantas energías gastadas en el desarrollo de las ponencias. La refección —costeada por la Diputación— fue suculenta. Eran unos 200 comensales y a todos les debió ir bien, porque al salir del comedor rebosaban de alegría y llevaban las mejillas bien coloraditas. El banquete estuvo remojado con vinos de solera, café y licores variados. Nadie se extrañó que de la panza saliera la danza. A todos se les repartió una preciosa medalla de bronce, conmemorativa del congreso, así como el número 7 de la revista ourensana OURENSE SIGLO XXI que edita la Diputación y dirige la periodista y escritora Magdalena del Amo. El monográfico, espléndidamente ilustrado aporta datos y noticias de lo que fue el Císter en Ourense a través de sus monasterios y de la influencia de los monjes blancos en el desarrollo de la provincia. Todos la recibieron agradecidos. En la misma tarde del 24 se fueron escabullendo casi todos los participantes en el congreso, y los monjes se ocuparon de poner en orden todo cuando había servido para que todos estuvieran cómodos.

Nuevo abad en Oseira

Según las normas establecidas en nuestras reglas, las comunidades cistercienses normalmente son regidas por un superior que se llama *abad*, dignidad que en el derecho se denomina quasi episcopal en el sentido de que tiene algunos atributos propios de los obispos, como es el uso de la mitra, el báculo y algunas ceremonias propias en la santa misa. Es san Benito quien establece esta dignidad, considerando al superior como verdadero padre de los monjes, representante de Cristo, sin cuya autorización no pueden hacer ninguna cosa especial que salga del reglamento establecido.

Oseira fue siempre abadía, desde la lejanía del siglo XII hasta 1835 en que fue suprimido el monasterio por Mendizábal. Habitado nuevamente en 1929, tardó bastantes años en recuperar la dignidad abacial, siendo otorgada por el Capítulo General en 1977. El primero en ostentarla fue el ourensano Plácido González Cacheiro, que permaneció en el cargo hasta cesar a los 75 años, edad reglamentaria prescrita por los cánones. Se eligió para sucederle al padre José Ignacio Méndez García, pero pudo permanecer poco tiempo en el desempeño del cargo, viéndose en la precisión de presentar la renuncia a causa de falta de salud, y entonces la comunidad solicitó un nuevo superior de la casa madre de San Isidro de Dueñas, la cual propuso al padre Juan Javier Hernández Martín, que ya era muy conocido en Oseira, el cual aceptó el encargo y llegó al monasterio el 24 de mayo de 2006, comenzando a gobernar en calidad de *superior ad nutum*, término canónico equivalente a desempeñarlo al arbitrio del abad visitador por espacio de tres años. Como la comunidad le conocía de haber pasado en ella una temporada hacía unos años, fácilmente se integró en ella, gobernándola durante tiempo señalado hasta que cerciorados los monjes de su dinamismo y buen gobierno, manifestaron al visitador el deseo de volver a recuperar la dignidad abacial, como se rigen todas las casas de la orden.

Señalada la fecha de elección, se llevó a cabo por votación secreta, y en pocos momentos resultó elegido como nuevo abad por un período de seis años. Según las normas establecidas, el electo no recibe ninguna manifestación externa de su dignidad antes de que el general de la orden que actualmente es irlandés confirme la elección. El visitador informó al general, quien aprobó la elección y desde aquel momento el padre Juan Javier quedó constituido tercer abad de Oseira después de la reapertura de 1929.



El padre Juan Javier Hernández Martín, nuevo abad de Oseira.

Se reunió el nuevo el capítulo y se hizo la instalación del elegido, prometiéndole los monjes obediencia conforme ordenan nuestras constituciones. Seguidamente, el visitador se presentó al obispo diocesano con el nuevo abad de Oseira y se acordó el día que convenía señalar para recibir la bendición abacial. Ésta se señaló para el 29 de junio de 2009, fiesta de los apóstoles san Pedro y san Pablo. Fue un acontecimiento excepcional que llenó de gozo a toda la comunidad después de los días tristes que había pasado con la pérdida de dos miembros entrañables. Pasamos por alto la hermosa ceremonia señalada para las cinco de la tarde, a la cual se sumaron numerosos sacerdotes seculares y religiosos, y una concurrencia de fieles y autoridades, con una nutrida representación de la villa toledana de Sonseca —patria chica del nuevo abad— presidida por las autoridades civiles y religiosas. Lo más original y llamativo, sobre todo para los extraños a Galicia, fue la asistencia de la banda de gaitas de la Diputación ourensana que, vestida de gran gala, al fin de la ceremonia realizó una hermosa exhibición artística que resultó muy ponderada por todos ellos. Seguidamente toda la concurrencia participó en un ágape fraterno.



Ceremonia de la bendición abacial de D. Juan Javier.





*Diferentes instantáneas
de la ceremonia.*



*Diferentes instantáneas
de la ceremonia.*

IV Congreso sobre el Císter

Este acontecimiento debe su origen embrional a don José Luis Alburquerque Carrera, ingeniero portugués de Obrantes, quien hace un par de años puso en marcha una hermandad portuguesa de amigos del Císter, con sede en Oseira.

Sabedor de que llevábamos muchos años tratando de llevar el Císter a Portugal, con objeto de dar a conocer todo lo posible la orden en aquel país, manifestó deseos de organizar un nuevo congreso sobre la orden en Galicia y Portugal. Me propuso la idea, pero no atreviéndome personalmente a dar un paso por razón de mi edad avanzada, le propuse la idea al nuevo abad de Oseira, dom Juan Javier, el cual aceptó y comenzó a dar los primeros pasos para obtener la financiación del mismo, pues es lo primero que se precisa en los congresos, no sólo para sufragar los gastos que lleva consigo, sino también hay que asegurar la publicación de las actas, porque congreso sin actas, es poco menos que tiempo perdido. No interesa referir las grandes dificultades con que tropezamos para obtener la financiación. El congreso se concretó para los primeros días de octubre de 2009. En Portugal aseguraron luego que no se comprometían a aportar el dinero necesario, a causa de la crisis financiera reinante. En España, cuya situación no era nada halagüeña, la primera impresión no pudo ser más optimista, por parte de las autoridades que gobernaban la autonomía, PSOE y Bloque Nacionalista; pero el panorama se oscureció por completo cuando llegó el cambio de gobierno en la autonomía, que pasó al partido del PP, de signo enteramente contrario, los cuales hallaron las arcas de la economía llenas de agujeros por todas partes. Al fin, los nuevos gobernantes del PP, a pesar del vaciado lastimoso de las arcas, todavía lograron facilitarnos cuanto se necesitaba.

El congreso, iniciado en la Universidad Católica de Braga el 1 de octubre, siguió allí hasta el día 3 en que se trasladó toda la concurrencia hacia el monasterio de Oseira, donde se celebraría la clausura solemne. Al igual de otros congresos¹ se articuló bajo la triple materia, historia, arte y espiritualidad, sin nada de particular fuera de este último término, que llevaría consigo una triple variante:

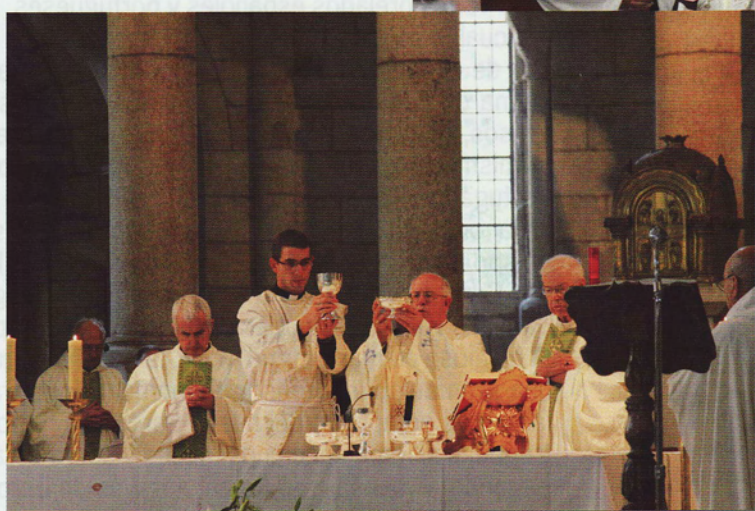
1. Hemos señalado este congreso con numeración de cuarto, pero en realidad es el quinto, ya que el primero que celebramos fue en honor de san Benito en 1981, con motivo del XV centenario de su nacimiento. No solemos citarlo por motivo de que, a pesar de que resultó brillantísimo, tuvimos un fallo tremendo, el no haber tenido en cuenta la impresión de las actas. En los siguientes congresos es lo que primero tenemos en cuenta.



Miguel Ángel González García clausurando el congreso.

- 1ª. Como los mecenas principales para facilitarnos los principales fondos necesarios, era la Dirección General del Plan Xacobeo, programado para el año siguiente, se trató de darle una importancia especial en las exposiciones del congreso.
- 2ª. Como eran las vísperas de la canonización del beato Rafael Arnáiz Barón, el congreso proyectaba de manera especial darlo a conocer en Galicia y el resto de España, pues se trata de una figura próspera en el Catálogo de los Santos, por su santidad de vida y más por el mensaje que dejó escrito.
- 3ª. Al mismo tiempo se trató en este Congreso de promocionar el culto a san Famiano, peregrino alemán que en el siglo XII vivió en Oseira algunos años, pero la mayor parte de su vida, desde los dieciocho hasta los sesenta, los dedicó a peregrinar por Italia, Tierra Santa y la Península Ibérica, ingresando en Oseira en 1142 y permaneciendo aquí unos años hasta que sintió la llamada de Dios a efectuar su última peregrinación que culminó en la ciudad de Gállese, en Italia, donde entregó su espíritu al Señor en medio de asombrosos prodigios que se dignó obrar por medio de él. Tan llamativos fueron, que el papa Adriano IV ordenó que el nombre Quardo que le habían dado cuando su nacimiento, se cambiara por el de Famiano, precisamente por esa fama que le dieron sus milagros.

El congreso resultó concurrido, con una asistencia de unos 160 profesores y asistentes, interviniendo en él varios prelados españoles y portugueses, entre los cuales menciono: Mñor. Eurico, arzobispo emérito de Braga, de quien cabe decir que se lleva la palma de fidelidad en la asistencia a nuestros congresos, pues no falta en ninguno, y en todos resalta la misma ansiedad de ver establecido el Císter en Portugal, tan vinculado a la nacionalidad de su país. Le acompañó el señor Obispo de Oporto, el señor obispo auxiliar de Madrid, Mñor. Juan Antonio Martínez Camino, quien tuvo una brillante oración sagrada de clausura. También merece una mención especial la religiosa alemana Ingrid Mohr, la cual ha adquirido una gran celebridad desde el momento que tradujo las obras completas del nuevo Santo y le fueron entregadas al Papa hace unos meses y ahora está propagando el mensaje de Rafael a través de Europa.



Clausura del Congreso en el monasterio de Oseira

Museo de farmacia

De entre tantos acontecimientos que podría añadir de todos estos años, he aquí el último, aunque sea muy modesto. Sabido es cómo hace unos veinte o treinta años, la Diputación ourensana que tantas pruebas de afecto ha dado a los monjes de Oseira reconociendo con hechos la labor desinteresada que todos han podido ver, devolviendo al monumento su prístina grandeza, devolvió a la comunidad tres docenas de tarros de la antigua farmacia del monasterio que estuvieron recogidos en el antiguo hospital. Lo agradecemos mucho, como es de rigor, a pesar de que alguno se molestó por ese rasgo de devolver a su dueño lo que de alguna manera le perteneció y fue usurpado rodando a otras manos.

En los últimos meses, el abad actual, aconsejado o comentado con algunos amigos del monasterio, trató de que aquel botamen pudiera ser objeto de preparar con él un pequeño museo. El objetivo fue buscar un local adecuado, adecentarlo y buscar el modo de poder colocarlo de manera que se puedan conservar y a la vez admirar por todos. Uno de los amigos que tomaron parte en la realización, se comprometió a encargar la elaboración de una serie de tarros idénticos a un modelo antiguo ya desaparecido, con el escudo del monasterio. También se consiguió un alambique antiguo. Un par de saloncitos existentes debajo de la escalera de honor, pertenecientes a las construcciones del s. XIII, que servían de trasteras, se adecentaron convenientemente por el padre Eladino Marnotes, y en



Botamen del monasterio, de la Real Fábrica de Sargadelos.

ellos se colocaron debidamente todas las piezas reunidas, de tal manera que resultó un museo modesto, pero muy agradable, según testimonio de cuantos lo conocen.



Los viejos libros guardan las fórmulas magistrales de la botica de los monjes.

Canonización del beato Rafael Arnáiz Barón

Cuando estábamos terminando el IV Congreso sobre el Císter en Galicia y Portugal en los primeros días de octubre pasado, los monjes de Oseira estaban haciendo los preparativos para tomar parte en Roma, en un acontecimiento excepcional que marcaría honda huella no solamente en la orden del Císter español, sino también en la Iglesia universal. Se trataba de la canonización o inscripción en el Catálogo de los Santos —el 11 de octubre de 2009— del beato Rafael Arnáiz Barón, monje cisterciense de la abadía de San Isidro de Dueñas (Palencia), casa madre de Oseira, fallecido santamente el 26 de abril de 1938 y beatificado por Juan Pablo II el 27 de septiembre de 1992.



Permítasenos que antes ofrezcamos una breve semblanza de esta figura relevante del Císter español con algunas particularidades aclaratorias que han de agradar a todos. Da la casualidad que se trata de la primera canonización de un cisterciense español en los tiempos modernos, y hasta tal vez no haya habido ninguna con un proceso tan completo y prolongado como éste, que ha tardado en realizarse más de 40 años. Podemos añadir que el nuevo Santo puede ser contado de talla universal, no solamente

por la santidad de vida que consumó en sólo 27 años, sino mucho más por la riqueza fabulosa de sus escritos. Desde el momento que comenzaron a conocerse hace más de medio siglo, se le viene considerando por teólogos ajenos al Císter como uno de los místicos más destacados del siglo XX. A todo esto puedo añadir que Dios me concedió la gran suerte de haber convivido a su lado los cuatro primeros meses de noviciado en la lejanía de 1934. Por eso quiero dedicarle una atención especial, en la esperanza que ha de ser uno de los apartados o párrafos más atractivos que puedo ofrecer en la presente obra escrita con todo cariño por amor a Oseira y al nuevo Santo.

Rafael Arnáiz Barón nació en Burgos el 9 de abril de 1911, de familia hondamente cristiana y muy acomodada. Su padre, ingeniero de Montes, habiendo ascendido a un puesto significado en el escalafón, se trasladó a Oviedo con toda la familia, donde fijó su residencia. Formado en un ambiente familiar muy cristiano, y luego en colegios de la Compañía de Jesús, al finalizar el bachillerato se fue a Madrid para estudiar Arquitectura. Pero sucedió que en esos años un tío suyo, don Leopoldo Barón, duque de Maqueda, tradujo del francés la obra de un capitán de dragones titulada *Del Campo de Batalla a la Trapa*¹, y como Rafael tenía fama de buen dibujante, le rogó que le hiciera la portada del libro. Lo realizó con una perfección admirable. La lectura de aquella obra en que se relata la vida de aquel capitán condecorado por su valentía mostrada en la guerra franco prusiana, cómo renunció a todas las condecoraciones y puestos brillantes que disfrutaba en la milicia, para ingresar de hermano lego en la abadía francesa de Chambarand, le produjo tal impacto, que le faltó tiempo para solicitar una visita a la Trapa de San Isidro de Dueñas, realizada en 1930, quedando tan impresionado del estilo de vida presenciada en los monjes, que la consideró cortada a la medida de su corazón, no parando hasta abrazarla.

En enero de 1934 hacía su ingreso en el noviciado, abrazándose generosamente con todas las observancias austeras prescritas en aquellos tiempos. En sus diarios íntimos de aquellos días que comenzó a escribir por propia iniciativa, diciendo más de una

1. Esta obra clásica, que ha merecido varias ediciones, la última por El Monte Carmelo de Burgos, es algo que se lee como la novela más apasionante.

Canonización

Hno. Rafael Arnáiz

Roma 11 de octubre de 2009

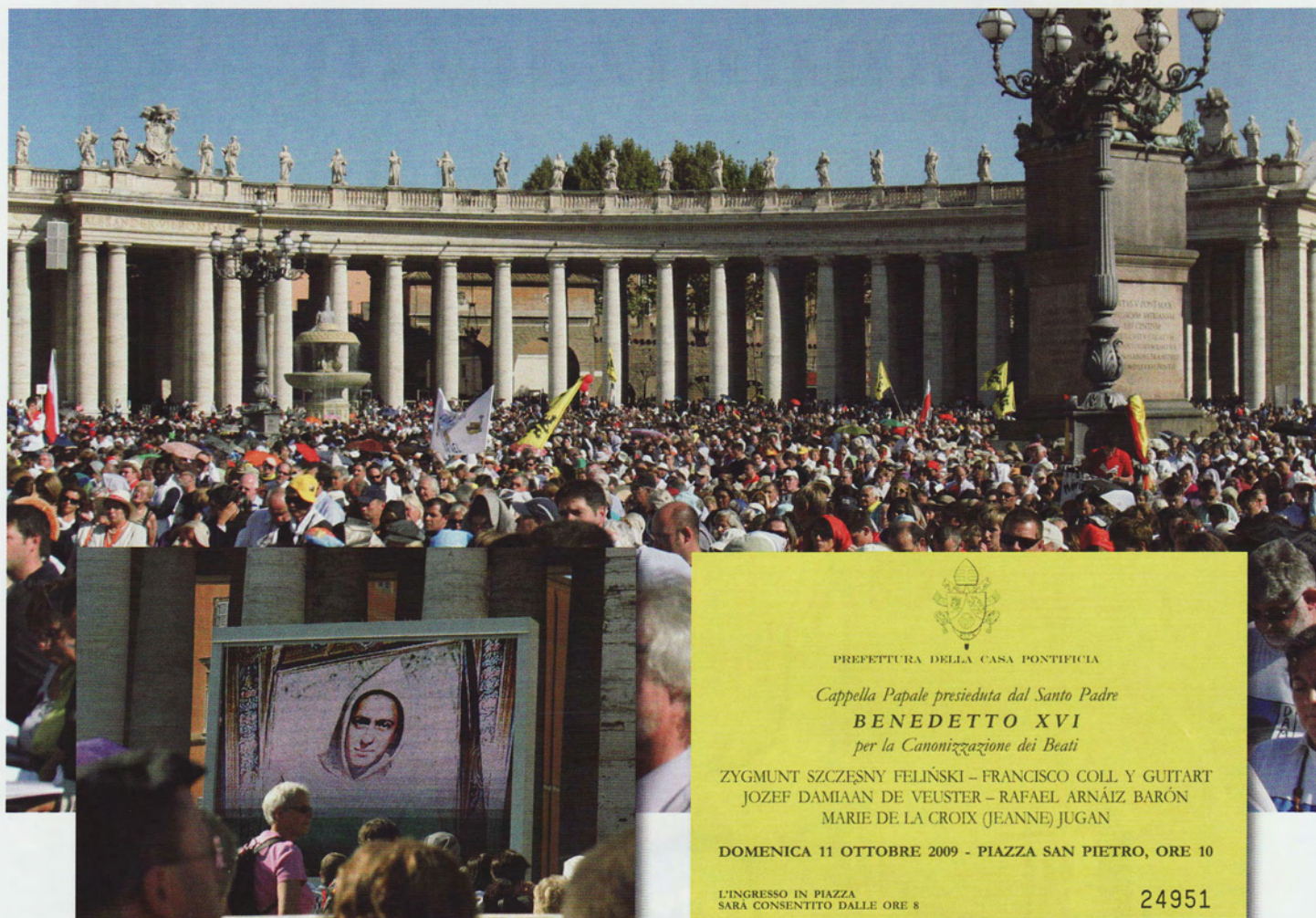


Abadía
San Isidro
Dueñas
www.abadiasanisidro.es

PEREGRINACIÓN OFICIAL A ROMA

vez que era un sistema de oración que hacía con ellos, repite sin cesar que era feliz en medio de aquellas observancias austeras. En mayo del mismo año se le declaró una diabetes sacarina, obligándole a salir al mundo para poder recuperarse. Aquí podría referir cantidad de anécdotas que presencié en él y

que por una gracia inmerecida del cielo las recuerdo perfectamente hoy cuando escribo esto a los 93 años, pero éste no es el lugar. Las tengo diseminadas por diversas obras editadas en "El Monte Carmelo" y en "Perpetuo Socorro" principalmente. Esa felicidad que según sus palabras escritas rebosaba durante




 PREFETTURA DELLA CASA PONTIFICIA
Cappella Papale presieduta dal Santo Padre
BENEDETTO XVI
per la Canonizzazione dei Beati
 ZYGMUNT SZCZESNY FELIŃSKI – FRANCISCO COLL Y GUITART
 JOZEF DAMIAAN DE VEUSTER – RAFAEL ARNÁIZ BARÓN
 MARIE DE LA CROIX (JEANNE) JUGAN
DOMENICA 11 OTTOBRE 2009 - PIAZZA SAN PIETRO, ORE 10
 L'INGRESSO IN PIAZZA
 SARÀ CONSENTITO DALLE ORE 8

24951

los cuatro meses que convivimos juntos, comenzó a marchitarse abiertamente durante el mes de mayo del mismo año 1934 en que había recibido el santo hábito. Soy testigo de ello. ¿Qué sucedió? Sencillamente que ingresó en la Trapa para llevar una vida “sin mirar a los lados”, como con feliz acierto tituló una preciosa biografía sobre nuestro Santo el renombrado escritor Gil de Muro. La diabetes sacarina le acompañaría toda su vida como pesada cruz que el Señor misericordioso ponía sobre sus hombros.

En vano intentaron los superiores tratar por todos los medios de hacer que recobrar aquella salud que reflejaba su rostro a la hora de ingresar en el Císter. Al ver que no se conseguía mejora alguna, los especialistas de mayor categoría buscados se consideraron impotentes de devolverle la salud. Se optó entonces por enviarle a casa de sus padres para ver si en Oviedo podía tener más suerte. Así sucedió. Los solícitos cuidados de la madre y de los especialistas lograron devolverle una salud esperanzadora, pero luego se convencieron de que era imposible; necesitaría cuidados especiales de por vida. Permaneció en casa de sus padres hasta que se recuperó. Volvió a ingresar en el monasterio, recayó otra vez, volvió a salir..., así hasta cuatro veces. Al fin, un coma diabético cortó el hilo de su vida el 26 de abril de 1938, cuando tenía 27 años, dejando tras de sí una estela luminosa de santidad, que fue creciendo cada día, sobre todo, en el momento en que se dieron a conocer sus escritos,

que no son otra cosa que unos diarios que escribía en los ratos libres, en los cuales se advierte una profundidad espiritual de una altura comparable a los místicos más destacados de los últimos tiempos. Sobre todo, lo que más celebridad le han dado han sido las veinte cartas que dirigió a su tía doña María del Socorro Osorio de Moscoso, duquesa de Maqueda², en las cuales se advierte una doctrina propia de los grandes místicos que se han dado en la Iglesia.

En la vida de santa Teresa del Niño Jesús se refiere que la Santa prometió que después de su muerte haría descender una lluvia de favores en favor de aquellas almas que solicitaran su intercesión. Así sucedió. Fueron tantas las gracias derramadas que no tardó en ponerse en marcha el proceso de beatificación que muy pronto culminó en su beatificación, no tardando en ser canonizada. Recientemente ha sido nombrada Doctora de la Iglesia.

Rafael no pronosticó nada parecido para después de su muerte, sino que todo su afán fue tratar de identificarse con Cristo logrando unas cotas tan elevadas como acabamos de reflejar. Cristo se encargó pronto de hacer que las almas sintieran su protección y arrastrara su ejemplo admirable.

2. Es de advertir que esta señora, luego de quedar viuda, hizo su ingreso en 1955 en las carmelitas de la Encarnación de Ávila, donde falleció santamente en 1980.

Quiero cerrar este texto con una gracia realizada con un alma extraordinaria que tuvo mucho que ver con nuestro monasterio de Oseira. El 14 de agosto de 1947, a última hora de la tarde, llegaba Carlos al monasterio de Oseira para dar comienzo a la vida de la Trapa que admiró en fray María Rafael y se sintió atraído para seguir sus pasos. Llegó decidido a seguir de cerca sus huellas, a hacer una entrega total y generosa a Cristo, sin que ninguna prueba, por dura que fuera, le hiciera desistir de continuar en el servicio de Dios. Nos quedan testimonios elocuentes de los sentimientos que anidaban en su alma a poco de ponerse en contacto con aquella vida que tanto le entusiasmaba. Escuchemos sus palabras: "Dejé el mundo para siempre el día 14 de agosto de 1947. Llegué a este bendito monasterio a las 7:30 de la tarde en busca de mi Dios. Verdad es que está en todas partes, pero en su casa se le encuentra mejor; todo está dirigido hacia Él; el silencio, para pensar en Él; el recogimiento, para sentirlo dentro de nosotros mismos, el buen ejemplo y la caridad de nuestros hermanos, para verlo en los demás; la oración en común, en el trabajo, en la mortificación".

El 20 de agosto de 1947, fiesta de san Bernardo, inicia Carlos un cuaderno, trasladando al papel parte de los sentimientos que latían en su pecho al comenzar en Oseira la vida monástica. Había dejado el mundo porque se convenció de que Dios le llamaba al claustro, a la dureza de aquella vida tan opuesta a las inclinaciones naturales del hombre. Los días se deslizaban para Carlos con rapidez vertiginosa. Parece increíble, pero es posible que en ninguna parte haya una sensación de que corren los días con más rapidez como en el Císter. Sin duda, influye notablemente en ello la sabia reglamentación del día entre el canto de las divinas alabanzas, la oración personal, el trabajo manual y la *lectio divina*. La vida del padre Gonzalo, que dejó en el mundo su carrera de abogado, unas oposiciones aprobadas para el ministerio de de Asuntos Exteriores, y un porvenir de color de rosa, se fue perfeccionando día a día, desde el momento que inició el noviciado con aquella seriedad que hemos visto, seriedad que no varió ni un solo ápice, antes halló en él una disposición siempre abierta a superarse más y más cada día en el amor entrañable a Cristo, a la Virgen Madre y a su vocación monástica, perseverando en la fidelidad al mensaje de Rafael, hasta el momento de su prematura muerte el 10 de diciembre de 1963.



Plaza de San Pedro el día de la canonización del beato Rafael.



El abad inaugurando una calle en la localidad de Gallese, en la Toscana (Italia), donde se venera a san Famiano.



El abad recibe la llave de la ciudad.

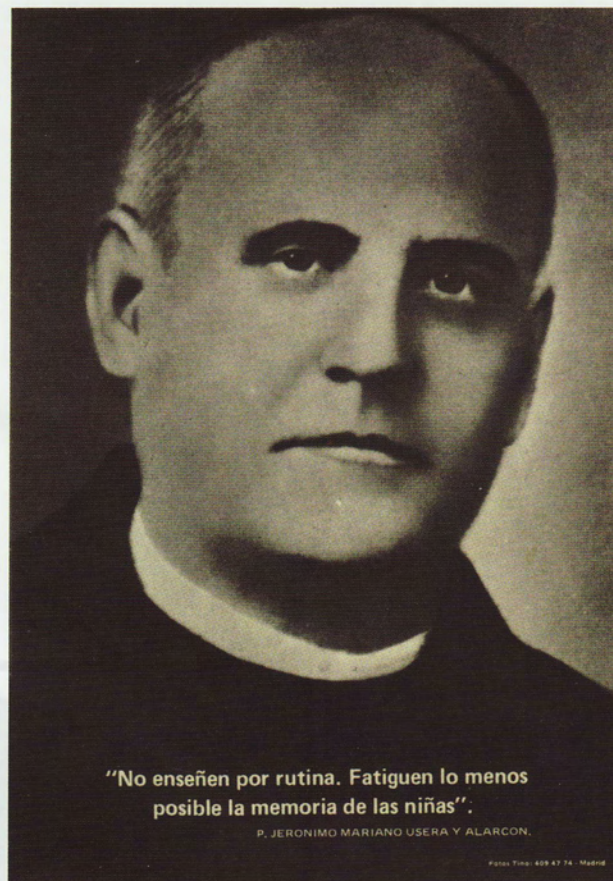
El Padre Usera

Quiero dejar constancia de un hecho que atañe no poco a nuestro monasterio: La participación de quien escribe en la apertura del proceso de beatificación, en Toro (Zamora), del siervo de Dios don Jerónimo Mariano Usera y Alarcón, antiguo monje de Oseira, fundador de las religiosas del Amor de Dios.

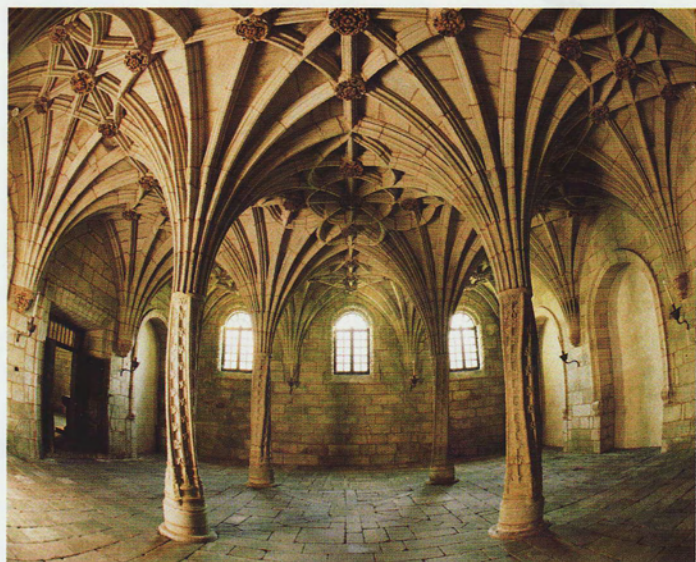
Nacido en Madrid en 1810, a los catorce años ingresó en Oseira en 1824. Hecho el noviciado y habiendo realizado la profesión, le enviaron al año siguiente a Santa María de Meira, más tarde a Villanueva de Oscos, Alcalá y San Martín de Castañeda, donde le sorprendió la desamortización que expulsó a todos los religiosos.

Fray Jerónimo, que poco antes de salir del monasterio se había ordenado sacerdote en Uclés, en vez de regresar a Madrid, se quedó de párroco en la comarca de Sanabria, concretamente en Pedralba de la Pradería, mas viendo que las órdenes religiosas no se reorganizaban, se hizo sacerdote secular, luego misionero de Fernando Poo, hoy llamada Guinea Ecuatorial. Más tarde fue destinado a las Antillas, donde tendría señalado su campo de acción definitiva.

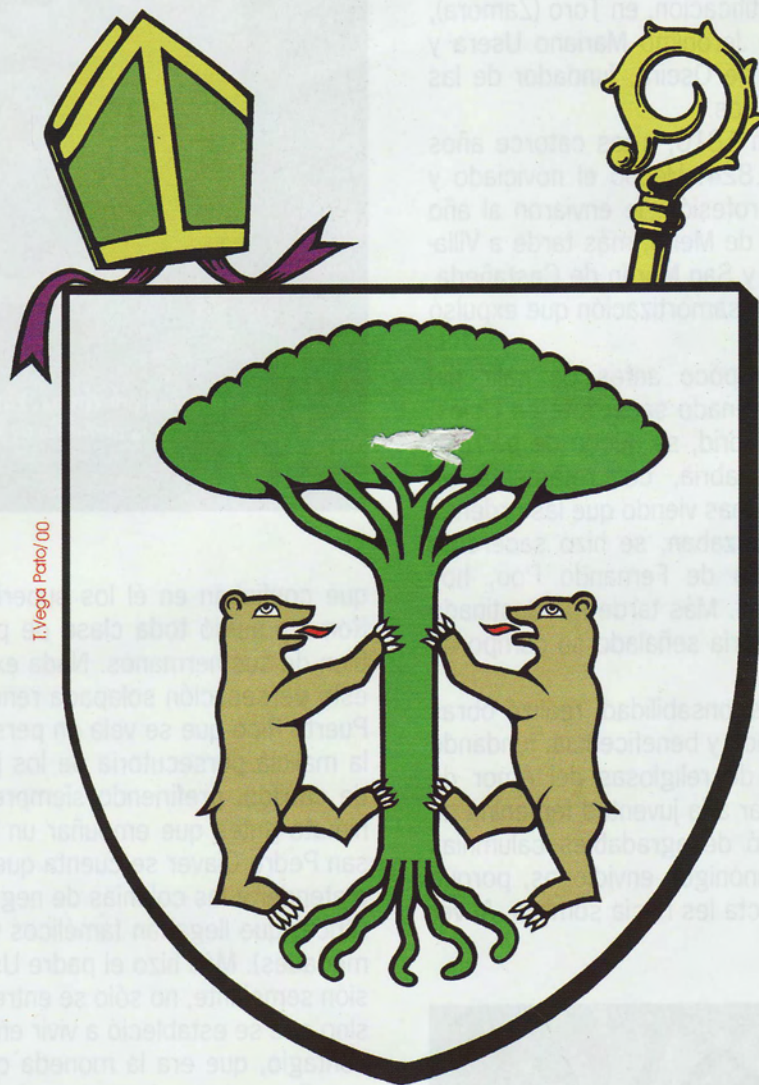
Ocupó cargos de responsabilidad, realizó obras importantes de apostolado y beneficencia, fundando luego la congregación de religiosas del Amor de Dios, con el fin de formar a la juventud femenina de aquellas islas. Allí sufrió desagradables calumnias de parte de algunos canónigos envidiosos, porque veían que con su conducta les hacía sombra. Al ver



que confiaban en él los superiores, le delataron a Roma y sufrió toda clase de persecuciones por el bien de sus hermanos. Nada extraña que a vista de esta persecución solapada renunciara a la mitra de Puerto Rico que se veía en perspectiva, hastiado de la malicia persecutoria de los propios compañeros de cabildo, prefiriendo siempre trabajar en el anonimato antes que empuñar un báculo pastoral. (De san Pedro Claver se cuenta que se entregó de lleno a atender a las colonias de negros, procedentes del África, que llegaban famélicos y con muchas enfermedades). Más hizo el padre Usera que en una ocasión semejante, no sólo se entregó a cuidar de ellos, sino que se estableció a vivir entre ellos sin temor al contagio, que era la moneda con que solían pagar aquellos pobres desamparados. No siendo posible extenderme más, diremos que al fin llegó la última hora el 17 de mayo de 1891, para ese siervo fiel y desprendido de todo lo terreno, sin tener fondos para costearse el funeral, a pesar de haber ocupado los puestos de mayor relieve en aquella iglesia. Su proceso se halla en Roma en espera de que la Santa Sede declare sus virtudes heroicas.



Antigua sala capitular, siglo XV, conocida popularmente como "sala de las palmeras".



T. Vega Pato/00

MONASTERIO DE OSEIRA

Antigua sala capitular, siglo XV, conocida popularmente como "sala de los palanqueros".

DEPUTACIÓN
PROVINCIAL
DE

SEMPRE COA NOSA PROVINCIA



DEPUTACIÓN
PROVINCIAL
DE



DEPUTACIÓN PROVINCIAL
DE OURENSE



ourense

www.turismourense.com

- Patrimonio
- Cultura
- Agua
- Paisaje
- Gastronomía
- Gente
- Silencio

Explora
Ourense

con otra
mirada

... y llénate de Vida !!!



MAGDALENA DEL AMO FERNÁNDEZ

Directora

magdalena@magdalenadelamo.com



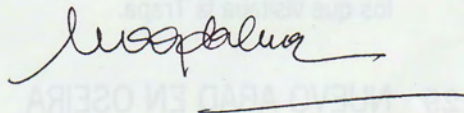
Hace cinco años, la abadía de Oseira celebró sus Bodas de Brillantes de la llegada en 1929 de un pequeño núcleo de monjes exploradores, procedentes de Francia y de algunos monasterios españoles. Pero antes de esta efemérides, ya me había comprometido con el insigne cronista de Oseira, fray M.^a Damián, para sacar a la luz este monográfico homenaje a los monjes restauradores que, a lo largo de los años, tanto han hecho por esta obra de Dios, en cuerpo y alma.

Desde monseñor Cerviño, obispo de Ourense, alma de la restauración y principal impulsor de esta arribada de cistercienses, hasta el último y humilde de los padres y hermanos que fueron pasando por el monasterio, todos dejaron su impronta y fueron llenando el vacío espiritual reinante entre las piedras de un edificio en ruinas y abandonado. El arrojo y la vocación de pobreza, sacrificio y abnegación de estos monjes, se podría decir, sin miedo a caer en la ponderación excesiva, que no tienen parangón. Cuando hace unos días caminaba con el padre M.^a Damián por uno de los claustros, mientras preparábamos este trabajo, recordábamos cuánto frío y penurias habían pasado aquellos primeros monjes, en un edificio sin techo, sin puertas ni ventanas, sin calefacción y con la comida escasa.

Cómo no hablar del primer superior, fray Ildefonso Junqueres; del enigmático Manuel Ball, venido de Oriente; del padre Gonzalo, enamorado del espíritu trapense; del hermano Esteban, tan criticado en su día por su fuente, rehabilitado hoy gracias al verdín, regalo de la madre naturaleza; del padre Lope; del padre Juan M.^a, ese arquitecto sabio a quien consultaban los máximos expertos, y a cuya autoría se debe la bóveda del refectorio, para asombro de todos; o del hermano Pablo, primer cronista, a quien debemos la primera guía sobre Oseira. De todos ellos da el padre M.^a Damián datos, pormenores y anécdotas que no dudo harán la delicia de los lectores.

Y cómo no recordar acontecimientos tan importantes para la comunidad, como los congresos sobre el Císter, la llegada del nuevo abad o la canonización del hermano Rafael Arnáiz Barón, a quien Benedicto XVI inscribió en el Catálogo de los Santos el 11 de octubre de 2009.

Cuando tras recorrer la serpenteante carretera secundaria nos encontramos con el monasterio, es inevitable sentir la emoción que produce en el alma lo grandioso. Y Oseira lo es. Pero además, Oseira es hoy un milagro viviente, y no sólo porque cada piedra está, por fin, colocada en su sitio y cada arco se apoya firme en su capitel. Hoy, el monasterio es un foco de espiritualidad. Cinco novicios jóvenes integrados en la comunidad y un abad de 42 años, justifican sobradamente mis palabras.



SIGLO OURENSE XXI

HOMENAJE A LOS MONJES
RESTAURADORES DE LA ABADÍA DE OSEIRA

AÑO 4
NÚMERO 20

DIRECCIÓN **MAGDALENA DEL AMO FERNÁNDEZ**
SECRETARÍA DE DIRECCIÓN **BELÉN SANTAMARÍA**
REDACCIÓN **EQUIPO OURENSE SIGLO XXI**
COORDINACIÓN **ELENA FERNÁNDEZ**

COLABORA EN ESTE NÚMERO
FRAY M.^a DAMIÁN YAÑEZ NEIRA

FOTOGRAFÍA
MANI MORETÓN
MAGDALENA DEL AMO
Colaboración especial fotografía:
JOSÉ DALAMA

ARCHIVO FOTOGRÁFICO
MONASTERIO DE OSEIRA
OURENSE SIGLO XXI

DISEÑO
OURENSE SIGLO XXI

MAQUETACIÓN
INTERGRAF

IMPRESIÓN
GRÁFICAS VARONA, S.A.

EDICIÓN
DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE OURENSE
www.depourense.es/sigloxxi

Portada: Claustro de los Caballeros. Contraportada: Lauda abacial
Fotos: Mani Moretón/Magdalena del Amo

DEPÓSITO LEGAL: OU. 126-2004

SIGLO OURENSE XXI

HOMENAJE A LOS MONJES RESTAURADORES DE LA ABADÍA DE OSEIRA

AÑO 4
NÚMERO 20

9 DON FLORENCIO CERVIÑO GONZÁLEZ

A este prelado de la Iglesia ourensana se debe la iniciativa de que la abadía de Oseira volviera a ser ocupada por los cistercienses, cosa que consiguió venciendo no pocas dificultades.



9

38 P. GONZALO MARTÍNEZ SUÁREZ

Un hombre excepcional, de fino espíritu, cuya preparación académica y el futuro próspero que le esperaba en el mundo no fueron obstáculo para que abrazara la observancia de la Trapa.



38

106 LA REINA SOFÍA EN OSEIRA

El premio "Europa Nostra" concedido al monasterio de Oseira por el resultado de su modélica restauración fue entregado por la propia reina, Dña. Sofía en un entrañable acto con los monjes.



106

120 HUÉSPED ILUSTRE

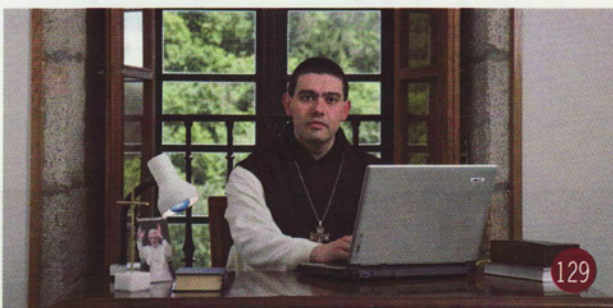
El año 1997 visitó Oseira monseñor Marcelo González Martín, cardenal emérito de Toledo, hombre muy cercano a Juan Pablo II y amigo del Císter desde sus años de seminarista en los que visitaba la Trapa.



120

129 NUEVO ABAD EN OSEIRA

El 24 de mayo de 2006, el padre Juan Javier llega al monasterio de Oseira para gobernarla, siendo muy bien recibido por la comunidad que ya le conocía por haber pasado allí una temporada.



129

136 CANONIZACIÓN DEL BEATO RAFAEL

Beatificado por Juan Pablo II y canonizado por Benedicto XVI, este monje del Císter, de salud quebradiza y muerte prematura a los 27 años, ya ha sido propuesto como "Patrón de la juventud".



136

3 Editorial

6 Oseira, setenta y cinco años de restauración

18 1. Padre Ildefonso Junqueres

21 2. Fray Manuel Ball

24 3. Padre Federico Bonet

25 4. Hermano Fermín Goubert

26 5. Padre Enrique Kunhinmunch

27 6. Hermano Paul Clavier

30 7. Hermano Esteban Chazaly

31 8. Padre Eugenio González Nogueira

32 9. Hermano Domingo G^a Hidalgo

33 10. Hermano Ángel Díez Martínez

35 11. Padre Mauro Guntín Mauriz

36 12. Hermano Eloy Domínguez

37 13. Padre Ernesto Chazalón

44 15. Hermano Pablo García Gorriz

46 16. Hermano Efrén Arce Mata

48 17. Hermano Pedro Nicolás

50 18. Padre Benito Quintas Febreiro

53 19. Padre Juan González Bernárdez

55 20. Hermano Germán Sola Al mau

60 21. Padre Honorio Arce Mata

62 22. Padre Martín García

64 23. Padre Germán Díez Martínez

67 24. Padre Juan María Vázquez Rey

78 25. Padre Lope Nuño Gallas

82 26. Padre David Cabello Caballero

83 27. Padre José Pérez Rodríguez

85 28. Padre Godofredo Carbajosa Fradejas

EFEMÉRIDES NOTABLES

88 Centenario de la muerte de san Bernardo

91 Cambio de paternidad

94 Pequeñas reformas

96 Don Manuel Fraga en Oseira

98 El licor Eucaliptine

99 Graham Greene en Oseira

102 Oseira, nuevamente abadía

103 Centenario de san Benito

105 Monseñor Araújo Iglesias

108 Aniversario del nacimiento de san Bernardo

110 Don Ángel Temiño Sáiz

111 El hermano Rafael

113 Museo lapidario

115 El gran libro de Oseira

117 El nuncio en Oseira

122 Una regla de san Benito

123 IX^o centenario del Císter

125 Archiveros de España en Oseira

127 III Congreso Internacional

133 IV Congreso sobre el Císter

135 Museo de farmacia

140 Coloquio sobre el monacato

141 El padre Usera

La autoría de los textos corresponde íntegramente a
fray M.^a Damián Yáñez Neira, cronista del monasterio de Oseira.

Oseira, setenta y cinco años de restauración

Hace cinco años se cumplieron setenta y cinco años de la arribada a Oseira de un pequeño núcleo de monjes, procedentes de Francia y de algunos monasterios españoles, los cuales el 15 de octubre de 1929 llegaban ilusionados en restaurar las ruinas gigantescas que el abandono y pillaje de 95 años habían conducido al grandioso monumento ourensano a un estado de destrucción lamentable. En un principio, la conmemoración jubilar querían celebrarla los monjes solos en la intimidad, imitando el proceder de cuando se nos otorgó el premio "Europa Nostra" en 1990, que no nos movimos nada para solicitarlo, a pesar de las muchas instancias que nos hicieron diversas personas y organismos públicos. Como se trataba de un premio honorífico, sin la menor subvención económica para continuar la restauración del edificio, no nos entusiasaban apenas los honores: fue la propia Diputación de Ourense la que se encargó de gestionar todos los trámites necesarios para conseguirlo.

En la presente ocasión, el Obispado de Ourense, reconocido a la labor realizada por los monjes, de haber recuperado con su esfuerzo y sacrificio la grandiosidad del monasterio, y agradecido al hecho de contar en la diócesis una comunidad de monjes contemplativos, quería hacerles un homenaje encaminado a manifestar públicamente ese reconocimiento. Entonces fue cuando accedimos los monjes a colaborar con él, organizando el III Congreso sobre el Císter en Galicia y Portugal, encaminado no sólo a seguir ahondando en la historia de un pasado en el que tanto debe Galicia a los cistercienses, sino también para facilitar a los estudiosos un campo propicio de entrenamiento cultural. En resumen, se programaron tres días de reflexión en los que se presentaron ponencias y comunicaciones que fueron desarrolladas por personal especializado, habiendo sido estructurado bajo esta triple temática: Historia, Arte y Espiritualidad.

Esta vez se introdujo una novedad respecto a otros congresos anteriores. Teniendo en cuenta que el año coincidía con el 150 aniversario de la Definición Dogmática del misterio de la Inmaculada Concepción,

todo el tema de espiritualidad se centró en torno a la doctrina mariana, pero con una nueva salvedad: Se procuró ahondar en las íntimas relaciones que han existido desde el siglo XII hasta nuestros días entre la Santísima Virgen y la orden del Císter. El tema era ambicioso y bien poco tratado en España, al igual que fuera de ella. Adelantemos que el Císter, nacido en 1098, el Capítulo General del año 1134 determinó públicamente que todas las iglesias de la orden se consagrasen en honor de santa María. Por eso todos nuestros monasterios llevan antepuesto al nombre propio del lugar donde están situados, el de *Santa María o Nuestra Señora*, por más que para abreviar, en la mayoría de los casos, se suele nombrar solamente el nombre propio del monasterio.

Como tenemos la gran suerte de contar en nuestra familia cisterciense a san Bernardo, abad de Claraval (1090-1163)—precisamente fundador de Oseira y de casi todos los monasterios cistercienses gallegos—, cuya doctrina mariana que nos legó es maravillosa, bien conocida de las almas piadosas, he aquí por qué se intentó en un principio que la espiritualidad de este Congreso versará sólo sobre el Cister y María, o María y el Císter. No está fuera de lugar advertir aquí cómo hace unos años ya se intentó hacer un gran congreso mariano-cisterciense en Fátima, es decir, desarrollar lo que nunca se ha hecho en profundidad. Se quería buscar los mejores especialistas españoles y extranjeros para que presentaran sus trabajos; pero todo fracasó por razones externas que no son del caso referir. Intentamos suplir ahora como pudimos, realizando aquel magno proyecto de una manera más modesta, con personal no tan especializado como se pretendía entonces; a pesar de ello no dejaron de aportarse notables trabajos que han de servir para conocer mejor la notable intervención que los hijos de san Bernardo han tenido en la propagación del culto mariano en España y Portugal.

Galicia puede contarse entre las regiones más entusiastas en la devoción mariana. Quien dude de ello, que se acerque a cualquier santuario mariano el día de su fiesta y verá cómo el pueblo sencillo vibra

FUNDACION,
ANTIGVEDAD,
Y PROGRESSOS DEL
IMPERIAL MONASTERIO DE NUESTRA
Señora de Oñera, de la Orden de Cister.

FRAY TOMAS DE PERALTA, HIJO SVRO,
escriue estas memorias, y las dedica
AL MVY REVERENDO PADRE ABAD.
Monges, y Conuento de dicho Monasterio.



Con licencia, En Madrid, por Melchor Alvarez. Año 1677.



*Iglesia y
monasterio.*

de entusiasmo honrando a la que considera Madre espiritual en sentido pleno. Pienso que esta devoción mariana ejemplar de Galicia, hunde sus raíces, en gran parte, en la influencia que ha tenido en ella el apostolado de los hijos de san Bernardo, durante casi ocho siglos, en los dieciséis monasterios que se alzaban dentro de la región. Además, puedo asegurar que no hay región española más rica en santuarios marianos de influencia cisterciense como Galicia. Es cierto que en las demás regiones de España hay algún que otro santuario mariano, como por ejemplo, Ntra. Señora de Monsalud (Guadalajara), de gran celebridad, y algún otro más o menos devoto, pero en Galicia, fueron los monasterios focos potentes de irradiación mariana, según puede comprobarse, por ejemplo, en Oseira, que habiendo sido expulsados los monjes en 1835, el pueblo sencillo siguió fiel en considerar a Santa María como reina y madre del monasterio y de la parroquia. La preciosa imagen pétrea que preside nuestra iglesia jamás quedó sin fervoroso culto. Como el tema de mi comunicación versó sobre ese culto fervoroso a Santa María, propagado por el Císter, me abstengo de referir aquí los santuarios de influencia ursariense.

Creo que en esta efemérides jubilar no debiera faltar un recuerdo especial para los monjes que desgastaron su vida en la meritoria tarea de devolver a Galicia y España el grandioso monasterio que nos legaron nuestros antepasados. Si hoy Galicia puede gloriarse de tener un monumento que admiran propios y extraños, esto se debe indiscutiblemente a la labor callada, abnegada y entusiasta de los monjes que hoy descansan a la sombra de su magnífica iglesia. La presente obra está encaminada a rendir un pequeño homenaje a cada uno de los que dieron su vida durante los setenta y cinco años. Hace tiempo que deseaba recoger en un trabajo las semblanzas de todos esos monjes que contribuyeron a la restauración del

monasterio, desde la toma de posesión del edificio en 1929 hasta fines del siglo XX, pero sólo lo haremos de quienes se hallan ya en la eternidad. Me parecía un deber de gratitud hacer algo que sirviera de grato recuerdo a todos esos hermanos que dedicaron su pericia y esfuerzo —en mayor o menor grado— a dar vida a las piedras inertes de este edificio que ya sabemos cómo lo encontraron destruido e inhóspito sobre toda ponderación. Creo que la ocasión no puede ser más propicia en estas fechas memorables en que se cumplen sus Bodas de Diamante.

Si Oseira constituye hoy un punto de atracción entre los grandes monumentos artísticos de Galicia —tanto para visitantes españoles como para los que llegan sin cesar de naciones extranjeras— se debe a la labor abnegada y llena de sacrificio del puñado de hombres instalados en Oseira en 1929, y a cuantos continuaron llegando en el correr de los años y que secundaron su tarea, los cuales se comprometieron a devolverlo a su primitiva belleza. Creo que la restauración llevada a cabo en Oseira puede presentarse modélica en su género a la faz del mundo.

En esta pequeña obra recojo solamente los nombres de los monjes que han vivido y trabajado en Oseira de una manera u otra, y descansan aquí sus restos mortales, entre nosotros por haber muerto en los años que ha durado la restauración. Haré una pequeña excepción de algunos que no descansan en Oseira, pero que son dignos de figurar entre los restauradores, por haber trabajado por la casa o dejado en ella honda huella de santidad. Ya lo indicaré cuando llegue la ocasión y los motivos por los que son merecedores de figurar en esta lista de honor dedicada a rememorar su esfuerzo. De otros muchos, de diversos monasterios que pasaron por aquí, haré caso omiso, no porque desestimemos su ayuda generosa, sino porque el Señor no les escogió para que dejaran su vida en la tarea restauradora.

Don Florencio Cerviño González

Alma de la restauración

Me considero obligado a iniciar este trabajo colocando al frente del mismo, la semblanza de este insigne prelado de la Iglesia ourensana, cuyo nombre debe figurar grabado con letras de oro al comienzo de todas las obras históricas que se escriban sobre el monasterio de Oseira, por haber sido el incansable promotor de la reapertura y puesta en marcha de la restauración, logrando traer monjes del Císter a tomar posesión de él, tarea nada fácil. Sirva también de sencillo homenaje de gratitud hacia su persona por las innumerables fatigas que se impuso hasta lograr que los monjes del Císter volvieran de nuevo al monasterio, fundado por sus antepasados, cuando se hallaba en peligro inminente de desaparecer para siempre.



Ilmo y Revdmo. Sr. D. Florencio Cerviño González, obispo de Ourense cuando se inició la restauración del monasterio de Oseira.

El doctor Cerviño González nació en Santa Marina de Areas (Pontevedra), el 7 de noviembre de 1857 en el seno de una familia muy cristiana. Niño despejado y piadoso, al llegar a la juventud, sintió la llamada de Dios hacia el sacerdocio y se presentó en 1874 en el seminario de Tuy donde, tras brillante examen de ingreso, obtuvo una beca de gracia para poder realizar sus estudios sacerdotales, que fueron desarrollándose de manera normal, sin nada especial que merezca consignarse, a no ser su notable aprovechamiento en los mismos, por hallarse dotado de un talento privilegiado y una memoria feliz, condiciones indispensables para asimilar aquellas disciplinas que año tras año fueron formando su recia personalidad.

En 1883 recibió el grado de bachiller en sagrada teología, siendo nombrado profesor de filosofía en el seminario diocesano, recibiendo el presbiterado en 1885. Siguió alternando la docencia con el estudio, cursando dos años de cánones, también con las máximas calificaciones. En 1887 le nombraron profesor de Teología, al par que le confiaron la capellanía del Asilo de Ancianos Desamparados. En 1890 se doctoró en Teología y licenció en Cánones, nombrándosele fiscal del tribunal eclesiástico. Las bellas disposiciones de que estaba adornado, su intachable comportamiento y una laboriosidad constante, le llevarían a triunfar pronto en los diversos cargos del Cabildo. Primero hizo oposiciones a la Magistralía de la diócesis, que obtuvo fácilmente, luego de una brillante competición. "Era el Dr. Cerviño, como todos los ourensanos saben bien, un orador vigoroso, de notables facultades y copiosa doctrina, mostrando un gran conocimiento de la Sagrada Escritura y una frase clara y rotunda".

La piedad y fama de santidad de que estaba revestido, unido a sus profundos conocimientos sacerdotales, no pasaron inadvertidos ante el Nuncio Apostólico, encargado de informar a la Santa Sede sobre los sacerdotes capacitados para promover al episcopado. Fue uno de los candidatos propuestos a Roma, y Benedicto XV —luego de examinar el expe-

diente donde constaba su excelente preparación— le preconizó obispo de Ourense el 7 de marzo de 1921, habiendo sido consagrado en la catedral de Tuy el 27 de diciembre del mismo año, por su gran amigo y obispo de la diócesis, Dr. Lago González, que será sublimado poco después a la archidiócesis compostelana.

OBISPO DE OURENSE

El diario *La Región*, publicaba el 10 de febrero de 1922 una reseña sobre el nuevo prelado, de la que son estas frases: “En verdad puede estar satisfecha la diócesis de Ourense con la adquisición de su nuevo prelado. Es el Sr. Cerviño uno de los más preclaros miembros del clero gallego y llega a la cumbre más alta del sacerdocio, adornado de virtudes y de ciencias. Galano escritor, teólogo profundo y orador elocuente, sabe honrar al clero de Galicia con su trabajo y talento, puestos al servicio de la más sagrada de las causas”. Destaca además otras brillantes dotes: “Poeta de tiernos lirismos ha sido en su juventud. Filósofo consumado y teólogo profundo por sus sermones llenos de elocuencia arrebatadora ha merecido ya desde hace años que se le considere en toda la diócesis como el campeón de la oratoria sagrada. Como polemista, la serie de artículos publicados en *El Eco del Miño*, diario de Tuy, por el año 1879, siendo estudiante de Filosofía, conteniendo con el escritor de Pontevedra Indalecio Armesto, acreditaron ya entonces de consumado filósofo”.

El 1 de enero de 1922 tomó posesión, por poder, el Dr. Cerviño de la sede auriense, representándole en tan solemne acto el deán de la S.I.C. don Anastasio Alonso Flórez, asistiendo al acto todas las autoridades de la ciudad y numeroso concurso de fieles de todas las clases sociales. La entrada en la diócesis se concertó para el día siguiente, 2 de enero, que —al decir de la crónica— “fue solemne, clamorosa, entusiasta. En Tuy era el Dr. Cerviño admirado y queridísimo. No tiene pues, nada de particular que, para acompañarlo a su diócesis, se organizase una numerosísima excursión que llegó a nuestra ciudad en un tren especial de catorce unidades”. Salíó a esperarle en la estación de Ribadavia una comisión del Cabildo. “Cuando el tren especial, adornado con la bandera nacional y la gallega, y los escudos de Ourense, Tuy y Galicia, entró en agujas, resonó una salva de bombas de palenque, y las bandas del Regimiento y municipal comenzaron a tocar la Marcha Real, mientras la multitud prorrumpía en estruendosos aplausos y aclamaciones. Al mismo tiempo, las campanas de todas la iglesias empezaron a repicar alegremente”.

Y comenzó a trabajar el Dr. Cerviño en la viña que el Señor le había confiado, interesándose desde el primer momento por todos los problemas más urgentes de la diócesis. Concretaremos sus activida-



Excmo. Sr. D. Federico Tedeschini, nuncio apostólico de Su Santidad en España.

des volviendo de nuevo al Boletín de la diócesis que informa: “Un pontificado fecundo lo fue y de un modo relevante, el del Dr. D. Florencio Cerviño. Su actividad y celo se desplegó, no solamente en lo que toca a los intereses de la Iglesia, sino también en beneficio de los intereses temporales de la ciudad de Ourense, que le debe incluso importantes mejoras urbanísticas, realizadas unas y otras en vías de inmediata realización. En toda la diócesis se sintió la mano benéfica de nuestro Santo Prelado”.

Respecto a su vida privada, se mostró modélico desde el primer momento: “Se levantaba invariablemente a las cuatro de la madrugada. Desde esa hora, hasta las seis en que decía misa, permanecía de rodillas, en el pavimento, sin reclinatorio, en oración y meditación. Desayunaba a las ocho y luego comenzaba a recibir visitas desde las diez de la mañana. Recibía a todo el que quisiera verle y nunca un sacerdote de fuera de la capital tuvo que quedarse esperando al día siguiente, porque el Prelado no se retiraba a comer hasta después de haber recibido a todos los que esperaran. Por eso, la hora de su comida era lo único irregular que había en su vida, pues vez hubo que no se sentó a la mesa hasta las cuatro y media de la tarde...”.

En los tiempos siguientes al concilio Vaticano II, se habló mucho de una especie de antitestimonio que estaban dando hasta aquel entonces los obispos españoles viviendo en “palacios”, dando un ejemplo poco pastoral a sus súbditos, ora fueran sacerdotes, ora

simples fieles. Por eso, algunos prelados sintieron tan hondo el espíritu de “humildad”, que no pararon hasta salir del palacio episcopal que encontraron en la diócesis para irse a vivir en un pisito como cualquier hijo de vecino. Personalmente respeto tal actitud y no quisiera criticar lo más mínimo a nadie, pero esto no me impide que pueda ofrecer mi opinión sobre tal proceder, comparándole con el de este ilustre prelado que no tuvo reparo en habitar en un “palacio”. Creo sinceramente que tales señores tan “humildes” —que abominasen de los palacios— fueron mucho más listos que los antiguos que vivían en ellos sin escrúpulo alguno, y salieron ganando, pues evitaban congelarse de frío. Nadie duda que es mucho más confortable encerrarse en un piso bien caldeado en invierno —como suelen ser hoy los de las ciudades, aun de la clase humilde— que no habitar en aquellos “palacios” episcopales, con salones por lo general destartados que solían ser todos, o la mayoría, difficilísimos de calentar, a no ser con un presupuesto de muchos millones para carbón u otro combustible. El palacio episcopal de Ourense era en aquellos tiempos, lo que hoy es el Museo Arqueológico, un edificio informe con multitud de salones destartados, apto para que los sabañones hicieran su agosto en los dedos de sus habitantes.

Escuchemos lo que sobre él dejó escrito el inefable Rey Soto: “Tal es el lugar donde vivió el Sr. Cerviño. Sin tertulias, sin lecturas recreativas, sin radio, sin teléfono y casi sin comida. Porque puede decirse que ayunaba perpetuamente. No fumaba, ni tomaba rapé, ni bebía más que agua. Su gran pasión era dar cuanto había a mano. Su única ilusión terrena poder entrar un día, solemnemente en su Catedral por la puerta del Paraíso. Su mayor placer, levantarse a las cuatro de la madrugada y entregarse a la oración esperando a que todos fuesen despertando. Y enseguida la Santa Misa. Después, el trabajo absorbía todas sus horas, calladamente, infatigablemente, humildemente. Así vivió. Y así se durmió en el Señor. Le asaltó el mal, de improviso. Cayó en dulce sopor que duró largas horas. Tuvo momentos de lucidez completa, y significando con expresivos gestos su compunción perfecta y recibiendo fervorosamente los últimos sacramentos. A las seis de la tarde del día 31 de enero de 1941 se dormía plácidamente en el Señor. Conforme a sus deseos, fue inhumado en un sepulcro sencillo, como él había dispuesto, cubierto con una losa, delante de la puerta del Paraíso de la Catedral, que tanto trabajó para que se abriera, y que en realidad no quedarían infructuosos sus desvelos por conseguirlo, porque se abrió hace unos años”¹.

1. En los boletines oficiales de la diócesis de Ourense, de 1922 y 1941, se encuentran datos para ampliar la biografía de este ilustre prelado, y en todos, constan sus luminosas pastorales, que serían dignas de publicar en una obra, no sólo para edificación de las

Dejando a un lado tantísimas obras realizadas en la diócesis auriense por el Dr. Cerviño, aquí sólo vamos a destacar la que más le honra y bendecirán los siglos: La salvación del monasterio de Oseira. Al poco tiempo de tomar posesión de la diócesis en 1922, visitó por primera vez el monasterio —que se hallaba en estado de ruina lamentable— sintiendo el corazón traspasado de dolor, al contemplar tanta grandeza de monumento hundido en las distintas zonas, algunas de extraordinaria belleza arquitectónica, y parte de sus muros arrancados para utilizarlos como cantera para construir casas. Entristecido ante tanta incuria, formó propósito firme de trabajar con todas sus fuerzas para lograr su reapertura², acudiendo a la misma orden cisterciense que había sido la creadora del monumento. La crónica de la casa, escrita por el hermano Pablo García Gorriz³, da cuenta de las gestiones realizadas por el prelado —secundado de un grupo de sacerdotes entusiastas—, no parando hasta convertir en realidad la nada fácil tarea de traer otra vez a los monjes del Cister a instalarse en Oseira.

Copiamos casi literalmente el texto aclarando algunos conceptos. “El Ilmo. Sr. obispo de Ourense, Dr. Cerviño ayudado de su Cabildo catedral, singularmente de los señores don Diego Burgallo Pita y don Juan Domínguez Fontela, canónigos provisor y chantre respectivamente, y de don Ramón Delage, mayordomo del Sr. Obispo, acariciaban con verdadero amor llevar a cabo la restauración de este grandioso monasterio de Oseira. Hacía tiempo que habían hecho las primeras gestiones con la orden del Cister, de la Estrecha Observancia, hasta el punto de que en 1926 hubo cierta probabilidad de instalarse en Oseira la comunidad de Val san José, Getafe (Madrid), la cual deseaba trasladarse a un lugar más sano⁴, y estuvo a punto de hacerlo; pero gestiones hechas por personas navarras significadas ante las altas jerarquías de la orden,

almas, sino también para estudiar y conocer su vasta cultura y honda espiritualidad.

2. Sabía muy bien el prelado que si traía de nuevo a los monjes del Cister, que fueron capaces de crear el monumento, se lograría la restauración total del edificio. En esto fue un verdadero profeta, como lo demuestran los hechos.

3. Este hermano lego, procedente de la abadía de San Isidro de Dueñas, fue uno de los protagonistas que intervinieron en la fundación, habiendo prestado en ella señalados servicios, como hemos de ver. A pesar de su calidad de lego, poseía un grado elevado de cultura, como lo demostró elaborando la primera guía sobre el monasterio, que obtuvo varias ediciones y hoy todavía se busca con ansiedad por los datos que ofrece sobre la orden.

4. Se hallaba instalado el monasterio de Getafe junto al río Manzanares, lugar insano debido a la contaminación de las aguas del río, que si bien para la finca resultaban benéficas en extremo —porque se multiplicaban las cosechas de manera prodigiosa— sin embargo, resultaban de funestas consecuencias para los monjes por la contaminación, ocasionando continuas enfermedades. Se imponía la necesidad de un traslado a otro lugar más sano.

lograron llevar dicha comunidad a la Oliva, Carcastillo (Navarra), donde se encuentra actualmente.

Pero no se desalentó el Dr. Cerviño ante este fracaso más aparente que real, antes siguió rogando en su oración perseverante ante el Señor e insistiendo ante los hombres “para que las paredes de Oseira dejaran de ser asiento del musgo, del liquen y de la yedra, y se convirtiesen en lugar de oración y en monumento grandioso, que atrajese a su querido Ourense al turista amante de la belleza y del arte. Y no habiendo obtenido en España casa alguna que escuchase el paternal llamamiento de nuestro Prelado, tuvo éste que hacer gestiones en Francia”. Envió contacto con dom Agustín Martín, abad del monasterio de Ntra. Sra. de las Nieves (Francia), quien acogió con entusiasmo la solicitud del prelado ourensano, aceptando la fundación de Oseira, presentando el proyecto al capítulo general de la orden en 1928⁵. A su vez exigió el abad algunas particularidades, extractadas por primera vez de los documentos, como eran, el traslado de los oficios parroquiales establecidos en la iglesia del monasterio a otra iglesia del mismo pueblo, la cesión del monasterio a los monjes mientras vivieran en él, así como la utilización de todos los utensilios que se conservaban de los antiguos monjes.

Seguidamente se hicieron los preparativos para el envío de la primera colonia de monjes que tomaría posesión del monasterio. “El día 13 de octubre de 1929 —copiamos de la crónica—, domingo, llegaron al monasterio de San Isidro, de Venta de Baños (Palencia), procedentes de Francia, el citado R.P. Dom Agustín Martín, acompañado del R.P. Ildefonso, y de los HH. Fermín y Paul. Pasaron todo el día en San Isidro, y a las 12 de la noche salieron con dirección a Ourense en el tren exprés de Vigo. “En San Isidro les esperaba el R.P. Domingo, y el hermano Benito, ambos profesos de Viaceli, Cóbreces (Santander), quienes se unieron a la comitiva, y lo mismo el hermano Pablo, profeso del citado monasterio de San Isidro”.

Al llegar los monjes a las diez de la mañana a la estación de término de Ourense, les estaban esperando en el andén una comisión de sacerdotes, formada por el M.I. Sr. D. Diego Bugallo Pita, canónigo provisor, el amable y servicial Mayordomo de S.S.I. D. Ramón Delage y el R.P. Superior de la comunidad de franciscanos, acompañado de otros dos padres, quienes luego de darles “la bienvenida más cordial, afectuosa y entusiasta a todos y cada uno de los religiosos, trasladándose luego en sendos autos al palacio episcopal, donde el Ilmo. Sr. obispo, Dr. D. Florencio Cerviño y González, alma de esta empresa de titanes y de toda obra para la gloria de Dios, les recibió a todos con los brazos



Reverendo padre Agustín Martín, abad mitrado de Nuestra Señora de las Nieves (Francia), que tomó sobre sí el cargo de la restauración del cenobio de Oseira.

abiertos”. “Relatar el gozo que inundaba su alma es tarea superior a las débiles fuerzas del que relata estos hechos, pues ya en el ocaso de los preciados días de tan santo prelado, y todavía en el apogeo de su fecunda labor pastoral, veía realizarse el sueño dorado de la restauración de Oseira, el más hermoso e importante monumento religioso de la cristianísima Ourense”.

“Todos los siete nos sentamos a la mesa amablemente invitados por el virtuosísimo Prelado, a quien vimos ocultar furtivamente alguna lágrima, que en medio de tan santo alborozo le producía la emoción. Como la gallina cobija a sus polluelos, del mismo modo el Sr. Obispo nos albergó y sustentó todo el tiempo que permanecimos en Ourense, pues en palacio durmieron los padres la noche del 14 al 15, y los hermanos pernoctamos en el convento de los PP. franciscanos, porque en palacio no había alojamiento”.

El mismo día 14 por la tarde, el Sr. provisor, juntamente con el Sr. mayordomo y algunos señores de la Diputación, se trasladaron en auto a Oseira, acompañados de dos o tres padres, para anunciar al Sr. párroco D. Esteban Martínez y demás autoridades locales que al día siguiente tomarían posesión los monjes del monasterio, seminario⁶ y finca contigua.

5. Según una nota de la crónica: “La fundación de Oseira fue otorgada en el C.G. de Septiembre del año 1928 a D. Agustín; pero en el C.G. siguiente se acordó la fecha en que había de mandar la primera colonia” (p.3).

6. El cronista titula “seminario” al edificio que se ve contiguo al monasterio, según se penetra en el atrio del monasterio a través del

A horas distintas y en dos coches fueron llegando al monasterio los siete religiosos en la tarde del martes 15 de octubre de 1929. Nada aparatoso hubo en la recepción, pero sí la nota simpática de una dama ourensana, doña Herminia González, hermana política del que hasta ese día había sido dueño de la finca, se personó en Oseira para saludar a los religiosos y dar una limosna para que la primera misa que celebraran los sacerdotes fuera a intención suya, como así lo hicieron. Desahogándose luego la dama con el cronista, le descubrió que así como Ana la profetisa suspiraba por el advenimiento del reino de Israel, y al fin lo consiguió en sus días, de la misma manera ella en sus oraciones, misas, comuniones y actos de piedad gemía en lo hondo de su corazón, pidiendo insistentemente al Sagrado Corazón de Jesús que se dignara traer a los cistercienses. Añadiendo que ya podía morir tranquila, porque Dios acababa de enviar a los que se encargarían de restaurar su casa.

INAUGURACIÓN OFICIAL

El pueblo acogió con verdadero entusiasmo y cariño a los monjes y les ayudaron cuanto pudieron en los primeros momentos. Luego tuvieron ellos que arreglárselas para buscar el sustento, pasando estrecheces económicas inauditas, pues la tierra que circunda el monasterio es pobre, y a mediados de octubre ya no se puede plantar nada que pueda cosecharse en muchos meses. No teniendo fuentes de ingresos para poder vivir, porque entonces no había turismo que ayudara, y por otra parte la casa madre los envió como Cristo a sus apóstoles a convertir al mundo entero —con mucha doctrina salvadora en sus almas, pero con la bolsa vacía—, no tuvieron más remedio que discurrir medios de vida para ganarse el pan de cada día. En medio de esa búsqueda, tuvieron el acierto de poner en marcha esta iniciativa honrosa. Un grupo de monjes decidieron dotar al monasterio de una pequeña



Primeros monjes cistercienses de la comunidad de Oseira.



Comunidad de padres y hermanos de la orden cisterciense, establecida en Oseira en 1929.

reseña monográfica, ya que la historia de Oseira de fray Tomás de Peralta, editada en el siglo XVII, era poco menos que desconocida. Dicha tarea la emprendieron los hermanos Benito y Pablo, logrando hacer la pequeña guía, impresa por primera vez en 1932, que fue muy bien recibida del público y obtuvo varias ediciones. Todavía hoy, al cabo de los años, es buscada con interés por los investigadores, debido a la multitud de noticias que contiene.

La inesperada visita de don Agustín Martín, el 4 de febrero de 1930, la aprovecharon los monjes para viajar a Vigo con objeto de adquirir unas turbinas para producir luz eléctrica. Tan en serio iba la cosa, que el 23 de febrero ya estaban colocados los postes para el tendido eléctrico, dando al paisaje —según el cronista— un aspecto de “país civilizado”. Bien pronto

arco, a mano derecha, construido en el s. XVIII para colegio de niños. Éste fue el primer albergue que tuvieron los monjes fundadores.



Escalera de Honor, siglos XVII y XVIII.





Procesión de la inauguración.

se logró dotar no sólo al monasterio de ese fluido inestimable, sino también hicieron partícipes a los vecinos de la aldea de ese mismo beneficio, digno de admirar en unos tiempos en que la mayoría de los pueblos, incluso de muchos habitantes, no conocían la luz eléctrica.

Se intentó hacer la inauguración oficial del monasterio en los primeros meses de 1930, pero se desistió de ello esperando reforzar la comunidad con



nuevos candidatos. A primeros de junio se inauguró la traída de agua que se elevó hasta el primer piso, dotando la casa de aseos y demás servicios necesarios. En la crónica se especifica el aprovechamiento de las conducciones hechas por los antiguos monjes, si bien dentro del monasterio colocaron tuberías

metálicas⁷, con registros en los lugares estratégicos, uno de ellos en medio del patio de caballeros con vistas a la futura fuente monumental. Los monjes no descansaban. A la par que seguían adecentando la casa y remediando las necesidades más urgentes, montaron un pequeño colegio donde se instruía gratuitamente a los niños de las aldeas próximas. Al mismo tiempo se ponía en marcha una nueva fuente de modestos ingresos, la elaboración del *Aperitivo Oseira*, que obtendría un éxito notable, abriéndose poco a poco paso en el mercado nacional. Cuando en la primavera de 1930 visitó Oseira el Dr. Cerviño, acompañado de don

Pedro Rey Daviña, no sólo encontró la grata sorpresa de ver colocadas puertas y ventanas en la fachada principal, sino que pudo degustar con alegría las primeras copas del *Aperitivo* que le fueron servidas tanto a él como a su acompañante.

En el número extraordinario del Boletín Oficial de la Diócesis, en que se dan cuenta de los actos, se escribieron estas frases: "Llor al Doctor Cerviño. Con letras de oro debe grabarse el magno acontecimiento de hoy en los anales del pontificado ourensano para que las generaciones venideras conozcan y alaben el nombre del obispo ilustre, del hombre bueno, del prelado sabio, de nuestro amadísimo don Florencio Cerviño y González, que con su férrea voluntad, que no sabe amilanarse ante cualquier obstáculo que encuentre, llevó a feliz término la magna empresa, que a otro que no fuera él, hubiera asustado al intentar acometer la restauración de esta gloriosa obra cisterciense, cuyas ruinas hacían llorar a propios y extraños, de esa joya arquitectónica que se llama "Monasterio de Oseira"⁸.

Muchas veces sugerí la conveniencia de rendir un homenaje póstumo al Dr. Cerviño, en agradecimiento a las fatigas y sinsabores que se impuso para lograr dar vida a este monasterio, uno de los monumentos más insignes de Galicia, según lo demuestra la afluencia constante de visitantes, por fin se me hizo caso, como se dirá cuando llegue la ocasión.

7. Estas tuberías metálicas han perdurado hasta 1992 en que se levantaron todas por estar oxidadas de manera considerable, hasta el punto de que en algunos lugares ya perdían agua. En cambio, se conservan intactas, y no ha habido necesidad de tocar para nada, las conducciones de piedra colocadas por los antiguos monjes en el s. XVII, desde el camino que sube a San Martiño hasta el propio manantial, que está a mitad de la montaña, detrás mismo de esta aldea.

8. Véase Boletín Eclesiástico de la Diócesis de Ourense, correspondiente al mes de agosto publicado en 1930, fecha en que se hizo la inauguración oficial del monasterio.



Claustro de los Caballeros, siglo XVIII.

1. Padre Ildefonso Junqueres (1881-1944)

Fue la persona elegida por su abad Martín para presidir el grupo de fundadores llegados a Oseira en la mañana del 15 de octubre de 1929. Nacido en Espira de l'Agli (Francia) en 1881, pertenecía a una familia numerosa, según lo delata el hecho de que se juntaron seis hermanos luchando en la primera guerra europea. Ingresó muy joven en Ntra. Señora de las Nieves donde cursó su carrera eclesiástica, ordenándose sacerdote en 1909. Planeada la fundación de Oseira, el abad escogió a fray Ildefonso como primer superior de la colonia fundadora, cuya inauguración oficial tuvo lugar el 3 de agosto de 1930, en medio de un entusiasmo popular delirante de toda Galicia que estuvo virtualmente presente a los actos, presididos por el nuncio de Su Santidad, Mñor. Federico Tedeschini, arzobispo de Lepanto.

El padre Ildefonso fue el protagonista principal de la puesta en marcha de la comunidad, tarea harto difícil, por la serie de problemas de todo género que suelen surgir en los primeros tiempos de toda fundación, máxime cuando carecían de medios económicos indispensables para hacer frente a la vida, y el edificio no podía estar en peores condiciones para vivir en él, por lo que fueron inauditas las calamidades de todo género que tuvieron que soportar. Sólo un espíritu fuerte y lleno de Dios podía aguantar tantas dificultades como soportó la primera comunidad, cuando se encontró con un edificio completamente en ruinas, sin ayuda de nadie para restaurarlo, y con una economía rayana en la miseria, ya que carecían de fuentes indispensables para sostenerse. A pesar de todo, nada fue capaz de hacerles desistir de su propósito de dar vida a aquellas ruinas gigantescas. A los pocos meses de estancia en el monasterio, los pocos monjes que constituían la primera comunidad se esforzaron en adecentar los patios y pasillos invadidos de maleza, de tal manera que el edificio cambió por completo de aspecto. Como en la comunidad había algunos religiosos especializados en los diversos ramos, se iniciaron las primeras restauraciones de algunos locales, muros y bóvedas, y hasta se construyó una sencilla fuente en el patio de caballeros que aún puede admirarse. Al mismo tiempo emprendieron otros trabajos encaminados a buscar medios de subsistencia.

Escuchemos a un cronista que visitó el monasterio al año siguiente de la inauguración oficial. Después de decir que los esfuerzos realizados por los monjes fueron “titánicos”, y “sin un céntimo de

subvención oficial”, escribe: “Ya tienen montadas turbinas eléctricas que producen fluido eléctrico para alumbrado y fuerza motriz; fábrica de productos lácteos, movida por la misma electricidad, donde halla colocación toda la leche que produce el ganado de los aldeanos... Finalmente acaban de instalar una fábrica de campeon, en la que utilizando los vinos blancos del Ribero, se produce una calidad de vino espumoso que nada tiene que envidiar a las mejores marcas extranjeras”. Advertimos que hicieron partícipes del alumbrado eléctrico a los vecinos de Oseira, dato digno de tenerse en cuenta, puesto que en 1932 serían contadísimas las poblaciones gallegas que disfrutaban de este beneficio tan necesario e incomparable como es la electricidad.

Una de las primeras visitas que tuvieron los monjes recién instalados en el monasterio, fue la de fray Juan R. de Legísima, franciscano que gozaba fama de sabio y escritor notable, natural de esta misma tierra. Ofrecemos su testimonio entusiasta, las ponderaciones que hace ante lo que contemplaron sus ojos en pie, que apenas era nada. “Tiene Oseira para mí —escribe— algo que tiene para pocos: guarda aromas de mi niñez, recuerdos de años inolvidables. El solar de los míos es, puede decirse, Oseira; la parroquia en que los seres que más quiero vieran la luz de la vida y la luz de la fe, era feudo de Oseira... Yo que he visto a Oseira montón informe de ruinas, que hirieran triste y profundamente mi imaginación de niño, ¿qué sentiré hoy tras varios lustros que han pasado sobre mi vida, al volver al viejo solar y contemplar el “milagro” de la restauración? ¡Dios bendiga y la Patria premie a quienes fueron y son los instrumentos de este milagro! (5/IX/1930). ¡Lo que hubiera escrito hoy este ilustre hijo de san Francisco, si llega a contemplar todo el monasterio en pie y restaurado con perfección admirable!

Años difíciles y conflictivos los que al padre Ildefonso le tocó gobernar, porque coincidieron primero con la República —de signo marcadamente agnóstico y persecutorio de toda idea religiosa— y luego con la Guerra Civil. A pesar de ello, haciendo caso omiso del grupo de monjes jóvenes que tuvieron que incorporarse en el Ejército, todo fue paz en el monasterio porque nadie se metía con ellos. Los revolucionarios se dieron cuenta de las estrecheces económicas que envolvía su vida y jamás se metieron con ellos. Las únicas novedades que hubo fueron el haberse instalado en la zona oriental del edificio un reformatorio provincial de niños. Convertido más

tarde en campo de concentración de presos políticos. Éstos quedaron tan agradecidos al buen trato dispensado por los monjes, que dichos reclusos, una vez puestos en libertad, continuarían vinculados a los monjes con gran afecto, y aún puedo añadir que hoy día muchos de sus descendientes siguen manteniendo una gran estima por los monjes de Oseira. No quiero omitir el paso por Oseira de un insigne estadista gallego de talla más que nacional, gran patriota, y hasta pudiéramos llamarle “mártir” de sus esfuerzos por devolver a España la paz, la concordia, la honradez y una apertura manifiesta al verdadero progreso, pues con el advenimiento de la República se abrió una era de verdadero vandalismo, como lo delatan la quema de conventos e iglesias, y los continuos asesinatos cometidos por doquier. Dicho personaje sería víctima de la perfidia de los poderes ocultos, pues se trataba de un hombre en quien tenían cifradas grandes esperanzas no pocos patriotas. Escuchemos su testimonio elocuente grabado en el álbum de honor:

“Incumbe a nuestro siglo —el siglo XX— reparar los destrozos vandálicos perpetrados en el de nuestros mayores —el siglo XIX— a nombre de principios que sólo forjaron la destrucción y la ruina. ¡Loor a estos monjes beneméritos para cuya obra de reconstrucción social, ética, económica, artística, pido a Dios protección incesante, y a mis conciudadanos, cordial solidaridad y celosa colaboración! En la gloriosa Oseira. J. Calvo Sotelo. 14-II-1931”.

En 1936 visitó el monasterio doña Pilar Franco, hermana del general Franco, a la cual se la obsequió —así como a su séquito— con un té. Esta visita dio su resultado: la ampliación de los negocios temporales de una manera imprevista. El secretario particular de la señora, don Constantino Amado, ofreció maquinaria para elaborar queso, que tenía retirada en Puente deume. La comunidad la adquirió por el debido precio e instaló una fábrica en Palas de Rey, colocando al frente de ella a un francés llamado Roger Lavilla. Poco tiempo estuvo funcionando, pues habiendo surgido algunas dificultades, trasladaron la fábrica a Celanova en 1938.

RESTAURACIONES

Aunque el cronista del monasterio de aquellos tiempos, no deja en buen lugar al arquitecto Sr. Ferrant —el primero de quien hay noticia que trabajara en la restauración después de arribar los monjes a Oseira— sin embargo, queremos reivindicarlo de alguna manera, a vista de lo que dejó escrito Policarpo Seisdedos, en el diario GALICIA, correspondiente al 30-X-1932, o sea, dos años exactos después de la llegada de los monjes, quien nos ofrece un concepto enteramente distinto, ponderándole no poco, al escribir lo siguiente: “Tras penosa labor realizada a

costa de esfuerzos prolongados, venciendo dificultades técnicas y económicas, consiguió aislar del ábside las antiestéticas construcciones del siglo XVII. Se cortó a pico una enorme bóveda, se quitaron tejados, se destruyeron muros, y aparecieron los hermosos ventanales y la capilla medieval, genuinamente cistercienses. A estas restauraciones hay que añadir la de la capilla primitiva, tan característica en los cenobios cistercienses, y de la cual tantos elogios se han hecho todo el verano. Esta capilla se demolió por mitad desde el vértice de su bóveda, pieza a pieza, numerándolas todas, sosteniendo con matemático y sólido andamiaje la mitad que restaba en pie, y volviéndola a montar como si se tratara del rompecabezas científico destinado a la instrucción de los niños. Buena parte cabe aquí al que en nuestra jerga amistosa llamamos “el coadjutor del señor Ferrant”, al laborioso don José Gago Silva, ejecutor inteligente del arquitecto oficial”.

El cronista del monasterio habla de que el impulso mayor de las restauraciones se dio el año 1937, explicando cómo sucedió: “En tiempo de la República el secretario del Gobierno Civil de Ourense, don Faustino Santalices, hombre muy capacitado en su profesión, artista de las letras y de la música, gran conocedor de los hombres, gran amigo de casa, solía venir de visita con los gobernadores, a quienes manejaba muy dignamente... Los que seguían sus indicaciones, salían airoso en su cometido, y los que no las seguían fracasaban estrepitosamente, pues no podían conocer ni los hombres ni las características de la provincia de Ourense, como a unos y a otros conocía el inteligente secretario. El hecho es que el último gobernador republicano de Ourense, don Miguel Carrascosa, alicantino, se encariñó con nosotros y con el monasterio, porque él era terreno abonado, y porque Santalices lo preparaba muy bien. Merendó el gobernador y el secretario con los amigos aquí una tarde de invierno, y concibió Santalices la idea de establecer en las paredes ruinosas del monasterio un reformatorio para niños abandonados de la provincia, cuya idea había expuesto al gobernador antes de venir a merendar. Esto sería por enero o febrero del año 1936.

El gobernador hizo suyo el proyecto y se interesó. Prometía que iría a Madrid y recabaría fondos del Gobierno para realizar el proyecto; pero antes necesitaba saber la cantidad necesaria de pesetas que costaría la obra. Nunca pensamos que ésta se haría, ya que el Gobierno republicano tenía hartos en qué invertir los fondos de la nación creando enchufes. Pero en nuestro afán de complacer a las autoridades civiles, el hermano Paul calculó en 200.000 Pesetas. el coste de las obras, y yo hice un esquema del plano de los locales que, de acuerdo con el padre Superior nos parecieron más idóneos, atendidas todas las circunstancias y la disposición de los lugares...

Como gobernador militar fue designado en Ourense D. Luis Rodríguez Soto, hombre decidido, quien el 11 de noviembre de 1936 mandó aquí unos 50 presos políticos, todos ellos de los arrabales y pueblos cercanos a Ourense. Les atendíamos, administrábamos y cuidábamos y, en general, todos se portaron bien. Fundada por el mismo gobernador militar la Junta Provincial de Acción Social, se creó un sello obligatorio de 10 céntimos para la correspondencia, telegramas, giros y, en fin, para reintegro suplementario de toda clase de documentos comerciales, públicos y privados. Ese sello rendía 1500 pesetas diarias, las que bien administradas por la referida Junta dieron fondos para los comedores de caridad que comenzaron entonces a funcionar en Ourense y para las restauraciones de Oseira.

Fue nombrado presidente de la Junta don Alberto Stampa y vocal don Celso de la Torre. El primero era juez de 1ª instancia e instrucción y el segundo abogado del Estado. Iniciado el funcionamiento de la Junta, un buen día creo del otoño de 1936, aparecieron aquí el Sr. Stampa y el comandante Ceano, quienes venían a proponer y decididos a realizar las obras para la instauración del reformatorio de menores, de acuerdo con los documentos, plano y presupuesto que habían aparecido en el Gobierno Civil de Ourense, y que el citado gobernador militar don Luis Rodríguez Soto quería realizar a todo trance. Para el padre Superior fue una sorpresa tal noticia, pero como los militares “ordenan y mandan”, hicieron lo que se habían propuesto. En diciembre de 1936 y todo el año 1937 estuvieron trabajando los citados presos políticos, que restauraron la biblioteca y claustro de frente a ella con las habitaciones contiguas, que se destinaron al reformatorio de menores, el cual comenzó a funcionar el mismo año.

En octubre de 1940 regresaba a San Isidro, su casa de origen, el hermano Pablo García, uno de los fundadores del monasterio en 1929, quien igualmente prestó señalados servicios a Oseira, uno de ellos, la elaboración de la primera guía del monasterio, en 1932. Como fue un hermano que trabajó lo indecible por Oseira en la época difícil de la reapertura, ofreceremos más adelante breves datos sobre su persona. A él debemos la crónica llena de detalles pintorescos sobre el viaje e instalación de los monjes entre ruinas, así como la manera cómo se desenvolvió la pequeña comunidad en medio de grandes dificultades económicas de todo género, no omitiendo a veces algunos detalles chispeantes que hacen amena su lectura.

El padre Ildefonso perseveró al frente de la comunidad hasta el 19 de julio de 1944 en que, una pequeña indisposición, acabó con su vida en breve tiempo. Falleció en la paz de los justos, dejando

tras de sí una estela luminosa de hombre virtuoso, paciente, lleno de Dios, incapaz de hacer mal, un verdadero padre de sus monjes. No se equivocaron los superiores al escogerle para llevar a cabo esta empresa gigantesca.

En el tomo VI de la Crónica de Oseira, p. 104, podrá ver el lector una anécdota curiosa que alude al padre Ildefonso. Se refiere a los primeros tiempos de cuando él llegó a Oseira y encontró el monasterio en la situación que ya conocemos. Como el edificio estaba abandonado y sin puertas, sucedió que el pueblo se encargó de darle utilidad en algún sentido, instalando en el patio de caballeros una especie de mercado o feria, y a pesar de haberse instalado en él los monjes y constituía una molestia desagradable, los vecinos continuaron celebrando su feria en el patio los días de costumbre, no sirviendo de nada las peticiones de que cambiaran aquella feria a otro sitio. Al ver que no surtían efecto los ruegos, el padre Junqueres discurrió un medio que surtió fácilmente el fruto deseado. Como sabía que había cierto individuo que mantenía la costumbre de manera caciquil, se le ocurrió al Padre ganarle, ¿de qué manera? Mandó cortar una buena bandeja de las fresas más lucidas de la huerta, las cubrió con un mantel agradable, y se las mandó sin más al señor Aquilino, que era el cacique principal que manipulaba al pueblo.

Santo remedio. Al ver aquel espléndido presente, enviado por el padre superior de los monjes, quedó conmitivo, y marchó derecho al monasterio, buscó al padre Junqueres, le agradeció en el alma las fresas, estuvieron un rato charlando amigablemente, se despidieron, y sin que mediara ningún ruego, desde aquel día los frailes quedaban libres de la feria, porque el Aquilino les buscó otro sitio adecuado, el campo de la fiesta en Carledo. Al ver este milagro de unas fresas, uno se acuerda del plato de lentejas de que habla la Biblia. El padre Ildefonso comentaba después lo fácil que es a veces domesticar una fiera. Nada más he podido averiguar sobre él, pues como yo llegué a Oseira en 1966, y la comunidad antigua se había dispersado, no tuve la curiosidad de recabar datos de los primeros tiempos, de aquellos religiosos que trataron al padre Ildefonso, y cuando he querido enterarme, ya era tarde. No me cansaré nunca de recomendar a los monjes sucesores que sean asiduos en consignar los datos salientes que ocurren en la vida de la comunidad, con objeto de que los venideros tengan material donde poder inspirarse cuando se trate de escribir sobre el monasterio o sobre las personas. Lo que más ha abundado siempre —y por desgracia siguen los monjes/jas incorregibles— es la indolencia y falta de interés por reseñar los acontecimientos.

2. Fray Manuel Ball (1867-1932)

Es el personaje de mayor relieve histórico-eclesial que ha pasado por nuestro monasterio, en los últimos tiempos, como todos podrán apreciar en la presente biografía, demasiado lacónica para tanto como merece. La escasez de documentos y lo complicado que aparece su existencia, no da materia para más de lo que aquí puedo ofrecer. Fue uno de los primeros en venir a Oseira a ponerse bajo las órdenes del padre Junqueres como humilde discípulo, y el primero también en sucumbir en la brecha, porque falleció a poco más de un año de su llegada a España. Fray Manuel Ball, nacido en Constantinopla en 1867, había estudiado la carrera eclesiástica¹, con tal aprovechamiento, que a los 22 años había obtenido el grado de doctor —no sé si en teología— siendo nombrado muy joven rector del colegio del Cardenal Caseta en Bracea (Turquía asiática). En 1893 se le designó prelado y vicario episcopal de Kutahich, cargo que desempeñó hasta 1900. Cuatro años más tarde le nombraron archimandrita y metropolitano de Bayeside, en Armenia y Trebisonde, a la vez que impartía clases de leyes y lengua turca en el seminario de Armache (Nicomedia).

Desde 1910 hasta 1914 desempeñó el cargo de prefecto episcopal de Valona, Albania. Estando allí le

sorprendió la guerra europea, y no sabemos lo que pasó; sólo consta que fue desterrado con millares de armenios al desierto de Dérrel. Entonces parece que cesó en los ministerios eclesiales que venía desempeñando, y hasta debió cesar de ejercer el sacerdocio para dedicarse a ejercer la medicina y cirugía, en la que obtuvo el grado de doctor. ¿Qué sucedió para hacer este cambio? No tengo a mano fuentes ni medios de averiguarlo. Hay indicios de que fue encarcelado, ignoro por quién y los motivos que hubo para ello. También parece que hubo problemas con la Santa Sede, no hallando la menor pista que pueda esclarecer estos hechos como desearíamos hacerlo.

Tras un año de cautiverio, le vemos aparecer de nuevo como capitán médico y jefe del hospital militar turco de Kulek-Bogass, próximo a Tarsus. Aquí permaneció tres años, hasta llegar a ser jefe del hospital de Bosanti, y últimamente, en 1918, pasaría a ser médico jefe del hospital internacional de Sis (Cilicia), ocupado por el Gobierno francés, trasladándose luego a Constantinopla como auxiliar del doctor Ducumon. Allí permaneció hasta 1925 en que —ignoro por qué caminos— aparece en Francia, no sé si atraído por la vida religiosa o bien con otros motivos, como pudieran ser buscar un refugio con objeto de huir de la justicia, que parece le seguía la pista.

El 21 de marzo de ese año, fiesta en aquellos tiempos de san Benito, se presentaba en la abadía cisterciense de Ntra. Sra. de las Nieves, donde después de conferenciar largamente con el padre Dautume, decidió ingresar en el Císter. Contaba cincuenta y ocho años. Permaneció algún tiempo en el postulante, y poco después le impusieron el hábito monástico, pero sin empezar todavía el noviciado canónico: lo iniciaría en Oseira.



1. No aparece claro en la documentación si su formación fue en el catolicismo o bien entre los ortodoxos. Hay indicios de que fue en el catolicismo, pero luego su trayectoria eclesial se nos antoja no poco dudosa. Hasta parece que en los últimos años tuvo algunas fricciones con el Vaticano. No tengo medios de poder aclarar estas incógnitas. Lo importante para nosotros es saber que se ofreció a venir a Oseira y aquí estuvo prestando sus servicios hasta el momento que Dios le llamó a su presencia.





Al comprometerse la comunidad de las Nieves a fundar Oseira, fray Manuel se incorporó a la lista del grupo segundo que acudió a reforzar a los que llegaron a preparar la fundación, no sé si por haberse ofrecido él a tomar parte en ella, o bien porque se lo rogó el abad². Como tenía problemas con el Vaticano y más apremiantes aún por parte de las potencias europeas, sospecho que los superiores de Francia le aconseja-

2. Aunque no puedo aclarar algunos datos que aparecen un tanto oscuros, sobre todo con la Santa Sede, esto no obsta para que fuera en Oseira un excelente religioso y que sea merecedor de agradecimiento sincero, por haberle tocado la época más difícil en que se carecía de todo. No es aventurado decir que el poco tiempo que pasó aquí, experimentaría los rigores tanto del frío como del hambre, por estar la casa totalmente inhóspita y carecer de los medios más indispensables de vida.

ron que tal vez pasara más inadvertida su persona en España, como así fue. Aquí no existe noticia de que hubiera el menor problema entre nosotros.

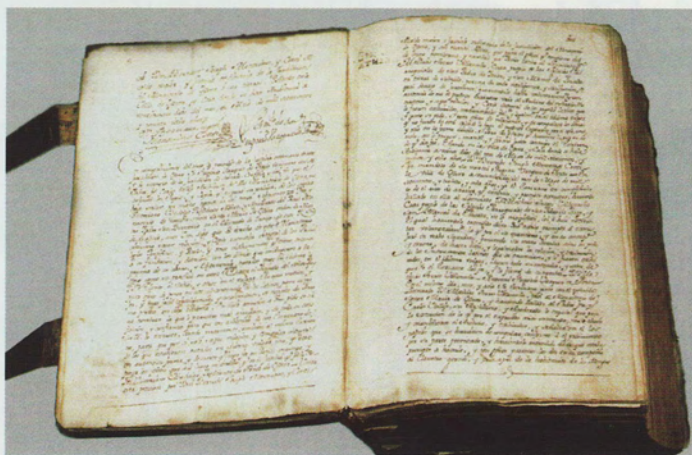
Llegó a España el 16 de mayo de 1930, recibiendo el hábito de novicio el 15 de agosto del mismo año. Le encargaron del refectorio y prestó algunos otros servicios a la pequeña comunidad. Perseveró en la brecha soportando todas las estrecheces y privaciones de la primera hora hasta el 20 de febrero de 1932 en que, una insuficiencia mitral, le privó de continuar trabajando junto a sus hermanos por el engrandecimiento de Oseira, habiendo sido el primero en inaugurar el cementerio de los monjes, donde descansa su último sueño. En el archivo del monasterio se conservan algunos escritos inéditos suyos en diversos idiomas, incluso una especie de vocabulario en caracteres árabes.

3. Padre Federico Bonnet (1883-1935)

Apenas existen datos particulares sobre algunos religiosos, como de éste, por ejemplo; con todo, el mero hecho de haber servido de cimiento para la reconstrucción de Oseira, merece que se les dedique un modesto recuerdo de eterno agradecimiento, mucho más quizá a los monjes de origen francés que no pusieron el menor obstáculo en trasladarse a tierra extraña, para venir a dar vida al monasterio de Oseira, entonces en ruinas, cosa que conllevaba un sacrificio indecible, hasta yo diría heroico, por tantas calamidades como aquí les aguardaban. Quizá sea este padre del que menos

noticias poseo, porque fue poco el tiempo que pasó en Oseira, habiendo sido el segundo en inaugurar el cementerio de la comunidad, y aquí quedaron sus restos entre nosotros como semilla de nuevos monjes que acudan a recoger la antorcha y la lleven entusiasmados hasta el postrer aliento.

El padre Federico Bonnet Rezoles nació en San Laurent les Bours el 7 de enero de 1883, habiendo ingresado en Las Nieves en 1895 como novicio de coro, profesando solemnemente en 1920, y ordenado sacerdote poco después. En 16 de mayo de 1930, formaba parte de la segunda expedición de monjes que dom Agustín de las Nieves destinaba a la fundación de Oseira, asistiendo a las grandes fiestas de la inauguración, celebradas en los primeros días de agosto del mismo año, y a continuación figura en el reparto de cargos entre los monjes, habiéndole confiado la sacristía. Ningún otro dato personal se sabe de él, sino la fecha de su defunción el 29 de enero de 1935. Pocos años le fue dado soportar las asperezas de los primeros tiempos, pues el Señor se apresuró pronto a premiar el sacrificio de haber dejado las comodidades de su monasterio y venir a pasar fatigas en tierra extraña, y por fin dejar aquí sus huesos, cosa siempre desagradable para la naturaleza, pero el Señor habrá compensado sin duda y con creces tan enorme sacrificio.



4. Hermano Fermín Goubert (1868-1938)

En el grupo francés de fundadores se hallaban dos hermanos conversos¹, uno de ellos éste, y otro que mencionaremos a continuación de él. Supone en ambos un espíritu de sacrificio, una obediencia sin fisuras a los superiores, una fidelidad al carisma monástico dignos del mayor encomio. Los motivos son bien sencillos. Este hombre, a sus 61 años, cuando llevaba más de treinta de monje, en que ya podía soñar con un retiro bien merecido para descansar y prepararse a bien morir, no sabemos si voluntariamente o bien por orden de su abad, dio su nombre para integrarse en el grupo de fundadores, y a Oseira se vino lleno de entusiasmo, perseverando aquí contra viento y marea, aguantando toda suerte de incomodidades como les salieron por doquier, cosa inherente de toda fundación realizada en extrema pobreza. Pensemos que vino a vivir en tierra extraña, ignorante del idioma, de las costumbres, y no se lee que intentara volver a su país, antes sus restos mortales recibieron cristiana sepultura en el cementerio de la comunidad, en el cual esperan la resurrección, como premio a su entrega total y fidelidad a sus superiores y a Cristo. Podía haber manifestado tranquilamente a su abad su deseo de regresar a Francia, estaba en su derecho, pero no lo hizo, sino que aquí perseveró sacrificándose por el bien de Oseira.

Después de estas notas ambientales sobre el heroísmo de estos hombres, vamos a ofrecer lo poco que conocemos de su vida. Nacido en Castañeta (Francia) el 22 /II/ 1868, debía pertenecer a una familia humilde, puesto que ejercía en el mundo el oficio de pastor, y habiendo sentido la llamada de Dios a la vida consagrada, ingresó en las Nieves en 1896 en calidad de hermano lego, habiendo hecho la profesión solemne en 1905. Fue destinado a Oseira en 1929, llegando al monasterio en el grupo de los primeros, el día 15 de octubre, tomando posesión del edificio que se hallaba en las más pésimas condiciones, dedicando el día ordenando lo que podían y recorriendo los distintos locales. Los días siguientes, luego de recorrer la finca, se entregaron a limpiar de maleza los distintos claustros y todos aquellos pasillos por donde debían transitar, distinguiéndose en esta labor los hermanos conversos, por estar más habituados a los trabajos pesados. El 24 de octubre

regresó a Francia dom Agustín, el abad responsable de la fundación, no sin antes dejar nombrados los distintos cargos de la pequeña comunidad. Fray Fermín aparece en la crónica nombrado cocinero, cargo que le daría bastante que sufrir, pues lo que más abundaban en aquellos días era la escasez de víveres en la despensa para dar de comer a los monjes, y los fondos económicos eran muy escasos. Los primeros días no les faltaron vituallas, porque las gentes acudieron a compartir con ellos parte de sus víveres, pero eso desapareció pronto, ya que las gentes de las aldeas son de la clase humilde, y no tenían mucho para repartir.

En la crónica del monasterio se rememoran algunas anécdotas curiosas de aquellos primeros días. Una de ellas, la visita hecha por el Sr. Obispo a los quince días de estancia los fundadores en el monasterio. Les visitó el Dr. Cerviño, santo obispo y alma de la fundación, el cual, según la crónica: "No poco se rió el buen Prelado cuando el día 5 de noviembre de este año, 1929, le contó el P. Domingo que en la noche anterior, él, el P. Superior, el H^o Fermín y el H^o Paul, en las respectivas camas, hubieran navegado como en lindos balandros, si los tabiques no hubiesen impedido flotar las camas dichas sirviéndoles de diques. Destejado el techo para retejarlo, un fuerte temporal nocturno les hizo danzar toda la noche, quedando indemnes el hermano Benito y el humilde cronista". Aquellos hermanos antiguos que yo conocí, estaban formados en una piedad tradicional fuerte. Bien se echa de ver por esta sencilla anécdota que cuenta un monje de aquellos tiempos. Cuando él era oblat, un día se hallaban en la cocina con otros compañeros, y no sé por qué motivos, los muchachos armaron gresca con mucho ruido desagradable. El hermano Fermín, que se hallaba pelando patatas en un rincón de la cocina, al oír la algarabía, se dirigió a ellos y poniendo el índice delante de los labios prorrumpió en esta palabra: "Silence, silence..." Lo que faltaba para que aumentara el jolgorio de los muchachos, los cuales, aunque no entendían francés, se dieron perfecta cuenta de lo que quería decir.

En diversos lugares de la crónica se vuelve a hablar de fray Fermín, pero siempre mantenido en la oscuridad, al margen de visitas o viajes con los demás religiosos, pues la ignorancia del español le impedía comunicarse con las personas aprovechando mejor el tiempo para darse a la vida espiritual y preparar el viaje a la eternidad, falleciendo santamente el 23 de junio de 1938.

1. Desde los primeros tiempos hasta el concilio Vaticano II, la orden del Cister se componía de dos categorías de religiosos, unos, monjes, dedicados al coro, por lo general sacerdotes, y otros hermanos legos o conversos que se dedicaban más a los trabajos materiales del monasterio. Hoy formamos todos una unidad de monjes, sacerdotes y no sacerdotes.



Abadía cisterciense de Tamié fundada por san Pedro de Tarentasia.

5. Padre Enrique Kunhinmunch (1872-1940)

En el grupo que acompañó a don Agustín el 16 de mayo de 1930 no figuraba este sacerdote, monje de la abadía de Tamié, en los Alpes, al parecer de origen germánico, a juzgar por el apellido arrevesado. Ese monasterio es fundación de san Pedro de Tarentasia, monje que había ingresado en el monasterio de Bonaval en El Delfinado. Cuando llegó el momento de profesar dio el paso en firme, abrazándose para siempre con todas las disposiciones prescritas en las reglas. Al mismo tiempo era tan feliz en aquel nuevo estado, que trató de comunicar esa felicidad a todos los de su casa. Comenzó por su hermano mayor; le habló con tanto encomio de aquella vida de retiro del mundo, le descubrió todos los encantos que tiene, con tanto entusiasmo, que logró arrancarle de la sociedad y atraerle al mismo monasterio de Bonaval. No se contentó con ese triunfo; ansiaba que el mismo beneficio de que disfrutaban ambos en el claustro, se extendiera a los demás familiares que todavía quedaban en casa. Siguió trabajando con ellos y al fin saldría con la suya. Logró que su hermana y su madre dejaran el mundo e ingresaran en un monasterio de religiosas; poco más tarde,

el padre y el hermano menor hicieron lo mismo, llamando a las puertas de Bonaval.

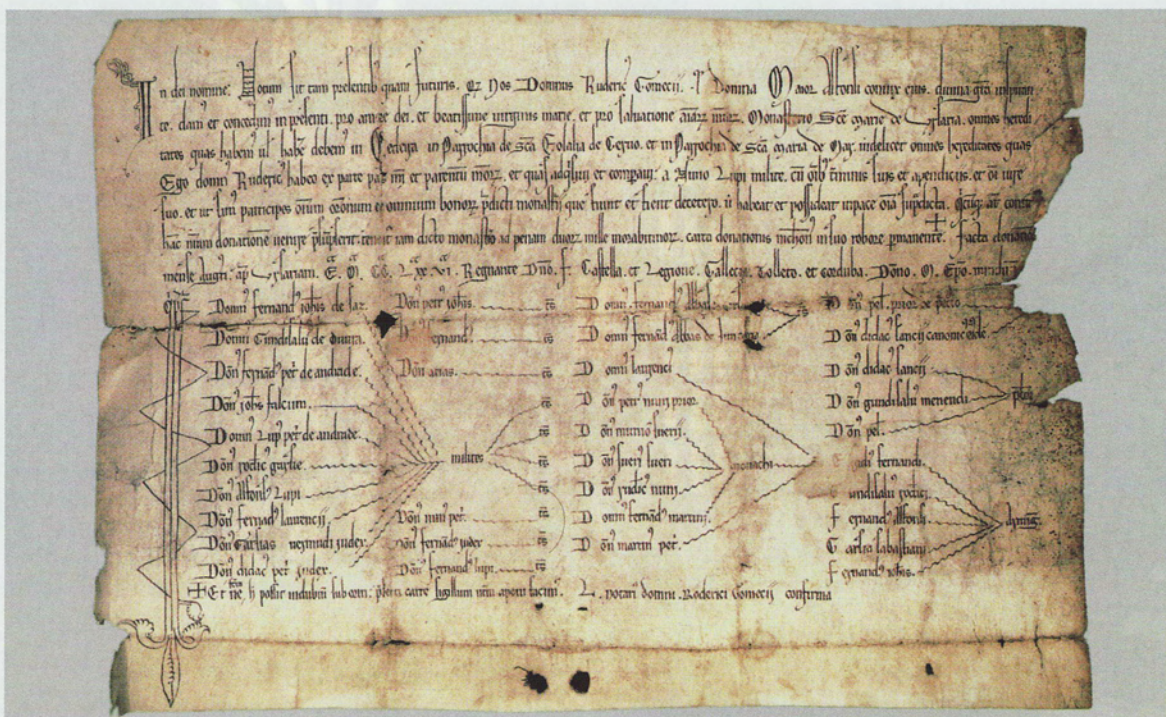
Pedro no cabía en sí de gozo al ver que los seis que formaban la familia lo habían dejado todo por amor a Cristo, para ser humildes servidores en la casa de Dios. Este detalle indica el talante persuasivo que gozaba este hombre ya en su juventud, lograr ganar para el Señor a todos los de su casa, triunfo nada fácil de conseguir, porque se puede persuadir a un amigo o a un extraño, pero a un familiar muy cercano, casi lo podemos considerar milagro. De este monasterio de Tamié, procedía el padre Enrique, pero no sabemos absolutamente nada de los motivos por los cuales aparece por Oseira, se incorpora a la pequeña comunidad, y Dios tenía previsto que dejara sus huesos aquí. Solamente consta la fecha de su fallecimiento, el 15 de febrero de 1940. No creo que falleciera a su paso por nuestro monasterio, sino que debió estar aquí algunos años habiéndole sorprendido la muerte. A pesar de ignorar todo lo relacionado con su persona, el hecho de figurar entre los primeros monjes fundadores, y por haber quedado sus restos entre nosotros, me da pie para incluirlo entre ellos, lleno de agradecimiento a su persona.

6. Hermano Paul Clavier (1883-1940)

Lo que hemos dicho del anterior, tiene aplicación plena en este hermano converso que también fue piedra fundamental en la reconstrucción de Oseira. Añadimos algunas notas más sobre estos hermanos para darse cuenta de la magnitud de su mérito al perseverar en el Císter. Hasta el Vaticano II la orden se dividía en dos categorías de religiosos, unos, llamados monjes de coro, eran los destinados para el canto de las divinas alabanzas noche y día. La mayoría eran sacerdotes, por lo que

no, se quedaban de hermanos, pero en la actualidad no formamos más de una categoría de monjes, unos sacerdotes y otros simples monjes.

Fray Paul nació en Merle (Loire) el 11 de mayo de 1883. En el mundo desempeñó los cargos de carpintero y cocinero, habiendo ingresado en las Nieves en 1898 y profesando solemnemente en 1911. También este hermano figura en el primer momento viajando a Oseira, donde le esperaba una tarea grande, un campo inmenso para desarrollar sus aficiones pues



Pergamino de Oseira, siglo XIII.

suponía hallarse revestidos de una cultura superior. El hábito era blanco, a excepción del escapulario, que era negro, en recuerdo de pertenecer a la familia benedictina. La otra categoría la componían los hermanos conversos o legos, admitidos en los primeros tiempos de la orden con objeto de dedicarse más a los trabajos de la casa, para lo cual estaban exentos casi de todos los oficios, supliéndolos por oraciones sencillas. El hábito de los hermanos era pardo, y carecían de voz activa y pasiva, es decir, no podían elegir superior ni ser elegidos. A pesar de la antigüedad de los hermanos, el reciente concilio los suprimió, pasando todos los hermanos que lo deseaban a la categoría de monjes de coro, y los que

la casa carecía por completo de puertas y ventanas, por lo que fue trabajando cuanto pudo a medida que se iban adecentando los locales y preservándoles de las corrientes. Todavía hoy, a más de setenta años de distancia, se conservan algunas puertas, y las ventanas de la fachada principal, son obra del buen hermano. Al despedirse su abad para regresar a Francia, el 24 de noviembre de 1929, nombró a fray Paul carpintero y mecánico. Continuó sirviendo a la comunidad, sin que se sepa que añorase nunca la vuelta a Francia, y aquí le sorprendió la muerte el 21 de marzo de 1940, fecha memorable, por celebrarse en aquellos tiempos la fiesta del tránsito de san Benito.



Claustro alto de los Pináculos.



7. Hermano Esteban Chazaly (1859-1943)

Otro hermano que dejó su patria para venir a tierra extraña a pasar fatigas de todo género, pues le tocaría toda la primera década, la más difícil de todas, por causa de la escasez de lo más necesario para la vida. Sé que fue uno de los hermanos más efectivos, dadas sus cualidades de cantero que había ejercido en el mundo. Sin duda, esa especialidad movió a su abad a invitarle a venir a la fundación, donde tan amplio campo encontraría para dejar la impronta de sus habilidades.

Se llamaba Pedro en el mundo, nacido en Labiaume, Ardiche, en 1857. Ingresó en las Nieves en abril de 1911 y profesó solemnemente el 8 de abril de 1913. En el mundo había sido cantero y albañil, y figura entre los monjes destinados a Oseira en la segunda remesa de 1930, llegados aquí para tomar parte en las fiestas de la inauguración, confirmando el abad en el reparto de cargos, como cantero y albañil de la comunidad.

A él se debe el adecentamiento de muchos locales que estaban en un estado lastimoso. Tal deseo les llevó a acometer las primeras restauraciones en pequeña escala, pues eran rudimentarios los medios de que disponían y la comunidad sometida a toda suerte de estrecheces económicas. La primera obra realizada fue la fuente del patio de caballeros, hecha por el hermano Esteban en mayo de 1930. Refiriéndose a ella el cronista dice: "Construyó la fuente del patio de Caballeros, emplazada en el mismo sitio que ocupaba la que llevaron a Ourense, y está en los jardines del Posío. Esta nueva, de gusto dudoso y que ha dado lugar a censuras acres y cáusticas, debe reemplazarse por otra de piedra tallada en consonancia con el patio"¹.

No se había cumplido un año de la llegada de los monjes a Oseira, cuando visitó el monasterio un periodista, dejando escritas estas impresiones: "Los nuevos cistercienses, dignos émulos de sus antepasados, han hecho proezas restaurando el monasterio. Ciertamente que falta mucho todavía, pero si se advierte que todo lo han llevado a cabo mediante su

esfuerzo personal y sus economías, sin un céntimo de subvención oficial, pueden calificarse aquellos esfuerzos de titánicos, atendido lo que podían y lo que hicieron. Ya tienen montadas turbinas hidráulicas que producen fluido eléctrico para alumbrado y fuerza motriz; fábrica de productos lácteos, movida por la misma electricidad, donde halla colocación toda la leche que produce el ganado de los aldeanos que circundan el monasterio; y vaquería modelo con razas selectas. Finalmente, acaban de instalar fábrica de champán, en la que utilizando los vinos blancos del Ribeiro, se produce una calidad de vino espumoso que nada tiene que envidiar a las mejores marcas extranjeras. Todo ello ha sido montado por personal de la comunidad, sin haber intervenido ninguna persona extraña a ella. En la misma comunidad pueden enseñarse siete idiomas europeos y cuatro orientales, y entre ella se cuenta con personal apto para dirigir las obras de restauración, planear, hacer bocetos y enseñar con la competencia requerida dibujo y pintura. Hay canteros, carpinteros, mecánicos, agrimensores, jardineros, ganaderos y agricultores"².

La mayor parte de estas mejoras introducidas en el monasterio en tan breve espacio de tiempo, se debieron a la pericia y sacrificio del hermano Esteban.

Su fuente todavía se halla embelleciendo el primer patio con el pilón correspondiente, que admiran todos los visitantes, y aunque no sea ninguna obra de arte, ha desempeñado su papel hasta nuestros días y seguirá hasta que se ponga otra mejor de piedra. La pátina adquirida con el transcurso del tiempo hace que no se note fácilmente el cemento de que está construida, y se parece bastante al resto de las paredes construidas de piedra.

Permaneció fray Esteban fiel en su puesto sirviendo a la comunidad y a Oseira por espacio de trece años, hasta el 31 de marzo de 1943 en que el Señor se dignó llamarle para otorgarle el premio de los grandes sacrificios emprendidos por la restauración de Oseira, y por estar conforme en dormir el último sueño lejos de su patria.

1. Desde luego, no es ninguna obra de arte, pero si hoy levantara la cabeza el cronista, vería que apenas desentona del conjunto del patio, porque la pátina del tiempo le ha dado cierto sabor antiguo. La verdad es que nadie protesta, a pesar de estar en unos tiempos en que todo se critica, y es porque difícilmente se distingue de la piedra.

2. Datos tomados de Policarpo Seisdedos, *Revista del Aeroclub de Galicia*, La Coruña, 25 de julio de 1931, p. 9. No exagera al decir que se podían enseñar tantos idiomas europeos, pues había franceses, holandeses, irlandeses y hasta un turco.

8. Padre Eugenio González Nogueira (1921-1946)

Insignificantes los datos que puedo ofrecer sobre este monje, muerto en la flor de su juventud, a los 25 años, cuando se hallaba en plan formativo en la comunidad, en unos tiempos en que vivir en Oseira suponía un sacrificio si no heroico, poco menos, por lo poco confortable que estaba la vivienda y contemplando ruinas gigantescas por todas partes. Acababa España de salir de una guerra fratricida en que una multitud incalculable de iglesias y monasterios se vieron afectados y quedaron en ruinas, y por otra parte la economía del nuevo Estado era muy deficiente; debían pasar muchos años hasta que mejorara la situación y pudiera aportar medios para reparar tanta ruina.

Había nacido en 1921 en San Facundo de Cea. Hijo de Francisco y Rosalía, recibió en el bautismo el nombre de Carlos, cambiándolo por el de Eugenio al ingresar en la vida religiosa, según era práctica en aquellos tiempos. Educado en el temor de Dios, a los trece años se sintió llamado a la escuela oblatado que funcionaba en Oseira, viéndose muy concurrida en aquellos tiempos en que la situación económica de las familias era muy deficiente, y era una salida honrosa, porque no les costaba nada la enseñanza, y si el muchacho salía al cabo de unos años, la cultura adquirida le servía para aspirar a alguna otra carrera.

Ingresó en septiembre de 1934, en unos tiempos bien difíciles en todos los sentidos, tanto por la situación de la casa, pues llevaban los monjes en ella sólo cuatro años, y poco habían podido hacer a causa de la carencia de medios económicos, como por la situación política no poco conflictiva, pues el ambiente de nación se hallaba completamente alterado desde la instauración de la República en 1931, habiendo sido las comunidades religiosas las principales víctimas en las cuales se ensañó el comunismo que trataba de adueñarse de la nación. Afortunadamente, en Oseira no se dieron aquellos desmanes terribles que se dieron en otras comunidades, cuyos miembros tuvieron que abandonar el monasterio y acogerse en casa de sus familiares y muchas veces eran fusilados por las turbas. Por otra parte, la alimentación era no poco deficiente, pero un niño que venía de las aldeas quizá encontrara mejor trato alimenticio que en su propia casa. Fue admitido al noviciado el 16 de julio de 1937, y habiendo dado pruebas de verdadera vocación, hizo la profesión temporal el 1º de noviembre de 1939.

Tenía una lesión de corazón. Esto explica que tardaran tanto tiempo en darle la profesión solemne,

pues ignoro si tuvo que salir en alguna ocasión a su casa para ver si conseguía mejorar. Se pasaban los años, y no le daban la profesión o bien fueron dando largas, para ver en qué quedaba. Me cuentan quienes le trataron que hacia 1943 tuvo un recrudeciendo en la enfermedad. Entonces no había especialistas como ahora, ni se iba a Ourense a los médicos como ahora, sino que había que arreglarse con el médico de comunidad, que era el de Cea,



Naves de la iglesia de Oseira, siglo XIII.

persona que atendió muy bien a fray Eugenio. El fue quien le predijo que si salía de aquella situación grave en que le estuvo tratando, quedaría muy mejorado, pero sólo para realizar obras fáciles y muy ligeras, sin coger pesos, y sin recibir disgustos. Salió de la gravedad y se sintió lleno de energías, por lo que no hizo mucho caso de ir con precaución. Por el contrario, se entregaba a toda clase de ocupaciones sencillas o molestas. Hasta se le ocurrió montar en bicicleta y subir montado una cuesta. El resultado del sofocón fue fatal, porque acabaría con su vida en breve tiempo, no sé si repentinamente, o al cabo de varios días. El 6 de julio de 1946 dejaba este destierro cuando comenzaba a vivir lleno de esperanzas y lleno de agradecimiento el gran Don del sacerdocio, a sus 25 abriles. Fue una muerte muy sentida, como es natural, precisamente por esa juventud llena de ilusiones.

9. Hermano Domingo G^a Hidalgo (1882-1948)

Procedía de San Isidro de Dueñas y vino a Oseira llamado por los religiosos para prestar servicios. Se llamó Dionisio en el mundo, habiendo nacido en Valdeajos de La Lora (Burgos) en 1882. Hijo de Marcelino y de Marta, ingresó como novicio de coro en 1919, cambiando el nombre de pila por el de Domingo, profesando temporalmente en 1905 y de votos solemnes tres años más tarde. Lo que no consta en la ficha que hay en Oseira es cuándo ni los motivos por los que hizo el cambio para los hermanos conversos, pues yo le conocí siempre de hermano lego. Tuvo en San Isidro un hermano muy competente, también converso llamado Justo, que prestaría grandes servicios a la comunidad, sobre todo a raíz de la guerra, hacia



1940 en que las naciones europeas bloquearon a España y escaseaban los víveres. Dicho hermano se las arreglaba para obtener todo lo necesario no sólo para la comunidad de San Isidro, sino también para otras comunidades de religiosas, carentes de lo más necesario. Tenía mucha amistad con el estamento militar, que entonces estaba en el candelero, obteniendo de ellos toda clase de atenciones: le facilitaban alimentos de primera necesidad y camiones para transportarlos. El parque móvil del ejército de la región castellana era visitado con frecuencia por el hermano Justo, y los directivos se prestaban a atenderle siempre, a cuenta de rosarios que rezaba por ellos, según se decía.

El hermano Domingo no parecía tan espabilado, sino algo ingenuo a su lado. Cuando yo ingresé en 1929, este hermano era el responsable del almacén de chocolate, del que salían cada semana centenares de cajas de Chocolates Trapa, elaborados por

los propios monjes, que tenían gran aceptación en España, sobre todo en Cataluña. Todavía recuerdo la cantidad enorme de cajas que salían del almacén con este título “Casa Massana”, de Barcelona. Más tarde, hacia 1937, al ausentarse el hermano Tescelino —enfermero de la comunidad, que se vio obligado a ir al frente de batalla— nombraron a fray Domingo para sustituirle. Coincidió en aquellos días la estancia del hoy santo Rafael, que regresaba de casa de sus padres al monasterio para pasar otra temporada, hasta que caía enfermo, y el hermano Domingo era el encargado de cuidarle. Dios permitió que se despistase no poco este hermano en la atención al beato Rafael, quien hallándose enfermo de diabetes, necesitaba una sobrealimentación, que no se la facilitaba fray Domingo, no por mala voluntad, sino por despiste, antes le rebajaba más si cabe la ración ordinaria. El enfermo no cesaba de pasar rebanadas de pan por el plato para recoger las más mínimas sobras, a causa del hambre. Lo notaba su vecino —padre Juan Evangelista que comía a su lado—, quiso llamar la atención al enfermero, pero Rafael no se lo consintió, diciendo que tenía bastante, aunque quedara con hambre.

Hacia 1940 le destinaron a prestar servicios a Oseira. Aquí se vino continuando de enfermero, y yo no sé cómo se corrió la voz de que tenía cualidades de curandero, tal vez por algún consejo que diera a algún paciente, habiendo acertado, que luego se extendió por doquier y le asediaban como si se tratara de un especialista. Lo bueno fue que nunca se comprometió a la hora de recetar, y logró caer siempre de pie como el gato, porque las gentes acudían como bobas al nuevo curandero, mas no llegaban vacías, sino que le obsequiaban con pies de cerdo y otras cosas, que no venían mal para echar al cocido de los monjes, que seguía demasiado triste. Como no entendía nada de medicina, se hizo con algunos libros, se instruía en algunos remedios caseros, que era los que recetaba, teniendo la gran suerte de no haber matado a nadie, como le pasó a cierto vegetariano que conocí, que trató de curar a una joven a quien no lo habían logrado los médicos, y acabó con ella. Por el archivo de Oseira andan rodando varias libretas con apuntes de términos médicos de su puño y letra, seguramente para expresarse con algunos términos técnicos ante los labriegos que le asediaban. Parece que padecía de próstata, y él mismo buscaba sondas y se las aplicaba. Quizá esta falta de higiene le produjo una septicemia que acabó con su vida el 16 de mayo de 1948.

10. Hermano Ángel Díez Martínez (1903-1958)

Fue el mayor de tres hermanos que alegraron el hogar de un matrimonio fervoroso de San Pantaleón del Páramo (Burgos), familia privilegiada en la que se vivía intensamente la vida cristiana, fruto de la cual fue el destino de los tres hermanos y del propio padre que se consagrarían al Señor en nuestra orden. Se repitió en miniatura la escena del castillo de Fontaines, protagonizada por aquella familia que alcanzó de veras a Cristo. Más adelante, al hablar de su hermano, el padre Germán, me extenderé un poco más sobre este punto.

Nacido en 1903, hago caso omiso de la primera formación y educación cristiana que les infundieron sus padres, en todo acorde con las creencias que en aquel hogar se vivían. Muy pronto, éste, el mayor de ellos, dio pruebas de vocación religiosa, mejor dicho en aquellos tiempos, a los comienzos del siglo XX, en que se daba en los pueblos una cultura rudimentaria, el afán de elevar el nivel cultural para poder lograr abrirse paso en la sociedad, se buscaba una casa religiosa o un seminario. Si la familia disponía de medios económicos suficientes, solía orientarse al seminario, porque entonces los curas eran considerados personas privilegiadas en los pueblos; pero cuando los medios económicos eran escasos, se solían enviar a conventos o escuelas apostólicas, donde se daba cultura gratuita, y luego esos candidatos, si se sentían con fuerzas abrazaban el estado de vida de los religiosos donde se habían formado, y si no, volvían al mundo con un bagaje de conocimientos que les facilitaba el acceder a otras carreras.

Ignoro los motivos que indujeron a los padres a enviar a Ángel a la escuela apostólica de la Trapa de San Isidro de Dueñas, donde aparece de hermano converso. Ignoro igualmente por qué prefirió ser hermano converso y no sacerdote, pues se trataba de un niño muy espabilado, con una cultura poco corriente en las aldeas de aquellos tiempos. Lo cierto es que dio pruebas de verdadera vocación religiosa al acabar su formación primera, iniciando seguidamente el noviciado canónico en San Isidro, y una vez hecha la profesión, comenzó a servir a la comunidad en aquellos cargos que le confió la obediencia. Cuando yo llegué a la misma escuela apostólica en 1929, el H. Ángel estaba al frente de la sastrería, con un par de ayudantes o tres. Todos eran necesarios, pues eran tiempos en que llevábamos unos hábitos y cogullas remendados de manera llamativa. Como la mano de obra la tenían en casa, no se valoraba el tiempo como ahora, que de haber tenido que cos-

tear personal para llevarla a cabo, hubieran hecho muchas veces como hoy, que cuesta más arreglar una prenda vieja que comprar una nueva.

Como responsable de la ropería, recuerdo que cuando inicié mi noviciado, me impusieron la capa escogida por él, llena de remiendos, que no dudo en afirmar debía ser de los primeros tiempos de la fundación, y no sé cuántos monjes la habrían usado antes, por lo que me supongo que tendría ya concedidas indulgencias, al menos por la antigüedad. No sé si con tanto remendar en aquellos tiempos se economizaba algo, pues se perdía un tiempo precioso que podía producir mayor rendimiento trabajando en alguna labor lucrativa, como era el chocolate, por ejemplo, principal industria que tenía el monasterio. Como la comunidad era numerosa, de más de cien religiosos entre monjes y los formandos en la escuela apostólica, había gente para todo.

Fue también muchos años portero y autorizado para manejar armas. Me explicaré. Eran los tiempos de la República, en que se estaban cometiendo de





continuo asesinatos e incendiando templos y conventos a mansalva, con la anuencia de las autoridades agnósticas que presidían el régimen. Se consiguió que autorizaran a tres monjes de la comunidad a poder usar armas de fuego que había en casa, que no serían jamás para matar a nadie, sino sencillamente para hacer ruido, en caso de que los revolucionarios se presentaran ante las puertas del monasterio dispuestos a prenderle fuego, cosa harto frecuente desde el advenimiento de la República hasta la llegada del Movimiento Nacional. De hecho, nunca se necesitó usar dichas armas ni siquiera para hacer ruido, porque aunque hubo amenazas graves contra los monjes, la realidad es que nunca obligó la necesidad a usarlas.

Solamente hubo amenaza de grave peligro el 1º de mayo de 1935. En ese día había convocada una concentración de centenares de obreros extremistas en una explanada frente al monasterio, donde iban a reunirse, a echar discursos, a hacer propuestas revolucionarias, emborracharse... y terminar con algo que sonara como la campana de Huesca, como podía ser, por ejemplo, prender fuego al monasterio con sus monjes dentro. Los superiores dieron órdenes muy severas: que se cerraran bien puertas y ventanas, que nadie se asomara a éstas ni se movieran aunque

oyeran caer todos los cristales de las ventanas, que no se tocaran campanas, en una palabra, lo pasamos como si estuviéramos presos, y la mayoría con bastante miedo. Había motivos serios para tenerlo, sobre todo cuantos no teníamos vocación de mártires, que éramos la mayoría, por no decir todos. Afortunadamente a última hora de la tarde llegó una orden —se ignora de quién— mandando que se disolviera la concentración sin la menor molestia a los monjes. ¿Qué sucedió para hacerles desistir de cometer alguna fechoría, como solía suceder en tales casos, cuando los efectos del vino comienzan a calentar? No lo sé. A veces pienso, que entre aquellos monjes encerrados allí con bastante miedo, había un alma de selección, un verdadero santo —el hoy santo Rafael Arnáiz Barón— quien no hacía más que pasear por los claustros y cada poco acudía al templo a postrarse ante el sagrario. Sin duda, Dios escuchó la oración de aquel santo monje y nos salvó la vida. Otra explicación no encuentro.

Una anécdota curiosa recuerdo del hermano Ángel, precisamente de los mismos días, poco más o menos, en que aconteció lo que acabo de referir. Un día, a eso de los dos de la madrugada, sonó un estampido formidable que hizo vibrar con fuerza todo el edificio y hasta cayeron algunos cristales, despertándose sobresaltados los monjes, que se levantaron asustados sin saber qué hacer, ni hacia dónde dirigir sus pasos. Algunos, creyendo que los extremistas habían puesto una bomba en el ábside de la iglesia, se armaron con estacas y todo cuanto hallaron a mano y corrieron —muertos de miedo— hacia aquel lugar, pero hallándolo intacto y todo en silencio, volvieron a acostarse de nuevo. Al día siguiente nos enteramos que había explotado en la estación un vagón cargado de dinamita, ocasionando mucho daño, pero ninguna muerte o muy pocas, por haber explotado a distancia de la estación, cuando hacía maniobras. Comentando en clase el padre Roberto lo ocurrido durante la noche, nos contaba que le hizo mucha gracia el hermano Ángel, quien siendo de estatura muy pequeña como Zaqueo, se armó de una estaca tremenda que sobresalía más de un metro por encima de su cabeza. Le solía llamar “el enano de la venta” por motivo de ser tan bajo.

En una ocasión en que pasó por San Isidro el abad general dom Domingo Nogués, pidió que se le facilitase un hermano converso para desempeñar el cargo de portero en la casa generalicia de Roma, y el abad envió al hermano Ángel quien permanecería en la Ciudad Eterna varios años, hasta que regresó a San Isidro, destinándosele luego a este monasterio de Oseira, donde permaneció algunos años prestando servicios a la comunidad hasta que le sorprendió la muerte el 24 de enero de 1961, todavía en plena juventud. Ignoro los detalles de la misma.

11. Padre Mauro Guntín Mauriz (1890-1956)

Si se quisiera hacer un cuadro de este monje, habría que representarle con un libro grande —forrado en pergamino— debajo del brazo, que llevara por título: La Summa de Santo Tomás de Aquino. No conocí jamás hombre más entusiasmado que él por dicha obra, la cual ha servido para iluminar a todos los teólogos de todos los tiempos y que aún hoy mantiene su perennidad, a pesar de que existan algunos que no la tragan, quizá porque saca a veces los colores a la cara de quienes tratan de ahondar en ella por no llevar una vida ajustada a las enseñanzas de la Iglesia, que allí se defienden con seriedad y clarividencia. Ésta es una verdad que tuvo tanta aplicación en otros campos, en que —por lo general— imperaba: *Roma locuta est, causa finita est*.

Nació el padre Guntín hacia 1890 en Villaverde de los Cestos (León), de una familia resplandeciente por sus virtudes cristianas, que educó a sus hijos en el temor, habiendo sido bendecida por el llamamiento a la vida consagrada de dos de sus vástagos; uno de ellos se inclinó hacia los religiosos pasionistas donde prestó señalados servicios, y Mauro, que dirigió sus pasos hacia San Isidro de Dueñas, donde hizo el noviciado y profesó en los primeros años de la fundación de la casa, tiempos difíciles y llenos de grandes sacrificios, pues la comunidad se hallaba comprometida en la reconstrucción del monasterio que habían abierto en 1891, y trataban a la vez de abrir nuevas fuentes de riqueza, cultivando los campos y montando una fábrica de chocolate que gozaría de gran renombre en el mercado. La firma Chocolates Trapa se hizo célebre en toda España. El padre Mauro fue contemporáneo y compañero de carrera del padre José Olmedo Arrieta, y hasta dicese que hicieron el servicio militar juntos en Valladolid los años 1912-1913. Andando el tiempo, éste llegó a ser maestro de novicios del hoy santo Rafael, y más tarde le enviaron de superior a la Oliva, de donde fue elegido en 1946 primer abad de la casa después de la restauración de la misma en 1930. En cuanto a fray Mauro, fue destinado a prestar servicios en la comunidad de Getafe, antes de trasladarse a la Oliva. Vuelto a San Isidro, le nombraron profesor de teología, su campo predilecto, tratando de exponer a los alumnos las profundas enseñanzas que Santo Tomás dejó trazadas en su monumental Suma Teológica, obra que jamás se le caía de la mano.

También en estos años le confiaron los superiores la capellanía de las religiosas cistercienses de Alloz, labor que tomó con cariño, tratando de fomentar en ellas una profunda espiritualidad acorde con la misión contemplativa que desempeñan en la Iglesia. En 1943 hubo cambio de superiores en San Pedro de Cardeña, fundación de los monjes de San Isidro en 1942. La circunstancia de haber sido martirizados en Viaceli 17 religiosos durante el Movimiento Nacional, entre ellos el prior del monasterio, obligó a un reajuste de cambios en San Pedro de Cardeña. Sacaron y llevaron de allí al padre Teófilo Sandoval —que había sido el confesor del hoy santo Rafael— como superior, mientras al padre Amado Alamanzón Jarque le confiaron la misión de maestro de novicios. Al quedar Cardeña sin sus dos primeros superiores, mandaron a suplirles dos monjes de San Isidro, padres Mauro e Hipólito, nombrando al primero segundo superior de la casa. Allí permaneció el padre Mauro algunos años, también difíciles, pues las fundaciones suponen mucho sacrificio hasta que logran medios económicos suficientes para poder subsistir.

Vuelto a San Isidro, los monjes de Oseira necesitaban un monje que explicara teología; entonces acudieron a San Isidro, y fue enviado el padre Mauro en 1946, ocupándose de su cátedra favorita. También en Oseira prestó señalados servicios ayudando a la comunidad todo cuanto pudo, y también a los curas en las parroquias, pues tenía facilidad de palabra, y no le era difícil improvisar sermones al pueblo, cosa que a los sacerdotes de aquel tiempo les costaba bastante, y además, los fieles suelen desear que les hablen los extraños, aunque sólo sea por curiosidad. A primeros de enero de 1956 hizo un viaje a San Isidro, ignoro los motivos que le indujeron a ello. Nadie esperaba que fuera la despedida, porque aunque gozaba fama de que estaba delicado, sin embargo, nadie esperaba una muerte tan prematura, acaecida en Oseira el 16 de marzo de 1956, a los nueve años de servicios a los monjes de este monasterio. Dice la crónica que era tan devoto de Santo Tomás, “que apenas soltaba los libros del Doctor Angélico”. Su muerte fue muy sentida en Oseira y en la comarca, donde era muy conocido y querido por su carácter agradable y amigo de complacer a todos.

12. Hermano Eloy Domínguez (1921-1957)

Este hermano merece figurar en un cuadro de honor por haber brillado como flor fragante de los jardines de Oseira, cuyo aroma perdura aún entre los muros de la abadía, a pesar de los años. Su vida es todo sencillez y carencia de protagonismo, digo mal, fue un verdadero monje que escaló desde su humilde puesto de hermano lego, las cotas más elevadas de la santidad. Esa es, al menos, la fama que circula entre todos cuantos le conocieron.



Nacido en Santa María del Condado (Ourense) en 1921, nada de especial hubo en su juventud, fuera de haberse especializado en el oficio de carpintero, habiendo trabajado en el Valle de los Caídos y en la construcción de la gran presa de Ricobayo, o Saltos del Duero, en Zamora. En diciembre de 1949 solicitó ingresar en Oseira en calidad de hermano converso, recibiendo el hábito monástico el 5 de abril de 1950. Dios le quería alma de selección, por eso comenzó a probarle como suele hacer con aquellas almas a las que quiere elevar a gran altura espiritual.

Cayó enfermo de consideración, por lo que se vio obligado a regresar a la casa paterna, pero volvió a ingresar en 1952 una vez que se sintió con fuerzas para llevar la vida monástica, profesando en 1955 en la fiesta de la Inmaculada. Fue un alma de selección, de esas que dejan huella, no por el brillo de sus actividades o una popularidad llamativa—todo lo contrario, estuvo siempre ocupado en las acciones más ordinarias—sino por haber llevado una existencia digna de verdadero santo. Falleció el 2 de enero de 1958. “Con cariño de hermano —dice el cronista de la casa— escribiría páginas y más páginas sobre nuestro hermano Eloy, publicando a los vientos para que el siglo XX oyese su vida sencilla, alegre, santa. ¡Si algún día el mundo se viera sin santos!, pero estas breves notas no lo permiten. Si Dios quiere, algún día aparecerán”. La verdad es que jamás se ha vuelto a hablar de él, desde que falleció el monje que más íntimamente le trató, el padre Lope Nuño, del cual hablaremos más adelante.

En 1957 —un año antes de su muerte— pasó por Oseira el Hermano Pablo García Gorriz, el ilustre cronista del monasterio, el cual dejó escrito de él este testimonio lacónico, pero elocuente: “De hermanos conversos hay uno solo profeso de votos solemnes, el Hº Eloy que es una verdadera alhaja”. No se equivocó en esta apreciación, pues era general ese concepto que gozaba, de verdadero santo. Es lástima que nadie me refiera anécdotas de su vida, pues por más que he intentado, nadie me refiere ninguna, sino sólo lo principal que se puede decir, que fue un verdadero santo.

13. Padre Ernesto Chazalón (1904-1996)

De origen francés, nació en Saint Laurent les Baieus (Ardiche Niviers) el 10 de octubre de 1904. Hizo su ingreso en Ntra. Sra. de las Nieves (Francia) en 1916, donde cursó la carrera eclesiástica ordenándose de sacerdote en 1930. Fue uno de los primeros monjes que llegaron a la fundación, en compañía de don Agustín, recién ordenado sacerdote y hallándose aún en plena formación cultural, pues se formó en Roma. Tenía bellas disposiciones para la cultura y habilidad para desarrollar distintos cometidos de la vida de la comunidad, al par que un carácter bastante asequible. Por eso, a pesar de su juventud, al fallecer el padre Ildefonso en 1944, le nombraron superior de la comunidad, comenzando a ejercer el cargo con notable equilibrio y tratando de mejorar las fuentes económicas de la comunidad, aunque no todo en él es digno de alabanza, pues en su tiempo se implantó la doble industria del champán y el chocolate, todo en plan modestísimo, y admitió en comunidad un contable diplomado, siendo así que había en ella monjes con distintas carreras.

Hacia 1947 el C.G. elevó la fundación de Oseira a priorato, por lo que hubo elección y salió elegido el padre Chazalón por haber dado pruebas de cordura y buen carácter en el cargo de superior. Por otra parte la comunidad había aumentado y había en ella elementos dignos. Trabajaría lo indecible, aun cuando no fueron muchas las obras que pudieron realizarse durante su gobierno, a causa de los años difíciles de la posguerra, en que España se hallaba depauperada por el desgaste sufrido en los casi tres años de lucha, viéndose enfrentada a unas obras costosísimas sobre todo en la llamada zona roja, donde además de los efectos catastróficos de la guerra, fueron saqueados y desmantelados quizá más de 89% de catedrales, templos, seminarios, conventos... y, por otra parte, sufrió un bloqueo inaudito por parte de las naciones europeas.

Los pocos fondos que el Estado podía destinar a la restauración de edificios, iban casi todos a la llamada zona roja, que estuvo en poder del Gobierno, por haber quedado completamente desmantelados tantos millares de templos, seminarios y edificios re-

ligiosos. A pesar de que apenas llegaban subvenciones para llevar a cabo obras, en 1953 se recibieron 70.000 pesetas que se emplearon para rehacer la torre de la parte norte, destruida la mitad por un rayo en 1927, obra realizada bajo la dirección de los propios monjes. Aquí fue donde el padre Juan María Vázquez Rey demostró una pericia singular al lograr con tan poco dinero llevar a cabo unas obras tan costosas¹. También rehizo el torreón de mediodía, en el ala oriental del edificio.

Es digno de consignar el interés de la comunidad en abrirse fuentes de ingresos para poder subsistir. Situado el monasterio en zona muy pobre, los monjes no tenían más remedio que ingeniarse para obtener beneficios económicos de una manera honesta y sin salir de su ritmo de vida monástica. A este fin, en 1955 se instaló en las antiguas caballerizas una fábrica de chocolates atendida completamente por los monjes, que se encargaban de todo, tanto de la fabricación como de la distribución del producto. Dice la crónica: "El año 1955 se montó una fábrica de chocolate. Lo hacen bueno y se vende bien". Siguió funcionando hasta 1963 en que fue cerrada por orden de los superiores, al sobrevenir una crisis interna que Dios permitió para conseguir los fines que Él tiene dispuestos desde toda la eternidad.

En 1958, dadas algunas dificultades que pesaban sobre la comunidad, los superiores aconsejaron al padre Chazalón que renunciara el cargo, como así lo hizo sin la menor oposición. Entonces pensó que su vocación religiosa se le hacía difícil, y optó por hacerse sacerdote secular, emigrando a México, donde ejerció un notable ministerio en el seminario de Monterrey, del cual fue nombrado rector y profesor durante muchos años. Allí falleció hacia 1996, sin que recuerde la fecha exacta. La comunidad —no obstante—, a la que visitaba todos los años, le recuerda agradecida por sus sacrificios, al par que se complace de sus desaciertos.

1. Un poco más adelante ofreceré una pequeña biografía de este monje, alma de la reconstrucción de Oseira.



14. Padre Gonzalo Martínez Suárez (1916-1963)

Es considerado como “el doble del hermano Rafael”, por haber seguido de cerca sus pasos, mejor dicho, fue una conquista suya para la orden del Císter. Nacido en Villafranca del Bierzo en 1916, era de ascendencia gallega. Su padre —médico en Villafranca—, procedía de La Coruña, y su madre de la comarca de O Bolo. Recibió la formación preparatoria cultural en el propio hogar paterno, completándola luego en el instituto de Ourense, y una vez finalizado el bachillerato, hizo su ingreso en la Universidad de Santiago, cursando los estudios de Derecho, que se vieron interrumpidos por la guerra. Sirvió en los puestos que le confió el mando nacional: primero en La Coruña, luego en el frente de Guadalajara y, por fin, en Astorga, pasando cerca de tres años alejado de los estudios, hasta que el triunfo de las armas del general Franco, le permitió reanudar su vida de estudiante, hasta culminar, con notable brillantez, su carrera de leyes.

Todos los que le trataron le querían de corazón. Su simpatía era arrolladora, porque sus modales fueron siempre de elegancia suma, delicadeza extrema, sensibilidad refinada. Cuando en la residencia ponía sus manos sobre el piano, al punto los amigos hacían corona en torno suyo y se pasaban un rato delicioso escuchándole. Muchos de esos amigos llegarían a ser, con el tiempo, personajes destacados en el campo de las letras o de la política, y al preguntarles cómo era Carlos en esos años de su vida en Santiago, todos responden con gran encomio de él. Uno de ellos llegó a escribir: “Carlos estaba hecho de un barro distinto al de los otros: el de los elegidos”.

Uno de los compañeros que le trataron algo, en estos años del fin de carrera, nos ofrece de él este magnífico test lleno de profundo contenido: “Siempre admiré en él su dulce bondad y la hondura de su piedad. El tiempo de permanencia en común fue corto. Carlos finalizaba su carrera y yo comenzaba la mía. No he vuelto a verle, no sabía por dónde andaba, pero en mí quedaba la huella de un compañero moreno, delgado, serio, de ojos profundos, de vida intensamente piadosa y de bondad trascendente”.

En 1940, al finalizar su carrera universitaria, marcha a Bilbao en compañía de un amigo suyo, permaneciendo en aquella capital dos años en un organismo estatal. Aquí continuó haciendo el bien, aunque siempre a escondidas, pues dicese que años adelante, hablando sobre él quien había sido su jefe en aquel organismo, confesó que más de cuatro veces tuvo que prohibirle hacer el trabajo de los demás:

“Carlos era demasiado bueno —insistía—, amable con todos, hombre fino por excelencia, amigo ideal”. De Bilbao se trasladó a Madrid para prepararse a unas oposiciones al Ministerio del Interior, obteniendo feliz éxito en las mismas, aunque nunca llegó a estrenar el cargo, porque precisamente en esa coyuntura Cristo se le cruzó en el camino, le pidió que le siguiera en una vida de austeridad y renuncia, y él lo hizo con toda docilidad, abrazando con valentía la vida monástica, y jamás volvió la vista atrás, a pesar de las grandes pruebas que le esperaban. Al mismo tiempo que se preparaba para ascender a ese puesto clave, trabajaba sin descanso entre los jóvenes de Acción Católica y desde las columnas de la prensa, por ser un diestro incansable de la pluma. Veremos cómo hallándose sumergido en esta vida de trabajo e intenso apostolado, se enamoró del monasterio de Oseira, dejó su carrera, un brillante porvenir que se le ofrecía en bandeja, e hizo su ingreso en el claustro, escogiendo dicho monasterio por ser “el más pobre de España”, aunque no en arte, por supuesto, por ser uno de los monumentos más representativos, del Císter en España y aun a nivel extranjero.

El hecho que vamos a referir sucedió hace algo más de medio siglo. Era una mañana radiante de primavera en Villafranca del Bierzo (León); un joven sacerdote con las manos casi recién ungidas, oyó en confesión a nuestro joven abogado —Carlos Martínez Suárez— que acababa de terminar en Santiago su carrera de leyes y se disponía a hacer oposiciones a un ministerio en Madrid. Luego, salieron ambos a pasear por la huerta de los paúles, y allí, bajo la tupida sombra de los árboles, al lado de los rosales matizados de flores, conversaron largo rato y entablaron una amistad que se prolongaría más allá de la muerte. A los pocos días, volvió el abogado a visitar al sacerdote. Éste llevaba bajo el brazo un libro intitolado *Un secreto de la Trapa*, primera obra que dio a conocer al mundo, los grandes valores de naturaleza y gracia encerrados en el hoy santo Rafael. La lectura de aquel libro conmovió hasta lo más profundo a nuestro joven abogado, hasta el extremo de ponerle al borde de la renuncia a su carrera y a todo cuanto amaba en el mundo, para seguir su ejemplo, ingresando en el claustro. Mas no quería dar un paso sin consultarlo primero con su director espiritual. Le expuso con sencillez su modo de pensar, sus proyectos de ingresar en la Trapa. La respuesta fue disuadirle de aquel propósito, pues conocía muy bien la salud no muy fuerte de Carlos,

por lo que le propuso que tal vez la orden benedictina, un tanto más mitigada, le podía sentar mejor. De momento lo dejaron, sin decidir nada.

Al cabo de algún tiempo, Carlos volvió a insistir en sus deseos de imitar el gesto de Rafael, ingresando en la Trapa. El director cambió de actitud, pensó que lo mejor era dar largas al asunto, imponiéndole un año de prueba, para madurar el proyecto. Carlos lo aceptó con docilidad, viendo en ello las disposiciones divinas, que en todo le iba guiando. La actitud del director, imponiéndole tan larga espera, fue muy acertada, pues sabía que había por medio unas relaciones con una chica, cosa nada anormal en un muchacho con la carrera terminada y en la encrucijada de la vida. Carlos seguiría en el mundo, cumpliendo su deber de apóstol, haciendo todo el bien que podía entre sus semejantes, y llevando una vida espiritual intensa. Así iba transcurriendo el tiempo, hasta que unos meses antes de finalizar la prueba, determinó hacer unos ejercicios espirituales en Pozuelo de Alarcón, donde le esperaba lo inconcebible. El director de los ejercicios era, —según el mismo Carlos dice— “un hombre santo, muy bien experimentado en cosas de espíritu”, aunque a juzgar por el comportamiento con el propio Carlos, nos entran dudas de si en realidad poseía esas dos cualidades. Como es normal, nuestro ejercitante expuso al director de los ejercicios con toda sencillez el estado de su alma, y los propósitos que abrigaba de entrar en la Trapa. Tan pronto oyó aquel hombre el nombre de la Trapa, perdió los estribos y se desató en una sarta de improperios y necedades, bien poco correctas y menos caritativas. En vez de estudiar el caso de aquel joven o esperar un tiempo prudencial para reflexionar, al instante le sacó a relucir una serie de ejemplos poco edificantes, que a otro poco firme en la vocación, le hubieran alejado para siempre de las puertas de la Trapa. Pero Carlos lo tenía muy bien pensado, y le dio pena del proceder de aquel pobre hombre, cuya misión principal era orientar a las almas.

En el cuaderno de notas, correspondiente a aquellos ejercicios, encontramos la brillante apología que Carlos hace de la vida cisterciense y de sus seguidores, basándose no en lo negativo —que en todas partes se da— sino en lo positivo, que es inmensamente superior. Es lástima no poder reproducir sus conceptos. Sólo ofreceremos un botón de muestra: “¿Qué es de extrañar que a través de los siglos, haya monasterios con monjes no observantes? ¡Si entre los doce apóstoles hubo un Judas! ¿Cómo va a extrañarnos que en algunas abadías se haya infiltrado el espíritu del mundo, si son humanos sus componentes? ¿Qué por qué no me voy a otra Orden? ¿Que si me agrada más?

A mi cuerpo, ¡qué duda cabe! ¡Cuántas órdenes existen en que se puede hablar de lo exterior, jugar, viajar, fumar, pasar temporadas familiares, etc.

¡Pero mi alma rechaza todo esto. Yo admiro a todas las obras que se dedican al bien, o a la salvación de las almas, al servicio de Dios; pero a mi alma sólo le llena la Trapa, por su silencio, por su austeridad, por ese darse continuamente al Amado en la soledad, sin más testigos que Él, edificadas con el buen ejemplo de los hermanos que están allí con iguales propósitos...



“Señor, Señor, ¿acaso hago mal con hacer expansiva mi admiración por san Bernardo que, al dejar el mundo, llevó consigo a treinta jóvenes más de la nobleza francesa, perseverando casi todos y muriendo en olor de santidad? ¿Es que no debo propagar la obra *Un secreto de la Trapa* en la cual se hace la biografía de Rafael Arnáiz, muerto en el año 1938 en olor de santidad en el monasterio cisterciense de San Isidro? El caso de este joven admirable de nuestros días, que en cuatro años llegó a las más altas cimas de la perfección, que fue valiente para hacer callar el corazón, la carne, la sangre y lo dejó todo por amor al Maestro que dijo “yo soy el camino, la verdad y la vida”.

Pero no todos los sacerdotes se pusieron real o aparentemente en contra de Carlos, en su aspiración hacia la vida del Císter. Al menos sabemos de uno que le ayudó cuanto pudo. Fue su director espiritual,

don Leopoldo Durán Justo, el mismo que le impuso la prueba de un año para probar de veras si se trataba de vocación, y también para que la separación de su prometida, la hiciera de manera noble y correcta.

Este sí que se le mostró verdadero faro orientador en la vida de Carlos, en medio del mar borrascoso de dificultades surgidas sobre todo a raíz de aquellos ejercicios en Pozuelo de Alarcón. Hoy, el monasterio de Oseira no es ni sombra de lo que era hace más de medio siglo, cuando Carlos Martínez Suárez lo señaló con el dedo como el lugar más adecuado para seguir de cerca los pasos de Cristo. Actualmente es un edificio acogedor, bien restaurado, lleno de atractivo para el turismo nacional y extranjero, con una vivienda monástica adaptada a las exigencias de los tiempos y una alimentación que si bien es frugal, con todo, va un abismo de como era en aquellos tiempos que pudiéramos llamar heroicos.

En 1947, a pesar del gran esfuerzo realizado por la pequeña comunidad, la mayor parte del edificio seguía siendo casi un montón informe de ruinas. Puedo dar testimonio de ello. Llevo en el monasterio 23 años, y todavía me tocó conocer gigantescas ruinas que poco a poco han ido desapareciendo. Y la vivienda de los monjes, ¡aquello sí que era extrema-pobreza, por no emplear otro término maloliente!

Desde aquella lucha campal ideológica, sostenida con el director de ejercicios en Pozuelo de Alarcón, en la cual Carlos se mostró triunfador y muy superior en conceptos espirituales al religioso director de los ejercicios, ya sólo pensó en poner por obra su plan, dejarlo todo por amor a Cristo. Hallaba un vacío tremendo en las halagadoras esperanzas que le brindaba el mundo: nada era capaz de saciarle, ni su carrera de leyes, ni el libre acceso a la secretaría de un ministerio, que le abriría la puerta a la política donde podía triunfar, o por lo menos hincharse de dinero..., ni siquiera la dulce compañía de la joven con quien pensaba compartir su vida. Aspiraba a algo más elevado, algo que le pudiera saciar de veras.

OBSESIONADO CON OSEIRA

A los 30 años, después de vivir en un mundo rodeado de comodidades, sabía muy bien lo que hacía, el paso tan serio y trascendental que iba a dar. Acudió de nuevo a los pies de aquel sacerdote joven de Villafranca, que le impuso la prueba de un año, para comunicarle que ya se había cumplido el tiempo, y, por lo tanto, había llegado la hora de dar el paso decisivo. El padre Durán, que había encomendado a Dios el asunto, viendo la insistencia de aquella alma, le autorizó seguir la estrella de la vocación.

Desde el primer momento en que leyó el *Secreto de la Trapa*, Carlos se dio cuenta de que el Císter estaba hecho a la medida de su corazón. Nada de vida activa, a pesar de sus excelentes cualidades físicas

y formación cultural. Comprendió que el apostolado que Dios pedía de él era el encerrarse en la soledad de un monasterio, donde viviera día y noche entregado a la oración, a la alabanza divina, y al apostolado fecundísimo, por lo general muy ignorado, de la contemplación, apostolado que necesita hoy el mundo con tanta o mayor urgencia que el activo.

Pero, ¿hacia qué monasterio dirigir los pasos? Ante los ojos de Carlos abrían sus puertas notables abadías, monasterios florecientes de monjes, sobre todo la Trapa de San Isidro, con un centenar de monjes, y gran celebridad desde que el hermano Rafael la dejó perfumada con el aroma de sus virtudes. También podía haber dirigido sus pasos a las abadías de Viaceli, en Santander, a la Oliva, en Navarra, a San Pedro de Cardeña, en Burgos... Pero no, iba buscando algo más austero, algo distinto de lo que comúnmente atrae las simpatías de los candidatos a la vida religiosa: se fijó en el monasterio de Oseira. ¿Por qué motivos? A primera vista, puede pensar alguno que sería tal vez el arte o la grandiosidad del monasterio lo que le atrajo. Pero no, precisamente todo lo contrario. Hizo caso omiso de la grandiosidad arquitectónica del edificio y se fijó en una cosa, en la manera de vivir los monjes: era la comunidad más pobre de todas las existentes en España. Eso fue lo que le atrajo, y no se equivocó, Pues Oseira era —y sigue siendo la casa con una economía muy inferior a la de cualquier monasterio de la orden.

Al fin, ultimados los preparativos, llamó a las puertas del monasterio de Santa María de Oseira, que era el que más le atraía, “por ser el monasterio más pobre que he conocido”. La fecha escogida para el ingreso no pudo ser más significativa, el 15 de agosto, fiesta de la Asunción de la Santísima Virgen, patrona del Císter y también fiesta onomástica de su madre terrena a la cual no llegó a conocer, pero que no por eso la amaba menos, y a ella atribuía, juntamente con la Santísima Virgen, la gracia inestimable de la vocación religiosa. A poco de llegar al monasterio, se apresuró a comunicar sus primeras impresiones a una religiosa conocida: “¡Qué bien se está en la casa de Dios! ¡Qué dulce es el silencio, qué elevada la oración, la meditación qué profunda, y qué suave la mortificación cuando se hace por amor!”. Mas al mismo tiempo, como humano que era, le da cuenta de la lucha tenaz entablada en torno suyo, de la cual salió triunfador gracias al apoyo decisivo de la Virgen Madre, su recurso constante.

“He llegado con el corazón deshecho —escribe— por tener que arrancar tantos afectos humanos; pero de sus ruinas hará la Santísima Virgen otro de espíritu que viva y muera en su compañía”.

Encontró lo que buscaba, la felicidad posible de hallar en lo humano, el objeto que anhelaba su corazón sediento de Dios, pero, al mismo tiempo, el fruto amargo de la cruz: “¿A qué negar que hay momentos duros —escribía— que los recuerdos emotivos em-

bargan mi alma, que el sollozo contenido ahoga mi garganta? ¡El cambio ha sido tan completo y radical!" A pesar de tantas contradicciones como encontró en el camino, se mantuvo fiel a la vocación y dio pruebas inequívocas de que había encontrado el verdadero camino.

Por eso, el 5 de octubre fue el señalado para la toma de hábito, una ceremonia emotiva en que reunida la comunidad en la sala capitular, se le despojaba de la ropa del mundo y se le impuso el santo hábito, que en los novicios del Císter es todo él blanco como el armiño. Cuando el hermano Rafael recibió también el hábito, en una ceremonia exactamente idéntica a ésta, confiesa que mientras el coro cantaba solemnemente el *Benedictus*, él derramaba "unas lágrimas como puños". No sabemos que Carlos las derramara. Lo que sabemos es que desde ese momento, siguiendo una costumbre antigua, se le cambió el nombre de Carlos por el de Gonzalo; en lo sucesivo figuraría como fray Gonzalo. Entre los apuntes referentes a ese día, leemos estos pensamientos: "Oh Señora, [nunca olvida poner a la Virgen en primer plano], que siempre quede impreso en mi alma con el fuego del amor este día solemne y que la vestidura blanca que hoy me han impuesto sea reflejo fiel de mi interior puro, noble y santo!"

El 12 de octubre de 1949, fiesta de la Virgen del Pilar, hizo su profesión solemne, esto es, se incardinó, por decirlo así, de manera definitiva a Oseira. Nada ni nadie fue capaz de hacerle desistir de su propósito firme de ser todo de Dios, ni siquiera las más halagadoras ofrendas. Cuentan que a poco de entrar en el claustro, le vinieron a ofrecer un título de nobleza de España, porque había un familiar suyo que no tenía quien le sucediese, mas rehusó aceptarlo, porque comprendía que la mayor nobleza era la consagración a Cristo. Pasó el tiempo, se consolidó la vocación, completó sus estudios eclesiásticos, y los superiores, vista su excelente preparación con dos carreras terminadas, pensaron en que se debía dar paso a las órdenes sagradas. En aquella entrevista que tuvo con el joven sacerdote en Villafranca, en la conversación mantenida con Carlos, al ver tan magníficas disposiciones, sin saber por qué, le dejó caer estas frases: "¡Y si te hicieras sacerdote!" Carlos se sonrió a la vez que pronunciaba estas palabras: "¡Qué cosas tienes! ¡Yo sacerdote!" Pues sí, Dios le quería ministro suyo, le tenía destinado a la gran dignidad, la más excelsa sobre la tierra, que asombra a los mismos ángeles.

¡El sacerdocio! He aquí el gran don que llenaba de ilusión al padre Gonzalo, para el cual se fue preparando con una fidelidad exquisita. Fue el gran regalo que le hizo el cielo en Ourense el 2 de octubre de 1955. Las emociones que embargaban su alma en esos momentos son indescriptibles. Más que reproducirlas, mejor será añadir sólo algunos pensamientos que bullían en él en este día de gracia para que



Oseira es lugar obligado para los peregrinos del Camino de Santiago.

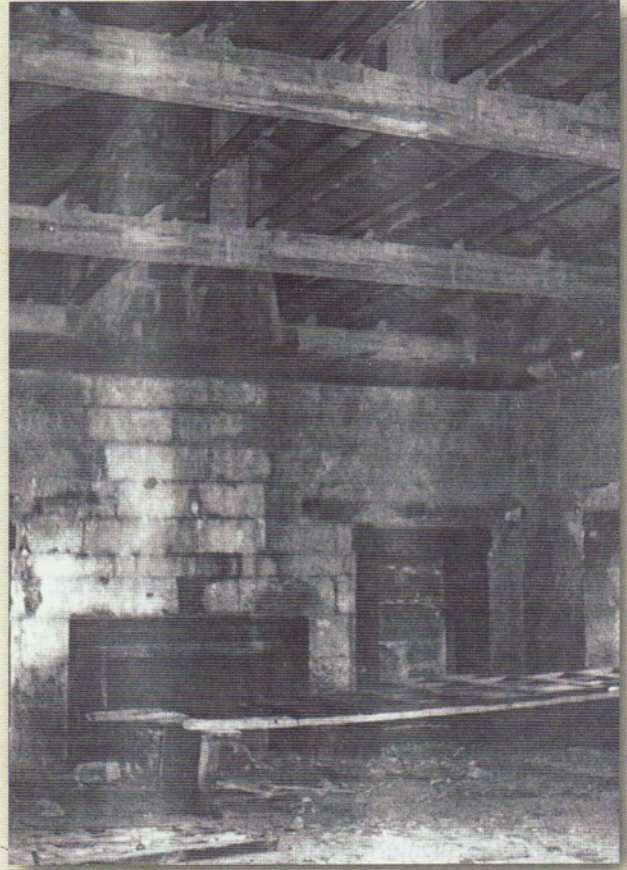
se vea el apostolado que se puede ejercer desde la oscuridad de un monasterio:

"Tengo un hambre de almas que me devora. Siento un fuego tan abrasado, un deseo tan intenso de conquistar almas para el cielo, que casi me da vértigo. Percibo en lo profundo de mí ser una desazón ante la ruina del mundo empecatado, que se avivan más y más mis anhelos de padecer, de sufrir por Jesús, de inmolarme continuamente para que él sienta alivio ante tantas miserias..."

Desde 1960 hasta 1963 en que vivió en nuestro monasterio de San Isidro de Dueñas, todos pudimos ver en el padre Gonzalo al monje edificante, lleno de espíritu de sacrificio, amante con todos, sacrificado hasta el exceso. Un día, trabajando en la huerta, se hirió en una pierna, no hizo caso de la herida, y cuando se descubrió e intentó poner remedio, ya era tarde, fue la llave de oro que le abrió las puertas del paraíso, en pago de tanta renuncia de amor a Cristo. Era el 10 de diciembre de 1963, a poco de haber cumplido los 47 años.

Cuentan quienes le visitaron la víspera de emprender el gran viaje hacia la eternidad, que se sentó en la cama y comenzó a cantar a la Virgen. Se hallaba presente en aquel momento el padre abad de San Isidro de Dueñas, el cual juzgando que deliraba, se le acercó y le preguntó cariñosamente cómo se encontraba. El padre Gonzalo, sospechando lo que podía pensar de él al verle cantar, le contestó con serenidad: "¡No deliro, no, Reverendísimo Padre! ¡Es que quiero estar a la altura de las circunstancias!" ¡A la altura de las circunstancias! ¡Cantar a la Virgen en aquel momento supremo! He aquí sacado a la luz uno de los grandes amores que ardían en el corazón de aquel monje, con una intensidad, que si hemos de buscar modelos parecidos, habría que fijarse en los grandes amadores que tuvo la Señora. Lo están pregonando sus diarios y cartas impregnados de amor mariano tierno, efusivo, impresionante.

El padre Gonzalo, puedo afirmar con la mayor seguridad del mundo, que es una de las glorias más legítimas de la orden del Císter español en los últimos tiempos. El tiempo lo dirá.



Diferentes aspectos del monasterio en ruinas.

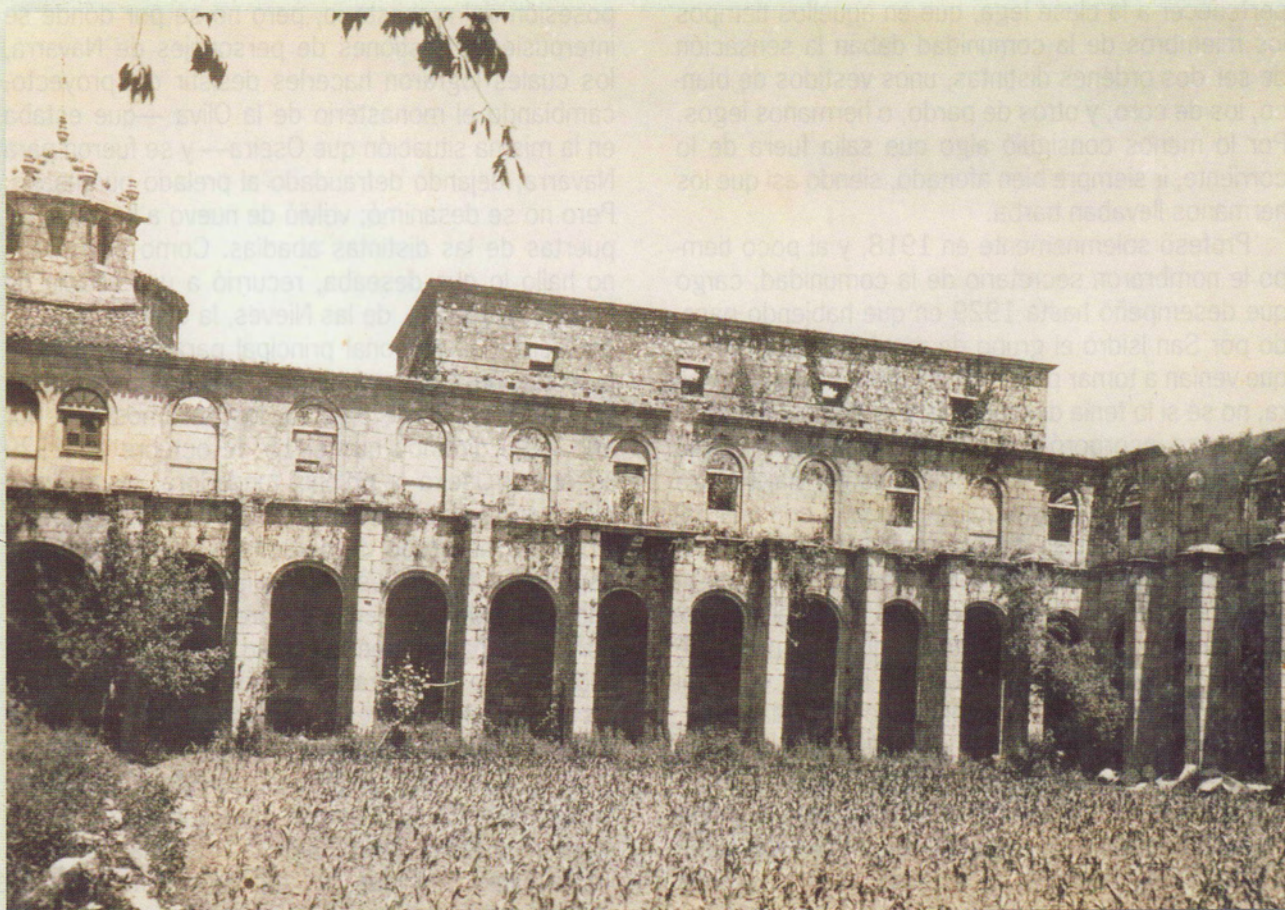




Chimenea del calefactorio.



Campanario derruido.



Claustro de los Pináculos plantado de maíz.

15. Hermano Pablo García Gorriz (1885-1967)

Este monje está tan vinculado a Oseira, que aunque no perseveró aquí, trabajó tanto en dar a conocer el monasterio, sobre todo por medio de la hermosa guía que compuso —luego por la crónica de los primeros tiempos que nos legó— que bien merece se le incluya entre los restauradores del monasterio, máxime porque le tocó soportar los diez primeros años de vida del monasterio, tiempos calificados de heroicos en razón de la extremada pobreza a que vivieron abrazados aquellos primeros monjes.

Nacido en la Aldehuela (Teruel) el 25 de abril de 1885, se llamó Aniano en el mundo, nombre que cambió por el de Pablo al ingresar en San Isidro en 1910, cuando frisaba en los 25. Ignoro si ejerció alguna profesión antes de ingresar en el claustro, pues tenía una formación cultural superior a la corriente, como dio pruebas de ello, tanto por haber llevado la secretaría durante muchos años, como por las diversas obras que escribió. Ignoro también por qué no le admitieron como monje de coro, dada su preparación literaria, y el deseo que manifestó siempre de ascender en categoría, pues no le agradaba nada el pertenecer a la clase lega, que en aquellos tiempos los miembros de la comunidad daban la sensación de ser dos órdenes distintas, unos vestidos de blanco, los de coro, y otros de pardo, o hermanos legos. Por lo menos consiguió algo que salía fuera de lo corriente, ir siempre bien afeitado, siendo así que los hermanos llevaban barba.

Profesó solemnemente en 1918, y al poco tiempo le nombraron secretario de la comunidad, cargo que desempeñó hasta 1929 en que habiendo pasado por San Isidro el grupo de monjes de las Nieves que venían a tomar posesión del monasterio de Oseira, no sé si lo tenía decidido de antes o qué, lo cierto es que se incorporó a la expedición de fundadores. El mismo nos cuenta las incidencias del viaje. Entre ellas una sabrosa anécdota relacionada con una pareja que venía en un departamento. Cuenta que al subir al tren en Venta de Baños, hallándose lleno el departamento de viajeros, les tocó ir bastante tiempo de pie en el pasillo, y resulta que una mujer de mala catadura que viajaba con un hombre de igual calaña, haciendo guiños y sonriendo estúpidamente, entablaron el siguiente diálogo: ¡Menuda compañía vamos a llevar esta noche!, dijo uno de ellos al ver entrar en el departamento a dos frailes. Al percatarse que entraba un tercero, exclamó: Pues ¡suma y sigue...! No hubieron de lamentar más incoheren-

cias en toda la noche, antes todos los viajeros se portaron con máximo respeto con aquellos hombres vestidos pobremente y que se encaminaban a una empresa con honda repercusión en los anales de la orden.

La llegada al monasterio causó honda impresión en los fundadores, por el estado lamentable en que se hallaba el edificio, casi todo en ruinas, a excepción del templo y algunas otras dependencias. Se necesitaba una fuerza de voluntad firme y un espíritu de sacrificio a toda prueba. Además, la parte económica era totalmente nula. De Francia llegaron los principales fundadores —casi como cuando los apóstoles salieron a predicar la buena nueva— con los breviarios de rezo y algún que otro libro, y para de contar.

El principal impulsor de la fundación fue —como ya sabemos— el obispo de Ourense, Dr. Don Florencio González Cerviño, que desplegó todo su ingenio para evitar la ruina total del edificio. Se había puesto al habla con los padres de la comunidad de Getafe, que sabía se iban a trasladar, logrando buenas palabras y promesa firme de que se encargaría de tomar posesión del monasterio, pero no sé por dónde se interpusieron gestiones de personajes de Navarra, los cuales lograron hacerles desistir del proyecto, cambiando el monasterio de la Oliva —que estaba en la misma situación que Oseira— y se fueron para Navarra, dejando defraudado al prelado ourensano. Pero no se desanimó; volvió de nuevo a llamar a las puertas de las distintas abadías. Como en España no halló lo que deseaba, recurrió a una abadía de Francia, Ntra. Sra. de las Nieves, la cual se encargó de facilitar el personal principal para llevar a cabo la fundación. Como ya hemos hablado de los pasos que dio este ilustre prelado, los pasamos aquí por alto. Sólo diremos que el 15 de octubre de 1929 llegaba a Oseira la colonia fundadora, siendo recibidos en la estación de Ourense con indescriptible júbilo por un grupo de personajes que les estaban esperando. De allí les llevaron al palacio episcopal, habiendo sido huéspedes del prelado las veinticuatro horas que pasaron en la ciudad, fuera de un par de ellos que se desplazaron al monasterio para hacer los preparativos necesarios para cuando llegara el grupo expedicionario.

Fray Pablo fue el primer cronista que tuvo el monasterio. En su preciosa obra nos describe con mano maestra la situación de la casa y las primeras impresiones recibidas por todos, que no pudieron

ser más decepcionantes. Habla de la situación catastrófica en que se hallaba el edificio, en su mayoría carente de tejado, con ruinas por todas partes y las galerías superiores hechas un verdadero bosque lleno de maleza y arbustos de todas clases que habían nacido entre las piedras.

Las gentes de las aldeas se volcaron el primer día con sus dadas generosas, pues carecían de todo, pero mucho no podían dar, por tratarse de gente humilde que vivía al día cultivando sus exiguos terrenos. Ya queda dicho que como en aquellos tiempos no había turismo, no había de donde poder extraer medios económicos para poder defenderse. No tuvieron más remedio que arreglárselas con el ingenio, tardando poco tiempo en elaborar queso y más tarde fabricarían champán y por fin chocolate.

Prestó señalados servicios a la comunidad, uno de ellos el ser representante de la comunidad para la recepción de huéspedes distinguidos, ya que los demás eran extranjeros o carecían de la cultura que tenía nuestro hermano aragonés. Fruto de esta cultura fue la elaboración de la primera guía del monasterio, impresa al poco tiempo de estancia de los monjes.

La primera edición —tuvo hasta cinco— lleva fecha de 1932. Fue una obra que mereció gran estima del público, porque eran raras las guías de monumentos —sobre todo abandonados como éste— en aquellos tiempos. Todavía hoy se busca con ansiedad, porque en ella se contienen multitud de datos muy estimables sobre la historia de la orden.

A fines de 1940 —después de diez años de estancia en Oseira— regresó a su puesto antiguo de San Isidro, encargándose otra vez de la secretaría, cargo que desempeñó con notable competencia hasta 1955 en que pasó a atender la portería. En medio de estas ocupaciones halló tiempo para cultivar con notable éxito la pluma, dando a la estampa varias obras y colaborando en algunas revistas. "Por extraño que parezca —dice la crónica del monasterio— aunque mezclado siempre en asuntos económicos, sus preferencias eran artísticas y literarias, pues aparte de la mencionada guía debe-

mos a su pluma la historia de los orígenes de la comunidad de Alloz, o el *Alcázar del silencio*, Madrid, 1961, una traducción de un opúsculo francés, *La Providencia*, ibidem, 1964, y un excelente trabajo sobre la basílica de San Juan de Baños, traducido a varios idiomas, y publicó algunos trabajos menores en diversas revistas".

Durante muchos años se quejó del estómago, pero logró mantenerse en un estado de salud aceptable hasta el verano de 1967 en que se le agudizaron tanto las dolencias de estómago, que aceptó la operación, que únicamente serviría para torturarlo más, pues fue empeorando hasta el punto de que el primero de noviembre, fiesta de Todos los Santos el Señor cortó el hilo de su vida, sin duda para llevarle a acompañarles en día tan espléndido.



Claustro de los Caballeros.

16. Hermano Efrén Arce Mata (1901-1970)

Nació en Ubierna (Burgos) el 2 de febrero de 1901. Se llamó Cándido en el mundo, habiendo ingresado en 1913 en San Isidro como oblato de coro, pero ignora por qué en 1916 se pasó a los hermanos conversos. Recibió el hábito de novicio el 2 de noviembre de 1920, profesando temporalmente dos años más tarde, y haciendo la solemne el 29 de abril de 1928. Conoció y conviví con este hermano desde 1929 cuando ingresé yo con trece añitos, hasta su muerte, pues le destinaron a Oseira, como veremos.

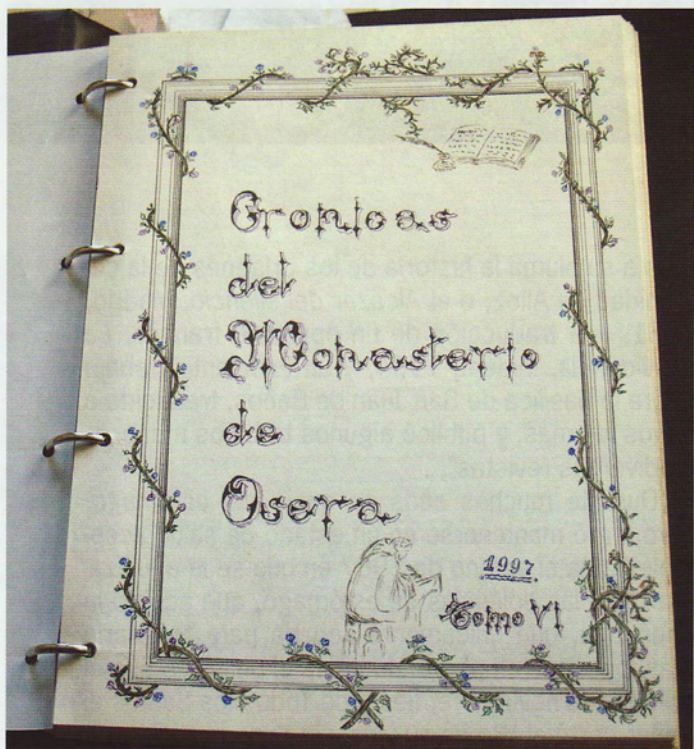
Se distinguió por su carácter serio, formal y piadoso. Debido a estas cualidades, le nombraron portero de San Isidro al poco tiempo de profesar, permaneciendo en el cargo por espacio de muchos años. También le nombraron submaestro de hermanos conversos varias veces y desempeñó otros cargos, dejando en todas partes honrosa reputación de hermano santo porque está visto que tomó la vida religiosa en serio, y tenía esa disposición de vivir en intensidad sus compromisos con Cristo. Esto lo puedo atestiguar por haber sido testigo de su vida en los cuarenta años que le traté. Era el hombre de la fidelidad a su lectura espiritual, de sus ratos de oración, su silencio riguroso, su vivir

ajeno a cuanto le rodeaba por ser muy dado a la vida interior.

En 1931, al estallar la República había peligro de que incendiaran el monasterio, como habían hecho las turbas con tantos otros, el H. Efrén fue uno de los que por las noches montaban guardia velando las armas, que había permiso para tenerlas, aunque seguramente no se hubieran atrevido a emplearlas, aun en caso grave, a no ser para disparar al aire, para hacer ruido o amedrentar a salteadores.

Tomó parte en la decoración de los claustros e iglesia, por tener cualidades para la pintura decorativa. Hacia 1950 le enviaron a prestar servicios a la Casa Generalicia de Roma, habiendo desempeñado el cargo de portero en Trefontane. Estando allí se dislocó un pie al bajar una escalera, y por más que le atendieron los médicos de Roma, no fueron capaces de mejorarle, viéndose obligado a regresar cojo a España, acudiendo a los médicos españoles para ver si tenían más fortuna que los italianos. Todo en vano, seguía cojeando. Cierta día le hablaron de que en Cevico de la Torre había un curandero que solía arreglar entuertos. Le aseguraron que si iba a él, le pondría nuevo. Se animó y allá se fue. Efectivamente, tuvo mano de ángel, porque lo que no pudieron hacer los médicos italianos ni españoles, lo hizo aquel curandero sin estudio alguno. Le recetó unas hierbas prodigiosas, fue mejorando, y en poco tiempo estaba en disposición de regresar a Roma por su pie, sin cojear. Continuó prestando servicios algún tiempo, hasta que los superiores le ordenaron volver a su puesto de San Isidro hacia 1957. Dos años más tarde, le destinaron a Oseira, de donde no volvería a salir si no es para emprender el gran viaje a la patria celeste.

En Oseira perseveró como un clavo los años de aguda crisis, cuando se dispersó la comunidad que había entonces. Se quedó él con su hermano el padre Honorio Arce Mata, que fue nombrado superior y fracasó, porque fue un arreglo sin pies ni cabeza. La orden cerró definitivamente Oseira en 1963, pero aquí siguieron los dos hermanos, junto con otros tres o cuatro esperando ver ocupado el monasterio por alguna otra orden. Pero ninguna quiso comprometerse a vivir en aquellas ruinas gigantescas, y al fin en 1965 de nuevo volvió a abrir la orden el monasterio y aquí se quedó, a pesar de que se le ofreció la oportunidad de regresar a San Isidro, donde el monasterio estaba bien confortable, como lo hizo el hermano Joaquín, y poder pasar una vejez tranquila.





En septiembre de 1967 le operaron de varices, pero no quedó bien. Pasó al laboratorio, donde no cesaba de pelar patatas, preparar las legumbres y... pasar frío, pues se notaba que estaba aterido a causa de la calefacción bien floja, pues se tenía que arreglar con un infiernillo que, a lo sumo, servía para calentar las manos a fin de que pudieran sostener en ellas la navaja o el cuchillo para pelar las patatas. ¡Cuántos méritos suponen estos años sacrificándose en el silencio y sacrificándose por el mundo! Los dos últimos años, sobre todo, casi no podía bajar al laboratorio a causa de la afección de los bronquios y mala circulación.

Una de sus grandes virtudes fue el amor a la pobreza: como hormiguita diligente y solícita, recogía cuantos utensilios y trastos diversos veía tirados y

abandonados por los rincones y los guardaba en una habitación, de manera que circulaba como proverbio cuando se necesitaba un objeto: preguntar al hermano Efrén a ver si lo tiene, y en caso afirmativo, lo cedía con gusto. Vaya un caso. Quien esto escribe faltó dos años de Oseira cuando hice la historia de San Isidro. Al marchar, dejé unos zapatos a medio usar por no llevar tanto peso. Cuando volví, me los presentaron bien conservados y limpios, con un papelito dentro, de puño y letra del H. Efrén, con mi nombre. Si no es por él, la humedad terrible de este clima hubiera acabado con ellos. Pudiera extenderme más en pregonar sus virtudes de este hermano, digno de figurar en el Menologio, pero no es posible. Sólo diré que he ojeado unas libretitas que dejó con apuntes espirituales, en los cuales campean puntos clave de la observancia monástica, como son la obediencia, la pobreza, la castidad, la caridad con el prójimo... En una palabra, puedo asegurar que fue un excelente hermano que sin aparato externo llenó fielmente la carrera que el Señor le confiara dejando en la comunidad una huella profunda de verdadero santo.

Aunque padecía tanto de los bronquios y varices, y por otra parte acababa de cumplir 70 años, nadie esperaba un desenlace fatal de su vida, al menos inminente. Pero el día de Navidad de 1970 tuvo una hemorragia interna, se le obligó a llevarle urgentemente a Ourense, pero nada pudieron hacer por él los médicos, sino firmar su defunción el día 26. Mucho sentimos todos la muerte de este hermano tan ejemplar. Que se digné interceder por nosotros, los que aún quedamos bregando en el destierro, quien obtenía las bendiciones para nuestra comunidad empeñada en la restauración total del edificio.



Bóveda de finales del siglo XV de la antigua sala capitular.

17. Hermano Pedro Nicolás (1905-1974)

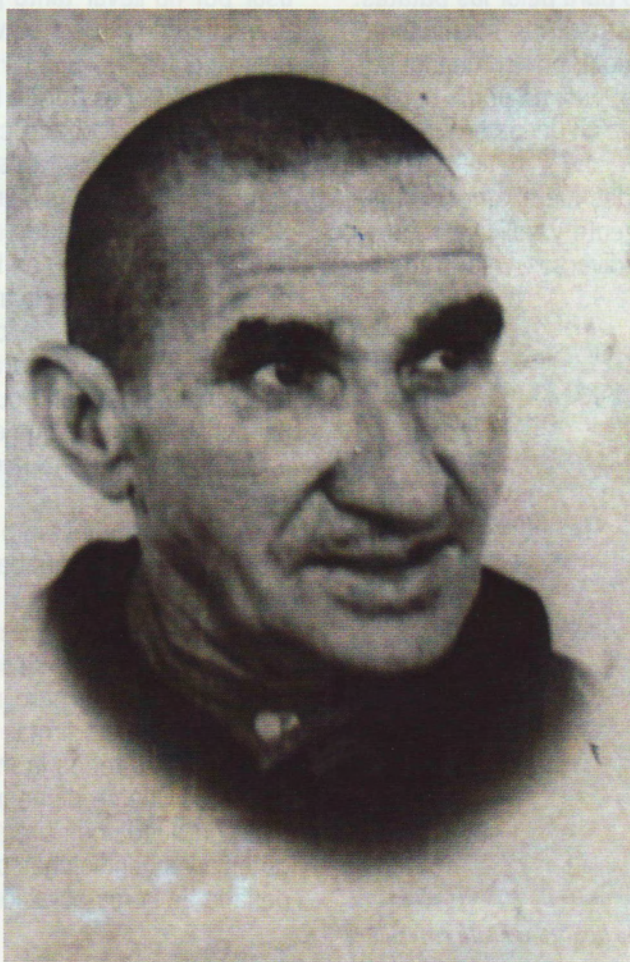
Natural de Villamuño (León), pertenecía a la abadía de San Isidro de Dueñas, de donde vino a prestar servicios a esta comunidad en la cual Dios le estaba esperando para darle el premio de sus virtudes, pues de veras las tenía, una vida sencilla y rebosante de caridad. Ofrezco aquí su semblanza. Entró muy joven en el oblatado de San Isidro donde pasó varios años e incluso llegó a recibir el hábito de novicio de coro. Estaba al frente de la escuela apostólica el padre Emiliano Alonso García, hermano del abad que entonces regía aquella abadía, buen religioso, pero poco apto para la formación de jóvenes. El muchacho era bueno, piadoso y servicial, pero delicado de estómago, sin duda por el hambre que en aquellos tiempos —hacia 1923— pasaban los novicios, con una alimentación inadecuada para jóvenes en pleno desarrollo.

El padre Emiliano intentó quitarle aquellas molestias de estómago ensayando en el paciente una experiencia brutal. Puso en los brazos del joven novicio un saco de alubias de cincuenta kilos de peso, y abrazado a él le hizo correr a marcha forzada por los claustros hasta que el muchacho sacaba la lengua como un perro tras larga carrera, sudaba intensamente y no se tenía en pie. Entonces le mandaba parar, bajar el saco y beber toda el agua que quisiera en el aljibe por estar más fresca. Fray Pedro se arrojaba hidrópico sobre el botijo y no cesaba de beber hasta que se saciaba. Cierta día, otro padre que contempló la escena, se encaró con el maestro y le dijo: “¡Animal, que matas al muchacho!” El aludido se limitó a contestar: “Tú te callas que yo sé bien lo que hago”.

Mandó otra vez que tomara el saco de 50 kilos y continuara otro buen rato dando vueltas al claustro cargado con el saco... Fue milagro que aquel novicio no falleciera al beber con toda ansiedad aquella agua fría. Lejos de curarse, se le estropeó más el estómago, y como resultado fue puesto de patitas en la calle, enviado a su pueblo para que se repusiera de los achaques estomacales, aumentados por los excesos del padre Emiliano.

En el pueblo logró recuperarse a fuerza de tiempo, permaneciendo allí hasta pasados veinte años aproximadamente, en que pidió ser admitido de nuevo en la Trapa, esta vez como hermano lego. No sé exactamente las fechas, pero me figuro debió ser hacia 1945, cuando frisaba en los 40. Como había dejado honrosa reputación la vez anterior, que soportó en silencio aquellas excentricidades del maestro, le admitieron fácilmente y fue un acierto, porque conocí su comportamiento posterior hasta su muerte,

que fue la de un monje que hizo honor a su apellido “Caballero”. Fue trabajador infatigable, obediente a los superiores y de buena pasta en el trato con los hermanos. Los oficios sencillos que le confiaron, los cumplió a la perfección y jamás oí que el hermano Pedro diera que decir en su manera de actuar. Estuvo varios años de ayudante del capellán de Alloz (Navarra), siendo igualmente cumplidor del deber y útil para ayudar a las hermanas en muchos oficios impropios para las mujeres. Al regresar a San Isidro le confiaron los oficios más humildes, desempeñándolos con toda la exactitud posible. Los últimos años los pasó llenando botellas de leche para llevar al



mercado. Todas las mañanas, luego de unas oraciones en el templo, cambiaba de ropa y se dirigía a la vaquería donde permanecía horas y horas en aquel humilde quehacer hasta que era hora de regresar al monasterio para la santa misa, el desayuno y ayudar luego en la cocina, refectorio o donde se necesitara ayudar, por tener en su alma muy arraigada la virtud de la caridad y compañerismo, disfrutando en echar una mano a sus hermanos.

En noviembre de 1968 le destinaron los superiores a prestar servicios en Oseira, habiendo permanecido desde esa fecha hasta su muerte en la cocina o donde hiciera falta, siguiendo la misma tónica que practicaba en San Isidro: pelar patatas, arreglar el refectorio, dar de comer a las gallinas, fregar cacharros... en estas nimiedades pasaba el día, haciéndolas por verdadero amor, convencido de que con ello se santificaba, pues sabía muy el dicho de santa Teresa de que entre los pucheros andaba Dios.

A medida que pasaban los años, su memoria se iba entorpeciendo. A veces, el cocinero le mandaba traer alguna cosa del "túnel" —un pasillo estrecho que hay entre el primer piso del patio de caballeros y la cocina. Se ponía en camino, y antes de llegar al sitio, regresaba a preguntar al cocinero qué era lo que le había mandado traer. El último año de su vida estuvo acarreando cebollas desde el hórreo o cabaceiro. Habiendo transcurrido unos días sin hacer ese trabajo, cuando le mandaron de nuevo, se le había olvidado dónde estaba. Después de cinco años y medio en el monasterio, todavía era incapaz de ir a ciertos sitios, porque se le olvidaba. A veces preparaba algunas viandas, cuando el cocinero estaba impedido. Solía decir que su especialidad eran las tortillas a la francesa. Recuerdo que las hacía casi siempre que daban tortilla, y estaban tan secas, que no había quien las tragase. Pero no había más remedio que decir que estaban muy ricas para no contrariarle, por más que no se enfadaba, pues era de buena pasta.

Para que se vea el humor reinante en casa, al bajar por la escalera al claustro de caballeros, con objeto de acordarse de la puerta por donde había salido, para volver a entrar por ella al regreso, colocaba un palo al lado de la columna del claustro que estaba de frente. Esto lo notaba el hermano Aureliano, y cuando no le veía, le cambiaba el palo a otro poste que daba a una habitación cerrada, llegaba el H. Pedro, entraba en la habitación y al ver que no había escalera, en vez de enfadarse prorrumpía: "Esto no hay quién lo entienda, dejé el palo junto a la

columna frente a la escalera, y ahora resulta que no veo ninguna escalera..."

Sin embargo, las cosas y sucesos de la niñez los recordaba y repetía como un loro. Cuando había sobremesa en el refectorio, era rara la vez en que fray Pedro no se levantara a recitar la narración que él llamaba "de las mentiras" que le enseñó el maestro de su pueblo, de la cual eran estos dislates:

*"Un perro estaba mamando a las tetas de una
polla,
los perros a poner, las gallinas a ladrar.
Por el río van las truchas,
por el monte las anguilas..."*

La sabíamos todos de memoria de tanto oírsela repetir, pero para no defraudarle, aplaudíamos como si no la supiéramos.

El 5 de abril se levantó normalmente como de costumbre, asistió a la misa concelebrada en la cual comulgó. Luego se preparó para ir a Ourense a que le viera el cardiólogo. Cuando yo salía de desayunar, entré en el escritorio y me sorprendió que el hermano Pedro estuviera calentándose en el radiador; me acerqué a él para preguntarle cómo seguía. Quiso volver la cabeza hacia donde yo estaba, noté que se desvanecía, me eché a él para auxiliarle, pero se me quedó en los brazos sin decir ni pío.

Al poco rato llegó el padre David y marchó corriendo a traer los santos óleos, avisando a la comunidad que corrió presurosa. En vano el enfermero trató de provocarle la respiración artificial, como tampoco surtieron efecto las dos inyecciones de cardiazol que le aplicaron: estaba muerto. Lo único que se pudo hacer fue la recomendación del alma y llevarle en una silla al capítulo, donde se le amortajó. El cadáver se depositó en la capilla de la Asunción hasta el día siguiente que fue el sepelio, velándole de continuo un monje.

Tenía como obsesión el cumplimiento fiel del deber, que bien podemos identificar con el espíritu de obediencia. Por lo tanto, este hermano de cortos talentos y memoria fatal, llegó a una santidad encumbrada viviendo su voto de obediencia hasta la nimiedad. ¡Cuántos sabios de este mundo, a pesar de su ciencia y de sus disquisiciones teológicas sobre los misterios, estarán en grado inferior al H. Pedro precisamente por no haber vivido en intensidad ese espíritu de obediencia. Creo que fue un alma grande por ser tan corto y humilde, un verdadero santo y el recuerdo que deja en Oseira es imborrable.

18. Padre Benito Quintas Febreiro (1919-1978)

Se llamó Jesús en el mundo, habiendo nacido en la aldea de Tojediño, Parada de Outeiro (Ourense), hijo de Manuel y de Cristalina, ingresó en Oseira el 19 de marzo de 1934, época dura, por llevar los monjes viviendo entre ruinas cuatro años, y con una economía muy pobre. A pesar de todo, el muchacho tuvo aguante para soportar las privaciones impuestas por la situación, entregándose a los estudios con verdadero entusiasmo. En 1937 ingresó el noviciado canónico, cambiando su nombre de pila por el de Benito con el que será conocido en la posteridad. Los días en que inició la vida religiosa en serio, no podían ser más comprometidos.

Hacia un año que había estallado el Movimiento Nacional que degeneraría más tarde en guerra civil la cual duró casi tres años. Como su edad quedaba dentro de los cupos de soldados llamados a filas, también nuestro joven novicio tuvo que dejar el hábito y enrolarse en las armas nacionales el 18 de febrero de 1938, sirviendo a la patria durante más de un año que aún perduró la guerra. Terminada ésta, siguió unos años en el mundo, que le sirvieron para madurar de veras su vocación monástica, volviendo a solicitar el ingreso en Oseira en 1944, siguiendo la vida religiosa por todos los grados que tiene dispuesto hasta su profesión solemne en 1949, por la cual quedó incardinado definitivamente en la orden. Se ordenó de sacerdote en la década del 50¹.

Como no conviví con él antes de 1966, no puedo atestiguar nada de su vida. Me figuro sería la del monje observante y fiel a su vocación, que ese fue el distintivo que advertí en él los años que conviví en su compañía desde la fecha indicada. En 1960 sufrió la misma suerte que los demás religiosos, la dispersión, habiendo ido a parar a la abadía de Cóbreces, donde no pasó mucho tiempo, sino que valiéndose de problemas familiares, obtuvo de los superiores permiso de poder regresar a Oseira, a convivir con los religiosos que estaban custodiando el monasterio, para de este modo estar al tanto de su padre que estaba enfermo, logrando que ingresara en el asilo de Carballiño donde falleció al cabo de los años.

1. Me he enterado que tuvo en el monasterio otro hermano que llegó a ser profeso de votos temporales, pero al estallar el Movimiento Nacional tuvo que incorporarse al ejército en La Coruña, donde resulta que al ponerle la inyección que solían poner a los soldados al poco de ingresar en el cuartel, le dio tal fiebre, que se vieron en la precisión de hospitalizarle.



Al reorganizarse la vida regular en Oseira en 1966, el padre Benito fue uno de los que renovaron sus votos para integrarse en la nueva comunidad formada, porque aunque ya los había hecho anteriormente, para más seguridad se optó por renovar la profesión todos, ya que el núcleo principal que la formaba era distinto del anterior. Pronto le nombraron especie de cillerero externo, acompañando a los obreros en la replantación forestal de las laderas contiguas al monasterio, de las que se habían suprimido preciosos robledales para dar paso a plantaciones de pinos que han dado muy mal resultado. En 1967 se construyó la nueva vaquería, atendida en un principio por los monjes; pero en el momento que hubo necesidad de recurrir a obreros, comenzó a bajar la producción hasta el punto de crear muchas deudas, por lo que hubo que suprimirla. Perduró funcionando hasta fines del 2001. La construcción del edificio lo había dirigido el padre Benito.

Pocos más servicios pudo prestar a la comunidad, pues comenzó a resentirse del reuma hasta el punto de tener que pasar temporadas enteras recluido en la celda que hay en el medio de las siete puertas que hay en el ala del poniente del claustro de caballeros, única que conserva la estructura antigua que tenían las cámaras de los monjes. Tirado en la cama, con un montón de mantas encima y con el estómago lleno de toda clase de medicinas, sudaba



Santiago Apóstol, peregrino, obra de Gambino, siglo XVIII.

tanto, que a veces tenía que cambiarse la ropa interior más de una vez durante la noche.

Ese exceso de medicamentos le llenó de más achaques, sobre todo los últimos diez años. Padecía del riñón, de próstata, del corazón, de los nervios, reuma cervical... Visitaba los mejores especialistas de Ourense, sin contar los más cercanos de Cea y Carballiño y los de las ciudades que frecuentó. Cada cual le recetaba el medicamento adecuado a la enfermedad, sin tener en cuenta el perjuicio que le podía causar. Con razón le dijo el especialista de corazón: "Entre todos los médicos le estamos matando". Se los suprimió todos y sólo le dejó los del corazón, pero era tarde; a los pocos días, cuando parecía que mejoraba, le llegó la trombosis intestinal que acabaría con su vida.

Como el clima de Galicia no le sentaba bien, sobre todo el vivir en Oseira tan recluso, buscó y obtuvo de los superiores poder emigrar como las golondrinas a regiones más cálidas, sobre todo en los inviernos. Estuvo varias veces en Córdoba, en las religiosas de la orden, de manera especial en el monasterio de la Encarnación, donde mejoró no poco, por cuanto las monjas tuvieron la habilidad y maña de hacerle olvidar sus achaques y aparecer normal, hasta con una guitarra en la mano y una flor en el pecho. La última temporada, más de un año, la pasó en Almería, en la casa sacerdotal, hasta los primeros días de julio de 1975 en que fue llamado para intervenir en la elección del nuevo superior de Oseira.

Llegó muy mejorado y rejuvenecido, de suerte que los primeros meses los pasó normales en comunidad, haciendo de semana como todo hijo de vecino, pero luego, la soledad intensa de nuestra vida, el clima crudo de esta su tierra natal, le volvieron a renovar los achaques. Cada quince o veinte días tenía que ir a un especialista, quien le cargaba de medicinas; volvía a casa, empeoraba algo, así anduvo hasta llegar el desenlace fatal, cuando nadie lo esperaba, o mejor, lo esperábamos todos, pues tenía razón aquel especialista al decirle que le estaban matando entre todos los médicos. Total, el 1 de marzo de 1978, hallándose en cama por prescripción facultativa, le dio un cólico al parecer hepático, que le producía fuertes convulsiones, manteniéndole en un lamento ininterrumpido durante cinco horas. Hubo que aplicarle morfina y se mitigaron un poco los dolores, pero al fin se le llevó a Ourense, porque el médico sospechaba que no era en el hígado, sino en los intestinos donde aparecía el foco principal de la enfermedad.

El día 5 fue operado y al fin se comprobó que era una trombosis galopante al intestino, que le amputaron un gran trozo. Nada se consiguió, porque seguiría durante tres días sufriendo un verdadero martirio. Al fin se le dieron los Sacramentos y en las primeras horas del día 8 dejaba este destierro en la clínica del Dr. Julio García, siendo trasladado luego al



monasterio, donde se tuvieron todos los actos que se pueden suponer, presidiendo el sepelio el Sr. obispo de Ourense, Dr. D. Ángel Temiño. Prefiero añadir breves notas sobre su fisonomía moral. Puedo decir que el padre Benito sí es cierto que en lo físico estaba hecho una verdadera pena, no tenía parte sana, se hallaba cargado de achaques; en lo moral era una buena persona, en toda la extensión de la palabra, incapaz de molestar a nadie lo más mínimo. Era el carácter ideal para vivir en comunidad, pacífico, con mucho aguante. Se puede decir de él, como de nuestros padres fundadores: era amante de la casa y de la comunidad, a la cual dejaba siempre en buen lugar, y aunque es cierto que buscaba algún escape en regiones cálidas, era por exigencia de la enfermedad.

Hasta el último verano, ayudó lo que pudo en la portería, sobre todo en la época del turismo y se esforzaba en que los visitantes contribuyeran con ayudas económicas a la restauración del monasterio. Tenía por norma —al terminar de acompañar a los grupos— colocarse a la entrada del local donde se venden objetos y extendía la mano para que las gentes depositaran en ella su óbolo. Si veía que soltaban generosamente, se alegraba, si no, arrugaba el hocico.

Se le veía muy piadoso, sobre todo muy amante del rezo hasta su última enfermedad en que le prohibieron rezar. Era un gran patriota amante de Galicia, pero como parte de España, lamentando de veras las malas noticias, los asesinatos horribles que se cometían ya en aquellos tiempos. No tengo nada negativo en contra de este buen religioso, cuya muerte fue muy sentida dentro y fuera de casa.

19. Padre Juan González Bernárdez (1911-1989)

El 9 de enero de 1989, falleció en el hospital de Ourense el padre Juan, uno de los monjes más populares de Oseira durante varias décadas, por haber sido portero durante muchos años y encargado de acompañar al turismo, en años en que no había invasión de gentes de todas las clases sociales, como ahora.

No era muy amante del silencio, por lo que le caía muy bien el cargo para explayarse a su antojo con los huéspedes, sobre todo, porque tenía almacenados gran cantidad de chistes que repetía con no poca gracia de los visitantes en los distintos sitios del recorrido.

Era natural de Puentesampayo, hijo de Dionisio y Asunción. Aunque conviví con él más de veinte años, no sé nada sobre su niñez ni juventud, sólo que debió ser un rapaz despejado, por lo que luego de los estudios preparatorios, hizo la carrera de magisterio, mas al terminarla parece le daban ataques epilépticos, pero dicen que se encomendó a la Virgen y se los curó radicalmente, porque Ella no sabe hacer las cosas a medias. Entonces, él, bien por agradecimiento, bien por alguna especie de voto que le formulara, decidió ingresar en Oseira para hacer penitencia por el mundo, como así lo hizo en 1935, cuando frisaba en los 25 años. Eran tiempos difíciles, como hemos dicho en varias ocasiones, a causa de la situación del edificio, medio en ruinas, con una vivienda incómoda y destartada, con carencia casi de lo indispensable para la vida. Vivir en Oseira en aquellos años no era ninguna delicia, porque suponía sacrificios muy grandes. Por añadidura, los tiempos doblemente difíciles, por la situación anormal del ambiente español, que estaba en plena República, con unas autoridades respirando odio contra la religión, sobre todo contra las órdenes religiosas. Al fin, divididos los españoles en dos grandes bloques, se llegaron a las manos estallando una guerra cruel que duró casi tres años. No me consta que el padre Juan fuera llamado a filas. Sin duda fue excluido del ejército tal vez por la enfermedad que padeció en su juventud. A pesar de ello, le retrasaron bastante la profesión, y más que nada la ordenación sacerdotal, que no la recibió hasta 1954, cuando ya se acercaba al medio siglo.

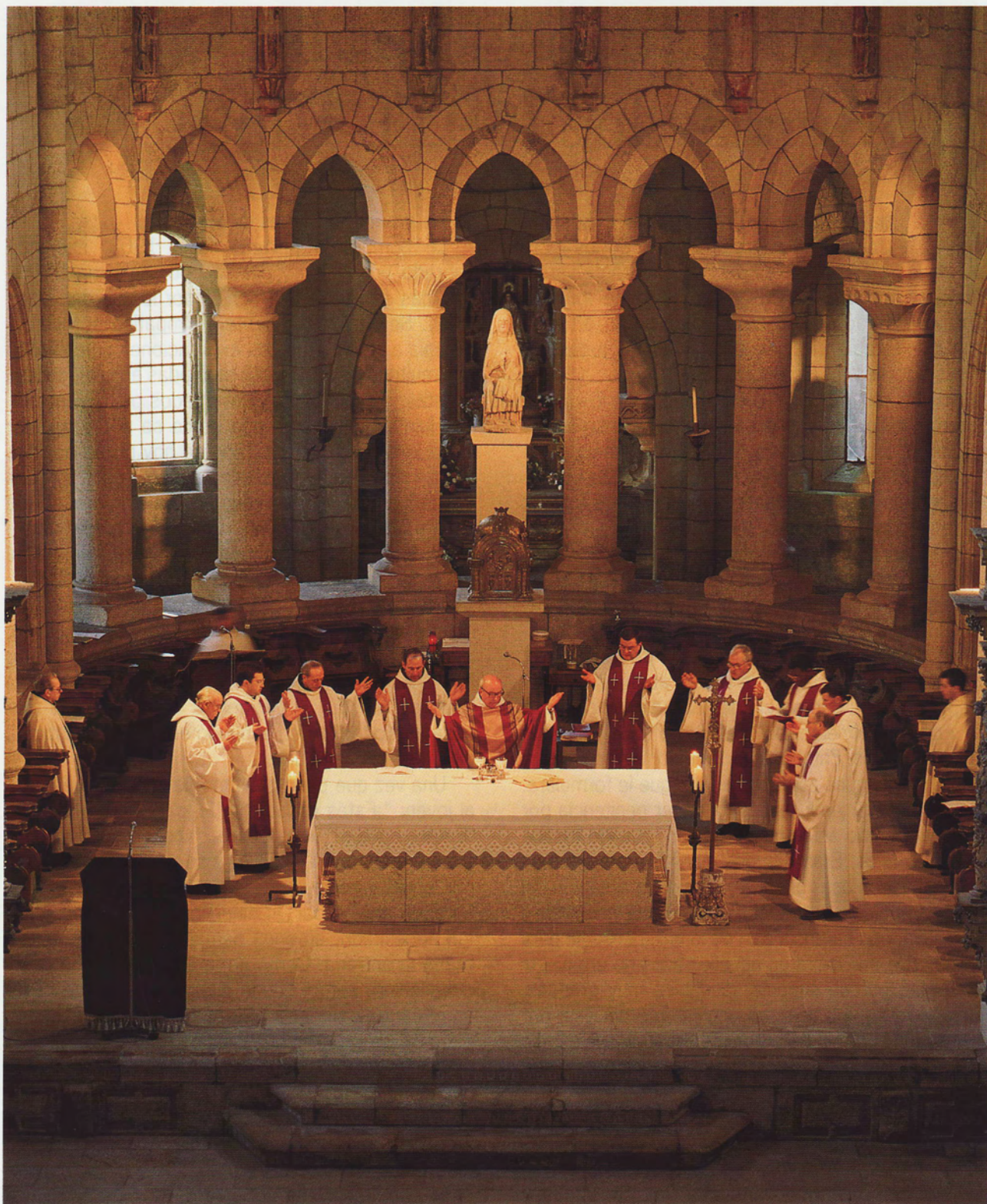
Estos retrasos en los pasos impuestos por la vida religiosa, estuvieron motivados por su modo de ser, un carácter bastante fuerte y áspero, pero con el trabajo de cada día, la oración y el tiempo, fue limando las aristas y consiguió modelarlo bastante, logrando escalar la dignidad sacerdotal, que era una

de las grandes ilusiones de su vida.

Le nombraron portero hacia 1968, habiendo cobrado no poca popularidad por su simpatía, tal vez más que entre los monjes por lo que decíamos antes. Se hizo muy célebre y simpático porque entretenía a los turistas con explicaciones amenizadas con multitud de anécdotas recogidas en calendarios, revistas, en libros o bien inventados por su cabeza. Ese lujo de entretener a la gente se podía permitir el portero en su tiempo, porque hoy no es posible, porque son muchos los que acuden, sobre todo en época veraniega. Un amigo de la comunidad me cuenta una cosa graciosa. Una de las primeras veces que acudió a ver el monasterio, ya hacia el final del recorrido, le tomó aparte y le preguntó: "Rapaz, ¿tes cartos?" Le contestó que tenía "vinte pesos". Le mandó sacarlos; luego le dijo que quitara la gorra, la pusiera en la mano boca arriba y pusiera dentro "os vinte pesos". Como detrás de él venía toda la hilera de turistas, al ver dentro de la gorra las cien pesetas, todos fueron echando esa misma cantidad, cien pesetas cada uno.

Una vez que pasó el último, le volvió a preguntar al joven: "¿Estás casado?". "Si, caseime fai pouco". "Entón, colle os vinte pesos, fanche mais falta a ti camín". Los cogió y el monje se quedó tan tranquilo por aquel ingenio que se le ocurrió y que le salió bordado para sacar un dinerillo para el monasterio, tan necesitado, en unos tiempos en que no se cobraba la entrada. Como no le entraba mucho la ley del silencio, según queda dicho, después de cesar en el cargo, solía salir a la fachada del monasterio, los días de gran aglomeración, se sentaba en una piedra, y al poco rato tenía un corro de gente escuchando los cuentos del abuelito, pasando todos un rato muy divertido porque sus chistes eran de todos los colores. Cuando nombraron al padre Juan enfermero del monasterio, cobró no poca celebridad en la comarca como curandero, acudiendo a él las gentes para ponerse inyecciones en una época en que nadie sabía ponerlas, o bien a consultarle de sus dolencias. Lo cierto es que no mató a nadie y logró curar a algunos a base de lavativas, agua del grifo y algunos otros remedios caseros que se le ocurría recetar, siempre sin peligro de ocasionarles trastornos. Esas personas curadas correspondían siempre al "doctor" improvisado regalándole huevos, pies de cerdo y otras cosas.

Durante muchos años estuvo encargado del jardín de delante de la fachada del monasterio, teniéndolo



Celebración de la Eucaristía en Oseira.

precioso, porque era muy buen conocedor de las clases de flores y la manera de cultivarlas. Aun cuando el carácter del padre Juan no era el más apto para la vida de comunidad, eso no quiere decir que fuera mal religioso, al contrario, era muy piadoso y cumplidor del deber, sobre todo en la fidelidad en asistir a

los oficios corales. Los últimos años se quedó sordo por completo porque hacia 1974 fue a Pontevedra a casar a un sobrino, habiendo derrapado el coche en que viajaba cayendo por un barranco, siendo el único afectado entre todos los viajeros. Llevó con muchísima paciencia tal desgracia, y jamás se le oyó quejar.

20. Hermano Germán Sola Almau (1918-1990)

“He aquí un buen israelita en el cual no hay engaño”, dijo Cristo refiriéndose a Natanael.

Estas frases las podíamos repetir de muchos, sobre todo de algunos más significados, como el presente que vamos a reseñar aquí. Nacido en Borja (Zaragoza), el 15 de junio de 1918, pertenecía a una familia modesta hondamente cristiana, que procuró educar a sus seis hijos en el temor de Dios, y en un celo patriótico admirable. Después de sus primeros estudios en su villa natal, terminó la carrera de perito mercantil y comenzó a trabajar en diversos organismos, pero eran unas circunstancias inestables, en que España se preparaba para un enfrentamiento armado entre dos bloques bien definidos e irreconciliables, derechas e izquierdas.

Hoy, a mi modo de ver, se está tergiversando la historia a las generaciones actuales, no hay apenas quien diga la verdad sobre la lucha entablada entre los dos bandos. Nadie habla de que las izquierdas tenían preparada una auténtica hecatombe para el mes de agosto de 1936. Tampoco de las listas negras interminables en las que constaban los nombres de millares y millares de personas que debían ser ejecutadas. La causa principal era sencillamente ser católico practicante o estar algo vinculado con la Iglesia, esto fuera de otros motivos de rencores, malquerencias, ajustes de cuentas...

Pero Dios, que está sobre todo, dispuso los acontecimientos de manera que el asesinato de aquel gran estadista que se llamó José Calvo Sotelo, hiciera saltar la chispa y prendiera en el ánimo de los patriotas, los cuales, hartos de sufrir acoso y continuas provocaciones, se lanzaron a la calle y se adelantaron al golpe preparado por las izquierdas. Así fue cómo se puso en marcha el Movimiento Nacional, nada de guerra civil. Ésta la hicieron y sostuvieron las brigadas internacionales, que acudieron en tromba a auxiliar, por una parte, a los republicanos y simpatizantes del comunismo, mientras los italianos y alemanes auxiliaron a los nacionales, capitaneados por el general Franco. Ya sabemos el resultado.

Fray Germán, con sus 18 años, se ofreció voluntario, enrolándose en el requeté aragonés que intervino en aquel Movimiento, no para matar a hermanos nuestros, que eran todos los españoles, sino para salvar a la patria del peligro de convertirla en colonia de una Rusia, que en aquellos tiempos pasaba por ser el auténtico paraíso terrenal que perdieron nuestros primeros padres. Ahora acabamos de ver “qué paraíso” era aquel que trataban de imponer en Es-

paña, donde lo que más abundaba era la miseria, a pesar de tantos viajes espaciales, de que han hecho exhibición.

Al finalizar la contienda en 1939, con el triunfo de las armas nacionales, fray Germán se colocó en Madrid en oficinas del ejército, sin ser militar, porque no le iba la milicia. Allí permaneció algunos años, pero en su interior comenzaron a surgir inquietudes que no le dejaban en paz. No le satisfacía el mundo, a pesar de que tenía asegurado el porvenir en el puesto que ocupaba, antes buscaba algo que llenara su corazón, porque ni el dinero, ni los placeres, ni las comodidades del mundo saciaban su alma sedienta de Dios. Hacia 1950, pasados los treinta años, realizó un viaje a Galicia con ánimo de conocer sus paisajes encantadores, los más bellos de España. Se acercó al monasterio de Oseira, paso obligado para todos los que se dirigen por la ruta de Compostela. Admiró el monumento, pero aún mucho más los alrededores pintorescos, la soledad y el entorno atractivo que rodea el monasterio. Se lo enseñó un monje, quien explicaba a los turistas la amplia gama de estilos que se dan cita en el grandioso edificio: románico, gótico, herreriano, barroco, plateresco, neoclásico..., y a la vez mezclaba algunas noticias sobre la vida que llevaban los monjes en el monasterio. La impresión que le produjo todo fue extraordinaria. Regresó a su oficina de Madrid, pero llevaba clavada una espina que no le lastimaba, pero no le dejaba descansar, haciéndole recordar con nostalgia el monasterio de Oseira. Tan apremiantes fueron las llamadas del Señor, que al fin se decidió a pedir un puesto entre los monjes. Oí decir que había intentado antes ingresar en San Isidro de Dueñas, pero al no lograrlo, puso todo su afán por orientar sus pasos hacia Oseira cuando había llegado ya a los 40 años. Llegó al monasterio el 6 de abril de 1961 dispuesto a abrazar la vida monástica en unas circunstancias desconcertantes que otro menos firme en la vocación, hubiera desistido de dar ningún paso.

Dificultades que no son del caso recordar, obligó a la comunidad a dispersarse, quedando sólo en el monasterio unos pocos monjes para cuidarlo, en medio de un caserón viejo y lloviendo por todas partes, esperando la hora inminente de ser clausura de manera definitiva, como de hecho lo fue a mediados de 1963. A pesar de tener que llevar una existencia poco menos que infrahumana, fray Germán se mostró siempre animoso y esperanzador. Cada día que pasaba se iba desmontando todo y transportándolo

a San Isidro de Dueñas, ayudando en esta triste tarea el postulante fray Germán quien, lejos de desanimarle, solía decir con gran fe: "Llevallo, llevadlo, ya lo volveréis a traer". Ni que fuera profeta.

De cuatro a cinco años pasó fray Germán viviendo esa situación anormal, esperando el cierre definitivo; pero Dios, que dirige los destinos de la historia, dispuso que no se abandonase el monasterio. Para ello se encargó de quitar de delante un cardenal de la santa Iglesia, Valero Valeri, que protegía al general de la orden, fray Gabriel Sortais, principal protagonista del cierre, cambiando el panorama: un grupo de monjes entusiastas lucharon como héroes para que el Capítulo General de la orden repensara el caso de Oseira y dieran marcha atrás, como así fue en los primeros meses de 1966.



El hermano Germán, de pie, y el padre Germán, sentado, trabajando en la licorería.

La oración del fray Germán y de tantas otras almas como importunaban diariamente al Señor consiguió detener los pasos del enemigo, empeñado en acabar con la vida de este grandioso monasterio, orgullo de Galicia y de España. El pequeño grupo de monjes se reforzó con la incorporación de otros nuevos que fueron llegando principalmente de la abadía de San Isidro de Dueñas que, en lo sucesivo,

sería casa madre de Oseira, y a la vez se incorporaron algunos pertenecientes a la antigua comunidad. Cuando se reunieron un grupo respetable de hermanos, se reanudó de nuevo la vida regular, constituyéndose en comunidad el 30 de octubre del mismo año 1966 en que se incardinaron en el monasterio todo el grupo de monjes de votos solemnes, fuera de algunos que no quisieron hacer en Oseira la estabilidad. Fray Germán inició en esa ocasión la prueba como oblato, hasta el 2 de abril del año siguiente en que recibió el hábito de novicio y siguieron todos los demás grados, hasta su consagración definitiva al Señor realizada el 8 de agosto de 1973. Estudió filosofía y teología para prepararse a recibir el sacerdocio, pero padecía una enfermedad en la vista que le impedía leer mucho, por cuyo motivo no se atrevió a ordenar, quedándose de simple monje. Consultaba con un oculista de Pontevedra, que no sé si le hizo algo, por lo menos no fue poco, porque al parecer se le estabilizó la enfermedad, impidiendo se quedara ciego. Con las gafas y una lupa, se las arreglaba para leer algunos ratos, fuera de que para las lecturas de regla solía escoger libros con letra grande.

En 1972 le confiaron la elaboración del licor *Eucaliptine* que se hace en el monasterio para ayuda de poder subsistir. El título proviene de que en él interviene de manera especial la esencia de eucalipto, pero no cualquier clase de eucalipto, sino solamente de algunas especies más finas. La fórmula la facilitó la abadía italiana de Trefontane, y cosa curiosa, los monjes de aquella casa, al probar el licor de Oseira, decían que les agradaba más que el propio, tal vez por la perfección que fray Germán ponía en la elaboración. Nota distintiva suya era la facilidad con que manejaba los números. En aglomeraciones grandes del turismo en la portería, se colocaba al mostrador donde se expenden chucherías y el licor de la casa, y sin necesidad de echar mano al lápiz, sabía de memoria el importe de las compras, sin equivocarse nunca. Además de encargado de la licorería tenía confiado el oficio de refitolero.

Era muy austero en la comida, de tal manera que a pesar de su estatura elevada, la alimentación venía siendo como la mitad o la tercera parte de otros monjes. Fuera de la vista, gozó siempre de una salud robusta, pero a primeros de 1990 se le presentaron síntomas de próstata, achaque propio de la edad, y cuando ya parecía estaba algo repuesto, al salir por la puerta de los carros el día de Jueves Santo, le acometió un dolor fuerte en una pierna de manera que se caía, y a la vez perdió el movimiento de la mitad del cuerpo. Le auxiliaron algunos hermanos y le llevaron a la cama; se llamó al médico, quien ordenó llevarle con urgencia a la Residencia. Allí quedó internado resultando ser una hemiplejía que le paralizó la mitad del cuerpo.

Allí siguió con altos y bajos hasta el punto de que a los diez días, el 22 de abril, dominica In Albis, su



El hermano Pascual, en plena faena en la licorería.

alma se desprendió de su cuerpo y emprendió el gran viaje a la verdadera patria. Nada pudieron hacer los médicos para mejorar su estado, sino sólo tuvieron ocasión de admirar la paz y alegría con que supo llevar la cruz de la enfermedad hasta el último momento. Suele ser cierta la afirmación de que la muerte es reflejo de la vida. Fray Germán vivió como un santo. Indudablemente su muerte dejó en todos la impresión de que lo era de veras.

El H. Germán dejó fama de buen religioso, tanto dentro como fuera del monasterio: carácter alegre y jovial, agradecido, amable, querido y estimado de todos. Estas y otras virtudes las practicó sobre todo los años que le tocó ser enfermero, que fue más de una década. Tenía menos fuerza que un grillo, pero estaba siempre dispuesto a echar una mano a todos para ayudarles, aunque a veces estorbaba más que ayudaba, pero su voluntad era siempre grande. Escribía a máquina con mucha rapidez. Los días de fiesta y cuando llegaban excursiones, estaba siempre al mostrador de la portería.

Dominaba la música gregoriana y polifónica, por lo que ayudaba lo que podía en el coro y la

escuela, aunque mucho no podía ser porque la voz era muy apagada. Podemos aplicarle también en algún sentido el dicho atribuido a nuestros primeros padres: "Era amante de los hermanos y del lugar". Lo demuestra el hecho de que no volvió a salir del monasterio para ir a su tierra aragonesa ni una sola vez en los treinta años que vivió en el monasterio, y aun le costaba salir a las poblaciones cercanas cuando tenía alguna necesidad, porque se mareaba, disculpa que empleaba siempre que se le ofrecía hacer algún viaje. Conservaba aquel patriotismo que le inculcaron de joven, lamentando en el alma la decadencia moral y patriótica que entonces comenzaba a notarse. Los doce días que pasó en la clínica dejó honrosa reputación, y a pesar de que no podía hablar, se mostró siempre sonriente y agradecido por todos los servicios que le prestaban. La crónica del monasterio cierra su semblanza con estas frases: "El vacío que deja en la comunidad es muy grande, hasta parece imposible que el H. Germán nos haya dejado, así, cuando nadie lo esperaba".



Claustro de los Pináculos.



21. Padre Honorio Arce Mata (1913-1992)

Monje de San Isidro de Dueñas, nacido en Ubierna (Burgos), el 21 de septiembre de 1913. Sus padres se llamaron Lorenzo y Catalina. Familia numerosa, distinguida por sus arraigadas creencias cristianas, lo demuestra el hecho de haber salido de aquel hogar tres vástagos, por lo menos, que se consagraron a Dios en la vida religiosa. El primero en abrir camino fue Efrén, de quién hemos hablado anteriormente, hermano lego en San Isidro, y luego en este monasterio, donde falleció santamente en 1970. La satisfacción que halló el H. Efrén en la vida religiosa, arrastró sin duda en su seguimiento por el mismo camino a su hermano Honorio, quien ingresó en San Isidro en 1925, cursando la carrera sacerdotal, de donde salió para tomar parte en la Guerra Civil. A pesar de esta prueba dura para los jóvenes religiosos, se mantuvo fiel a la vocación, y al regresar al monasterio, en 1939, terminó su carrera sacerdotal, profesando solemnemente y celebrando la primera misa en 1940.

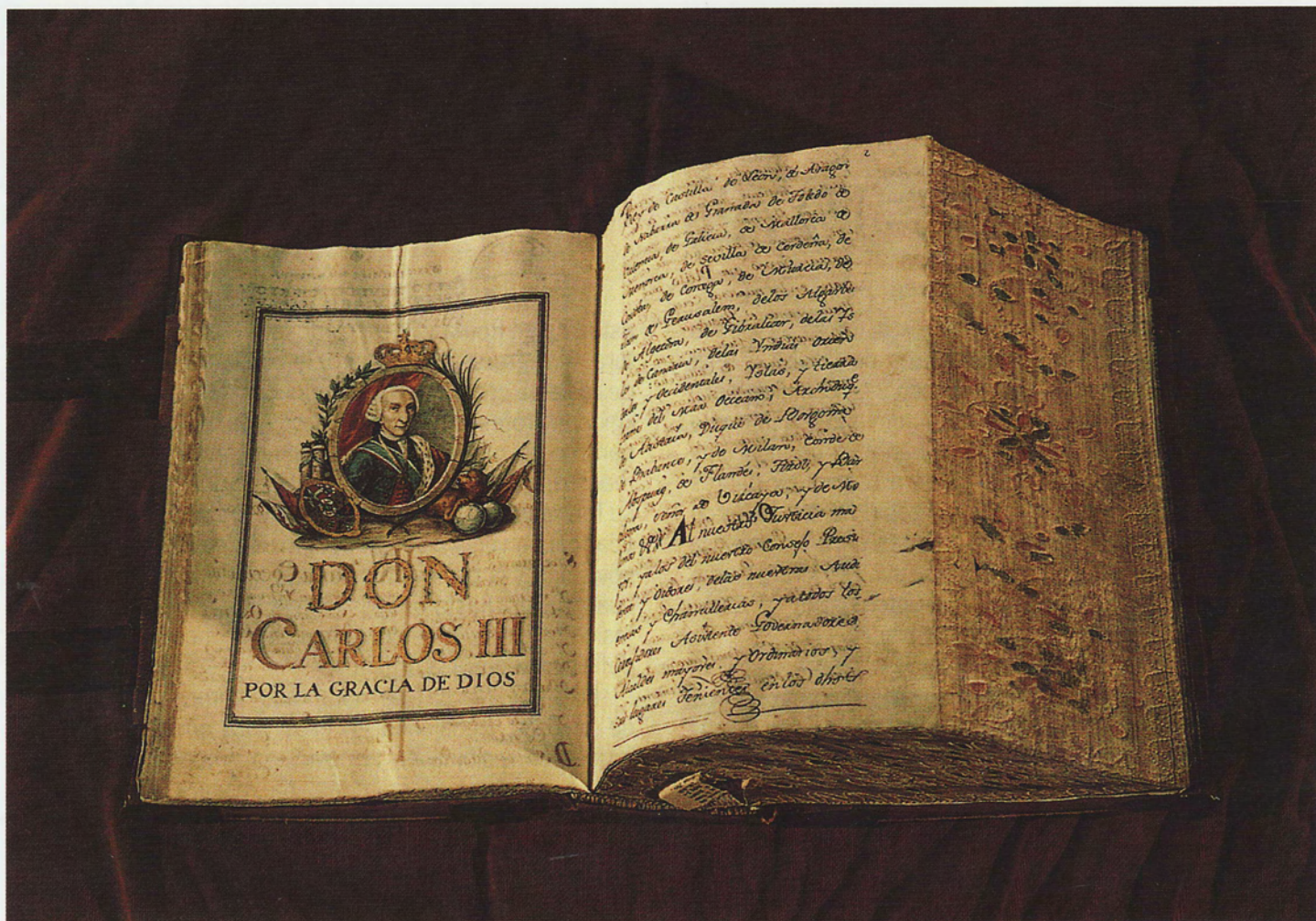
Conocí al padre Honorio durante cuarenta años, por haber ingresado en el Císter cuatro años más tarde que él, en 1929, cuando acababa de recibir el hábito de novicio, pero no le traté hasta 1934-35 en que coincidí con él en las clases de filosofía y teología, que explicaba el prior padre Roberto Sala, antiguo sacerdote de la diócesis de Vic. Dotado de muy buena memoria, era muy estudioso y se aprendía muy bien las lecciones, aunque no profundizó gran cosa en ninguna de las materias, sino que se limitó a aprender superficialmente —como los demás— lo poco que se estilaba en aquellos tiempos, que equivalía a la enseñanza que se daba en los seminarios a los “curas de misa y olla”. Como la orden no tenía apostolado alguno encomendado, los estudios que se impartían entonces eran bastante deficientes. Al cabo de unos años se trató de incrementarlos, y de hecho fueron no pocos monjes enviados a Roma para especializarse en las diversas materias, pero esta época de ampliación de la cultura no le tocó ni al padre Honorio. No sé si perdería gran cosa con ello, pues tales estudiantes dieron bastante mal resultado, habiéndose quedado muchos de ellos en el mundo, con la gran suerte de que no se recuerda a ninguno de ellos que flaquearan en la fe, sino que se mantuvieron buenos cristianos.

En 1936, al estallar el Movimiento Nacional, Honorio, que todavía no había sido ordenado sacerdote, fue incorporado a filas por haber sido llamada su quinta.

El 10 de agosto salieron del monasterio veinte monjes jóvenes al mismo tiempo para servir a la patria. Les llevaron a Burgos, donde se les destinó a los distintos frentes. A él le destinaron a un batallón de infantería que operaba por Andalucía, donde habiéndole herido en una pierna, y tras la convalecencia, al volver de nuevo a su puesto del frente, como era buen mecánógrafo, le confiaron una oficina del ejército en la cual pasó el resto de la campaña. Finalizada la contienda, fue uno de los monjes fieles a su vocación.

Vuelto al monasterio, finalizó su carrera sacerdotal, profesó y se ordenó de sacerdote en 1940. Al mismo tiempo dispusieron los superiores que se especializase en contabilidad, como así lo hizo, bajo la orientación y el asesoramiento del H. Pablo García Gorriz, a quien ya conocemos, que fue muchos años secretario de la comunidad, y precisamente el padre Honorio sería sucesor suyo en el cargo, al par que se le confió también la administración de la hacienda de la casa, mejorando mucho la agricultura, mecanizándola para obtener de ella mayor rendimiento. Pero su obra principal fue el montaje de una vaquería modelo, a la vez que llevó a cabo la construcción de gallineros y rediles para dos o tres rebaños de ovejas, que siguen hoy sirviendo de principal fuente de ingresos para la comunidad, siempre numerosa. Él fue quien intervino en la compra de la huerta de san Fernando y otras fincas particulares adyacentes, algunas de las cuales las cambió por otras de los monjes. La finalidad era muy noble. No se pretendía aumentar las posesiones. La mirada estaba puesta en que, como el cercado contiguo al monasterio es posesión de particulares, pensaba el padre Honorio llegar a contar con un cercado donde pudieran salir los monjes sin peligro de rozar con el mundo.

Continuó en San Isidro hasta 1958 en que le confiaron una papeleta difícil y muy desagradable: el nombramiento de administrador apostólico de Oseira. La orden intentó cerrar la casa por diversos problemas de índole interna que no son del caso referir, a los que se sumaba las pésimas condiciones en que se hallaba el edificio, y las ayudas estatales brillaban por su ausencia. De hecho, se cerró el monasterio de manera oficial, aunque nunca faltaron del edificio un pequeño grupo de monjes que siguieron la regla como pudieron. Pero el padre Arce tuvo el dolor indecible de asistir a la clausura del monasterio por parte de las primeras jerarquías de la orden, ante ciertas dificultades surgidas, de las cuales no es



Uno de los libros del monasterio.

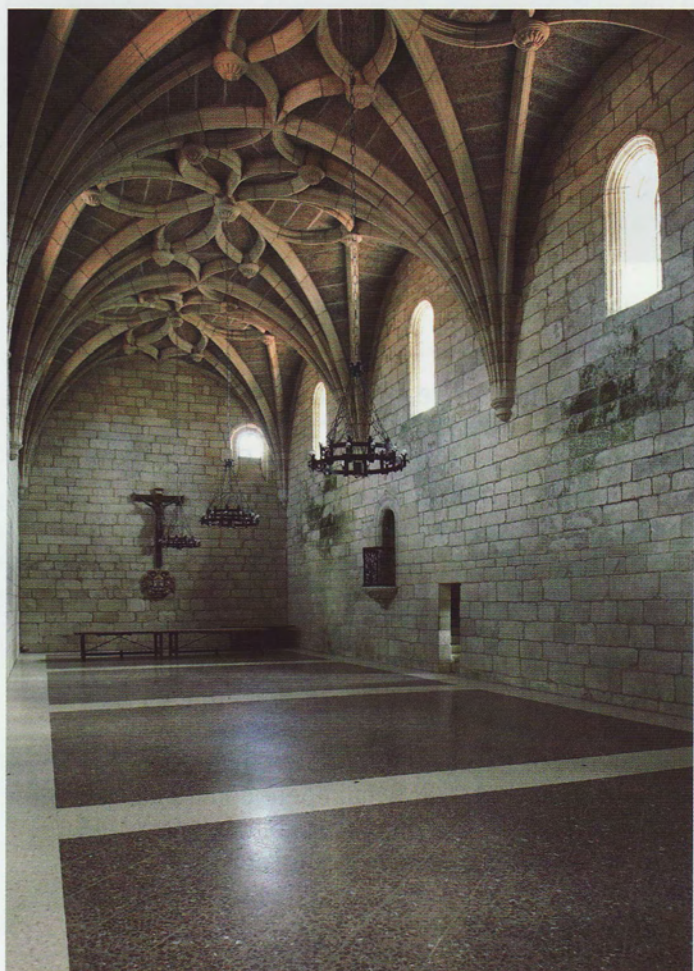
posible ocuparnos. La comunidad se dispersó por diversos monasterios.

Pero la insistencia de don Fernando Quiroga Palacios, cardenal-arzobispo de Santiago, de don Ángel Temiño, obispo de Ourense y de algunos sacerdotes y religiosos para que se volviera a abrir de nuevo Oseira, la Santa Sede accedió a que volviera a abrir sus puertas de manera oficial y recuperara su identidad recién suspendida, renovando con brío la vida monástica con nueva savia. Se logró cambiar la paternidad de Oseira, cesando en ella la abadía de las Nieves en Francia, que le resultaba difícil por la distancia, y pasando a depender de San Isidro de Dueñas. En octubre de 1966 se reanudó la vida oficial de la Comunidad, al par que se llegó a un acuerdo entre Bellas Artes, el Obispado de Ourense y la Comunidad de San Isidro de Dueñas, comprometiéndose cada entidad a prestar la ayuda necesaria para proceder a la restauración total del edificio. Se iniciaron las obras en serio en la primavera de 1966, cambiándose la techumbre del ala de mediodía del claustro de caballeros.

En el momento que se puso en marcha de manera oficial, al tiempo de pasar la paternidad sobre Oseira a la abadía de San Isidro de Dueñas, el padre Honorio cesó en el cargo de superior en octubre de 1966. Siguió el padre Arce en el monasterio de segundo superior y secretario, dando siempre buenos ejemplos de monje chapado a la antigua y trabajando por la casa con todo el entusiasmo mientras le fue posible. Hasta el último momento se dedicó a incrementar la apicultura, logrando reunir un colmenar con medio centenar de unidades. Un cáncer en columna vertebral le arrebató de la vida el 15 de junio de 1992. Solía repetir con frecuencia que era el monje que más libros había escrito en el monasterio, pero que nunca gozaría de fama de escritor, como así fue, pues todos los libros que escribió fueron de contabilidad, en la cual se había perfeccionado bajo la dirección del hermano Pablo, de quien tantas veces hemos hablado. Dios se habrá dignado recompensar —como Él sabe hacerlo— su labor callada y oculta lo mismo en San Isidro que aquí en Oseira.

22. Padre Martín García (1933-1972)

Estuve dudando si incluir o no en el elenco de monjes restauradores de Oseira a este monje que salió al mundo y en él murió, pero luego de pensarlo, he querido admitirlo, puesto que ocupó el cargo de superior durante un período considerable en el que se llevaron a cabo importantes obras. Sobre todo, bajo su gobierno se abrieron fuentes más o menos importantes para sostener la economía de la comunidad, que aún perduran. Como agradecimiento sincero a su interés por la casa, ofrezco aquí una pequeña semblanza suya.



Bóveda del refectorio, restaurada por el padre Juan María.

Nació en Almazcara (León), el 11 de mayo de 1933, habiendo ingresado como oblato en San Isidro de Dueñas en 1945, profesando solemnemente en 1954, y luego de cursar la carrera sacerdotal, se ordenó dos años más tarde, completando luego

estudios en Roma y licenciándose en Sagrada Escritura. Al regresar a San Isidro, le confiaron un puesto de reciente creación. Hasta entonces, los jóvenes religiosos profesos salidos del noviciado, se incorporaban con los monjes mayores, sin que tuvieran ningún maestro que siguiera orientándoles y completando su formación. Se juzgó conveniente crear el escolasticado, que venía a ser un estado intermedio entre el noviciado y la profesión solemne, que duraba tres o cuatro años, hasta que los jóvenes realizaran la profesión solemne, momento en el que se incorporaban definitivamente a la orden.

El padre Martín fue nombrado primer maestro de juniors, trabajando en ellos para completar la formación recibida en el noviciado, impartiendo clases de diversas materias, de manera especial sobre temas relacionados con la vida religiosa. En ese cargo se hallaba ocupado, cuando en septiembre de 1966 fue destinado a Oseira para unirse al grupo de hermanos que estaban preparándose para formar una nueva comunidad. Antes de que ésta se constituyera de manera oficial, se hizo cargo de ella como superior, por designación del abad de San Isidro, hasta tanto que la orden la aprobara como priorato autónomo, y la comunidad eligiera primer superior. Su gobierno estuvo marcado con un dinamismo incansable que se manifestó en la actividad desplegada en las obras, pues en los seis años que duró su mandato, se llevaron a cabo la restauración de toda la zona que rodea el patio de caballeros, se construyó un nuevo dormitorio para la comunidad en la parte alta del pabellón de la fachada, donde se hicieron celdas individuales para cada monje, con puerta y ventana al exterior, pero sin mueble ni lavabo alguno, fuera de la cama y la mesilla de noche, novedad desconocida entonces y que llamó la atención de algunos arraigados a la tradición, que se escandalizaron como si fuera relajación, pero luego se fue imponiendo la celda individual, con todos los servicios, y en todos los monasterios.

En 1967 continuaron las obras sin interrupción, restaurándose e inaugurándose la antigua cocina del siglo XVII e instalándose el refectorio en el local adyacente en el que hoy continúa la comunidad. Y careciendo la comunidad de fuentes de ingreso rentables y seguras, se emprendió la construcción de la nueva vaquería, separada unos doscientos metros del monasterio. Pero la obra más destacada de 1968 fue la reconstrucción de la zona en torno al calefactorio, donde no había quedado más que la gran chimenea



Cocina tras la restauración.

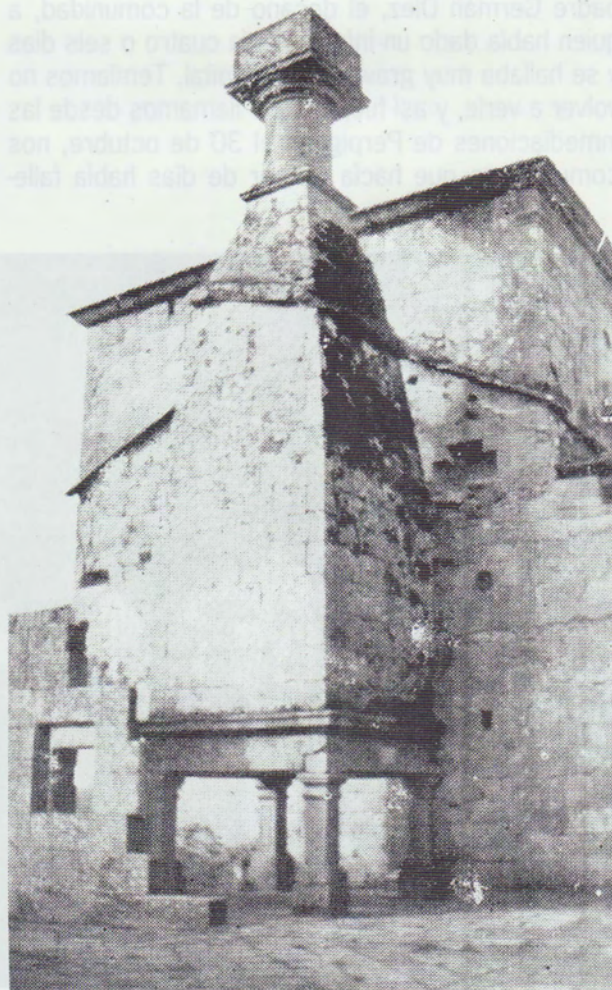
del mismo, el piso muy irregular y estropeado y algunos restos de muros. Era la parte más castigada en la época del abandono, puesto que los sillares los habían arrancado para viviendas particulares; dicese que fueron bajados en las carretas del país por la escalera de honor.

En 1971 se paralizaron las obras algún tiempo a causa de no haberse recibido ninguna ayuda estatal, pero en el otoño se reanudaron, gracias a la ayuda prestada por la Diputación de Ourense, que ha sido la más efectiva en la restauración del monasterio. Se reconstruyó todo el interior de la iglesia: se hizo desaparecer el templete de madera —sin mérito alguno— que aún perduraba del antiguo baldaquino, se completaron las columnas del presbiterio y de la nave central, que se hallaban truncadas a la altura de los arcos de dicha nave, se levantó todo el piso, se colocó piedra nueva con la perfección que hoy puede verse, en una palabra, el templo cobró el aspecto de sobriedad tradicional en el Císter, que es la admiración de los amantes del arte.

No siendo suficiente la vaquería para cubrir las necesidades de la comunidad, se trató de añadir una nueva fuente segura de ingresos. Habiéndose cerrado la fábrica de quesos y no fabricándose el champán que se venía fabricando hacía varios años, se instaló una modesta fábrica de licor Eucaliptine, con esencia extraída del eucalipto, según fórmula

facilitada por nuestros hermanos cistercienses de Trefontane (Roma). Al mismo tiempo se comenzó a elaborar el vino aperitivo; pero la producción de ambos es tan reducida, que solamente se hace para el turismo. Por último, manifestó notable dinamismo en la repoblación forestal, ya que en su tiempo se plantaron millares de pinos y centenares de eucaliptos, aunque para ello sacrificó lamentablemente preciosos robledales, que ennoblecían no poco la finca del monasterio. No hace mucho tiempo se ha hecho una tala importante de eucaliptos, cuyos ingresos muy estimables han sido destinados a mejorar algunas dependencias de los monjes para las que el Patrimonio de Bellas Artes no proporciona ayuda.

Este superior, que gobernó la comunidad en los tiempos posteriores al concilio, caracterizados por una deserción llamativa de sacerdotes y religiosos que se secularizaron, dejando a Dios por la criatura, uno de los que desertaría de su estado de consagrado fue este superior, que volvió al mundo, dejó el sacerdocio, contrajo matrimonio y a los veinte años exactos, al dirigirse en Madrid con su coche al colegio donde impartía clases, murió en el acto de accidente trágico en un encontronazo con una motocicleta que se le cruzó en el camino.



Chimenea del calefactorio antes de la restauración.

23. Padre Germán Díez Martínez (1909-1992)

El 27 de septiembre de 1992, quedó marcado con letras de oro en el Císter español, por haber sido elevado al honor de los altares uno de sus hijos más preclaros —el ahora santo Rafael Arnáiz Barón—, monje de San Isidro de Dueñas, persona rebosante de simpatía a quien tuve la suerte de tratar en sus primeros meses de noviciado en la lejanía de 1934.

El grupo de monjes que asistimos a la ceremonia de beatificación, disfrutamos lo indecible al ver aparecer en el balcón de la ventana de la basílica el cuadro del nuevo Beato, de manera especial, el autor de esta obra disfrutó quizá más que ninguno por haber tenido la suerte de haber convivido con él los cuatro primeros meses de su noviciado, y recordar las diversas anécdotas particulares que mediaron entre ambos. De Oseira asistimos tres monjes, y al salir de casa llevábamos el corazón oprimido porque dejábamos en el monasterio muy grave al padre Germán Díez, el decano de la comunidad, a quien había dado un infarto hacía cuatro o seis días y se hallaba muy grave en el hospital. Temíamos no volver a verle, y así fue; cuando llamamos desde las inmediaciones de Perpignan el 30 de octubre, nos comunicaron que hacía un par de días había falle-

cido, o sea, el mismo día de la beatificación. ¡Buen compañero de viaje se escogió el padre Germán, precisamente al nuevo beato, hermano del padre Francisco, submaestro del mismo, con quien mantuvo íntimas relaciones.

El padre Germán Díez nació en San Pantaleón del Páramo (Burgos), el 19 de enero de 1909. Sus padres, Félix y Mauricia eran de condición modesta, pero de una fe que traslada montañas, a juzgar por las obras. Tuvieron tres hijos varones: Ángel, Andrés y Germán. Del primero hemos hablado anteriormente, por haber estado unos años en este monasterio y fallecido en él. Formados en piedad sólida, esta fue la causa de que en aquel hogar venturoso florecieran vocaciones hacia la vida consagrada a Dios. Pronto, Ángel, el mayor de ellos, al despuntar en él la razón, mostró deseos de ingresar como oblatos en San Isidro de Dueñas. Al poco tiempo le siguió Andrés, y habiendo fallecido pronto la madre, el 24 de noviembre de 1920, lo haría nuestro Germán, cuando sólo contaba once años y medio. Los tres fueron fieles a la vocación, dejando honrosa reputación de virtuosos.

Como ya conocemos los pasos que dio Ángel, que se hizo converso y prestó excelentes servicios



El coro es la más importante actividad de los contemplativos.

a la comunidad, trataremos de los otros dos. El segundo, Andrés, cambió su nombre de pila por el de Francisco, estudió la carrera sacerdotal y fue submaestro de novicios precisamente cuando ingresó el beato Rafael Arnáiz en enero de 1934. Tuvo estrechas relaciones con él y hasta se cartearon ambos, pues se conserva una carta que le escribió Rafael, contestación a otra que él le dirigiera cuando estaba convaleciente en casa de sus padres, la cual figura en casi todas las obras que hay dedicadas a él. No estoy bien seguro, pero tengo idea de que fue algún tiempo maestro de novicios.

En 1954, el padre Francisco, segundo de los hermanos, hizo un viaje a Toro para asistir a la coronación canónica de la patrona Nuestra Señora del Canto, acompañando al abad de San Pedro de Cardeña dom Jesús Álvarez, y allí le esperaba una tremenda desgracia. Durmieron ambos en el seminario menor. A la mañana siguiente, siguiendo la costumbre monástica se levantó muy temprano, cuando en el exterior todavía no se veía la luz. Acudió al cuarto de aseo, confundió las puertas, entró por una que se hallaba abierta, que era la del montacargas, y cayó al vacío, unos quince o veinte metros, quedando muerto en el acto. Fue una muerte muy sentida, no sólo en la ciudad donde ocurrió el percance, sino sobre todo en la comunidad, por ser persona muy capaz y relativamente joven, pues no llegaba a los cincuenta años.

El tercero de los hermanos, nuestro Germán, con once añitos y medio llegaba al monasterio donde se hallaban sus dos hermanos, agarrado a la mano de su padre, que también iba a ingresar de hermano. Habiendo quedado viudo, relativamente joven, en vez de pasar a nuevas nupcias como hacen muchos, optó por consagrarse a Cristo el resto de sus días. Así lo hizo, ingresando como hermano converso y muriendo santamente hacia 1928. Se repitió en pequeña escala lo que se cuenta de la familia de san Bernardo, en que al fallecer su Madre Alicia, el propio Tescelín, su marido, ingresó con sus hijos en Claraval. Motivos tuvo Raymond, notable escritor de la orden, para titular una de sus obras que no ha perdido actualidad, *La Familia que alcanzó a Cristo*.

Un nuevo detalle que honra no poco a esta familia de que vamos tratando: En san Isidro hay un cáliz precioso de plata y oro, con la empuñadura afiligrada que hoy vale un verdadero capital. Es el fruto de la herencia del padre Germán, quien de acuerdo con sus hermanos y tal vez con el padre, dedicaron todo lo que tenían para costear este cáliz, que hacia 1928 ó 1929 costó miles de pesetas, pero que en el momento actual puede suponer varios millones. ¡Preciosa idea, dedicar todo el fruto de los sudores de aquel matrimonio honrado para costear un cáliz, que todos los días contenga la sangre de Cristo!

El padre Germán profesó temporalmente en 1926 y se ordenó de sacerdote en 1933. Al poco

tiempo de profesar fue nombrado submaestro de novicios, por haberse mostrado siempre buen religioso. En 1936 fue llamado a filas, pero por ser sacerdote, el nuevo Estado tenía consideración con los religiosos y consagrados. Le nombraron capellán castrense, habiendo servicio más de dos años en los equipos del capitán Monsalve. Al fin de la guerra regresó inmediatamente a su puesto del monasterio, dedicándose muchos años a recorrer los monasterios de religiosas, bien como capellán, bien para dar ejercicios espirituales. Por todas partes fue dejando honrosa reputación de hombre virtuoso. Estuvo de capellán de religiosas en Alloz, Olmedo —trasladado a Arconada—, Tulebras y Canarias. Se puede decir que hasta 1963 apenas paró en San Isidro, por haber estado ocupado en esos servicios.

Y como en 1965 se volvió a abrir de nuevo el monasterio de Oseira, y fue confiado a la abadía de San Isidro, el padre Germán fue uno de los religiosos destinados para prestar servicios en él, llegando a Oseira el 25 de julio de 1966. Y cuando en octubre del mismo año se organizó la nueva comunidad, el padre Germán fue uno de los primeros en hacer aquí la estabilidad, cosa digna de admiración, pues se desprendía de su monasterio en el que se formó y transcurrió la mayor parte de su vida, aceptando vivir en Oseira a pesar de las deficiencias de todo género, con un edificio que seguía gran parte en ruinas.

Hacia 1967 se logró sacar del edificio la casa rectoral, encargándose los monjes de ella, siendo el padre Germán el primer párroco, y como buen religioso aceptó de buena gana, comenzando a trabajar en el nuevo campo, sin olvidar su principal deber de monje. La gente le quería, por ser un auténtico pastor de almas, que procuraba atender a sus ovejas.

Mucho podríamos decir del padre Germán sobre este punto, por haber sido toda su vida religioso íntegro y observante del deber hasta la niñez. Podemos decir que fue uno de esos hombres que dejan profunda huella en la sociedad, pero no por ser llamativa su vida o dedicarse a obras brillantes, sino por haber vivido santamente el ideal monástico, y haber ayudado a multitud de almas en los caminos de Dios, pues era un excelente director de almas. Hubo un pontífice que llegó a decir algo así: "Dadme un monje que haya cumplido fielmente su regla hasta el postrer momento, y yo le canonizo, sin necesidad de milagros ni proceso alguno". Esto bien lo podía hacer tratándose del padre Germán, porque era la regla viviente. Le conocí desde 1930 hasta el momento de fallecer, y nunca le sorprendí en nada que fuera en contra de su deber, antes era el hombre de la fidelidad total a su deber de cada día. En ello radica la verdadera santidad, la que no engaña, sino que convence y arrastra.

Tenía muy buen carácter para vivir en comunidad. Nada extraña que la casi totalidad de los monjes le escogiéramos por padre espiritual, y de hecho lo fue

lo mismo en San Isidro que en Oseira. Siempre le vi disponible para ayudar a todos los que se le acercaban, ora fueran monjes, ora seglares. Era puntual y asiduo en la asistencia al coro. Sólo faltaba a maitines y nona, desde que le dio el primer infarto hacia 1976 y por prescripción facultativa tenía que guardar reposo. Gracias a ello, y a la revisión que le hacían cada dos o tres meses, se fue conservando en activo hasta una semana antes de fallecer. Era de un criterio personal muy recto y sano, tanto que era voz común que no se casaba con nadie, hasta el punto de sufrir sus consecuencias. Oí contar que cierto superior rogó a sus monjes que le advirtieran caritativamente las cosas menos rectas que advirtieran en él. El padre Germán lo tomó en serio, y cierto día se presentó a dicho superior y con todo respeto le dijo poco más o menos: "Usted, padre, ganaría mucho si evitara esto y esto...", y le añadió algunos detalles menos ejemplares. El resultado fue que al poco tiempo le buscó destino al padre Germán, nombrándole capellán de un convento de religiosas, una manera de alejarle del monasterio por ser persona "non grata", por cuanto sabía cantar las verdades del barquero a su misma abuela, si hacía falta.

Era amante del silencio, de la oración y de su vocación contemplativa, siendo éstos los cimientos que sostenían su espiritualidad, y que procuraba inculcar de continuo a las almas espirituales. Nos haríamos

interminables si quisiéramos referir rasgos de su vida privada que, por lo demás, fue sencilla y sin cosas llamativas. Dificilmente metía el hocico donde no le llamaban; por eso no se creaba problemas, ni recibía sartenazos en él. Cuando había reunión de monjes para tratar asuntos, no solía dar su parecer, si no se lo pedían. Era cumplidor en el trabajo, no sólo en los cargos que tenía confiados, sino que también ayudaba a vender en la portería.

Aprovechaba muy bien el tiempo hasta el último momento de su vida, pues recuerdo el afán grande que se impuso para hacer ratoneras de madera. Se dio cuenta que merodeaban por la casa multitud de ratones grandes —llamados en Castilla lirones—, que a duras penas se atrevían los gatos con ellos. Entonces, el padre Germán discurrió una ratonera original que dio su fruto. ¡Era admirable un monje de ochenta años entretenido en hacer ratoneras de madera!

Resumiendo, el padre Germán fue un monje excelente que pasó por la vida cumpliendo con fidelidad su misión de alma contemplativa. Setenta y dos años de servicio fiel a Cristo, son un testimonio vivo de un valor que sólo Dios puede calibrar. Nada de extraño tiene que lo mismo médicos que enfermeras, tuvieran la impresión y comentaran que era verdaderamente santo. Es lo mismo que puedo decir yo al cerrar esta sencilla semblanza, demasiado lacónica para tanto como se pudiera decir de su persona.



*Cúpula del siglo XIII
con decoración barroca.*

24. Padre Juan María Vázquez Rey (1921-1992)

En el mundo, Paulino Vázquez Rey nació en La Seara, Cartelle (Ourense), el 21 de diciembre de 1921.

En 1935, cuando frisaba en los 14 años, ingresó en la escuela apostólica de Oseira, donde inició los estudios preparatorios de la carrera sacerdotal. Todavía le tocó vivir los tiempos heroicos de la fundación. Llevaba la casa abierta solamente cinco años, y se hallaba el edificio en una situación deprimente, por la falta de comodidad. Por otra parte, la situación económica era muy deficiente. Así es que, con mala habitación y con una alimentación no muy nutritiva, se necesitaba un espíritu férreo para continuar en el monasterio; pero todo fue superándolo nuestro joven con aquel espíritu de constancia y fidelidad a la gracia que le caracterizaron siempre, perseverando en la vocación a que había sido llamado.

Pasados unos años, habiendo dado pruebas de aceptación de aquella vida, a los dieciocho, ingresó en el noviciado, comenzando en serio la vida religiosa en 1939. En 1941 hizo la profesión temporal, luego la solemne o consagración definitiva a Dios, en el año 1946, ordenándose de sacerdote al año siguiente, en que culminó su carrera sacerdotal.

Los que le trataron desde joven, están contestes en afirmar que —fuera de las matemáticas— no destacó mucho en las ciencias. La prueba la tenemos en que nunca ejerció ningún ministerio sacerdotal, fuera de la santa misa, ni le vi predicar jamás. ¡Cuán cierto es que Dios distribuye sus dones a quien quiere y como quiere! Lo que tal vez le faltaba al padre Juan M.^a de cultura brillante y llamativa, le sobraba de ingenio y equilibrio. Demostró el ingenio de mil maneras, sobre todo en la restauración total del edificio, llevando a cabo una serie de obras difícilísimas, que hubieran acobardado el ánimo más esforzado. Era corriente entre algunos arquitectos —conocedores de su labor— al hallarse ante problemas de difícil solución, decir: “Llamad al padre Juan M.^a, ya veréis qué pronto lo resuelve”. Así era. Su ingenio era patente. Entendía de obras, de mecánica, de carpintería, cerrajería, electricidad..., en una palabra, era una enciclopedia viviente.

Conviví con él los 26 últimos años y siempre le vi monje bueno, amante del monasterio, sacrificado y cumplidor del deber. Creo que en estas expresiones queda reflejado su talante espiritual. Se distinguió, sobre todo, por su amor a la economía, demostrándolo en las obras, pues corría como adagio entre los

que intervenían en la concesión de las subvenciones para las obras, que “el padre Juan María de un duro hace veinte”. Creo que se quedaban bastante cortos, pues parece materialmente imposible que pudiera hacer tanto con tan pocos medios económicos como se le facilitaron¹.

Creo que es un testimonio viviente, un ejemplo admirable para el mundo de hoy, sobre todo para los que manejan fondos estatales en orden a la realización de obras. Comprendo que debemos ser indulgentes, que no se les puede pedir que hagan tanto como hacía el padre Juan María, pero causa verdadero asombro que hagan tan poco como hacen, en la mayoría de las veces, con cantidades fabulosas de dinero. Hoy se habla, no de millones, sino de cientos de millones como la cosa más natural, y para obras insignificantes si se comparan con la magnitud de las llevadas a cabo en Oseira.

Hasta pocos años antes de morir, siempre vi al padre Juan María por los andamios, rodeado de un pequeño grupo de obreros, dirigiendo las obras, o trabajando en mil cosas, recorriendo las distintas dependencias, rehaciéndolas y embelleciéndolas con su ingenio. Tan del agrado de los responsables de Bellas Artes eran la pericia y perfección con que dirigía las obras, que le confiaban la administración de las subvenciones, seguros de que se multiplicaría el dinero en sus manos, como así era en realidad.

Al sentirse faltar de salud y con problemas cardíacos, se vio obligado a retirarse para descansar. Estaban virtualmente terminadas las obras más urgentes. Al verse lleno de achaques, solía decir que había logrado “preparar la jaula, pero el pájaro la iba a disfrutar bien poco”, como así sucedió. Fueron muy pocos años los que pudo disfrutar contemplando su gran labor realizada en el espacio de 25 años, porque estuvo siempre enfermo, y en una ocasión llegó a las puertas de la muerte, pero no obstante logró recuperarse un poco.

Durante muchos años, al par de las obras que dirigía y realizaba en el monasterio, asesoraba y dirigía otras obras importantes en monasterios de religiosas, de manera especial en san Miguel de las Dueñas (León), donde dirigió gran parte de las que allí se realizaron, en especial, la remodelación del patio central, en el que instaló una preciosa fuente

1. Al final de este trabajo ofreceremos las cantidades pecuniarias que recibió en los años fuertes de la reconstrucción, para que cada cual pueda sacar las conclusiones que crea oportunas.

surtidor, obra llevada a cabo por el cantero ourenzano Eduardo Fernández, de Alacuás. También dejó imborrables recuerdos en la comunidad de Ferreira de Pantón, dirigiendo igualmente la restauración de su preciosa iglesia y gran parte del edificio. De continuo le estaban llamando estas religiosas para consultarle o bien contratar obras².

En enero de 1990, la Diputación de Ourense, reconocida la gran obra restauradora realizada por los monjes, acordó conceder a la comunidad la medalla de oro de la ciudad, como así lo hizo en una sesión académica celebrada en el propio monasterio en el mes de enero. También le fue impuesta otra medalla personal al padre Juan María, principal responsable de la restauración.

Pero pareciéndole poco a la Diputación aquel homenaje, ella misma se encargó de hacer los trámites necesarios para que se concediera a la comunidad el premio internacional "Europa Nostra"³, como le sería concedido en otra nueva sesión académica celebrada en el monasterio el día 5 de diciembre del mismo año 1990.

La Reina doña Sofía se personó en el monasterio para otorgar este premio, y sabedora de que el padre Juan María había sido el principal artífice de la reconstrucción —que fue admirando en las distintas dependencias—, no paró hasta que se lo presentaron, felicitándole de manera especial, por la perfección con que había realizado las obras.

En enero de 1992 se vio afectado por una fuerte gripe que le atacó las vías respiratorias, por lo que hubo necesidad de internarle en Ourense. No mejoró, sino que fue perdiendo de día en día, hasta el punto de que ante la perspectiva de que se produjera el fallecimiento de un momento a otro, optamos por traerle para casa. Llegó desganado y sin fuerzas⁴. Se fue recuperando poco a poco, pero apenas podía subir escaleras, ni aun caminar. Así fue tirando hasta el 19 de enero de 1993 en que a eso de las diez de la mañana celebró la misa en la capilla privada y regresó a su habitación.

2. Hasta un par de meses antes de su muerte estuvo yendo a vigilar las obras de la restauración de ese monasterio, y unos días antes de su muerte se ocupó de hacerles los planos de las nuevas celdas que debía ocupar la comunidad.

3. Puedo asegurar que desde hacía varios años venían insistiéndonos mucho desde la central española representante de dicho organismo, que nos presentáramos a dicho premio. Como en realidad se trataba de algo honorífico, que no llevaba consigo la menor subvención —que era lo que se necesitaba aquí, porque siempre andábamos apurados económicamente— no hicimos caso, mucho menos porque costaba dinero hacer el expediente a base de reproducir fotografías de los distintos locales. Lo que no hicimos nosotros, se encargó de hacerlo la propia Diputación, según queda insinuado en otro lugar.

4. Tan grave llegó a casa que, según aseguró después, no se daba cuenta de nada, se hallaba inapetente del todo, y había perdido la noción del tiempo. Nos costó mucho trabajo recuperarle, pero al fin mejoró hasta el punto de lograr asistir a algunos actos conventuales, sobre todo en el verano.

A las once y media acudió a visitarle el padre abad, le preguntó cómo se encontraba y le contestó que había pasado muy mala noche, que casi "era mejor que le dieran los sacramentos de los enfermos". Decir esto, e inclinar la cabeza, todo fue uno. Le sostuvo el abad, dio dos boqueaditas casi imperceptibles y dejó de existir en la tierra, sin el menor estertor, y con el santo rosario en la mano. Acudió la comunidad rápidamente, se llamó al médico, quien atestiguó su defunción. No hubo necesidad de amortajarle, porque aparecía con la muda y toda la ropa completamente limpia. Es de notar que la cama la tenía arreglada con una elegancia, que no habrá ama de casa que lo haga mejor.

El entierro constituyó una manifestación de duelo regional, por haber sido muchísimos los fieles asistentes, no menos que los sacerdotes de la comarca, habiendo presidido los funerales monseñor Miguel Araújo Iglesias, obispo dimisionario de Mondoñedo-Ferrol.

Hasta 1950 no fueron muchas ni muy importantes las obras de restauración emprendidas en el monasterio; a lo sumo algunas de escasa importancia, porque primero fue el Gobierno republicano, de signo enteramente adverso a toda idea religiosa, y a continuación la Guerra Civil que duró hasta 1939, en que la nación quedó depauperada en extremo, y con una cantidad incalculable de edificios religiosos y civiles en ruinas.

Por si fueran pocos males, siguióse la segunda guerra europea, que culminó en el bloqueo internacional que las distintas naciones impusieron a España durante varios años. Al fin, todo fue serenándose, y llegaron las primeras ayudas estatales en escasa cantidad, y por añadidura las administraban los propios organismos del Estado, según normas vigentes y por eso no podían hacerse muchas obras.

Dejamos a un lado las pequeñas restauraciones realizadas por el H. Esteban, que adecentó varios lugares, consolidó algunos muros en peligro y construyó la fuente del patio de caballeros, porque fueron de escasa importancia, y con medios escasísimos, pues los fondos de la pequeña comunidad eran muy cortos. Nos vamos a situar en las obras de envergadura, en las cuales comenzó a despuntar el genio del padre Juan María. Hacía más de veinte años que la torre de la parte norte de la iglesia, había sido derribada en parte por un rayo. Todos lo pueden comprobar a la vista de las fotografías de la primera mitad del siglo XX. Se hacía urgente la restauración, y en el año 1953 se hicieron los preparativos para restablecerla a su primer estado. Aunque la dirigieron los arquitectos, fue el padre Juan María quien por primera vez dio muestras de capacidad en la dirección de las obras, porque estuvo al lado de los canteros, interviniendo de manera activa en la obra, pero no por sí solo, como sucedería años después, en que se le entregaban los planos y él se las arreglaba para dirigir todo con la maestría de un hábil perito en la materia.

“El año 1953, centenario de la muerte de san Bernardo —leo en la crónica del monasterio— se restauró la torre de la iglesia, la de la izquierda que fue decapitada el año 1927 por un rayo. Costó la restauración 70.000 pesetas. Todos los técnicos aseguran que fue una bicoca. Es que administró los fondos la comunidad, y por eso se hizo mucha obra con poco dinero”.

Iban llegando las pequeñas ayudas muy de tarde en tarde, y se iba poniendo remedio a lo más necesitado de reparación. Ahora es el torreón sureste, del patio de pináculos, que se hallaba hundido y desmoronado en sus ángulos. El Estado reconstruyó los muros, y la comunidad la bóveda del mismo y la cubierta. Aquí fue donde el padre Juan María llevó a cabo la obra, de una manera sencilla. Como se trata de un local cerrado, y no se disponía de fondos necesarios para hacerla de piedra, se optó por una solución fácil, como nos cuenta el H. Pablo en la crónica: “Primero se hizo una bóveda de ladrillo y cemento, y sobre esa bóveda, arcos de los mismos materiales, sobre los cuales se ha emplazado otra bóveda, que soporta el tejado. Como ni el ladrillo ni el cemento se carcomen, ni son combustibles, hay tejado para siglos”.

También el antiguo oratorio de enfermos, necesitaba urgente reparación, si se quería salvar. Éste conservó su bóveda de crucería, por lo que fue fácil salvarla, con una buena cubierta que se le puso, restaurando a la vez toda la nave de mediodía del patio de pináculos.

Siguióse luego un período de interrupción de las obras, impuesto por algunas dificultades de orden interno, surgidas en el seno de la comunidad que no son del caso referir.

El padre Juan María estuvo en diversos monasterios dirigiendo algunas obras, de manera especial en Sobrado de los Monjes, donde el padre Cid se hallaba en plena restauración de aquel monasterio, en un estado mucho peor que Oseira, para disponerlo en orden a la instalación de una pequeña comunidad, que pronto se haría cargo del mismo.

Le ayudó y asesoró cuanto pudo durante unos meses, hasta que volvió definitivamente a Oseira, donde le esperaba una ardua tarea. En el año 1966 de nuevo se iniciaría un período de obras en que ya no cesarían hasta culminar en la restauración total del edificio.

Al incorporarse de nuevo a la comunidad el padre Juan María, en los primeros meses de 1966, una vez reconocida su experiencia y capacidad directiva en las obras realizadas, fue encargado de las obras en Oseira, haciéndose una excepción singular con él: le entregarían las subvenciones para que él las administrase. Fue esto un gran acierto, porque gracias a ello, y a una economía rigurosísima, fue cómo las haría rendir de manera sorprendente.

Como la vivienda de los monjes carecía de las comodidades indispensables que no faltan hoy en

las casas de los obreros⁵, se iniciaron las obras de reconstrucción precisamente por esa zona donde vivía, que era en torno a la parte alta del primer patio, llamado de caballeros. Era la destinada a escritorio o salón de estudio de los monjes, biblioteca, noviciado, sala capitular y servicios higiénicos. Derribó toda la techumbre⁶, se hicieron todas las vigas de hormigón armado y varas de hierro, continuando las obras en lo que iba a ser noviciado, local que se halla en la misma esquina del suroeste, con balcones a las dos caras y un torreón que en los tiempos antiguos serviría posiblemente de baño.

Una vez hecha la techumbre, vaciaba el interior y le daba nueva estructura, respetando siempre las paredes maestras, que no se tocaban; en cambio, los tabiques se suprimían o cambiaban según las necesidades, conforme a las exigencias de los tiempos. En el escritorio suprimió el cielo raso sin mérito alguno e hizo una bóveda de rasilla, quedando un local precioso, con sus balcones al exterior⁷. Al mismo tiempo se le dotó de calefacción, ensayándose varios sistemas, optándose al fin por el de radiadores de agua caliente, que se caldeaba con el propano que subía a la cocina. Construyó, al mismo tiempo, una serie de duchas⁸, cuartos de aseo y lavabos.

Cada obra que emprendía, no paraba hasta darle remate adecuado⁹. A la vez, se iba encintando y adecentando la piedra, por lo que el edificio fue cobrando una seriedad y esbeltez únicas, pues quedaría todo él a piedra vista, caso tal vez único, por no hallarse ningún edificio totalmente con la piedra al descubierto como está Oseira.

5. El lector se podrá hacer una idea de cómo se hallaba la casa con este solo detalle. En septiembre de 1996, al llegar yo al monasterio en el mes de septiembre, recuerdo que todas las mañanas, al levantarnos del lecho a las cuatro de la mañana, teníamos que hacer cola para utilizar el único servicio higiénico que había en el torreón del edificio. Se comprende lo desagradable que esto resultaba.

6. Advierto que era la primera obra que se hacía siempre en cada local, comenzar derribando el tejado, haciéndolo de nuevo, porque muchos databan de varios siglos, estaban en pésimas condiciones y, teniendo en cuenta los incendios que han padecido la mayoría de los monasterios, se optó por colocar toda la cubierta de hormigón, suprimiéndose por completo la madera.

7. Los balcones de hierro correspondientes al patio de Caballeros, y los del exterior del mismo que miran al río y a la huerta, los hizo una casa de Palencia hacia 1968. Pero todos los demás: patios de medallones, pináculos y los del exterior de estos patios, hasta la biblioteca, son obra del padre Juan María. Compró cantidad de balaustres y al mismo tiempo pretina metálica, y los preparó él mismo en persona.

8. Conviene advertir un dato curioso a este respecto. Fueron las primeras duchas que se construyeron en el edificio, pues hasta el concilio, se seguía la regla de san Benito al pie de la letra, en la que se manda que a los enfermos se les facilite poder bañarse, en cambio a los sanos no, o rara vez. Esto a nadie debe extrañar, puesto que hace cincuenta años poquísimos podían permitirse el lujo de baño o ducha, y quien quería bañarse, tenía que ir al río, si lo había.

9. Estuve encargado muchos años de acompañar al turismo que cada día desfilaba por nuestra casa. Nunca oí a nadie que se quejara de las restauraciones realizadas por el padre Juan María; al contrario, todos se admiraban de la perfección con que han sido dirigidas. Los arquitectos de B. A. podían confiar en él plenamente.



Solarium.



A continuación de estas obras, indispensables para poder tener un mínimo de comodidad, emprendió la construcción del nuevo dormitorio, con habitaciones individuales. Hay que tener en cuenta que hasta esa época perduraba aún la costumbre antigua, imperante en la mayoría de las órdenes, de usar dormitorio corrido, es decir, celdas en forma de camarillas, cerradas por una simple cortina y sin techo¹⁰. Fue un avance tan increíble el que se dio, que en un principio se pensó que era el último grito, a pesar de no tener la celda nada de particular: ni silla, ni mesa, ni lavabo..., sino simplemente el poder estar cerradas y con su ventana propia¹¹.

En 1968 se centraron las obras en la zona del calefactorio, donde no existía más que la gran chimenea de éste, muy original —encanto de los turistas, sobre todo de las mujeres¹²—, rematada en un cubo. Se levantó todo el piso de la zona, que estaba desigual, a causa de las bóvedas de la planta baja y se construyó de piedra y baldosa, se reconstruyeron los muros y se colocó una cubierta adecuada. Había sido una de las zonas más castigadas del edificio, porque arrancaron los sillares en la época del abandono¹³. Al nuevo calefactorio se le dio una estructura propia como pudo estar antes, y a la vez en la parte opuesta se hizo otro salón que en la época actual sirve a la comunidad de sala capitular.

Siguieron las obras casi sin interrupción hasta los primeros meses de 1971 en que, careciendo de ayuda pecuniaria, tuvieron que paralizarse y esperar tiempos mejores. En el otoño se reanudaron, gracias a una pequeña ayuda facilitada por la Diputación de Ourense¹⁴. Se comenzó a trabajar en el interior de

la iglesia, levantándose todo el piso, con el fin de sanearla. Se sacó alrededor de un metro de tierra, supliéndolo con grava, arena, hormigón y se volvió a poner nuevamente la piedra, pero bien escuadrada, y con las hiladas uniformes. Su colocación quedó con mayor perfección que lo estaba antes, sobre todo en la girola, que siguen en semicírculo, al igual que las del zócalo sobre el que descansa la columna del siglo XIII. Al mismo tiempo se limpió y encintó todo el templo, completándose las columnas adosadas, que estaban mutiladas, sin remate digno lo mismo en la capilla mayor que en la nave central del templo. Se rehicieron los dos primeros pilares de la nave central, que se hallaban deshechos a causa de los dos púlpitos que se suprimieron —por ser hoy innecesarios—, al igual que se quitaron diversos altares de madera de mal gusto, que afeaban no poco el templo¹⁵.

También fue importante la labor realizada en el presbiterio, donde se suprimieron una serie de grandes ménsulas barrocas que había adosadas a las columnas románicas, sobre las que descansaba una serie de estatuas de santos de la orden, cuando existía el baldaquino, del que sólo perduró la parte central, de muy mal gusto, que también se suprimió, por carecer de mérito. Cualquiera diría que estas obras llevadas a cabo en el espacio de dos años, supondría una inversión de muchos millones. Aquí fue donde el ingenio y la economía del padre Juan María demostró su gran capacidad, pues pensar que solamente pusieron en sus manos dos millones de pesetas, no se explica, sin una intervención providencial de Dios, que comunica a sus siervos talentos para hacer estas maravillas.

Finalizaron la mayor parte de las obras de reconstrucción del templo en 1973, dejándole en el estado que hoy presenta, lleno de sencillez y belleza arquitectónica, pues antes estaba recargado de adherencias que no encajaban para nada con el estilo en que fue concebido y llevado a cabo por los monjes de las primeras generaciones. Sólo quedó sin restaurar la tribuna de la iglesia, que esperaría unos años, hasta quitar de ella la estantería de la biblioteca.

En ocho o diez años, el monasterio había cambiado de aspecto, aunque todavía quedaban por hacer muchas obras, y muy importantes. El turismo aumentaba cada día, y todos admiraban la reconstrucción del edificio, dejando muchos locales quizá con mayor perfección que tuvieron en su origen.

Ourense, cuyos presidentes don David Ferrer Garrido, don Victorino Núñez y don José Luis Baltar, se han esmerado en prestar ayuda a los monjes, mediante subvenciones más o menos considerables.

15. En un principio se pensó colocar estos altares en los arcos que rodean la sala capitular o de las palmeras, en los cuales ya los hubo antiguamente y debían estar adaptados a dichos arcos; pero luego se desistió de colocar éstos porque desentonaban no poco del local y carecer de mérito artístico.

10. Yo he conocido camarillas en San Isidro de Dueñas, separadas con tabiques de rasilla. En Oseira, en cambio, las divisiones eran de uralita. Como dato curioso, puedo asegurar que a mi llegada a Oseira en 1966, todavía prevalecía ese tipo de camarillas, y recuerdo que cada vez que el vecino se revolvía en la cama, me despertaba, porque trepidaban tanto los catres como las uralitas.

11. Desde luego fue un gran avance el que se dio, pero se vio luego que se iban imponiendo en todos los monasterios las celdas individuales, con servicios higiénicos completos, una mesa, una silla, un armario..., y entonces, al hacer el nuevo dormitorio, se dotarían las celdas de esos servicios indispensables que no faltan hoy ni en las viviendas de la gente pobre.

12. Antes de la restauración, la zona del calefactorio estaba abierta al turismo, y no sé a quién se le ocurrió decir que las jóvenes que dieran tres vueltas a la chimenea y rezaran un padrenuestro, hallaban novio durante el año. Lo cierto es que muchas jóvenes probaban en medio del jolgorio de las demás compañeras. Puedo asegurar que hubo alguna que daba las vueltas con verdadera fe, como si la chimenea tuviera alguna virtud propia o estuviera protegida por las meigas.

13. Es del dominio público que durante el período de abandono, las gentes de la comarca, subían con sus carros por la escalera de honor, y bajaban la piedra para construir sus viviendas o cercar sus fincas. Con todo, no fue gran cosa lo que faltaba de un edificio tan colosal. Hubo la suerte de que se tardó mucho en hacer carretera de acceso, que si la hacen antes, quizá hubiera pasado como en Sobrado, que la piedra del monasterio la utilizaron para firme de la carretera.

14. Conviene hacer constar que han sido distintos organismos los que han contribuido a facilitar medios para la restauración del monasterio, pero el organismo que se lleva la palma es la Diputación Provincial de

Pasamos por alto las continuas obras que siguieron imparables durante unos años, gracias a las pequeñas ayudas que se venían recibiendo de una parte y de otra, pero principalmente gracias a la economía que desplegó el artífice de la reconstrucción, que estaba siempre al tanto del precio de los materiales, y cuando podía, aprovechaba la ocasión y compraba por adelantado, aunque esto pocas veces lo podía hacer, porque podemos decir que vivía al día, tenía lo justito o un poco menos para poder defenderse¹⁶. De las obras importantes de estos años, hacia 1975, se puede mencionar la unificación de todas las ventanas del patio de pináculos, habiendo hecho desaparecer en las de todo el ángulo noreste el montante de piedra que llevaban, en que estaba la ventana en cuadro, y sobre el montante había otra ventana semicircular. Se colocaron sobre los contrafuertes que rodean el patio, de los Pináculos. Los habían derribado todos, y se hallaban en gran parte decorando los jardines o los muros del cementerio. Recogió todos los que encontró y el resto se harían nuevos años adelante.

Obra importante fue la reconstrucción de la atalaya, precioso mirador adosado al torreón sureste, que se hallaba descubierto y lo completó de forma circular, tal como hoy se ve. Al mismo tiempo dirigió el montaje de la nueva hospedería, con amplias habitaciones, con calefacción y todos los servicios indispensables. Lo más admirable es que mientras tenía cuatro o cinco obreros trabajando en las obras, tenía uno o dos, de continuo, en la carpintería haciendo puertas y ventanas, en todo dirigidos por él.

Como había que amueblar las catorce o dieciséis habitaciones de hospedería, pidió presupuesto, o sea, cuánto le podían costar: camas, mesas, mesillas de noche y puertas. No recuerdo exactamente cuánto le pedían, pero debió ser como un millón de pesetas. Arrugó el ceño, y se lanzó a hacer él todo, con el obrero, a lo sumo, algunas veces con dos. Con la mitad, o la tercera parte de lo que le pedían, quedó una hospedería digna, con unos muebles tan bien hechos, como cualquier fábrica de prestigio, hasta el punto de que los visitantes, en más de una ocasión preguntaron en qué fábrica se habían comprado.

En esa misma época dirigió también la sillería sencilla pero digna, que hoy circunda el presbiterio, labrada por él y los dos obreros del pueblo. Contribuyó no poco a economizar en esta labor de carpintería que llevó a cabo, el hecho de que en la zona oriental se había hecho una restauración provisional,

colocándose vigas de castaño. Ahora, al sustituirlas por viguetas de hormigón, las de madera que se sacaban servían de maravilla para hacer muebles. O sea, que a la vez que dirigía la obra reconstructora, estaba al frente de la carpintería, y por si fuera poco, dedicaba también ratos a hacer de cerrajero.

En todo el monasterio dejó una serie de lámparas y faroles, que no tienen nada que envidiar a los hechos en fábricas especializadas en el ramo. Todos los faroles —menos uno que le sirvió de modelo— colocados en las esquinas de los tres claustros altos, son hechura suya, así como las lámparas del refectorio del siglo XVI, las de la sala capitular del siglo XVIII, y multitud de apliques de hierro forjado. Y no le fue posible hacer más, como él deseaba, porque los últimos años padeció mucho de los bronquios, de tal manera que una leve ráfaga de humo le molestaba en extremo¹⁷.

MEDALLA BIEN MERECEIDA

En 1977 emprendió una obra que por sí sola acredita su ingenio y le da fama universal, la reconstrucción de la bóveda gótica del refectorio, construida hacia 1572. Consta de cuatro tramos de bellas nervaduras con arandela colgante o estalactita en las claves. Se hallaba hundida desde hacía muchos años¹⁸, y no parece que hubiera mucho interés en restaurarla por parte de los organismos del Estado, por lo menos del todo. Querían que a lo sumo se reedificara un tramo, y el resto completarlo como fuera. Pero el padre Juan María se atrevió a enfrentarse con aquella obra sin el menor titubeo, para rehacerla por completo.

En la reconstrucción se utilizaron la mayor parte de las claves antiguas, haciéndose sólo nuevas algunas que se habían deshecho al caer, así como también se hicieron la mayor parte de las nervaduras. Como los muros se hallaban resentidos, por estar algo resquebrajados, se optó por aligerar el peso, suprimiendo la piedra en la plementería y utilizando para suplirla un conglomerado de viruta y cemento llamado viruter, que en un principio se pensaba taparlo con una mano de yeso —como suele hacerse con las bóvedas restauradas con rasilla—, pero al ver el buen juego que hacía con la piedra, se ha optado por dejarlo al natural, formando un conjunto armonioso. La restauración quedó perfecta, y es la admiración de todos los entendidos. Tanto, que cuando un res-

16. Recuerdo que un día, allá hacia el año 1975, hablando con él sobre las obras y los nuevos proyectos que tenía, le oí decir estas palabras: "Si tuviera dinero, me ahorraría un millón de pesetas". Era cuando un millón de entonces equivalía a ocho o diez de hoy. Es que preveía que los materiales iban a dar una subida grade al poco tiempo, y necesitaba esos materiales para el año siguiente; pero como no tenía nunca reservas, se vio privado de realizar aquel negocio económico.

17. Conviene dejar recuerdo que no sólo hizo preciosas lámparas para el monasterio, sino también dejó otras para monasterios de religiosas. Sé que fueron varias las que hizo, pero yo sólo puedo dar razón de la que hizo para la escalera principal del monasterio de San Miguel de las Dueñas.

18. Posiblemente influyera en el hundimiento algún movimiento sísmico, tal vez el de Lisboa del s. XVIII, porque aparecían las paredes de la cabecera y lateral de mediodía completamente abiertas, y es normal que al ceder los muros, se hundiera la bóveda.

petable de Bellas Artes, al entrar en el refectorio y ver la bóveda en pie, lleno de admiración exclamó: “¡Esto, ya no hay quien lo haga!” Creo que es la obra cumbre del padre Juan María. Si no es por él, si no se lanza a hacer alarde de su ingenio superdotado, no sé qué solución le hubieran dado a esta bóveda, visto el poco interés o miedo que había en restituirla a su ser. Tardaría en la reconstrucción como medio año, trabajando dos maestros de cantería en preparar las piezas que faltaban, con la particularidad de que era el propio padre Juan María el que hacía las plantillas, y él, con sus cinco obreros, montándola sirviéndose de un andamiaje de madera que él mismo se construyó con los árboles del bosque¹⁹.

Casi al mismo tiempo que la bóveda del refectorio, llevó a cabo la reconstrucción del solarío, solana o terraza para tomar el sol, otra de las grandes realizaciones que embellecen no poco el monasterio, sobre todo la fachada del mediodía, por la variedad de salientes que ofrece. Era el lugar adecuado para tomar el sol los monjes en invierno, al par que se disfruta de un panorama indescriptible, con las huertas y praderías en primer plano, el río Oseira que serpentea entre la fronda, y las estribaciones de Sierra Martiñá; y en la lejanía se puede ver, a través del valle, los alrededores de Carballiño, así como en la lejanía las montañas de la zona de Ribadavia.

Habían desaparecido todas las columnas, que fueron empleadas por las gentes de la comarca para sostener las tenadas, así como la preciosa balastrada. De nuevo se recuperaron las que se pudo, y las que no, se hicieron de nuevo. Al mismo tiempo, como parte de la bóveda que sostenía el piso del solarío, se hallaba resentida, la desmontó en parte y la volvió a su ser. El conjunto de la obra resultó primoroso, y lo más importante, es lanzar a la publicidad el costo de estas dos obras tan difíciles y complicadas: ¡Disponía de CUATRO MILLONES DE PESETAS, no completos!

Faltaba por restaurar un saliente del edificio que se proyecta hacia mediodía, denominado “dormitorio de ancianos”, construido hacia 1633, en tiempos de fray Simón de Montoya. Consta de piso bajo y tres plantas superpuestas, de una construcción más sólida, si cabe, que el resto del edificio. Un pasillo central, con bóveda de medio cañón a manera de túnel, con una ventana al final, daba acceso a ocho habitaciones en cada piso, todas ellas dotadas de balcón, ventanas y demás chimeneas.

La primera planta lleva, además, una gran balconada de piedra que recorre de un extremo a otro la fachada, y en el superior aparecen sendos medallones representando a personajes desconocidos. Dicho saliente de edificio, orientado debidamente hacia mediodía, próximo al calefactorio y solarío, cumplía a maravilla su cometido, al estar destinado a residencia de ancianos y enfermos. Se hallaba tan descuartizado y lleno de zarzales, que parecía imposible poderlo restaurar, tanto más, cuanto que los muros principales se hallaban cuarteados. Algún arquitecto lanzó la idea de que era mejor suprimirlo, toda vez que salía fuera del plano del edificio, trasladando la fachada del mismo más atrás, a la altura del resto del edificio. Pero prevaleció el parecer de otros que —con muy buen acuerdo— juzgaron se debía restaurar, por tratarse de una parte muy destacada del edificio. En los primeros meses de 1980 se metió con él.

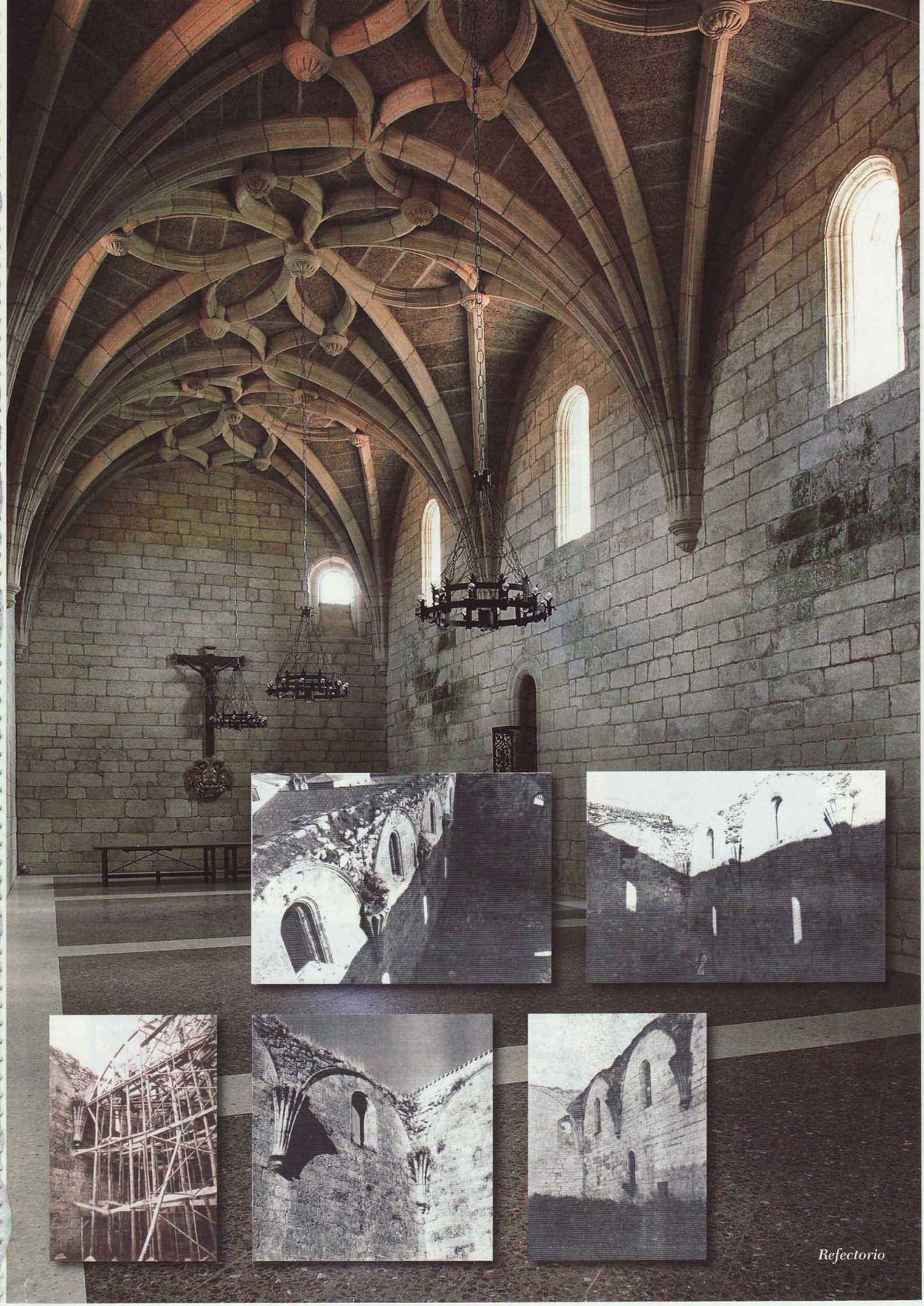
Vació todo el interior de los tres pisos, excepto alguna bóveda que había quedado en pie, y se ha conservado, como es el inicio del pasillo central de la primera y segunda planta, por donde se puede columbrar cómo estaba antes. El resto forma todo un cuerpo cosido con vigas de hormigón armado. Se trazaron las nuevas celdas de los monjes, con todos los servicios individuales, se colocó cornisa nueva todo alrededor del edificio, se terminó la balconada de piedra que se hizo toda nueva, excepto algunas ménsulas salientes que se conservaron, aunque la mayoría estaban partidas. Como complemento, reconstruyó la preciosa escalera del interior, haciendo todo nuevo menos el piso, a la vez que una de las dos bóvedas de arista que se había hundido. Quedó un conjunto tan bello y funcional, que pasó a vivir a él la comunidad en enero de 1983, por haberle dotado de celdas con todos los servicios individuales y preciosas vistas al valle²⁰.

En abril de 1982 emprendió la reconstrucción de otra escalera no menos grandiosa que faltaba, la denominada de los obispos, de la cual sólo quedaba la caja bastante deteriorada. En pocos meses se colocaron los peldaños, el pasamanos macizo, se restauró la bóveda y las paredes, en una palabra, la dejó en su pristino ser, resultando una obra primorosa.

Fue la última obra importante de reconstrucción. Con ella quedaba virtualmente terminado todo el monasterio, por más que todavía faltasen detalles, algunos de importancia, como son el saneamiento de los patios, de varios locales, limpieza de muros exteriores y fachadas, encintado, arreglo de varios pisos... Hablan algunos arquitectos del “milagro del

19. En esos días en que se construía la bóveda del refectorio, visité de Montederramo, y el sacerdote que me acompañaba, me llevó a templo, donde había montado un andamio metálico. Me aseguró que solamente el montaje de dicho andamio había costa un millón de pesetas. Lo habían montado los de Bellas Artes, para hacer no sé qué obras dentro de la Iglesia; en cambio el andamio de Oseira, lo montó el padre Juan María con madera del bosque, sin contar para ello con presupuesto alguno. Cada cual puede sacar la conclusión del costo entre uno y otro.

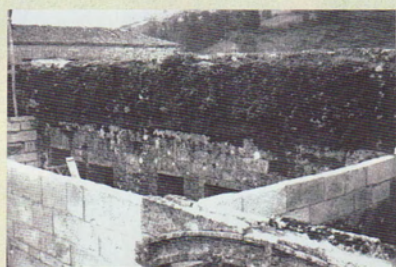
20. No recuerdo exactamente lo que costó la restauración, pero sí puedo asegurar, que de llevarse a cabo la supresión de este pabellón —como pensaba algún arquitecto, por lo mucho que suponía iba a costar la restauración—, hubiera costado más con mucho desmontar y transportar tantos miles de toneladas de piedra.



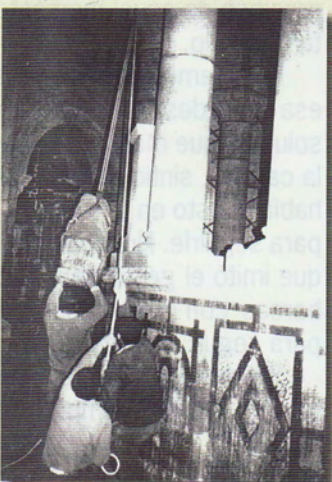
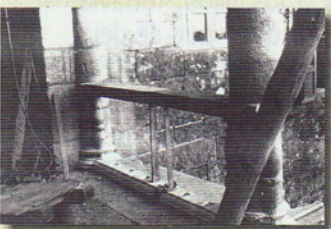
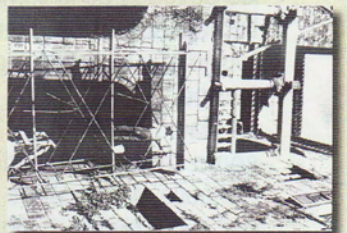
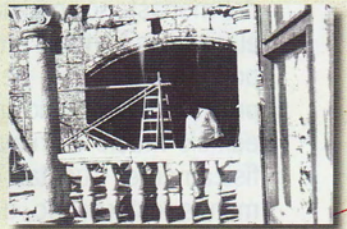
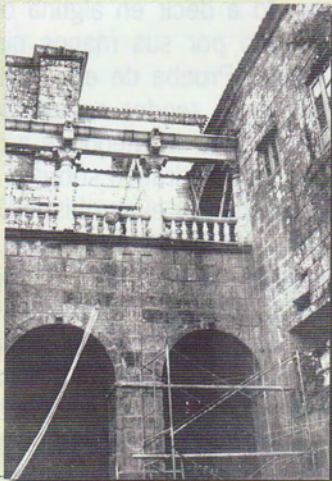
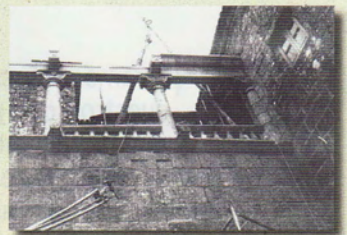
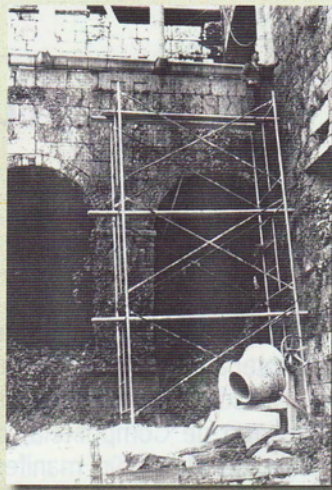
padre Juan María", pero no consta que resucitara a ningún muerto, ni curara a ningún ciego o paralítico, pero la obra que llevó a cabo en el espacio de veinticinco años —tan colosal y con unos medios económicos tan escasos y rústicos—, creo que puede ser considerada auténtico milagro, pero de los grandes, difícil de encontrar ninguno que se le parezca.

Se emplearon en total SESENTA Y UN millones de pesetas. Hay que añadir que no llegaron íntegros a manos del padre Juan María, sino que sufrieron las

mermas correspondientes impuestas por las leyes a la entrega de las subvenciones estatales, así como los beneficios en razón de derechos de arquitectos y responsables oficiales de la obra. Creo que cada cual puede ver por sí mismo si tengo razón o no para demostrar que todavía en las últimas décadas del siglo XX se dieron los "milagros", aunque, claro está, esta clase de milagros son de distinta índole que los realizados en Lourdes y Fátima, o los exigidos por la Santa Sede para la canonización de los santos, como se comprende.



Aspecto del monasterio antes de la restauración.



Diferentes instantáneas de la restauración.

25. Padre Lope Nuño Gallas (1924-1990)

Cerramos el catálogo de estos hermanos nuestros que gastaron su vida en la restauración del monasterio, con la semblanza de este monje destacado que, si no logró morir en Oseira —como ansiaba con toda su alma— bien merece figurar en el número 25 de los restauradores del monasterio, por haber vivido dieciocho años en él, en unos tiempos en que todavía suponía un mérito poco menos que heroico, debido a las muchas privaciones de todo género, las incomodidades del edificio medio en ruinas y por haber sufrido lo suyo físicamente. Cuentan que hallándose con otros hermanos restaurando, o por mejor decir desencalando las bóvedas de la llamada sala de las palmeras, tuvo la mala suerte de caer del andamio y fracturarse un tobillo que le obligó a guardar reposo durante mucho tiempo.

Nació el 25/1/1924, pero no en Pontevedra, como se venía diciendo hasta ahora, sino en Torreón, Cohauila (México), de donde su padre era cónsul al par que director de un sanatorio, por ejercer la medicina. Contaba su madre que el día del nacimiento de Lope nevó copiosamente en Torreón, hecho insólito que llamó la atención de la comarca, pues dicese que allí no nieva nunca. A pesar de haber nacido en México de manera accidental, siempre se consideró español y pontevedrés, por haber nacido dentro del consulado español. Hacia los siete años hizo la primera comunión en la misma ciudad. Cuenta su hermana Carmen, que tendría entonces unos cuatro años, que en plena ceremonia armó una escandalera llamativa, hasta el punto de que el obispo se alarmó, se acercó a su madre y le preguntó qué le pasaba a la niña. Le contestó que era porque quería confesarse: había visto a sus dos hermanos que lo habían hecho, y a ella se le antojó hacerlo también. Admirado el prelado, y para darle gusto, la llevó al cofesonario; no sabemos las palabras que le diría pero el caso es que ella quedó satisfecha y se acabó la gresca.

En el año 1932 regresó la familia a Pontevedra, y dos años más tarde tuvieron que desplazarse a Granada para acompañar a un familiar —catedrático de la Universidad— que se encontraba solo y necesitaba de acompañamiento. Durante la estancia allí, los hermanos asistieron al colegio de los Maristas hasta el año 1936 en que volvieron a instalarse definitivamente en Pontevedra.

En el I.N.E.M. hizo Lope su bachillerato con magnífico expediente, siendo muy apreciado por sus profesores, especialmente por el Dr. Filgueira Valverde

de —que le estimó siempre y por el director de la biblioteca que procuró darle una educación adecuada. Inició más tarde sus estudios universitarios en Santiago de Compostela, con un aprovechamiento excepcional, según manifestación del Dr. Filgueira Valverde —de quien fue discípulo predilecto—, llegando a decir en alguna ocasión que nunca había pasado por sus manos ningún alumno más aventajado. Prueba de ello la dio en dos ocasiones en que ganó sendos concursos literarios sobre temas científicos, atreviéndose a competir en uno de ellos con un catedrático sobre la ruta de Santiago a Roma realizada por el arzobispo Diego Gelmírez, habiendo tenido la suerte de ganarla, y recibiendo como premio la magnífica obra *Historia de la Santa Iglesia de Santiago*, recién publicada en 11 volúmenes por el canónigo López Ferreiro. En otro concurso se llevó la obra *Las Ideas estéticas*, de Menéndez Pelayo. Pero el triunfo más sorprendente y llamativo fue que, a sus 17 años, habiendo competido en el examen de Estado consiguió el primer premio, a pesar de que en él figuraba el señor Fraga Iribarne,

Su primer propósito fue estudiar arquitectura, pero dificultades familiares se lo impidieron, por motivo de tener que desplazarse a Madrid. Entonces se inclinó por seguir la Medicina, como su padre, al mismo tiempo que se matriculó en 2º de Ciencias Químicas. El 2 de febrero de 1942, la familia sufrió una tremenda desgracia al desaparecer de ella el padre, dejando a su esposa y a los hijos, todavía muy jóvenes, sumidos en el mayor dolor que se deja comprender por la pérdida de un ser tan querido. Falleció piadosamente como había vivido, reflejándose en su semblante los rasgos del justo que toda la vida ha procurado ser fiel a Dios. Era tan bella la expresión de su semblante, que nuestro Lope —buen dibujante— tuvo la ocurrencia de sacarle un dibujo precioso de aquel momento de despedida de un ser tan querido.

Posiblemente estaba esperando que sucediera esa gran desgracia familiar para adoptar él una resolución que marcaría toda su vida futura. Finalizada la carrera, sintió una fuerte llamada de Cristo que había puesto en él sus ojos y deseaba lo dejara todo para seguirle. No titubeó un instante en hacerlo, sino que imitó el gesto de los apóstoles, que dejaron las barcas con sus redes y demás cosas del mundo para seguir al Maestro.

Sin decir palabra, el 3 de octubre de 1942 —fiesta en aquellos tiempos de santa Teresa del Niño

Jesús— cuando frisaba en los dieciocho de edad, huyó a esconder su juventud en el monasterio de Oseira con el deseo de “santificarse”, según explicó luego a su hermano José Manuel.

Al enterarse en Pontevedra y en Santiago de la decisión adoptada por nuestro joven, fue algo así como un terremoto para la opinión pública, por ser muy conocido de todos a causa de sus triunfos literarios, y por lo inesperado de aquella resolución. Dicen que hasta los jesuitas lo pregonaron desde el púlpito, aunque opinando que teniendo tan buenas cualidades para el apostolado, era una lástima que se encerrase en un monasterio para guardar silencio. Es que hubiera hecho muy buen papel entre ellos...

Le sucedió ni más ni menos lo que al hoy beato Rafael Arnáiz Barón, que en 1935 habiendo tenido que salir de la Trapa por enfermo, y hallándose recuperando en Oviedo en casa de la familia, un día que entraba en la iglesia de la compañía, estaba un padre perorando en lo alto del púlpito, le vio entrar, y comenzó a decir unas incoherencias inexplicables, tratando de egoístas a los contemplativos que se escondían en los monasterios para guardar silencio, desentendiéndose de los problemas del mundo, habiendo tanta necesidad de predicación. Se olvidó sin duda de que santa Teresa del Niño Jesús fue uno de los mayores apóstoles de la Iglesia, a pesar de que no gastó ningún par de zapatos buscando las ovejas perdidas por los vericuetos del mundo, sino que hizo más que un predicador elocuente a través de su oración ardiente, unida al sacrificio. Por lo demás, Dios es el dueño y el que llama a quien quiere y cuando quiere.

Ante la vista de Lope se desplegaba un doble tipo de apostolado, la vida activa y la contemplativa. ¿Por cual de ellas se decidirá? A pesar de su excelente preparación científica, optó por esta segunda, ingresando en el monasterio de Oseira, cuando todavía en aquellos tiempos se hallaba el edificio muy deficiente y una economía rayana en la miseria, lo que significaba una austeridad inaudita para un joven que llegaba del mundo donde se veía rodeado de comodidades y con un porvenir envidiable a la vista. Bien podía inclinarse por la vida activa, puesto que contaba con un bagaje de preparación científica para ello, pero no, optó por seguir a Cristo de cerca en la pobreza, trabajo y austeridad de vida, ilusionado en ejercer un apostolado oculto, pero muy eficaz, desde el silencio. Hombres así son un testimonio vivo para todos los tiempos, quizá más para los actuales, en que la juventud está harta de nadar en comodidades y vivir en un libertinaje muchas veces poco o nada acorde con su fe cristiana.

Como en aquellos tiempos a los dieciocho años era menor de edad, se dio el caso de que el gobernador de Pontevedra, al enterarse del suceso, ofreció a la familia una pareja de la Guardia Civil, por si



Capilla de San Andrés y cementerio.

hacía falta para hacerle regresar al hogar. La madre, en cambio, siguió el consejo del párroco, presentándose en el monasterio acompañada de uno de sus familiares, con ánimo de rogarle que desistiera de aquella vida de monje, y volviera al mundo, donde podía hacerse sacerdote o bien jesuita, porque era pena que un talento como el suyo se malograra guardando silencio entre los muros de un convento. Quizá para intimidarle llegó a susurrarle que a lo mejor acudiría la Guardia Civil para hacerle regresar; pero él se mantuvo impertérrito y sonriente, diciendo que si le hacían regresar a casa los guardias, de nuevo se volvería a escapar, pues estaba convencido de que Dios le quería en aquella vida. La madre, que era piadosa, dejó de volverle a molestar lo más mínimo para que desistiera de ser monje, regresando tranquila y contenta de ver en su hijo que cumplía los planes de Dios que le iba guiando por los caminos que él sólo sabe. El ejemplo de un joven tan brillante que había dado un paso tan decisivo, impresionó no poco a otros jóvenes, que siguieron su ejemplo, entre ellos dos sacerdotes, que por cierto no perseveraron.

Fray Lope dio pruebas inequívocas de que la vida contemplativa estaba cortada a la medida de su corazón, no mirando nunca a los lados y jamás volvería la vista atrás, a pesar de las grandes contrariedades que halló en el camino, antes fue formándose

en las peculiaridades que impone el Císter, echando hondas raíces en las obligaciones. Estudió la carrera sacerdotal, y cuando hubo terminado las asignaturas reglamentarias, fue ordenado sacerdote por el Dr. Blanco Nájera el 2 de abril de 1949, celebrando en el monasterio la primera misa, rodeado de todos sus familiares y gran número de amigos, ocupando la sagrada Cátedra el Dr. D. Castor Alberdi, magistral de la S. I. C. de Ourense, quien desarrolló con gran maestría las excelencias del sacerdocio, con los grandes poderes sobrehumanos que Dios le ha vinculado.

La vida de los santos está repleta de contrariedades de todo género, sobre todo cuando el Señor ve en ellos buenas disposiciones para soportar todo cuanto se digne enviarles. Vaya un ejemplo. El hoy santo Rafael, estudiante de Arquitectura en Madrid, sintió la llamada de Dios al claustro, lo dejó todo por Cristo e hizo su ingreso en la Trapa de Venta de Baños en enero de 1934. La entrega que hizo fue generosa y total; llegó dispuesto a cumplir los planes de Dios en él. Bien pronto halló la respuesta. Dios aceptó tan buenas disposiciones, y a los cuatro meses de recibir el hábito, se le declaró una diabetes sacarina, que puso en peligro su vida; le enviaron los superiores a su casa, porque en el monasterio era imposible detener el curso de la enfermedad.

Mejoró de nuevo, pudo ingresar otra vez al cabo de dos años, empeoró, volvió a salir, y así estuvo hasta que a la cuarta vez ingresó para no volver a salir, a no ser para la eternidad. Fue un alma de selección, un apóstol gigantesco de los tiempos modernos, pero desde la contemplación. Y todo, por haberse puesto en manos de Dios y aceptar las contrariedades de la vida diciendo en su oración: "Beso, Señor, la mano con que me hieres". Fue beatificado por Juan Pablo II el 27 de septiembre de 1992 y canonizado por Benedicto XVI, el 11 de octubre de 2009.

Fray Lope fue igualmente un alma de entrega total a Dios, como bien lo manifestó a multitud de dirigidas que pasaron por sus manos sedientas de que les marcara un camino seguro de santidad. Fueron grandes los aciertos que tuvo con ellas; fue principalmente porque conocía por experiencia propia por cuantas tribulaciones necesitamos pasar en la vida para conquistar el reino de los cielos. Su vida virtuosa, unida a una preparación científica envidiable, hicieron que los superiores le confiaran puestos importantes en la comunidad, uno de ellos el de maestro de novicios o encargado de la formación de los nuevos candidatos que de continuo llegaban al monasterio, dejando fama de haber sido un verdadero padre para todos aquellos jóvenes que pasaron por sus manos, por tener un corazón tan amplio que todos cabían holgadamente en él. Puedo asegurar la veracidad sobre este punto, por habérselo oído a uno que pasó por sus manos. Los novicios no echaban de menos la bondad, el cariño y solicitud de sus

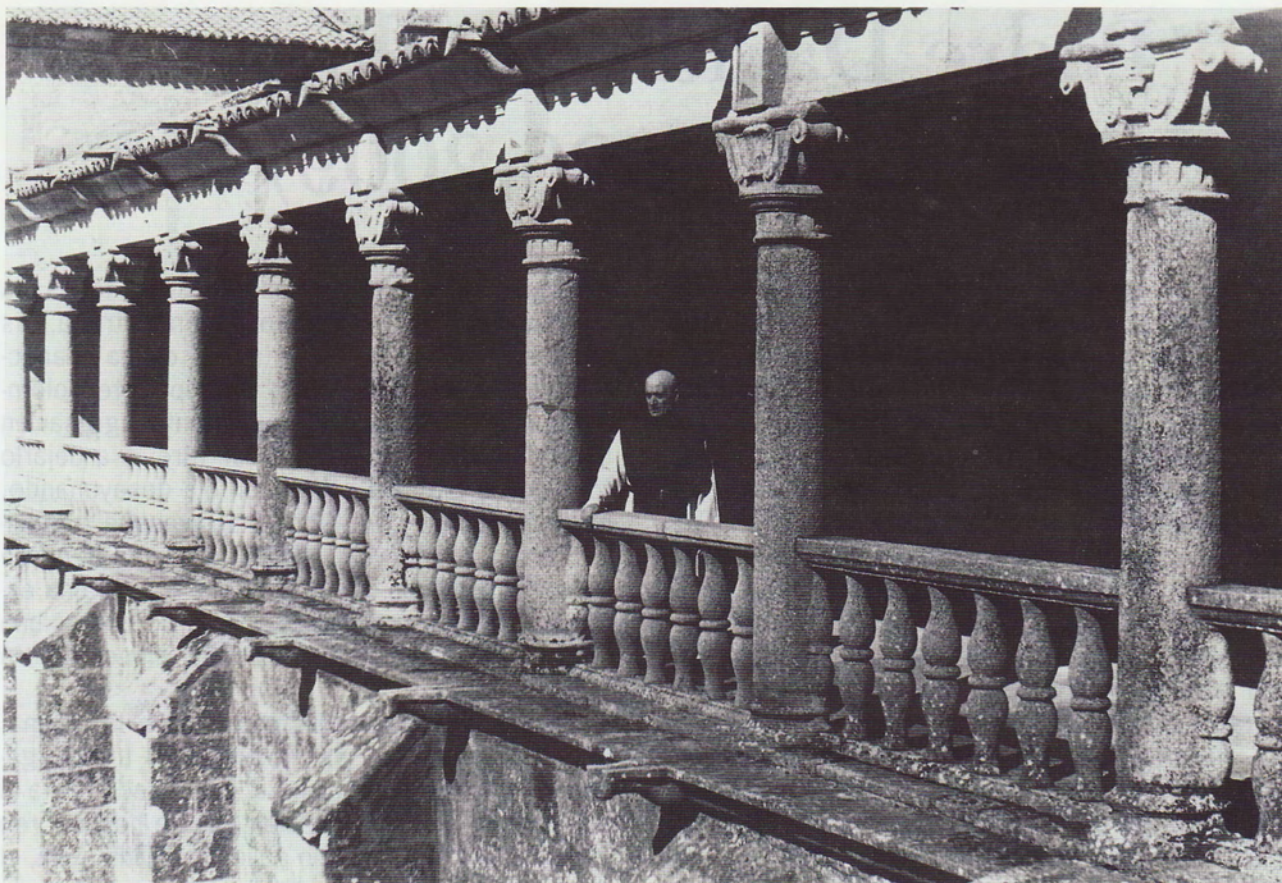
padres que habían dejado en el mundo. Otra de las tareas que le confiaron fue la dirección de ejercicios espirituales a religiosas y seglares, dejando fama de contemplativo, orador sagrado y director espiritual de almas.

Contribuyó activamente en todos los trabajos de restauración que iba haciendo la comunidad por su cuenta, habiendo tenido la mala suerte de caerse del andamio y romper un tobillo.

En Oseira permaneció trabajando espiritual y materialmente todo cuanto pudo hasta que en 1960 el Señor permitió una gran prueba que le aguardaba y que truncaría por completo su vocación de monje en el monasterio. Después de tantas renunciaciones y de haber trabajado como el primero por la reconstrucción del edificio y en la formación de los nuevos candidatos incorporados a la comunidad, llegó la hora en que, por motivos que no son del caso referir aquí, tuvo que disolverse la comunidad, viéndose obligado a volver al mundo y establecerse en él. Por más que lo intentó, Dios permitió que no lograra poder volver a su amado monasterio como habían vuelto otros, por lo que no está fuera de sentido considerarle verdadero mártir de la vocación, pues consta que hasta el último momento estuvo suspirando por Oseira, llevando una vida de intenso apostolado, distinguiéndose por su caridad con los pobres, por un ansia de hacer el bien entre la juventud, sobre todo desde la cátedra de la Universidad hasta que le sorprendió la muerte el 3 de octubre de 1990, precisamente en la misma fecha en que hacía 48 años a todo había renunciado por amor a Cristo para entrar en Oseira.

El sacerdote que presidió el funeral que se tuvo por él el 17 de octubre destacó ante alumnos y profesores la gran actividad desarrollada desde diversos campos, terminando diciendo: "La vida de D. Lope ha sido para todos un noble ejemplo. Su grandeza reflejaba otra luz, otro magisterio, otra vida que no quedó sepultada tras la muerte. La luz, la grandeza de Lope, su vitalidad tenía una fuente: su fe práctica en Jesús de Nazaret. Participar en esta Eucaristía de D. Lope es tener la suerte de ser testigos de una luz hermosa y viva en estos momentos oscurecidos transitoriamente por el dolor de la muerte de un querido profesor y un extraordinario compañero. Encomendémosle a Dios como expresión de nuestra admiración y agradecimiento".

Recojo parte de un escrito que publicó un amigo suyo en el *Diario de Pontevedra* a los tres días de su muerte, para que todos puedan ver cómo no he exagerado nada en los conceptos vertidos, antes todos pueden ver que me he quedado muy corto a la vista de este escrito: "Tú, querido Lope, —escribe Mariano Montañés— disponías en tu mente de una gran industria de tu sabiduría. Pero también disponías en tu corazón de otra sublime, que te permitía elaborar la bondad, como las abejas la miel. Tus palabras eran siempre seguras, destilaban alegría y



El padre Juan María en el solarium tras haberlo restaurado.

confianza, y por eso se convertían en dardos de luz que alumbraban la oscuridad de las dificultades. Tú, Lope, tenías la capacidad para dominar dificultades y solucionar problemas. Eras un hombre que sabías enmadrar todas las posibilidades. Tus conocimientos eran sólidos y amplios, pero a la vez sujetos a un criterio ortodoxo. Tú, hablabas de cualquier materia, filosofía, teología, literatura o cualquier otra rama del saber, siempre con maestría y con sencillez. Eras algo extraordinario en comentar el Evangelio. Eras un sacerdote ejemplar, un servidor del prójimo, un consuelo para los que sufren, un apoyo para los que no podían con el fragor de la tempestad con que la vida los había cercado. Eras el hombre que iba siempre al encuentro de los que te necesitaban y Dios te concedía la gracia de dar con cuantos deambulaban por el desierto de la desdicha o del sufrimiento.

"Tú, Lope, eras todo eso. Pero también mucho más. Alguien con certeza me contó en cierta ocasión que cuando eras religioso, eras el realizador de todos los trabajos de menor relieve que había que realizar en la comunidad. No eras, por tanto, un alquimista del intelecto, sino que también eras un juglar de la humildad. Un mago para ordenar en beneficio del prójimo las cosas y bienes materiales, que sin ellos está establecido que la estructura física del hombre no puede subsistir.

"La primera vez que me enseñaste tu casa en Madrid, cuyo mobiliario había sido hecho por ti y en

cuya instalación no faltaba detalle, me hiciste exclamar: «Además de ser un intelectual, eres a la vez un artesano magistral». Tu dimensión era sin duda la que Buyau estableció como máxima para todo hijo de mujer: la de hombre. Claro está que ahora se ve mucho más claro; tú, eras un hombre completo, pero además, eras un hombre de Dios. Tu gran batalla fue sembrar la bondad a todo lo largo de tu vida y en peregrinar sin descanso hacia la perfección. La tarea tuya ha terminado. Ahora es la hora de recoger el fruto, y Dios será pródigo contigo y te dará tu denario aunque hayas trabajado de sol a sol, para que lo que a ti te rebaja, se lo dé a otros necesitados".

Aunque vivió en Madrid entre sus familiares, dejó fama de que continuó con el espíritu anclado en Oseira, donde deseaba dormir el último sueño. Un mal entendido, y el haberse enterado los monjes de su muerte cuando ya todo estaba decidido para el entierro en el panteón familiar, impidió que pudiera ser inhumado entre sus antiguos cohermanos de Oseira. Fue otra de las pruebas dolorosas para su corazón, no poder descansar sus restos junto al monasterio de sus amores, en el cual soñó permanecer hasta la muerte, y Dios habrá premiado con creces su buena voluntad.

Entre los monjes de Oseira perdura el recuerdo gratísimo del padre Lope, al par que un bien merecido agradecimiento por tanto como hizo y amó al monasterio

26. Padre David Cabello Caballero (1926-2009)

La presente obra, escrita hace más de dos años, no fue posible publicarla entonces por diversas razones que no son del caso referir. Como en el tiempo transcurrido desde que se escribió la obra han sucedido en Oseira acontecimientos de gran relieve, queremos añadir aquí los principales, porque agrada a todos conocerlos. Comenzamos por las tres defunciones de monjes acaecidas durante el año 2009, ofreciendo una breve semblanza de cada uno de ellos.

Comenzamos por el padre David, tan conocido de todos cuantos frecuentan nuestro monasterio, por haber sido una persona amable, simpática y agradable, que hacía honor a su origen andaluz.

Nacido en Martos (Jaén), el 25 de agosto de 1926, ingresó muy joven en el seminario conciliar de Sevilla para cursar la carrera sacerdotal, permaneciendo en el mismo hasta ordenarse de subdiácono en que habiendo sentido la llamada de Dios a la vida del claustro, solicitó el ingreso en San Isidro de Dueñas el 29 de julio de 1956, iniciando el noviciado el 21 de noviembre del mismo año. Hizo la profesión solemne el 8 de diciembre de 1961, prosiguiendo sus estudios hasta ordenarse de sacerdote en Palencia el 11 de febrero de 1962.

Fue uno de los de los que el abad Buenaventura Ramos eligió para instalarse en Oseira que llevaba algún tiempo cerrado, destino que el joven monje aceptó gustoso. Llegó a Oseira el 13 de septiembre de 1966.

Una vez integrado en la nueva comunidad que volvió a dar vida al monasterio, desarrolló una labor estimable en diversos campos que le confió la obediencia. Comienzo por una anécdota muy sabrosa. A los pocos años de llegar al monasterio, le nombraron sastre, y él, después de exponer al superior su impericia para desarrollar esa tarea, porque nunca había tomado en la mano ninguna aguja, a no ser para coser algún botón, como solemos hacer todos los monjes, como el abad no tuvo en cuenta esa dificultad, se entregó a lavar la ropa de los monjes y a zurcir las prendas que hiciera falta. Con el tiempo no sólo aprendió a echar remiendos a las prendas, sino que llegó a cortar hábitos.

A imitación de algunos santos, era el gran enamorado de los animales caseros, sobre todo

perros y gatos, para los cuales recogía todas las sobras que hallaba, y si no las encontraba, las sacaba de donde fuera. No se me olvida la anécdota que me contó un día un aspirante colombiano, médico psiquiatra, que intentó ingresar en la comunidad, pero al fin no se atrevió a dejarlo todo por Cristo. Se hallaba un día desayunando, cuando vio que un ratoncillo atravesaba tranquilamente por mitad del refectorio. Llamó al padre David, que estaba cerca para que trajera una escoba. ¡Nada de eso ñle contestó, porque es una criatura de Dios y tiene que buscar alimento para poder vivir!

Desde la sastrería le mandaron a la cocina, donde permaneció muchos años al frente, ganando fama de buen cocinero, sacrificado hasta el punto de que en una ocasión que se hospedó en el monasterio el Gobierno gallego, el último día, el presidente Fraga le mandó llamar para felicitarle y sentarle a su lado para tomar café. También estuvo algún tiempo al frente del noviciado, y durante muchos años fue maestro de ceremonias, que era tanto como encargado de dirigir la liturgia. En todas partes iba dejando honda huella de virtuoso y monje cumplidor de su deber.

De ordinario, disfrutó de muy buena salud hasta los últimos años en que se vio afectado por un alzheimer muy pronunciado que llegó a deformarle el talle de su cuerpo y le hizo olvidar las cosas más ordinarias, como era registrar los libros de coro que de ordinario manejamos en las distintas horas.

Todos los achaques los soportaba con indecible paciencia. Cumplidor de su deber hasta el último momento, el mismo día 10 de abril, domingo de la octava de Pascua, después de haber celebrado aquellos días con indescriptible fervor, al acabar el oficio, se fue a su celda y se acostó por recomendación del abad, que le había encontrado algo peor. Al poco rato, pasó a visitarle el padre. Notando que se le acercaba la última hora, comenzó a darle la unción y estando en ello, se quedó como dormido, sin boquear lo más mínimo, como un pajarito que se duerme en la tierra y despierta en el cielo. Fue una muerte santa de veras, precisamente en el entorno de las alegrías de la Pascua de Resurrección.

27. Padre José Pérez Rodríguez (1934-2009)

Otro monje que dejaría honda huella en la comunidad y en el entorno del monasterio, por haber figurado siempre en el desarrollo de la labranza y ganadería es el padre José Pérez Domínguez. Nacido en Sande, Cartelle (Ourense), el 30 de septiembre de 1934, sus padres se llamaron José y Josefa. De familia hondamente cristiana, hacia los doce años hizo su ingreso en el santuario del Espino (Burgos), regido por los redentoristas donde permaneció poco tiempo, regresando pronto a la casa paterna, de donde no tardaría en salir para ingresar en el Seminario Conciliar de Ourense. Permaneció en él cursando los primeros años de humanidades. Ignoro por qué hallándose en dicho seminario solicitó el ingreso en la Escuela Apostólica de Oseira. Posiblemente porque se convenció pronto de que le faltaban cualidades para desarrollar la vida apostólica que impone el sacerdocio secular; por eso optó por el Císter, a cuyos monjes, dedicados a la contemplación, no se les exige un apostolado intenso. Llegó al monasterio en una coyuntura comprometida, cuando la comunidad, a causa de una crisis interna que no es del caso referir, tuvo que dispersarse. Habiendo marchado los religiosos a diversos monasterios, José encaminó sus pasos a San Isidro de Dueñas, donde fue admitido en el noviciado y luego de hacer la profesión monástica y recibida la ordenación sacerdotal en Palencia el 21 de diciembre de 1964, le enviaron a Oseira para tomar parte en la reapertura que de nuevo se hizo de la casa, esta vez bajo la dependencia de los monjes de San Isidro.

El padre José fue un excelente religioso, amante del lugar y de la comunidad, por la cual se sacrificó lo indecible hasta los últimos años. Estuvo muchos años encargado de la vaquería, interesándose todo lo posible por los animales. Podemos decir que mientras él tuvo salud, con alguna ayuda de otro hermano, llevaron entre ambos la vaquería, encargándose del ordeño y de todo lo demás, cuando todavía no se había impuesto la mecanización. Él se encargaba de cuidar los prados, y en ocasiones en que alguna de las vacas estaba de parto, si era por la noche, no descansaba si no se hallaba presente, por si necesitaba alguna ayuda. Encaja perfectamente aquí el ingenio que demostró para cazar un jabalí, o porco bravo, como le llaman en Galicia, que hacía estragos horribles en los prados y maizales que tenía dispuestos para alimentar sus vacas.

La crónica de la casa de 30 de agosto de 1996, recoge esta noticia. Desde hace unos años, los jabalíes en Galicia se han propagado tanto, que hacen estragos cuantiosos en los campos. Bien lo saben los labradores de estas tierras, quienes han tenido que discurrir medios variados para poder defender sus cosechas, de continuo amenazadas por esa plaga de io porco bravoî. También llegaron a las fincas del monasterio y comenzaron a levantar los prados, sin que hubiera medio de exterminarlos. Ese año la habían emprendido más con el maíz. Todas las noches se notaba su presencia por los estropicios que dejaban. Se metían por medio de las plantaciones y no se contentaban con las plantas pequeñas, sino que se tiraban a las mejores. Como esto no podía tolerarse, el padre José discurrió un medio de atraparlos. Colocó cada día varios lazos de alambre de púas en los carriles por donde transitaban hasta que, por fin, una noche cayó uno de ellos en el lazo, y tales esfuerzos hizo para librarse de él, que se le cruzó entre las patas delanteras y el resto del cuerpo, forcejeando sin parar horas y horas, pero con resultado fallido.

Cuando por la mañana llegó el padre José estaba ya a punto de soltarse, y bramaba con una furia que era imposible acercarse a él. ¿Qué hacer? Llamó a uno de los obreros quien llevó la escopeta y le espetó dos tiros en la cabeza. A eso de las diez de la mañana lo condujeron al curro desde la naveira, avisaron a los monjes y casi todos acudimos a ver cómo era o iporco bravoî. Nos llamó la atención al ver que era exactamente igual que un puerco de corral, sólo que completamente negro y revestido de pelo todo el cuerpo. Pesaría entre 30 y 40 kilos. Los obreros lo prepararon como se hace con los cerdos y se lo llevaron para meterlo una temporada en la nevera a fin de que perdiera el bravío natural. Luego hicieron una fiesta para disfrutar de su carne sabrosa. Fueron generosos con los monjes. Nos dieron la cachucha que, por cierto, sabía a gloria. Es de advertir que al caer en el lazo, el jabalí debió tocar la trompeta o dar la voz de alarmaî, de que en los maizales de los monjes había peligro, pues en los días siguientes no volvieron a dar señales de vida aquellos huéspedes importunos. Se ve que cuando vieron pelar las barbas del vecino, echaron las propias a remojar.

Cuando hubo necesidad de liberarle del cuidado de los animales, lo mismo que de la elaboración del queso, se contentaba con vivir la vida ordinaria de observancia diaria. Durante muchos años sufrió continuas úlceras purulentas en las piernas y los

pies, cuyas curas resultaban muy dolorosas. Fue un verdadero martirio el que pasó los últimos años. Al fin, cuando menos lo esperaba, el Señor se acordó de él y le llamó para darle el premio de tantos años

en el divino servicio. Era la fiesta de Pentecostés, el gran día del Espíritu Santo cuyo recuerdo tenemos de continuo en el corazón y los labios de los monjes, entregados a la alabanza divina.



29. Padre Godogredo Carbajosa Fradejas (1923-2009)

La comunidad de Oseira no se había repuesto todavía del golpe fuerte e inesperado que padeció en los meses de abril y mayo, con la muerte casi seguida de dos miembros de la misma, cuando he aquí que la despiadada parca hizo su aparición de nuevo entre nosotros arrebatándonos a otro miembro que, si bien era algo mayor que los anteriores, y vivía casi de continuo recluido en su celda, no presentaba síntomas de emprender tan pronto el gran viaje a la verdadera patria; pero el Señor tenía dispuesta cosa muy distinta, como vamos a ver.

El padre Godofredo se había levantado y celebrado su misa como de ordinario, y a eso de las doce de la mañana yo mismo le encontré paseando por la galería del escritorio; le pregunté que tal se hallaba y me contestó que bien, que estaba paseando un poco para no perder la costumbre de andar. A la 1:30 le llevó la comida el novicio que le atendía, pero se le había olvidado algo importante en el refectorio y corrió a buscarlo. No tardó mucho en regresar.

Cuando abrió la puerta de la celda, le sorprendió la manera en que estaba sentado en la butaca, con el cuerpo inclinado hacia la derecha, con una postura rara. Sospechó lo peor, y acertó, porque al acercarse más, advirtió que le había dado un síncope, o algo parecido; se había quedado exánime sin darse cuenta y sin decir ni pío. Acudió luego a llamar a los demás monjes para confirmarnos la muerte. Fue un momento duro de veras, pues en medio año habían sido tres los que habían emprendido el viaje a la patria celeste, como es seguro que así haya sido, al presenciar las tres defunciones que confirman el lema que se lee en la entrada de uno de nuestros monasterios: ¡Dura, austera es la vida en esta casa, pero que dulce es morir en ella!

El padre Godofredo se llamó en el mundo Aurelio, y era natural de Matapozuelos (Valladolid), donde vio la primera luz el 23 de mayo de 1923. Hijo de Aurelio y Melita, estudió la carrera de radiotelegrafista, tal vez relacionada con la aviación, al menos tengo esa impresión, pues recuerdo su vida desde el momento





que ingresó en la Trapa de San Isidro de Dueñas, donde yo me hallaba en aquellos tiempos. Allí recibió el hábito monástico el 8 de diciembre de 1949 y siguieron los demás grados impuestos por la vida monástica hasta culminar el sacerdocio en diciembre de 1960. Dos años más tarde le destinaron a la capellanía de Arévalo donde precisamente me hallaba yo de capellán de la comunidad cisterciense de Santa María la Real. Ignoro los motivos, pues nunca recibí ninguna orden en contrario de cesar en el cargo y seguí allí hasta 1963 en que fui remplazado por otro, no recuerdo quién. Vuelto a San Isidro, no tardó mucho tiempo en ser destinado a San Pedro de Cardena (Burgos), donde pasó unos años, al parecer, desempeñando el cargo de maestro de novicios. Hacia 1970, al regresar a su casa de San Isidro, le mandó el abad a Oseira a prestar servicios, y aquí se quedó definitivamente, sin que quisiera hacer la estabilidad. Parece que le interesaba seguir perteneciendo a San Isidro porque así le daba ocasión de ir todos los años a la fiesta que celebra la comunidad y luego se quedaba en Valladolid con los familiares unos días. Nunca pregunté el por qué, pero no tiene explicación esa ausencia de tantos años de la propia comunidad, pues los monjes tenemos un voto de estabilidad en la casa que profesamos y no se suele cambiar fácilmente de ella a no ser por una necesidad grande.

Por lo demás era monje observante y muy estudioso. Le encantaba la Filosofía y logró hacer una pequeña biblioteca selecta sobre el tema, que le sirvió para lanzarse a obtener el doctorado a través de la Universidad a Distancia de Santiago de Compostela, y lo obtuvo hace unos quince o veinte años.

El diploma del doctorado le sirvió, al menos, para que figurara colgado de la pared de la celda, pero nunca le sirvió para demostrar sus aptitudes. En Oseira estuvo siempre en la licorería, primero unos años con el hermano Germán, al que sucedió en la dirección de la pequeña industria. En ella permaneció trabajando durante bastante tiempo, hasta la época del abad José Ignacio Méndez. Por esos días hubo una inspección de Hacienda, descubriéndose que la graduación del licor no se ajustaba a la que marcaba la etiqueta de las botellas. Los inspectores aconsejaron que o bien se remediara aquel fallo o, de lo contrario tendrían que dejar de fabricar el licor. El abad optó por lo segundo, y ésta fue la causa por la cual se cerró la fábrica varios años hasta que, ante la insistencia continua de tantos visitantes que lo echaban de menos, cuando llegó al monasterio el abad Juan Javier Hernández Martín, se ha vuelto a poner en marcha la elaboración. Eso sí, antes de que cada remesa de licor salga al mercado es debidamente inspeccionada para asegurar que su graduación es exacta a lo que marca la etiqueta. Se sigue fabricando el famoso Eucaliptine, aunque en los últimos tiempos ha cobrado gran prestigio el licor tipo Ámbar, debido a las entrevistas que sin buscarlo han publicado los medios de comunicación, sobre todo en Portugal, donde es muy solicitado todos los años para figurar en la exposición de frutos que tiene lugar en la célebre abadía cisterciense de Alcobaça. Hoy por hoy, el licor y el obrador de pastas recién montado, son los dos únicos medios modestísimos que la comunidad ha puesto en marcha para poder desarrollar su vida santa de oración y sacrificio perenne por el mundo.



Nuestra Señora de Oseira, siglo XIII.

Efemérides notables

Centenario de la muerte de san Bernardo

Después de ofrecer la semblanza de los monjes restauradores —muertos durante el tiempo que han durado las obras— que disfrutaban ya en la eternidad del fruto de sus trabajos, vamos a destacar algunos de los acontecimientos más salientes acaecidos durante los setenta y cinco años, extractados de las crónicas del monasterio. Iniciamos las efemérides por san Bernardo que, a pesar de que no es el fundador de la orden cisterciense, sino la figura prócer de la misma, que la consolidó y propagó incansablemente por los principales países europeos, es honrado en el mismo rango que los fundadores, aun cuando su radiante figura es superior a ellos por haber sido más destacada su actuación en Europa. Precisamente Galicia es la región española que más le debe, por haber sido monjes de Claraval los que fundaron casi todos sus monasterios gallegos. Bien merece que le dediquemos aquí unas breves pinceladas reseñando lo más notable de su vida. Nacido en Fontaines, Borgoña (Francia), en el año 1090, su padre Tescelín, era un caballero que a la nobleza de sangre unía bienes considerables de fortuna. Al tratar de tomar estado, puso los ojos en

Alicia, hija de Bernardo de Montbard y de Humberga de Riceys, descendientes de los duques de Borgoña; joven rebotante de bellas prendas personales.

Dios bendijo aquel hogar privilegiado, concediéndoles siete hijos: Guido, Gerardo, Bernardo, Humbelina, Andrés, Bartolomé y Nivardo. Todos juntos sirvieron de protagonistas de aquella aventura singular divulgada por el padre Raimond en *La familia que alcanzó a Cristo*, obra que ha dado la vuelta al mundo y siempre se ha leído con mucho fruto y quizá hoy sea más necesaria que nunca, debido a la gran crisis moral por la que atraviesa la familia cristiana.

Dicen que Alicia acostumbraba ofrecer a Dios sus hijos —al poco tiempo de nacer— por medio de la Santísima Virgen, devoción que produjo magníficos resultados. Yo no encuentro otra explicación al hecho llamativo de que los siete hermanos abrazaran la vida consagrada y figuren varios en el catálogo de los santos¹.

Mientras vivió su madre, Bernardo podía descansar tranquilo, porque velaba continuamente sobre él, procurando que sus costumbres se mantuvieran a raya, habiendo correspondido él fielmente a sus desvelos. Guillermo de Saint Thierry —uno de sus mejores biógrafos— habla de que sus costumbres eran tan angelicales, que llamaba la atención de todos, caso infrecuente en un joven de brillantes cualidades físicas y morales. Pero habiendo experimentado los grandes peligros que en el mundo asedian a los jóvenes, sintió inclinación a alejarse de él, poniendo los ojos en una orden austera que acababa de aparecer a fines del siglo XI siguiendo íntegramente la regla benedictina. La había puesto en marcha Roberto de



Abadía de Cîteaux.

1. Los seis hermanos ingresaron en el Cister, y cuando falleció la madre, también Tescelín acudió a Claraval, a ponerse bajo las órdenes de su hijo Bernardo. En cuanto a Humbelina, la única hembra de la familia, contrajo matrimonio, pero obtuvo autorización de su marido para hacerse religiosa, ingresando benedictina porque aún no había sido fundada la rama cisterciense femenina.

Molismo seguido de un grupo de compañeros que el 21 de marzo de 1098 se retiraron a un paraje solitario llamado *Cîteaux* —Císter en español—, echando los cimientos del nuevo monasterio que se convertiría en cabeza de una nueva orden que sería célebre en los fastos de la Iglesia.

Los primeros años de vida en el Císter estuvieron presididos por una pena angustiosa: no entraban nuevos pretendientes, antes huían horrorizados del rigor a que vivían abrazados aquellos penitentes de Cristo; mas Dios suscitó una auténtica lluvia de vocaciones en el momento que Bernardo de Fontaines se decidió a dejar el mundo y encaminar sus pasos hacia aquel desierto. No sabemos cómo Bernardo se puso en contacto con el abad Esteban y logró su admisión en Císter, pero no llegó solo, sino en compañía de un cortejo de treinta compañeros que logró catequizar para Cristo, abrazando todos la vida religiosa con ansias de verdadera entrega. Todos fueron fieles a la llamada y perseveraron en la vocación. Después del ingreso de Bernardo en Císter, las vocaciones continuaron afluyendo sin cesar hasta el punto de que ya en 1113 fue preciso hacer la primera fundación en la Ferté; al año siguiente surgía la segunda, Pontigny, y en 1115 salía la tercera, Claraval, a cuyo frente puso san Esteban a Bernardo, recién salido del noviciado, con sólo 25 años.

Los tres años transcurridos en Císter, en la escuela de Esteban Harding, fueron suficientes para forjar en Bernardo una espiritualidad sólida que se iría consolidando en el correr de los años. Sus enseñanzas eran fruto de meditación asidua de la palabra de Dios, por medio de la contemplación de los misterios de nuestra fe. Cumplía a maravilla el significado del lema característico de los contemplativos: *Contemplata aliis tradere*, ofrecer a los demás el fruto de la contemplación. La doctrina brindada a sus hijos era eso, resultado de la rumia constante de la palabra divina que la convertía en vida propia, y de la fidelidad al soplo del espíritu, que se derramaba efu-

sivo en su alma por medio de abundantes gracias. Por eso, sus escritos conservan un frescor perenne y siguen impactando a las almas que se acercan a ellos. El tiempo demostró el acierto de elegirle para capitanear aquel grupo de monjes que echaron los cimientos de aquella abadía, una de las instituciones monásticas más extraordinarias de todos los tiempos. El joven abad llegaría a ser una auténtica lumbrera de la Iglesia, el hombre más popular del siglo XII².



Ramón Otero Pedrayo.

Claraval sería durante siglos foco potente de irradiación espiritual, cuyo benéfico influjo se extendió a toda Europa. San Bernardo inmortalizó su abadía. Es el gran propagador del monacato en el siglo XII, el reformador de costumbres, la personificación más genuina de la orden. A su lado se forjaron legiones de monjes que llevarían a todas partes un considerable bagaje de experiencias en los caminos de Dios, así como en el campo de la cultura, del arte y en el trabajo agrícola. La labor colonizadora de los monjes del Císter puede considerarse entre las más brillantes y llamativas que se han visto en la Europa medieval. Su vida continuó fecunda para

toda la Iglesia hasta el instante de su muerte, acaecida en Claraval, el 20 de agosto de 1153.

Al cumplirse 800 años de este evento, no era posible pasara inadvertido para sus hijos este hombre, que es calificado como el “más grande del siglo XII, propagador incansable de la orden del Císter, consejero de papas y reyes, defensor constante de la verdad, de la justicia, y de los derechos del Vicario de Cristo, firme columna de la Iglesia, predicador de la segunda Cruzada, pacificador de pueblos, “oráculo

2. Esto lo decimos sin el menor afán triunfalista, basados en las mejores fuentes históricas, que hoy es triste decirlo: se quieren echar por tierra, para dar paso a las nuevas corrientes surgidas en el centro de Europa, que pretenden rebajar a las grandes figuras de la Iglesia, y en cambio sublimar todo lo posible a heresiarcas que sembraron el error y tanto le dieron que hacer.



El padre Eladino Marnotes.

de Dios" en los concilios, "Ángel tutelar de su época". Se celebraron actos conmemorativos del mayor esplendor no sólo a nivel de los monasterios, sino que incluso también en las altas esferas de los estados. Pasamos por alto los actos litúrgicos que se celebraron con el mayor esplendor y dejamos a un lado las exposiciones hechas tanto en el monasterio como en Ourense y algún otro sitio, centrándonos únicamente en los actos culturales que tuvieron lugar en Oseira a través del año centenario. El monasterio de Oseira, primera fundación cisterciense en Galicia, realizada por monjes de Claraval, el 23 de agosto se vistió de sus mejores galas para solemnizar el VIII centenario de su fundador san Bernardo. En ese día acudieron todas las autoridades eclesiásticas y civiles de Ourense, así como diversas personalidades de Galicia, con el fin de sumarse a los monjes blancos en homenaje al Doctor Melifluo.

A las once de la mañana se celebró la misa solemne, presidida de pontifical por el prelado ourensano, Dr. Ángel Temiño Sáiz, ocupando sitios de honor en el crucero el Gobernador civil y otras autoridades, a las que acompañaban multitud del pueblo. Los monjes, alineados en el coro y acompañados por una gran multitud de sacerdotes amigos y comarcanos, interpretaron la misa del Santo con sus preciosas melodías gregorianas. Finalizada la misa, el Dr. Temiño, después de la triple bendición se dirigió a la multitud por medio de una oración sagrada dirigida a los asistentes que llenaban las naves del templo, desarrollando con maestría las enseñanzas del Santo, poniéndolo como modelo a imitar. Habló de la vida contemplativa, considerándola como "pa-

rarrayos" de la humanidad ante la divina Justicia, tan ofendida por doquier; mostró su admiración por la grandiosidad del templo que apenas conocía por llevar poco tiempo en Ourense, considerándolo fruto del ingenio y la fe firme de aquellos monjes medievales que tanto hicieron por Galicia y Europa. Seguidamente, en la antigua biblioteca, transformada en salón de actos, tuvo lugar la primera conferencia del ciclo organizado con motivo del centenario. El Rvdo. Padre Prior hizo la presentación del ilustre conferenciante, don Ramón Otero Pedrayo, catedrático de la facultad de Filosofía y Letras de Santiago. El elocuente conferenciante, con palabra cálida y avasalladora, disertó sobre el Císter, sobre san Bernardo y su siglo. Sus frases fluidas y llenas de vida fueron trazando paisajes bellísimos de la geografía cisterciense, tan íntimamente ligada a su profunda espiritualidad que alentó a los discípulos del abad de Claraval, ya que ellos fueron los más destacados colonizadores de nuestra patria recientemente arrancada de manos de la morisma. Al terminar, una prolongada salva de aplausos corona las últimas palabras del elocuente conferenciante. No es posible descender a rememorar otros acontecimientos relacionados con estas fiestas jubilares que envolvieron la comunidad de Oseira, orientadas a homenajear al más grande de los monjes del Císter, humanamente hablando. En todos quedó un grato recuerdo de este evento, el más importante celebrado durante los veintitrés años que llevaba la comunidad ocupando el monasterio, cuyas ruinas gigantescas seguían clamando al cielo, pues apenas se habían recibido ayudas del Estado.